
Humillados y ofendidos
Fiódor M. Dostoievski

HUMILLADOS Y OFENDIDOS

FEDOR DOSTOYEVSKI

*

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTA · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Título original: **UNIZHENNYE I OSKORBLENNYE**

La presente edición es propiedad de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Edición especial: julio, 1972

Printed in Spain

Impreso en España

Depósito legal BI. 1.660-1972

Impreso en
ARTES GRAFICAS GRIJELMO, S. A.
Uribitarte, 4 - Bilbao - 1 - España

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

En la noche del 22 de marzo del año pasado me sucedió un hecho verdaderamente extraño. Estuve recorriendo la ciudad de un lado a otro todo el día, en busca de una habitación donde alojarme. La que tenía resultaba excesivamente húmeda, había cogido un fuerte catarro, y la tos no me dejaba en paz. Ya había pensado en mudarme durante el otoño, pero lo fui retrasando hasta que llegó la primavera. Por más que busqué durante toda la jornada, no encontré nada que se adaptara a mis necesidades. Precisaba, en primer lugar, un cuarto ventilado y de módico alquiler. También necesitaba que fuera independiente y amplio, pues he podido comprobar que en las habitaciones pequeñas los pensamientos padecen asimismo de estrechez. Por otra parte, siempre que pienso mis novelas me gusta pasear por el cuarto. En realidad, disfruto más cuando concibo mis obras, que al escribirlas. No creo que esto sea pereza; pero, ¿qué es, entonces?

No me sentía bien por la mañana, y al caer la tarde advertí que me encontraba realmente mal. Tenía algo de fiebre, y la caminata me dejó agotado. Poco antes del crepúsculo llegaba yo a la avenida de la Ascensión.

El sol de marzo es maravilloso en San Petersburgo, sobre todo los crepúsculos de los días fríos, de cielo sereno. Entonces las calles se iluminan de pronto, inundándose de reflejos deslumbrantes. Al encenderse las luces, las casas parecen perder su aspecto siniestro, donde

imperan los tonos grises, amarillentos y verduscos. Parece entonces como si nuestra alma se iluminara, como si una mano invisible nos tocase, produciéndonos un escalofrío. ¡Asombroso poder el que tiene un destello de luz sobre el alma humana!

Ahora acababa de desaparecer el último rayo de sol, y el frío arreciaba hasta el punto que empecé a sentir helada la punta de la nariz; la oscuridad volvióse más densa, y de las tiendas y bazares surgían los brillantes haces de las lámparas de gas. Al llegar frente a la confitería Muller, algo hizo que me detuviera de pronto; volví el rostro y miré hacia el otro lado de la calle. Era como si presintiese que iba a acontecerme algo extraordinario. En ese momento, justamente, vi en la otra acera a un anciano acompañado de su perro. El corazón se me encogió por efectos de una sensación desagradable cuya naturaleza no podía definir.

No soy un místico, y no creo en corazonadas ni presentimientos; pero en la vida, como a muchas otras personas, me han ocurrido a veces cosas inexplicables. Aquel viejo parecía confirmar cuanto digo. ¿Por qué, en cuanto le vi, tuve la impresión de que algo fuera de lo común iba a sucederme? Cierto es que me hallaba enfermo, y en tales momentos las sensaciones que se experimentan suelen ser engañosas.

El anciano se acercó a la confitería con paso lento y vacilante, arrastrando las piernas sin doblarlas, como si fueran de palo, encorvada la espalda, mientras golpeaba con su bastón sobre las losas de la acera. Nunca había visto una figura tan singular y grotesca. Ya en otras ocasiones, cuando le encontré anteriormente en la confitería Muller, me impresionó tristemente. De considerable estatura y espalda cargada, con rostro cadavérico de octogenario, usaba un viejo abrigo raído de costuras descosidas, y se tocaba con un sombrero abollado, con veinte años de uso, por lo menos, el cual le cubría el cráneo desnudo dejando ver sobre la nuca un mechón

que no era canoso ni rubio, sino amarillento. Todo ello, junto con sus movimientos de autómata, que parecían desprovistos de vida, impresionaba poco gratamente al que le veía por vez primera.

En verdad que resultaba asombroso observar a aquel anciano, ya en el límite de la edad, ir completamente solo por la calle, sin compañía humana alguna, igual que un loco que hubiera burlado a sus guardianes. Tampoco dejó de impresionarme su delgadez extrema; daba la sensación de que careciera de músculos, de que su esqueleto sólo estaba recubierto de piel. Sus ojos, grandes, inexpresivos y rodeados por un cerco azulino, miraban siempre hacia adelante, jamás de lado; y estoy seguro de que poco o nada veían, pues aunque comprobé que nos miraba, avanzaba recto hacia la gente, como si no tuviera nadie delante.

Hacía poco tiempo que se le veía por la confitería Muller, y ninguno de los clientes del establecimiento se atrevía a dirigirle la palabra, mientras que el anciano, por su parte, correspondía de igual modo y no hablaba con nadie.

Plantado en la acera opuesta, permanecí ese día mirando al anciano, sin apartar la vista de él. Empezaba a apoderarse de mí una irritación sorda, consecuencia del malestar y la fatiga que sentía. «¿En qué pensará ese hombre? —me dije—. ¿Qué habrá en su cabeza? ¿Será capaz de pensar, todavía? ¿Y de dónde pudo sacar ese perro espantoso, tan inseparable de su dueño que parece formar parte de él y hasta da la sensación de que se le parece?»

El desdichado can, en efecto, parecía tener ochenta años, como su amo. Sí, tal vez los tuviera. Al menos, era más viejo que todos los perros que yo había visto.

Por otra parte, la primera vez que le vi, no sé por qué se me ocurrió pensar que era un animal sobrenatural, hechizado, algo así como un Mefistófeles encarnado en un perro y unido al anciano por algún misterioso pacto.

Estaba tan flaco como un esqueleto, o aún más, como su propio amo. Al verle se llegaba a la conclusión de que llevaba varios años sin comer. Se le había caído casi todo el pelo, hasta el de la cola, que llevaba rígida como un bastón, siempre entre las piernas. Las orejas le pendían lacias de la cabeza, también eternamente gacha. Nunca había visto yo un animal más repulsivo. Cuando avanzaban por la acera, delante el viejo y el can detrás, con el morro pegado a los faldones del gabán de su dueño, daban la sensación de querer decir: «¡Mirad qué pareja de ancianos! ¡Qué viejos somos, Señor, qué viejos!».

Ese día llegué a pensar que el anciano y su perro se habían escapado de una página de Hoffmann ilustrada por Gavarni, y que recorrían el mundo como un cartel ambulante, para hacer la propaganda del libro. Crucé entonces la calle, y entré en la confitería después que lo hubo hecho el anciano.

Este se comportaba en el establecimiento de un modo por demás extraño. En las últimas ocasiones, Muller, en pie tras el mostrador, hacía un gesto de descontento cuando veía aparecer al singular parroquiano. El viejo nunca pedía nada; se dirigía directamente al rincón de la estufa y se sentaba en una silla. Si «su» sitio estaba ocupado, después de permanecer vacilante un momento, se retiraba con evidente disgusto hacia el otro rincón, junto a la ventana. En ese lugar se acomodaba en una silla, colocaba el sombrero y el bastón a su lado, y recostándose con toda calma en el respaldo, allí permanecía inmóvil tres o cuatro horas. Jamás cogía un periódico, ni pronunciaba una palabra, ni emitía sonido alguno. Limitábase a permanecer sentado, mirando fijamente hacia adelante, con los ojos muy abiertos, pero tan inexpresivos que se hubiera dicho que no era capaz de ver ni oír lo que ocurría a su alrededor.

El perro, después de dar un par de vueltas sobre sí mismo, concluía por tumbarse a los pies del anciano,

apoyaba el hocico sobre sus botas, resollaba hondamente, y estirándose en el suelo se quedaba inmóvil también, como si estuviera muerto, durante toda la velada.

Daba la sensación de que los dos seres estuvieran muertos desde hacía varios años y que pasaban el día en alguna parte, resucitando al ponerse el sol, todos los días, para dirigirse a la confitería de Muller, tan sólo a cumplir con algún misterioso voto, desconocido de todos. Cuando habían permanecido tres o cuatro horas, el viejo se ponía en pie, cogía su sombrero y se marchaba. El perro también se levantaba, y con el rabo entre las piernas y la cabeza gacha, seguía insensible y maquinalmente a su dueño.

Ultimamente, los clientes de Muller evitaban al anciano, sentándose lo más lejos posible de él, con el deliberado propósito de hacerle notar la aversión que les producía. Pero él no daba señales de advertir lo que pasaba.

Los asiduos concurrentes de la confitería eran en su mayor parte alemanes. Venían casi todos de la avenida de la Ascensión, y eran propietarios de diversos establecimientos. Había cerrajeros, panaderos, tintoreros, sombrereros, guarnicioneros, todos gente patriarcal, al estilo tudesco. También en la casa de Muller se observaban costumbres tradicionales. El mismo propietario se reunía con sus parroquianos y amigos, compartiendo la misma mesa, al tiempo que consumían generosas cantidades de ponche. Acudían también los hijos pequeños y los perros de Muller, y los clientes los acariciaban afablemente.

Todos se conocían allí y se apreciaban mutuamente. Al tiempo que los concurrentes asiduos se enfrascaban en la lectura de los periódicos alemanes, la hija mayor del dueño, una alemanita de dorados rizos, muy parecida a una ratita blanca, tocaba en una habitación contigua

los compases de *Mein lieber Augustin*, sentada ante un viejo piano. Los clientes escuchaban complacidos el vals.

Por mi parte, yo iba a la casa de Muller los primeros de mes a fin de leer las revistas rusas que recibían en esa fecha. Aquella tarde, al entrar en el establecimiento, vi que el viejo estaba ya sentado cerca de la ventana, con el perro tumbado a sus pies, como de costumbre. Me senté silenciosamente en un rincón y me pregunté: «¿Por qué he entrado en este sitio, sin objeto alguno, cuando, enfermo como estoy, me convenía más regresar rápidamente a casa para tomar una taza de té y acostarme? ¿Lo he hecho quizá para observar al extraño viejo? Pero, ¿qué puede interesarme de él? ¿A qué vienen estas fantasías e inquietudes por cosas ridículas y nimias que noto desde hace un tiempo y que me impiden vivir con sosiego y contemplar lúcidamente la existencia, como ha dicho con gran perspicacia un agudo crítico, después de leer mi última novela?»

Mientras me perdía en tales pensamientos, noté que mi estado empeoraba. Pero me pareció una imprudencia abandonar el ambiente agradablemente caldeado de la tienda de Muller. Tendí la mano hacia la «Gaceta de Francfort», y a las pocas líneas me quedé adormilado. En nada me molestaban los alemanes, que fumaban mientras leían, y, sólo de tarde en tarde, cada media hora más o menos, hacían algún comentario en voz baja, aludiendo a alguna noticia de Francfort, o repitiendo un chiste ingenioso del famoso humorista germano Satir, después de lo cual se sumían de nuevo en la lectura, satisfecho su orgullo patriótico.

Al cabo de media hora me despertó de mi modorra un violento escalofrío. Me dije que debía volver en seguida a casa. Pero una escena sin palabras que se desarrollaba en la confitería, me retuvo allí de nuevo. He explicado ya que el viejo, al tomar asiento, fijaba la vista en un punto determinado y ya no la apartaba de ese lugar en toda la noche, hasta que se iba. En más de una

ocasión fui blanco de aquella mirada obstinada, estúpida y sin sentido. La impresión que yo experimentaba entonces era sumamente molesta, insoportable, en realidad, y al fin tenía que levantarme y tomar asiento en otro sitio.

En la noche a que me refiero, la víctima de la implacable mirada del viejo era un joven alemán de baja estatura, grueso, muy pulcro y con un rostro de tez encarnada que destacaba sobre su almidonado cuello blanco. Se trataba de un cliente de paso, un comerciante de Riga que, según supe más tarde, se llamaba Adán Ivanitch Schultz.

Era íntimo amigo de Muller, pero no conocía aún al viejo ni a los demás clientes. Mientras tomaba su ponche, Adán Ivanitch leía el diario con visible satisfacción. De pronto levantó la cabeza y descubrió la mirada del anciano fija en él. Como la mayoría de los alemanes de cierta posición, el comerciante de Riga era susceptible y muy quisquilloso, y le disgustaba que le mirasen con tanta fijeza y descaro. Lleno de indignación, masculló unas palabras y se enfrascó de nuevo en la lectura, ocultando el rostro tras el periódico. Poco después, sin poder evitarlo, volvió a mirar al viejo a hurtadillas, y de nuevo halló clavada en él la insistente y terca mirada. Adán Ivanitch todavía se contuvo, pero al repetirse el hecho por tercera vez, estalló iracundo. Considerábase obligado a defender su dignidad, y tampoco podía consentir que ante gente tan distinguida se ofendiese a la bella ciudad de Riga, de la que se creía representante, al parecer. Lleno de impaciencia arrojó el periódico sobre la mesa, en cuya madera resonó la varilla metálica a la que iba sujeto el diario. Luego, inflamado por la arrogancia y el ponche consumido, clavó sus ojos inyectados en sangre en el irritante anciano. No parecía sino que ambos, el alemán y su oponente, hubieran apostado a ver cuál era el primero en darse por vencido y apartar la mirada.

El chasquido de la varilla y la actitud de Adán Ivanitch atrajeron la atención de los presentes, que abando-

naron lo que estaban haciendo y observaron con grave curiosidad, en medio de un gran silencio, la pugna de los dos adversarios. La escena llegó a adquirir un cariz extremadamente cómico. El forzado magnetismo que emitían los ojillos provocadores de Adán Ivanitch se gastaba inútilmente, ya que el viejo seguía mirando con fijeza al señor Schultz, sin percatarse de lo que ocurría. Rojo de ira, y llegado al límite de su paciencia, el comerciante alemán estalló al fin.

—¿Por qué me mira de manera tan insistente?—exclamó Schultz, con tono airado y gesto amenazador.

Al ver que el anciano se quedaba callado, como si no hubiese entendido, Adán Ivanitch resolvió hablar en ruso.

—¡Estoy preguntándole por qué me mira usted tan fijamente! —vociferó lleno de ira—. Quizá usted no lo sepa, pero tengo muchos conocidos en la Corte.

Al decir esto se puso en pie con violencia, pero el anciano ni siquiera pestañeó. De entre los clientes alemanes se alzó un rumor de indignación. Atraído por el ruido, Muller entró en la tienda y al enterarse de lo sucedido se dijo que el anciano podía ser sordo. Inclinóse sobre un oído del viejo, y bramó a pleno pulmón:

—¡El señor Schultz le ruega que no le mire tan fijamente!

El anciano volvió como un autómata su mirada hacia Muller, y de pronto su rostro, impasible hasta ese momento, tomó una expresión llena de angustia. Luego se inclinó hacia su sombrero, lo cogió lo mismo que su bastón, se puso en pie tan aprisa como pudo, y con la sonrisa humilde y lastimera del mendigo al que arrojan de un lugar en el que se había instalado sin permiso, se dispuso a marcharse de la confitería. La dócil premura del anciano harapiento resultaba tan conmovedora y deprimente que todos se enternecieron, incluso Adán Ivanitch.

No había la menor duda de que el viejo no sólo no trató de ofender a nadie, sino que parecía admitir que

pudieran echarle de cualquier parte como se hace con un pordiosero.

Hombre bueno y compasivo, en el fondo, Muller se le acercó, le dio unos golpecitos amistosos en la espalda, como para darle ánimo, y le dijo:

—No, no se marche. Vuelva a sentarse. *Herr Schultz* sólo le ruega que no le mire usted así.

Pero el desdichado seguía sin comprender. Su angustia aumentaba por momentos. Lleno de confusión, se inclinó para recoger un pañuelo azul, lleno de agujeros, que se le acababa de caer. Después llamó a su perro, que, inmóvil en el suelo, parecía seguir sumido en el sueño, con el hocico entre las patas delanteras.

—¡*Azor, Azor*! —exclamó el anciano, con voz cascada y temblorosa—. ¡*Azor*!

Pero *Azor* continuó inmóvil.

—¡*Azor, Azor*! —repitió con ansiedad.

Le dio entonces un golpecito con el bastón, y el animal siguió quieto.

Se le escapó al anciano el bastón de las manos, agachóse, se puso de rodillas y alzó la cabeza de *Azor*. ¡Pobre *Azor*! Estaba muerto. Había muerto en silencio, a los pies de su amo, quizá de vejez, o incluso de hambre. El viejo observó lleno de asombro al animal, como si no comprendiera que hubiese dejado de existir. Después volvió a inclinarse trabajosamente sobre el perro que había sido su servidor y amigo, y apoyó el escuálido semblante contra el hocico sin vida. Se produjo un momento de silencio. Todos nos sentíamos conmovidos. Por fin, el desdichado anciano se levantó; se hallaba desfallecido y temblaba como si tuviera fiebre.

—Bueno, lo pueden disecar—declaró Muller, con tono bondadoso, queriendo consolar al pobre viejo—. Sí, se le puede disecar perfectamente. Fiodor Karlovitch Krieger es un experto en la materia; sabe embalsamar muy bien.

Al tiempo que decía estas palabras, el dueño de la tienda alzó el bastón del suelo y se lo entregó al viejo.

—Sí, claro, eso lo hago yo magníficamente—terció el propio *Herr* Krieger, aproximándose.

Éste era un alemán delgado y larguirucho, bonachón, de pelo rojo y desordenado, en cuya curvada nariz cabalgaban unas antiparras.

—Fiodor Karlovitch Krieger es muy hábil para embalsamar toda clase de animales—agresó Muller, comenzando a sentirse entusiasmado por la idea que había tenido.

—Claro, soy capaz de disecar cualquier animal—aseguró Krieger, y agresó en un arranque de generosidad—: Y voy a disecarle gratis el perro.

—¡No puedo consentirlo! ¡Seré yo quien pague los gastos de disecar al animal! —exclamó el señor Schultz, rebosante de magnanimidad, y considerándose el involuntario culpable del triste acontecimiento.

Ahora el anciano parecía oírlo todo, pero tampoco daba la sensación de comprender demasiado, y continuaba temblando de pies a cabeza.

—Aguarde. Va a tomarse una copa de excelente coñac —dijo Muller, al ver que el singular personaje trataba de marcharse a toda costa.

Le sirvieron la bebida y el viejo alzó la copa y se la llevó a los labios. Pero la mano le temblaba tanto que antes de que hubiese podido beber, había derramado ya la mitad del contenido de la copa. Volvió a dejar ésta sobre la bandeja sin haber probado una sola gota. Luego, con una sonrisa singular, que estaba en desacuerdo con las circunstancias, salió de la tienda con paso precipitado y vacilante, dejando abandonado a *Azor*. Los presentes quedaron asombrados, y lanzaron algunas exclamaciones.

—¡Demonios! ¡Qué manera de actuar! —gritaron los alemanes, mirándose con los ojos muy abiertos.

Yo, a mi vez, salí rápidamente en busca del viejo. Pocos pasos más allá de la confitería, hacia la derecha, había una sombría calleja flanqueada por altos edificios. Tenía la convicción de que el anciano se había marchado

por allí. La segunda casa de la derecha se hallaba en construcción, y estaba cubierta por una maraña de andamiajes. El vallado que rodeaba el solar llegaba casi hasta el centro de la calzada. Al final de la valla, en el oscuro rincón que ésta formaba con la casa vecina, encontré al viejo. Estaba sentado en el borde de la acera, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Me acerqué y tomé asiento a su lado.

—Óigame—comencé, sin saber muy bien lo que debía decir—, no se aflija así por la muerte del perro. Venga, le llevaré a su casa. Tranquilícese. Iré a buscar un coche ahora mismo. ¿Dónde vive?

El anciano no me contestó. Yo no sabía qué hacer, en aquella calleja desierta. De improviso me cogió una mano con fuerza y dijo con voz ronca, apenas audible:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

—Vamos, le acompaño a su casa—repuse, levantándole casi en vilo—. Se tomará una taza de té, y se echará a dormir. Verá como encuentro en seguida un coche. Además, llamaré a un médico que yo conozco.

Quizá dije algo más, pero no lo recuerdo. El viejo se había esforzado por ponerse en pie, pero estuvo poco tiempo así. Se desplomó en seguida y comenzó a murmurar algo con voz ronca y desfalleciente. Me agaché muy cerca de él, para escucharle.

—Vasili Ostrof—musitó el anciano—. La sexta calle... La sexta calle...

Luego no dijo nada más.

—¿Usted vive en Vasili Ostrof? Entonces, no iba por el camino adecuado. Vasili Ostrof se encuentra a la izquierda, y no hacia la derecha. Espere, iré con usted...

El anciano estaba inmóvil. Le cogí una mano y noté que estaba inerte. Observé su rostro y lo toqué. ¡Había muerto! Me pareció estar soñando.

El suceso me obligó a realizar algunas diligencias, y la fiebre pareció remitir algo. Encontré el lugar donde vivía el viejo. No era en Vasili Ostrof, sino a pocos pasos

de donde había muerto, en el quinto piso de la casa Klugen.

Se trataba del último piso, un alojamiento bajo el tejado, compuesto por un pequeño recibidor y una habitación amplia, de techo bajo, con tres tragaluces a modo de ventanas. El aspecto de la estancia no podía ser más mísero. Consistían los muebles en una mesa, dos sillas, un desvencijado sofá, duro como una piedra y al que se le salían por todas partes las hiladas de cáñamo. Además, este mobiliario no era del anciano, según supe más tarde, sino del dueño de la casa. Era fácil advertir que la estufa no había sido encendida en mucho tiempo. Tampoco se encontró una sola vela, lo que hacía suponer que el viejo iba a la confitería de Muller únicamente para estar con luz y para recibir el grato calor de la estufa.

Sobre la mesa se veía un cántaro vacío y un mendrugo de pan. No hallaron un solo céntimo, ni siquiera alguna ropa para amortajarlo. Alguien ofreció una camisa. Sin embargo, era imposible que hubiese estado siempre solo, de aquella forma. Aunque fuera de tarde en tarde, alguien tuvo que acudir a verle. En el cajón de la mesa se encontró su documentación. El anciano había nacido en el extranjero, pero estaba nacionalizado en Rusia. Su nombre era Jeremías Smith, tenía setenta y ocho años y era mecánico de oficio.

Sobre la mesa había dos libros: un compendio de geografía, y una edición del Nuevo Testamento, en ruso, en cuyos márgenes se veían numerosas señales hechas con lápiz, y a veces con la uña.

Compré esos libros. Se hicieron averiguaciones entre los demás vecinos y ante el propietario, pero nadie pudo aportar datos de interés acerca del viejo, del que poco o nada sabían. En la casa había bastantes inquilinos, casi todos artesanos alemanes que vivían realquilados o en pensión. El administrador, que parecía una buena persona, tampoco pudo decir gran cosa de su antiguo inquilino. Sólo que el piso había sido alquilado por seis rublos

al mes, que hacía cuatro que habitaba allí el anciano, y que como le adeudaba dos meses, había decidido desahuciarle. Se preguntó si le visitaba alguien, pero nadie pudo decir nada en concreto.

La casa era muy grande, una especie de Arca de Noé de la que entraba y salía mucha gente, por lo que resultaba difícil recordarlos a todos. El portero, que llevaba cuatro o cinco años al servicio del inmueble, y que seguramente hubiera podido aclarar algo, se había marchado a su pueblo natal quince días antes, y el que ocupaba su lugar era un muchacho, su sobrino, que apenas si conocía a la mitad de los inquilinos.

Por lo que se refiere a las averiguaciones, no sé cómo terminaron; de todos modos, enterraron por fin al anciano.

Me dirigí un día a la sexta calle de Vasili Ostrof, y cuando me encontré allí me eché a reír. ¿Qué podía yo encontrar en la calle sexta, más que una fila de casas corrientes? Me pregunté por qué el viejo, al morir, me habría hablado de esa calle de Vasili Ostrof. ¿Acaso estaría delirando?

Regresé a ver el piso de Jeremías Smith, ahora desocupado. Esta vez me gustó más, y decidí alquilarlo, sobre todo por lo espacioso de su habitación principal. No obstante, ésta era tan baja de techo, que al principio temía dar con la cabeza en las vigas; pero no tardé en acostumbrarme. No se podía pedir más por seis rublos mensuales. Resultaba una delicia vivir en un piso independiente. Mientras encontraba criado, pedí al portero que subiera una vez al día, para que me atendiese en lo más imprescindible.

Pensé que tal vez se presentase alguien preguntando por el anciano. Sin embargo, transcurridos cinco días de su muerte, aún no había venido nadie.

CAPITULO II

Por aquella época, hace de eso un año, aproximadamente, yo colaboraba aún en algunas publicaciones que aceptaban mis artículos; tenía la convicción de que algún día llegaría a escribir algo bello e importante. Al menos, había comenzado a trabajar en una novela. Pero esos hermosos proyectos han terminado con mi ingreso en un hospital, donde ahora me encuentro, quedándome poco tiempo de vida, según parece. Como mi fin se aproxima, resulta absurdo que escriba mis recuerdos.

No obstante, los acontecimientos de este último año de mi vida, el más angustioso de todos, acuden sin cesar a mi memoria, aunque trato de evitarlo. En consecuencia, he decidido anotarlo todo, pues estoy seguro de que si no me distraigo en esto, el tedio me matará aún más pronto.

Las impresiones del pasado me turban con una dolorosa agitación que raya en el tormento. Al verterlas al papel, estoy seguro de que cobrarán un carácter más sereno, perdiendo esa fuerza delirante, de pesadilla, que poseen. Eso, al menos, es lo que creo. El simple mecanismo de la escritura me sirve de sedante, me refresca, revive en mí los antiguos hábitos del escritor, y convierte mis recuerdos y visiones enfermizas en trabajo, en acción... Sí, he tenido una excelente idea. Cuando muera, el enfermero heredará mis papeles, y con ellos podrá tapar los intersticios de las ventanas, para que no entre el viento en invierno.

De todos modos, no sé por qué he comenzado mi relato por la mitad. Si pienso escribirlo todo, mejor sería

empezar por el principio. Eso es, hagámoslo así, ya que al fin y al cabo mi autobiografía no será demasiado larga.

Yo no nací aquí, en San Petersburgo, sino en la lejana provincia de N... Mis padres fueron personas honorables, pero me dejaron huérfano en mi infancia, y me crié en casa de Nicolás Sergueitch Ikmeniev, modesto propietario que me recogió por piedad. Tenía éste una hija, Natacha, a la que yo llevaba tres años, y nos criamos juntos, como dos hermanos.

¡Adorable infancia! ¡Qué necio resulta echarte de menos a los veinticinco años, cuando se acerca el momento de mi muerte! Y es que brillaba el sol tan intensamente, era tan distinto del sol de San Petersburgo... Nuestros tiernos corazones latían vivaces, llenos de alegría. A nuestro alrededor había campos y bosques, y no, como ahora, muros de piedra. ¡Qué hermosos eran los jardines y el parque de Vasilievskoie! Esta hacienda se hallaba administrada por mi padre adoptivo, Nicolás Sergueitch, y por ella, así como por el espeso bosque que se extendía detrás, paseábamos Natacha y yo siendo niños. En ese bosque, por cierto, nos perdimos ambos en una ocasión...

¡Días felices y dorados de nuestra infancia! La vida se nos aparecía por primera vez subyugante y llena de misterio, y para nosotros era un placer verla translucir sin comprenderla. Nos daba la sensación de que detrás de cada arbusto, de cada planta, habitaba un ser extraño, fantástico. El mundo hechizado se confundía con el de la realidad, y en ocasiones, cuando la neblina del anochecer se esparcía por los barrancos deshaciéndose en jirones en los matorrales, Natacha y yo, cogidos de la mano y mirando desde el borde del precipicio, observábamos el fondo entre curiosos y asustados, como aguardando que una voz o un ser surgiera de allí, llamándonos desde lo más hondo y haciendo realidad los cuentos de hadas que nos relataba nuestra niñera.

En una oportunidad, bastante tiempo más tarde, re-

cordaba yo a Natacha el día en que nos regalaron el libro *Primeras lecturas infantiles*, y la alegría con que corrimos hacia el estanque del jardín, donde comenzamos a leer el cuento de hadas *Alfonso y Dalinda.*

Cuando recuerdo ese cuento, aun hoy día, me resulta imposible evitar que me embargue una extraña emoción, hasta el punto de que, hace un año, en un momento en que repetía a Natacha el comienzo de la narración —«Alfonso, el héroe de mi relato, nació en Portugal. Su padre, don Ramiro...»—, mis ojos se llenaron de lágrimas. Sin duda me puse en ridículo, ya que Natacha esbozó una sonrisa que contrastaba con mi estado de ánimo. Ella, sin embargo, al darse cuenta en seguida de su falta de consideración, quiso consolarme y comenzó a evocar el pasado, con lo que no tardó en emocionarse también. Pasamos una velada maravillosa, e incluso recordamos el día en que me mandaron a estudiar a la capital de la comarca. Ella lloró mucho entonces, pero la separación fue aún más dolorosa cuando, al salir del colegio, me marché definitivamente de Vasilievskoie para proseguir estudiando en la Universidad de San Petersburgo. Tenía yo entonces diecisiete años, y ella no tardaría en cumplir los quince. Más tarde, Natacha me dijo que por aquel entonces yo era un chico tan delgado y desgarbado, que no podía evitar una sonrisa cuando me miraba.

Al despedirnos, la llevé a un lado con intención de decirle algo de gran importancia. Pero la lengua se me trabó de pronto y me quedé sin poder hablar. No acertaba a expresar lo que sentía, y temí que ella no hubiese llegado a comprenderme. Lleno de congoja, me eché a llorar y me fui sin decir nada. No nos volvimos a ver hasta bastante tiempo después, cuando hace dos años nos encontramos en San Petersburgo. Su padre, el viejo Ikmeniev, se había trasladado a esta ciudad para sostener un pleito. Ocurría eso precisamente cuando yo daba mis primeros pasos en la carrera literaria.

CAPITULO III

Nicolás Sergueitch Ikmeniev provenía de una ilustre familia, casi arruinada desde hacía bastante tiempo. No obstante, a la muerte de sus padres heredó una buena propiedad con ciento cincuenta siervos. A los veintiún años entró en el cuerpo de húsares, y después de seis años de servicios satisfactorios, una noche aciaga perdió en el juego todo cuanto poseía. Esa noche no pudo conciliar el sueño. A la velada siguiente volvió a la sala de juego y apostó su caballo, que era lo único que le quedaba. La suerte le favoreció una y otra vez, y media hora más tarde había logrado recuperar una de sus haciendas, la de Ikmenievskoie, que, según el último censo, tenía cincuenta siervos.

Dejó de jugar y al día siguiente pidió el retiro, el cual le concedieron dos meses más tarde, con el grado de teniente. Entonces se marchó a vivir a su propiedad. Había perdido cien siervos, y desde ese momento no quiso hablar de sus pérdidas en el juego. Por más que era un hombre bondadoso, se habría peleado con cualquiera que hubiese tenido el atrevimiento de recordarle el infausto suceso.

Ya en su propiedad estudió economía rural, entregóse con afán a la administración de sus bienes, y a los treinta y cinco años contrajo matrimonio con una joven noble aunque de familia venida a menos, Ana Andreievna Choumilova, la cual no aportó dote alguna, si bien se había educado en un aristocrático internado que dirigía una

distinguida emigrada francesa, la señora de Mont-Revèche. Estos estudios llenaron de orgullo a Ana Andreievna durante toda su vida, aunque nadie llegó a saber jamás en qué había consistido aquella educación.

Por su parte, Nicolás Sergueitch se reveló como un excelente hacendado, e incluso sus vecinos le imitaron en la administración de sus propiedades. Habían transcurrido ya varios años, cuando llegó a la propiedad vecina, la aldea de Vasilievskoie, que contaba con novecientos siervos, el príncipe Pedro Alejandrovitch Valkovski. Su llegada desde San Petersburgo causó gran impresión por los contornos. El príncipe aún era un hombre joven, si bien había ya pasado su primera mocedad. De alto rango, se hallaba relacionado con la mejor sociedad. Hombre gallardo y adinerado, era viudo además, lo que le hacía sumamente interesante a los ojos de las damiselas solteras del distrito, y de sus madres. Comentóse la excelente acogida que en la capital de la provincia le dispensara el gobernador, del que era pariente lejano, y también se murmuró que había trastornado la cabeza de muchas damas de la ciudad. En resumen, se trataba de un característico representante de la alta sociedad petersburguesa, de los que muy rara vez se dejan ver en provincias, y que, al aparecer, siempre provocan sensación.

No obstante, el aristócrata distaba mucho de ser amable, especialmente con las personas que no necesitaba, y con los que juzgaba inferiores a él. Se negó a visitar a los propietarios vecinos, lo que le atrajo la mala voluntad de éstos. Puede imaginarse el asombro de todos cuando se supo que un día había ido a ver a Nicolás Sergueitch, su vecino más cercano.

En el hogar de los Ikmeniev, la visita del príncipe provocó verdadera sensación. Cautivó al matrimonio desde el primer momento, en especial a Ana Andreievna, que no disimuló su entusiasmo. Unos días más tarde el príncipe entraba en la casa del matrimonio sin cumplidos, los iba a ver casi a diario, los invitaba, bromeaba con ellos, refería anécdotas e interpretaba tonadas en el viejo piano de sus amigos. Los Ikmeniev se hallaban verdaderamente asombrados. No alcanzaban a comprender que se tachara de antipático, orgulloso y egoísta a un hombre tan amable y encantador. El príncipe se había ganado la voluntad de Nicolás Sergueitch, personaje sencillo, desinteresado y recto. Además, la explicación de todo aquello no se hizo esperar. El príncipe había ido a Vasilievkoie para despedir a su administrador, un alemán ambicioso y de escasos escrúpulos. Éste era agrónomo, usaba gafas, tenía el pelo canoso y una gran nariz aquilina. A pesar de este noble continente, robaba con todo descaro, e incluso había llegado a causar la muerte de varios siervos. El desalmado, al ser sorprendido en sus poco edificantes manejos, argumentó largamente acerca de la proverbial honradez alemana, pero no le valió de nada y le despidieron sin más contemplaciones.

Necesitado de otro administrador, el príncipe pensó en Nicolás Sergueitch, que le parecía honrado, libre de toda sospecha, y excelente para el empleo. Habría preferido que el mismo Nicolás Sergueitch se hubiese ofrecido para el cargo, pero como no lo hiciera, un día el príncipe le rogó que lo aceptara, y lo hizo como si estuviera pidiéndole un favor a un amigo. Ikmeniev se negó al principio, pero el buen sueldo ofrecido tentó a Ana Andreievna, mientras que el príncipe insistía afable y convincente, hasta que terminó con las últimas vacilaciones de Nicolás Sergueitch. Vale decir que el príncipe se salió con la suya.

Indudablemente, éste conocía bien a los hombres. El poco tiempo pasado junto a Ikmeniev fue suficiente para que se diera cuenta de que sólo podría atraérselo por medio de la amistad, llegándole al corazón, sin lo cual el dinero de nada le valdría. Necesitaba el príncipe un administrador en el que pudiera confiar plenamente, a fin de no tener que regresar más a Vasilievskoie. Tal fue

la seducción que ejerció sobre Ikmeniev, que éste creyó de verdad en su amistad. Y es que Nicolás Sergueitch era uno de esos hombres de buen corazón, ingenuamente novelescos que tenemos en Rusia, que con facilidad entregan su afecto a personas que no lo merecen, se sacrifican por ellas y en ocasiones llevan su devoción a extremos verdaderamente ridículos.

Varios años pasaron, después de esto. Las propiedades del príncipe iban prosperando, y las relaciones entre el dueño de Vasilievskoie y su administrador se desenvolvían sin el menor tropiezo, aunque lo cierto es que se reducían a una fría y escueta correspondencia relativa al negocio. Aunque el príncipe no intervenía en las decisiones que Nicolás Sergueitch iba tomando en su gestión, a veces dio a éste algunos consejos que le asombraron por su sentido práctico y competencia. A todas luces, el príncipe no deseaba hacer gastos superfluos, y además sabía la forma de ganar dinero. Cinco o seis años más tarde de su visita a Vasilievskoie, el príncipe envió a su administrador una autorización para la compra de otra propiedad situada en la misma zona, una espléndida posesión que contaba con cuatrocientos siervos.

El gozo de Nicolás Sergueitch se desbordaba ante los éxitos y la creciente prosperidad del príncipe, igual que si éste hubiera sido su propio hermano. Su satisfacción culminó un día en que el aristócrata le ofreció una prueba de la extraordinaria confianza que le dispensaba. He aquí lo que sucedió... Pero antes me creo obligado a relatar algunos pormenores de la vida del príncipe Valkovski, el cual es uno de los personajes más importantes de mi historia.

CAPÍTULO IV

He dicho ya que el príncipe era viudo. De muy joven se había casado sin otro móvil que el interés, puesto que sus padres, que habitaban en Moscú, se hallaban totalmente arruinados. Al morir ellos no heredó casi nada, ya que la hacienda de Vasilievskoie se hallaba hipotecada de tal forma que más bien suponía para él una onerosa carga. Así pues, a los veintidós años el príncipe no tuvo más remedio que emplearse en una oficina pública de Moscú, llevando la vida mísera del noble venido a menos.

El casamiento con la hija más que madura de un fabricante de aguardientes le salvó de aquella tediosa existencia. Aunque su suegro le engañó con la cuantía de la dote, inferior a lo estipulado, el príncipe pudo desgravar las tierras de sus antepasados con el dinero de su mujer. La hija del fabricante apenas sabía escribir, se expresaba con torpeza y era bastante fea; entre sus virtudes sólo se contaban las de ser bondadosa y dócil, cualidades de las que el príncipe supo sacar un buen partido. Al año de casados, cuando ella le había dado un hijo, dejó a su esposa en Moscú bajo la tutela de su padre, y se marchó a otra provincia con el fin de ocupar un cargo importante, que había logrado merced a intrigas y a la protección de un ilustre familiar suyo. Tenía el príncipe verdadera ansia de honores, de prosperidad y distinciones, y dándose cuenta de que con su mujer no podría residir en San Petersburgo o en Moscú, decidió esperar mejores épocas y probar fortuna en provincias.

Era tal la desconsideración con que trataba a su mujer, que durante el primer año de vida conyugal poco había faltado para que ella muriese, según se decía. Tales rumores llenaban de indignación a Nicolás Sergueitch, su administrador, el cual defendía al príncipe diciendo que era incapaz de semejantes villanías.

Siete u ocho años después la esposa del príncipe murió, y éste se trasladó a San Petersburgo, ya viudo. Incluso en la gran ciudad su llegada provocó alguna sensación. Aún era joven, apuesto, tenía cierta fortuna y estaba dotado de brillantes cualidades: vivo ingenio, elegancia y temperamento alegre. No se presentó en San Petersburgo como el que llega en busca de ayuda y con deseos de prosperar, sino como quien goza de cierta posición independiente. Supo captarse la admiración de las damas, especialmente, y su amistad con una hermosa aristócrata le dio el prestigio que ofrece el escándalo. Derrochaba el dinero sin tasa, a pesar de que su sentido de la economía lindaba a veces en la avaricia, y cuando perdía grandes sumas en el juego, su rostro no dejaba traslucir la menor emoción.

Sin embargo, no había ido a San Petersburgo a pasarlo bien, sino a abrirse paso, consolidando definitivamente su situación. Pudo lograr sus propósitos, pues un ilustre pariente suyo, el conde Nainski, hombre encumbrado que no le hubiera hecho el menor caso, de haber ido a pedirle un favor, quedó sorprendido de sus éxitos y consideró apropiado atenderle. Hasta se dignó recoger en su casa, para educarle, al hijo del príncipe, que por aquel entonces contaba siete años de edad.

Por esas fechas, justamente, el príncipe efectuó su viaje a Vasilievskoie y conoció a los Ikmeniev. Luego, gracias al conde, obtuvo un cargo importante en una de las embajadas principales y partió hacia el extranjero.

Circularon entonces algunos rumores desagradables acerca del aristócrata. Decíase que había tenido una aventura enojosa en el extranjero, si bien no se sabía

a ciencia cierta en qué había consistido. Lo que sí pudo asegurarse era que de la noche a la mañana el príncipe se halló en situación de poder adquirir una nueva propiedad de cuatrocientos siervos, según hemos dicho antes. Cuando regresó a Rusia, algunos años más tarde, era ya un personaje y logró en San Petersburgo un cargo de notable importancia.

Entonces contaron a Ikmeniev que el príncipe iba a casarse por segunda vez, y que ese segundo casamiento le uniría a una familia rica y poderosa. Mientras se frotaba las manos, lleno de satisfacción, Nicolás Sergueitch decía: «Se está convirtiendo en un gran señor».

Yo me encontraba por aquellos días estudiando en la Universidad de San Petersburgo, y aún recuerdo que Nicolás Sergueitch me escribió con el único objeto de que averiguase si tales rumores de boda eran ciertos. Envió asimismo una carta al príncipe recomendándome, pero no recibió contestación a la misiva. Lo único que pude averiguar fue que su hijo, educado primeramente en casa del conde Nainski, cursó estudios más tarde en el Liceo Imperial, y a la sazón, ya con diecienueve años, había terminado sus estudios en ciencias. Así se lo escribí a Ikmeniev, y añadí que el príncipe sentía adoración por su hijo, le mimaba y tenía grandes proyectos para su porvenir; eso lo supe por los compañeros de estudios del joven. Y un buen día, Nicolás Sergueitch recibió una carta del príncipe que le llenó de asombro y de satisfacción a la vez.

El príncipe, que según he dicho antes, se había limitado hasta entonces a sostener una correspondencia puramente formal y comercial con su administrador, le hablaba esta vez amistosamente y con todo detalle de su vida particular. Quejábase de su hijo, cuya conducta le producía muchos disgustos, si bien comprendía que no podían tomarse muy en serio las travesuras de un muchacho de su edad (era evidente que procuraba disculparle). De todos modos, y con el fin de darle un

pequeño escarmiento, había decidido enviarle a pasar una temporada al campo, bajo la vigilancia de Ikmeniev. Aseguraba el aristócrata tener plena confianza en su honrado y excelente amigo, y no menos en su esposa, y les pedía que aceptaran al joven en el seno de la familia, procurando devolverle la cordura en el ambiente apacible del campo, inculcándole a un tiempo los sanos y austeros principios tan necesarios en la vida.

El joven príncipe fue acogido a su llegada como un hijo, y no mucho después, Nicolás Sergueitch le quería tanto como a Natacha. Al correr del tiempo, cuando se produjo la ruptura definitiva entre el príncipe y los Ikmeniev, el anciano aún recordaba con ternura a su Aliocha, como solía llamar al príncipe Alejo Petrovitch. Era éste un muchacho encantador: apuesto, algo débil de carácter, nervioso como una mujer, pero alegre y sencillo. Poseía un alma franca, abierta a los más nobles sentimientos, y un corazón sensible, recto y agradecido.

No tardó en ser el predilecto de los Ikmeniev. A pesar de sus diecinueve años, aún era como una criatura. No podía comprenderse cómo queriéndole su padre tanto como se decía, le había alejado de su lado. Decíase que Aliocha llevaba en San Petersburgo una vida frívola e indolente, y que se negaba a estudiar, lo que causaba una gran aflicción a su padre.

Ikmeniev no quiso preguntar a Aliocha a ese respecto, pues todo parecía indicar que el príncipe había querido mantener oculta la verdad de la causa del confinamiento de su hijo en el campo. Según algunos rumores, Aliocha había tenido amoríos con cierta dama, y se hablaba igualmente de un duelo y de pérdidas considerables de un dinero que no era suyo, en la mesa de juego. Nicolás Sergueitch rechazaba esas murmuraciones lleno de ira, más aún sabiendo que Aliocha veneraba a su padre, del que estuvo separado durante su infancia y adolescencia, y al que aludía siempre lleno de entusiasmo y afecto filial.

En ciertas ocasiones, Aliocha hablaba de cierta condesa a la que galanteaban él y su padre a la vez. Había resultado vencedor Aliocha en la pequeña pugna, y ello enfurecido al príncipe. El joven relataba a menudo esa historia con pueril despreocupación y lanzando alegres carcajadas. Poco después Aliocha se enteró también, por los rumores que corrían, de que su padre se proponía volver a contraer matrimonio.

Un año llevaba el muchacho en el campo, y de vez en cuando escribía a su padre cartas cariñosas y llenas de respeto. Cuando aquel verano llegó el príncipe — después de informar a Ikmeniev de su visita —, el desplazado rogó a su padre que le dejara el mayor tiempo posible en Vasilievskoie, pues había llegado a gustarle aquella apacible vida. Las decisiones que tomaba Aliocha eran consecuencia de su carácter impresionable y nervioso, de su ardiente corazón, de una ligereza que a veces llegaba a resultar desconcertante, de la propensión que tenía a dejarse influir por los demás, y de su falta total de voluntad. La petición del joven fue acogida con verdadera desconfianza por el príncipe.

Ikmeniev apenas reconoció a su gran amigo de antes, ya que el príncipe Pedro Alejandrovitch había cambiado notablemente. Muy circunspecto con su administrador, al examinar las cuentas mostróse avaro y suspicaz. Todo ello apenó profundamente al noble Ikmeniev, que al principio no daba crédito a lo que veía. Pero era la triste verdad, y las cosas iban saliendo precisamente al revés que catorce años antes, cuando la primera visita del príncipe a Vasilievskoie. Visitó éste a sus vecinos, o más bien a los de mayor importancia, y no volvió a aparecer por casa de Ikmeniev, al que trataba como a un subordinado.

Y he aquí que de improviso surgió un acontecimiento absurdo: sin motivo alguno se produjo una ruptura violenta entre el príncipe y Nicolás Sergueitch, a raíz de una escena borrascosa durante la cual se cambiaron

frases vehementes y ofensivas. Ikmeniev salió de Vasilievskoie lleno de cólera, pero los hechos no terminaron allí. Poco después se difundió por la comarca un infame rumor. Se dijo que Nicolás Sergueitch, conociendo el endeble carácter del hijo del príncipe, había querido sacar provecho de ello en su beneficio. A tal fin, su hija, Natacha, que contaba entonces diecisiete años, habría logrado enamorar al joven de veinte, mientras el padre y la madre protegían ese amor aparentando no darse cuenta de nada. Natacha, astuta y sin escrúpulos, habría engatusado al adolescente, que en todo el tiempo que llevaba allí no se había atrevido a visitar a ninguna de las damitas que vivían en la honorables casas vecinas. Por fin, decíase que los amantes habían decidido casarse en Grigorievo, a unos dieciséis kilómetros de Vasilievskoie, aparentemente a escondidas de los padres de Natacha, pero en realidad amparados por ellos, que estaban al corriente de todo y habían guiado a la muchacha.

En realidad haría falta un volumen entero para relatar los chismorreos que las comadres del lugar, sin distinción de clase o edad, tejieron en torno al desgraciado asunto. Lo más lamentable fue que el príncipe dio pábulo a las murmuraciones, y su llegada a Vasilievskoie fue motivada precisamente por haber recibido un anónimo en San Petersburgo.

De cuantos conocían a fondo a Ikmeniev, ninguno hubiera creído una sola palabra respecto a las acusaciones que circulaban, pero como suele acontecer, la mayoría comenzó a rebullir, a murmurar, y a menear la cabeza desaprabadoramente, sin preocuparse lo más mínimo de poner las cosas en claro. En resumen, que todos condenaron el proceder de Ikmeniev.

Éste era demasiado orgulloso para tratar de justificar a su hija ante las chismosas, y prohibió severamente a su mujer que hablase con nadie de lo sucedido. Natacha, por su parte, que había sido difamada tan vergonzosamente, tardó casi un año en enterarse de aquellos

chismes. Todo se lo habían ocultado cuidadosamente, y vivía inocente y feliz como una criatura.

Sin embargo, la calumnia fue creciendo con el correr del tiempo, los aduladores del príncipe no descansaban, y surgieron denunciantes y falsos testigos que hasta hicieron creer al príncipe que la administración de Nicolás Sergueitch distaba mucho de ser un ejemplo de honradez. Incluso aseguraron que tres años antes, al proceder a la venta de un pequeño bosque, Ikmeniev se había embolsado doce mil rublos, lo que podía comprobarse merced a los oficios de algunos testigos. Por otra parte, el hecho se agravaba debido a que en la venta —seguían afirmando—, el administrador había actuado por sí mismo, sin autorización del príncipe, al que después dijo que se vio forzado a vender el bosquecillo, entregándole una cantidad inferior a la percibida.

Pudo comprobarse más adelante que todo aquello no eran más que calumnias, pero en ese momento el príncipe lo creyó todo. Ante testigos llamó ladrón a Nicolás Sergueitch, el cual sin poder contenerse, replicó con un insulto igualmente grave, por lo que se produjo una escena de violencia inusitada.

Inmediatamente se inició el proceso. Al administrador le faltaban algunos documentos, y, más que nada, carecía de recomendaciones y experiencia en materia legal, por todo lo cual perdió rápidamente el pleito. Le embargaron la propiedad, y al saberlo, el viejo, desesperado, dejó al frente de sus tierras a un hombre capaz y de confianza y se trasladó a San Petersburgo con su familia, para poder seguir de cerca el asunto.

No hay duda de que el príncipe se dio cuenta en seguida que había cometido un error con Ikmeniev, pero ambos se habían ofendido tan gravemente que resultaba ocioso pensar en una reconciliación. En consecuencia, el colérico príncipe puso en juego todo su poder para que el fallo se inclinase en su favor, lo que suponía dejar en la miseria a su antiguo administrador.

CAPITULO V

Esta fue, por consiguiente, la razón de que los Ikmeniev vinieran a instalarse en San Petersburgo. Prefiero no describir mi encuentro con Natacha, después de los cuatro años que llevaba sin verla. Durante ese lapso no la había olvidado ni por un instante, y si bien no notaba un sentimiento definido cuando pensaba en ella, en el momento en que volví a verla comprendí que era la mujer que me reservaba la providencia.

Me dio la impresión, al comienzo, de que había cambiado muy poco en aquellos cuatro años, y que seguía siendo la misma chiquilla de antes, pero paulatinamente fui descubriendo en ella nuevos detalles que me habían pasado inadvertidos. hasta entonces, tal vez como si hubiese querido ocultarlos a propósito. ¡Qué gozo me producía cada uno de aquellos descubrimientos!

A poco de llegar a San Petersburgo, el anciano Ikmeniev se mostraba gruñón e irritable. El asunto no marchaba bien, y ello le indignaba. Solía enfrascarse en la lectura de sus documentos, y no nos hacía el menor caso.

Ana Andreievna, su esposa, sentíase desorientada y no sabía qué partido tomar. San Petersburgo la intimidaba, y no cesaba de llorar y suspirar recordando su casa. Por otra parte, se lamentaba de que nadie se fijara en Natacha, que estaba ya en edad de casarse. Como no tenía quien la escuchase, me había tomado a mí por confidente suyo.

Por aquel entonces concluí mi primera novela, y como principiante en las lides literarias, no sabía a quién dirigirme para que me la editasen. No había hablado de ello a los Ikmeniev, quienes parecían disgustados conmigo porque yo vivía aparentemente en la ociosidad y no mostraba deseo alguno de buscarme un empleo. El anciano me lo recriminaba con amargura, impulsado por el cariño paternal que mostraba hacia mí, y yo me sentía avergonzado de decirles en qué consistía mi ocupación. ¿Cómo explicar que no deseaba ser empleado, sino que quería escribir novelas? En consecuencia, preferí engañarle diciendo que trataba de encontrar colocación, pero que no lo conseguía. En realidad, a él le faltaba tiempo para comprobar si lo que yo decía era verdad.

En cierta ocasión, Natacha, después de haber escuchado lo que habíamos hablado su padre y yo, me llevó aparte y con lágrimas en los ojos me suplicó que pensara en mi porvenir. Quiso averiguar en qué asuntos me ocupaba, y como no terminaba de confesárselo, con lágrimas en los ojos, me hizo jurar que no me dejaría arrastrar por la pereza o la mala vida.

Aun así no quise decirle el trabajo que me tenía ocupado, a pesar de que hubiera cedido con gusto todas las alabanzas con que la crítica me favorecería muy pronto, a cambio de una palabra de estímulo de ella.

Por fin se publicó mi novela, pero ya un tiempo antes comenzó a hablarse de ella en el mundillo literario, pues el conocido crítico B... había disfrutado mucho leyendo mi manuscrito. Cuando me sentí más dichoso no fue en los momentos de embriaguez que siguieron al éxito de mi obra, sino cuando mi manuscrito aún no había sido leído por nadie, en las prolongadas noches de esperanzas y ensueños, en que, lleno de ilusión y de fe, convivía con los personajes nacidos de mi imaginación, como si fueran seres de carne y hueso. Tomaba parte en sus alegrías y sus penas, y hasta hubo veces en que

derramé algunas lágrimas, compadecido por la suerte de mis desdichados héroes.

Me siento incapaz de describir la alegría del anciano Ikmeniev y de su esposa, al producirse mi triunfo. Por más que su primera reacción fue de profundo estupor, tal era la extrañeza que sentían. Ana Andreievna no podía concebir que el nuevo escritor, al que todos elogiaban sin cesar, fuera su propio Vania, como ella me llamaba. También el viejo tardó en convencerse. Al tener conocimiento de los primeros rumores sintióse espantado, y me dijo que había echado por tierra la oportunidad de llegar a ser un buen empleado del Estado. Después me habló de la vida irregular que suelen llevar los escritores. Más tarde, las favorables críticas de los periódicos, y los elogios que me prodigaron personas que le merecían plena confianza, le hicieron cambiar de opinión. Y cuando vio que el dinero me llegaba en abundancia, y comprobó de qué forma pueden retribuirse algunos trabajos literarios, dejó de lado sus últimas vacilaciones, y con asombrosa celeridad pasó de la duda al entusiasmo más absoluto. Gozoso como un chiquillo, entregóse a las más descabelladas especulaciones y optimistas esperanzas acerca de mi porvenir. No pasaba día en que no forjase nuevos planes relacionados con mi carrera. ¡Y qué proyectos hacía! No obstante, cuando se hallaba en la cumbre de su entusiasmo, sufría a veces un acceso de pesimismo y las dudas volvían asaltarle.

—Escritores... poetas... —decía en tales ocasiones—. Dime, ¿cuántos de ellos se han abierto camino en el mundo? ¿Cuántos se han labrado un porvenir? Bah, nada bueno puede esperarse de esos vanidosos chupatintas...

Me di cuenta de que tales inquietudes solían asaltarle al anochecer, y aún recuerdo perfectamente todos los pormenores de aquella época bendita. Al caer la tarde, el bueno de Ikmeniev se convertía en un ser nervioso,

impresionable, desconfiado. Natacha y yo estábamos al corriente del hecho, y lo comentábamos entre risas. Recuerdo que para animarle, yo le relataba a veces anécdotas de escritores: de Sumarokof, a quien llegaron a hacer consejero privado; de Derchavin, que recibió una tabaquera llena de monedas de oro, y de la visita hecha por la emperatriz Catalina a Lemonosov. También le hablaba de Pushkin y de Gogol...

—Sí, hijo mío, todo eso lo sé muy bien—respondía el viejo, aunque quizás era la primera vez en su vida que oía hablar de semejantes asuntos—. Mira, Vania, al menos me alegra que tu libro no esté escrito en verso. Los versos son necedades que sólo valen para hacer perder el tiempo. Pase ya que los estudiantes hagan poesías, pero que las haga un joven de tu edad, eso sólo puede conducir al manicomio. No dudo que Pushkin fuera un gran hombre. Sin embargo, ¿qué hizo? Versos y más versos, para halagar un poco el oído. Aunque no leí demasiado, estoy seguro de que la prosa ya es algo distinto. Con la prosa se puede instruir, se puede hablar del amor, de la patria y de la virtud... Bueno, no sé explicarme, pero estoy seguro de que me entiendes, ¿no es cierto? Cuando te digo todo esto es porque siento por ti el mismo cariño que por un hijo.

Por fin, me presenté con mi libro, y todos nos reunimos en torno a la mesa, a tomar el té.

—Veamos, léenos un poco de eso que garabateaste ahí—dijo el anciano—. Están hablando bastante de ti. A ver si es cierto lo que dicen.

Cogí el libro y me preparé a leer. La obra había salido recientemente de la imprenta. En cuanto conseguí un ejemplar me dirigí a toda prisa a casa de los Ikmeniev. Lamentaba verdaderamente no haber podido hacerlo antes, pero el manuscrito se encontraba ya en poder del editor. Natacha llegó a llorar, incluso, y me reprochó que otros se hubieran enterado de la obra antes que ellos.

El caso es que nos hallábamos reunidos ante aquella mesa. El anciano Ikmeniev, con semblante serio y crítico, parecía dispuesto a emitir una opinión inapelable, una vez que se hubiera formado una idea del contenido de la obra. Lo mismo ocurría con Ana Andreievna, cuya actitud era tan solemne que resultaba para mí del todo desusada. Me pareció que hasta llevaba una cofia nueva, que se había puesto sin duda para escuchar la lectura. Hacía tiempo que se había dado cuenta del tierno amor que traslucían mis miradas, cuando yo observaba a Natacha, y que mis palabras resultaban inseguras al hablarle. La joven, por su parte, también me miraba con mayor interés.

Por fin llegaba el feliz día en que el triunfo recompensaba mis desesperanzas y me auguraba futura dicha. Todo se presentaba casi de improviso.

La observadora Ana Andreievna había notado, asimismo, que su marido me trataba con gran consideración desde hacía un tiempo, observándonos a Natacha y a mí de una forma harto significativa. La anciana sintióse sobrecogida de pronto. En efecto, yo no era conde ni príncipe, ni siquiera era licenciado en Derecho por alguna universidad... Y es que Ana Andreievna nunca se quedaba a medias, cuando daba rienda suelta a su fantasía.

«Le prodigan muchos elogios a este muchacho — pensaba —, pero a fin de cuentas, no hay demasiados motivos. Ser escritor, o poeta, ¿qué representa eso, al fin y al cabo?»

CAPITULO VI

Leí mi novela sin interrupción, de una vez, lo cual prolongó la velada hasta las dos de la madrugada. Cuando empecé, advertí que el anciano arrugaba el entrecejo. Tal vez aguardaba algo sublime, incomprensible para él, y en vez de eso se encontraba con sucesos corrientes, de los que diariamente se presentan a nuestro alrededor. Quizás esperaba que el protagonista fuera un gran personaje histórico, como Roslavliev o Yuri Milovslavski. Yo, en cambio, presentaba a un infeliz empleadillo, simplón y de ropa desastrada, y lo refería todo con el estilo llano del lenguaje corriente. Resultaba inconcebible. Ana Andreievna dirigía miradas de desconcierto a su marido, y hasta movía levemente la cabeza, en señal de desaprobación. Se preguntaba si valía la pena escribir aquellas necedades, y si habría alguien capaz de pagar para leerlas.

Natacha, por el contrario, escuchaba mi lectura con gran atención, casi ávidamente y sin apartar sus ojos de mí. Parecía seguir los movimientos de mis labios, repitiendo lo que yo decía. Aunque parezca increíble, no había llegado a la mitad de la obra, cuando mis tres oyentes tenían los ojos llenos de lágrimas. La madre lloraba con desconsuelo, plenamente compadecida de mi héroe, y a juzgar por sus breves comentarios parecía querer ayudarle en sus desdichas. Ikmeniev, por su parte, se había olvidado de sus sueños de grandeza.

— Nada más comenzar — manifestó —, se ve que es un relato sencillo, sin alardes. Sin embargo, conmueve.

Nos hace comprender lo que ocurre a nuestro alrededor, y que hasta el último de los hombres es digno de consideración.

Natacha lloraba silenciosamente, y en un momento me estrechó a escondidas la mano, por debajo de la mesa. Una vez que hube concluido la lectura, la joven se levantó de su silla con las mejillas arreboladas y los ojos velados por el llanto. Me cogió una mano de improviso, la besó y echó a correr, desapareciendo por la puerta de la estancia. El padre y la madre se miraron brevemente, y el viejo musitó:

—¡Vaya, qué chica tan impulsiva! En fin, no hay nada de malo en ello, es un arrebato de emoción. Es una buena muchacha...

Todo esto lo dijo mirando a su esposa, sin duda tratando de disculpar a Natacha, y de paso a mí, aunque no sé bien por qué.

A pesar de la emoción que le produjera la lectura de la novela, Ana Andreievna se mostraba menos entusiasmada, y parecía querer decir: «Sí, ya sabemos que Alejandro de Macedonia fue un gran héroe, pero no por eso vamos a rasgarnos las vestiduras».

Un momento después regresó Natacha. Venía gozosa, llena de alegría, y al pasar junto a mí me dio un breve pellizco, sin decir nada. El anciano parecía dispuesto a hacer la crítica de mi obra, pero se le veía tan emocionado, que sin poder contenerse declaró:

—Magnífico, querido Vania, magnífico. Te aseguro que estoy conmovido; nunca lo hubiera imaginado. No se trata de una obra sublime, claro está. En cierta ocasión leí «La liberación de Moscú», y desde el primer momento se siente uno transportado a las alturas, como una águila... Tu libro, Vania, es más sencillo, se comprende mejor, y es justamente esa naturalidad lo que más me gusta. Da la sensación como si todo eso le hubiera ocurrido a uno mismo. Y es que ¿para qué valen los temas de envergadura, si nadie los entiende? Me gusta mucho

tu obra, ya lo he dicho, pero de todos modos le falta algo al estilo, sí, creo que carece de altura, digas lo que digas. Eso ya no tiene solución, puesto que el libro está impreso, pero en la segunda edición... Porque tal vez haya otra edición, así ganarás más dinero, ¿verdad?

—¿Es cierto que eso te da bastante dinero, Iván Petrovitch? —inquirió Ana Andreievna—. Cuanto más lo pienso, más absurdo me parece. ¡Señor, en qué se gasta la gente el dinero, en nuestros días!

—Escucha, Vania —declaró Ikmeniev, cada vez más entusiasmado—; esto no puede compararse con un empleo fijo, desde luego, pero no deja de ser una carrera. Grandes personajes leerán tus libros. Mencionaste que a Gogol le pasaban una pensión anual, y que hasta le mandaron al extranjero. Puede que también lo hagan contigo, ¿eh? Claro que aún resulta demasiado pronto; necesitas escribir antes otras obras. Entonces, hijo mío, date prisa en hacerlo. No debes dormirte en los laureles, sin vacilar.

Todo esto lo dijo tan convencido, con tanta sinceridad, que no tuve valor para poner coto a su fantasía, ni para enfriar su gozo.

—Y seguramente te harán buenos regalos, para animarte —añadió—. Quizá lleguen a invitarte a la corte...

Esto lo dijo en voz baja, guiñando un ojo significativamente a Natacha.

—Aunque tal vez sea aún demasiado pronto para que te reciban —declaró en seguida.

—¿Dónde, en la corte? —terció Ana Andreievna, con tono ligeramente irónico.

—Vaya, de seguir así ya me veo general —aseguré yo, riendo alegremente.

El anciano también se echó a reír, no menos contento.

—¿Desea cenar, el señor general? —preguntó en broma Natacha, que había preparado algo en la cocina, mientras tanto.

Después se unió a la alegría de todos, y corriendo hacia su padre le abrazó con fuerza.

—¡Padre! ¡Padrecito mío! —dijo llena de emoción, e Ikmeniev no se mostró menos enternecido.

—En fin, basta ya —dijo entonces el anciano—. He hablado sin pensar demasiado. Seas o no general, lo importante ahora es cenar... ¡Vamos, qué muchacha tan sensible!

Dio unos cariñosos golpecitos en las arreboladas mejillas de Natacha, como solía hacer en ocasiones semejantes, y agregó:

—Mira, Vania, si digo estas cosas es porque te aprecio de verdad. Cierto que no eres general; pero aunque nunca llegaras a serlo, ya puedes considerarte como un hombre encumbrado, un autor famoso.

—Ahora se dice escritor, papá.

—Vaya, ¿no se dice ya autor? Lo ignoraba. En fin, escritor, entonces. Digo que seguramente no te nombrarán gentilhombre de palacio por ello, Vania, pero de todos modos puedes abrirte camino. Quizá te designen agregado de alguna Embajada y te manden al extranjero, a Italia, por ejemplo, y así podrás perfeccionar tus estudios. En el peor de los casos te pasarían una pensión, imagino. Cierto es que todo debes ganártelo, merecerlo, y no recibir honores o dinero como un protegido...

—De todos modos, que no se te suban los humos a la cabeza —dijo Ana Andreievna, sonriendo.

—No, no, papá —intervino Natacha, en el mismo tono—. Es mejor que le otorguen una condecoración importante. Eso de agregado de Embajada me parece poca cosa.

De nuevo me dio Natacha un pellizco en un brazo.

—¡Ah, cómo se burla la muy pícara de este pobre viejo! —manifestó el anciano Ikmeniev, observando satisfecho a su hija, cuyos ojos seguían brillando intensamente—. En fin, hijos, tal vez me he excedido un poco; nunca puedo evitarlo. ¿Quieres que te diga algo,

Vania? Verás, cuando te miro no te encuentro nada de extraordinario...

—Por favor, papá, ¿qué querías ver en él?

—No, no me entendéis. Lo que digo, Vania, es que no tienes aspecto de poeta. Todos ellos, bueno, según dicen, son gente pálida, de largos cabellos y ojos de mirar un tanto raro... Como Goethe y los demás, según he leído. ¿Qué ocurre, dije alguna tontería? Bueno, esta chiquilla siempre se divierte a costa mía. Sé que no soy un hombre culto, pero también tengo sentimientos. En fin, dejemos de lado la cuestión del aspecto, que no tiene demasiada importancia. Por otra parte, tú tienes buena presencia y resultas agradable, pero lo que importa es que seas un hombre a carta cabal, lleno de honradez y sin que te creas más importante que los que te rodean. Si lo haces así, te espera un gran porvenir. Vaya, menos mal que me ha salido justamente lo que quería decir; sí, eso es, precisamente.

¡Felices tiempos! Yo pasaba las veladas y todos los momentos que tenía libres, en casa de los Ikmeniev. Comentaba con el anciano las novedades literarias, y hablábamos de escritores, por los que Ikmeniev se había sentido interesado de pronto. Llegó hasta a leer artículos de un famoso crítico del que yo le había hablado en numerosas ocasiones. Aunque apenas comprendía lo que escribía el crítico, le elogiaba sin reservas, mientras que censuraba acerbamente a mis enemigos, los redactores de «El abejorro del Norte».

Natacha y yo estábamos sometidos a la vigilancia de Ana Andreievna, pero ésta no consiguió sorprendernos. Nuestros corazones se entendían, y la joven admitió que me amaba. Los viejos, adivinándolo, sólo tuvieron la confirmación más tarde. Después de algunas reflexiones, la madre movió la cabeza, llena de dudas. Aquello le parecía muy inquietante No tenía confianza en mí.

—Cierto que has logrado un éxito, Vania —me decía—; pero supón que ocurre de modo distinto la pró-

xima vez. ¿Qué será de ti? Si tuvieras un empleo, por lo menos...

—Voy a darte mi opinión, Vania—dijo a su vez el viejo, cuando hubo madurado el asunto largamente—; me he dado cuenta de que tú y Natacha... En fin, confieso que me he alegrado, pues no tiene nada de particular, ¿verdad? Pero debes comprender que aún sois demasiado jóvenes. Ana Andreievna tiene razón. Vale más esperar un tiempo. Es verdad que tienes talento, y mucho, no dejo de reconocerlo; pero de ahí a ser un genio, como se dijo al principio... No, no lo eres, y hasta la crítica de «El abejorro del Norte» te trata bastante mal, aunque no es más que un periodiquillo de mala muerte. Ahora bien, el poseer talento no quiere decir que tengas tu situación asegurada, y ya sabes que los dos sois pobres. Aguardemos un año, o año y medio; si te afianzas aún más, te llevas a Natacha. En caso contrario, tú mismo podrás decidir. Sé que eres una persona honrada.

Quedaron así las cosas, y al cabo de un año la situación era como relato a continuación:

En efecto, esto sucedió un año más tarde, casi exactamente. Un hermoso día de setiembre, al anochecer, me dirigí a casa de mis viejos amigos, y enfermo, agotado, me dejé caer en una silla, poco menos que desvanecido. Ellos se sobresaltaron al verme en aquel estado. Si en esa ocasión sentía que la cabeza me daba vueltas, si mi alma estaba llena de congoja, hasta el extremo de haberme acercado diez veces a la puerta de ellos, retrocediendo en otras tantas ocasiones, sin atreverme a llamar, no era por que no hubiera avanzado extraordinariamente en mi carrera, ni porque careciese aún de gloria y dinero, o porque faltase mucho para que me enviaran a una Embajada, o a Italia con una pensión, sino porque en un año pueden vivirse diez vidas, y precisamente era eso lo que le había ocurrido a mi Natacha; porque un abismo se había abierto entre ella y yo...

Bien recuerdo que me hallaba ante el viejo sin decir nada, dando vueltas entre mis manos, sin darme cuenta, al sombrero cuya copa estaba ya bastante deformada. Yo esperaba sentado, sin saber por qué, la entrada de Natacha. Llevaba un traje raído, que me quedaba aún peor por haber adelgazado bastante. También estaba muy pálido, y con todo, distaba mucho de parecerme a un poeta. Mis ojos no traslucían aquella altivez que tanta preocupación causara al bueno de Ikmeniev. Mientras tanto, Ana Andreievna me miraba con mal disimulada compasión, como diciéndose: «¡Y pensar que estuve a punto de entregarle a mi hija! ¡El Señor nos ampare!»

—¿Te sirvo una taza de té, Iván Petrovitch—me preguntó al fin, señalando al samovar que humeaba—. ¿Cómo te encuentras? ¿Aún sigues enfermo?

Me lo preguntó en un tono tan lastimero que aún resuena en mis oídos. También me parece que la estoy viendo. Al tiempo que hablaba, su mirada expresaba evidente inquietud, la misma que había hecho presa en el anciano Ikmeniev, que, sentado ante una taza, se hallaba embebido en sus pensamientos.

Yo estaba enterado del motivo de esa seria preocupación, que era su pleito con el príncipe Valkovski, lo que en unión de otras contrariedades tenían al pobre viejo desmoralizado, llegando a afectar su salud.

El causante de aquel enredo, el joven príncipe, los había ido a visitar cinco meses antes. Con gran alegría acogió el anciano Ikmeniev a Aliocha, al que quería como un hijo y del que hablaba muy a menudo. Ana Andreievna se acordó de Vasilievskoie y se deshizo en un mar de lágrimas. Continuó Aliocha visitándoles con mayor asiduidad cada vez, y sin que se enterase su padre. Ikmeniev, siempre honrado y recto en su proceder, rechazó indignado cualquier precaución, y hasta se negaba a pensar en lo que diría el príncipe, si llegaba a saber que el antiguo administrador recibía al joven en su casa. Aliocha comenzó a visitar la casa diaria-

mente, y los viejos se sentían muy a gusto a su lado. Pasaban juntos veladas enteras, y el joven no se iba a veces hasta pasada la medianoche. Como no podía menos que ocurrir, el príncipe terminó enterándose, y ello dio pie a los más abyectos comentarios. El aristócrata escribió a Nicolás Sergueitch una carta insultante sobre el viejo asunto de siempre, y prohibió a su hijo que fuera a ver a los Ikmeniev.

Ocurrió esto último quince días antes de mi visita, y ello llenaba de aflicción al buen anciano. ¡Mezclar de nuevo a su Natacha, tan buena e inocente, en aquellos repugnantes infundios! Ver su apellido escarnecido por aquel hombre que le acusara despiadadamente... ¿Cómo iba él a consentirlo, sin exigir una reparación? Tan grande fue su tristeza y pesadumbre, que tuvo que guardar cama varios días.

Me enteré de lo que sucedía, y sintiéndome también enfermo y acongojado, dejé que transcurrieran tres semanas sin ir a visitarles. Además, yo sabía..., es decir, presentía lo que estaba sucediendo. Observaba que los ancianos eran presa de una angustia cruel, y tenía miedo de adivinar, de saber, procurando alejar el momento de la fatal revelación. Pero sólo para eso había ido a visitar a los ancianos. Una fuerza irresistible me atraía hacia la casa de los Ikmeniev

Como si despertara de un sueño, el viejo me preguntó repentinamente:

—¿Cómo es eso, Vania? ¿Estuviste enfermo? ¿Cómo has tardado tanto en venir por aquí? Bueno, yo soy el que tiene que hacerse los reproches. Hace varios días quería ir a verte, pero han pasado algunas cosas...

De nuevo volvió a sumirse en sus profundas cavilaciones.

—Sólo estuve indispuesto —repuse yo.

—Has estado enfermo, ¿lo ves? —dijo al cabo de varios minutos—. Ya te dije que debías cuidarte, y no me has escuchado. Mi querido Vania, como podrás comprobar, las musas siempre han vivido en un desván, y nadie las echará de allí.

Evidentemente, el anciano no estaba de buen talante, pues sólo podía hablarme de aquel modo si tenía el corazón herido. Le observé con detenimiento y advertí que se hallaba pálido, con una expresión de incertidumbre reflejada en los ojos. No había duda de que se encontraba ante un problema de difícil solución. Sus maneras, cáusticas y ásperas, no concordaban con su afable naturaleza. Ana Andreievna le miraba inquieta y movía la cabeza. En un momento en que él se volvió, la mujer me hizo a hurtadillas un gesto significativo, señalándole.

Yo me decidí a preguntar por Natacha, al fin.

—¿Cómo está Natacha Nicolaievna? ¿Ha salido?

—Está en casa, querido—repuso la madre, algo turbada ante mi pregunta—. Saldrá dentro de un momento, y se alegrará mucho de verte. Aunque parezca extraño, en tres semanas que lleváis sin veros, Natacha ha cambiado; la noto un poco rara. No sé si está sana o enferma. ¡Dios se apiade de ella!

Miró entonces a su marido, con cierto temor.

—Bah, no le pasa absolutamente nada—intervino Nicolás, con tono malhumorado—. Lo que ocurre es que empieza a hacerse mayor. ¡Cualquiera entiende los caprichos de una muchacha de sus años!

—De nuevo vuelves a hablar de caprichos—dijo la madre, visiblemente molesta.

El anciano prefirió callarse, y se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa. «¿Será posible que haya ocurrido algo entre ellos?», pensé acongojado.

—Y bien, ¿qué cuentas de nuevo?—preguntó poco después Ikmeniev—. ¿Continúa B... dedicándose a la crítica, como de costumbre?

—En efecto—repuse.

—Ah, Vania—dijo el anciano, haciendo un gesto de indiferencia—, ¿para qué valdrá tanta crítica?

En ese momento abrióse la puerta y entró Natacha.

CAPITULO VII

Traía en la mano el sombrero, que dejó encima del piano. Después se dirigió hacia mí, y sin decirme nada me tendió la diestra. Sus labios musitaron algo a modo de saludo, pero no alcancé a escuchar nada.

En las tres semanas que llevábamos sin vernos, había experimentado un gran cambio. Lleno de pena contemplé su rostro descarnado y pálido, los labios resecos por la fiebre, los ojos que bajo las sombrías pestañas miraban ardorosamente, con indómita resolución.

Y no obstante, ¡qué hermosa estaba, Señor! Nunca, ni antes ni después, volví a verla tan bella como en aquellas horas aciagas. Me pregunté si sería la misma Natacha que apenas un año antes, sin apartar los ojos de mí, repetía la lectura de mi novela, y se reía y bromeaba sin la menor preocupación, durante la cena. ¿Era la misma Natacha que en esa estancia bajó la cabeza ante mi pregunta, y con las mejillas encendidas me había contestado... «Sí...»?

En ese momento dejóse oír el sonido profundo de una campana que tocaba a vísperas, y vi que Natacha se estremecía. La madre se santiguó.

—¿No pensabas ir a vísperas, Natacha?—preguntó Ana Andreievna—. Anda, pues, hija mía, y reza. Te vendrá bien dar un paseo, aunque la iglesia esté cerca. Siempre estás encerrada y por eso te pones pálida. Se diría que te han echado un sortilegio.

—Creo... que no voy a ir hoy—repuso Natacha, con

voz débil, palideciendo aún más—. No me siento nada bien.

—¿Por qué no vas? Tenías intención de hacerlo, hace un momento. Hasta cogiste el sombrero para salir. Anda, ve a rezar, hija mía, para que Dios te devuelva la salud.

Ikmeniev, confirmando las palabras de su mujer, declaró al tiempo que miraba inquieto a su hija:

—Eso es, será mejor que salgas un poco a tomar el aire. Tu madre tiene razón. Vania puede acompañarte.

Aún me parece ver la fugaz y amarga sonrisa que afloró en los labios de Natacha. Acercóse al piano, cogió el sombrero y con manos temblorosas se lo puso. Daba la sensación de un autómata; era como si no tuviera conciencia de lo que hacía. Los dos ancianos la seguían atentamente con la mirada.

Después, con voz apenas audible se despidió:

—Adiós—dijo.

—¿Adiós? ¿Cómo dices eso, querida?—preguntó la madre—. Sólo vas a tomar un poco de aire ahí cerca; mira qué pálida estás... ¡Señor, ya se me olvidaba! Te he terminado el escapulario, y dentro he colocado una oración, hija mía. Me la enseñó un monje de Kiev, y es muy eficaz. Póntelo, mi niña. Tal vez nuestro Señor te devuelva la salud. Sólo tú nos quedas en este mundo, Natacha.

La anciana sacó del costurero la pequeña cruz de oro que Natacha solía ponerse al cuello, y de cuya cinta colgaba el escapulario recién terminado.

—No dejes de llevarla contigo para que Dios te dé salud—agregó Ana Andreievna, al tiempo que le pasaba la cinta en torno al cuello y hacía la señal de la cruz—. Antes te bendecía así todas las noches, cuando te acostabas. En el momento de dormirte, decía yo una oración y tú la repetías. Pero ahora no eres la misma, y Dios no te concede tranquilidad de espíritu. No, Natacha, ya no te sirven de alivio las plegarias de tu madre.

La pobre anciana echóse entonces a llorar. Natacha

le besó una mano en silencio, y avanzó hacia la puerta. De pronto volvió sobre sus pasos y se acercó a su padre temblando de emoción.

—Bendíceme tú también, papá—manifestó con voz ahogada, cayendo de rodillas a sus pies.

Aquella forma de actuar, tan solemne como inesperada, nos dejó sorprendidos y turbados. El padre la miró atónito unos instantes.

—¿Qué te ocurre, Natacha mía? Mi querida hija, mi pequeña, ¿qué te sucede?—preguntó él mientras las lágrimas le velaban los ojos—. ¿Por qué te atormentas día y noche? ¿Piensas que no me he dado cuenta? ¿Crees que voy a dormir, cuando sé que estás en vela? Vamos, cuéntamelo todo, mi Natacha. Confía las penas a tu viejo padre, y...

No pudo terminar. Cogió a la joven entre sus brazos y la estrechó con fuerza. Natacha apretóse contra él y apoyó la cabeza en su hombro.

—No me pasa nada; sólo que no me encuentro del todo bien—repuso Natacha, entre sollozos a duras penas contenidos.

—Quiera Dios bendecirte como yo lo hago, hija de mi corazón—manifestó Ikmeniev—. Que te proporcione tranquilidad de espíritu y te libre del mal. Pide a Dios, Natacha mía, que mis pobres ruegos de pecador lleguen hasta Él.

Intervino entonces la anciana madre, y bañada en lágrimas agregó:

—También yo te bendigo, hija mía.

—Adiós—repitió Natacha, con un débil susurro.

Una vez en el umbral se detuvo, dirigió una última mirada a sus padres, como si fuera a decirles algo, pero no se sintió con energías y salió de la estancia con rapidez. Temiendo alguna desgracia, me fui tras ella.

CAPITULO VIII

La joven caminaba embebida en sus pensamientos, con la cabeza gacha, sin mirarme. Cuando nos encontramos al final de la calle, en el muelle del Neva, volvióse hacia mí y me cogió por un brazo.

—Me ahogo—jadeó a media voz—. Me ahogo...

—Volvamos a casa, Natacha—repuse espantado.

—¿Acaso no comprendes, Vania, que me he marchado para siempre, que he abandonado a mis padres y que no volveré jamás a su lado?—declaró angustiada.

Creí que el corazón me había dejado de latir. Era cierto que todo esto lo había presentido cuando iba de visita a casa de los Ikmeniev; lo tuve presente en mi imaginación como una especie de neblina, mucho tiempo antes. Pero ahora sus palabras cayeron sobre mí como un rayo. Seguimos andando por el muelle como si fuéramos autómatas. Me sentía incapaz de hablar y hasta el pensar me producía mareos. ¡Todo aquello era monstruoso, imposible!

—Tú me consideras culpable, ¿no es cierto, Vania? —dijo ella, por fin.

—No puedo creerlo, es absurdo—repuse, casi sin saber lo que decía.

—Pues es verdad, Vania. Los he dejado para siempre; no sé qué será de ellos, ni lo que será de mí misma.

—¿Vas a marcharte con él, Natacha?—pregunté.

—Así es—me contestó.

—¡No puede ser verdad!—exclamé—. Sabes bien

que no puedes hacer eso, Natacha. Matarías a tus padres, y tú misma te perderías. ¿No lo comprendes?

—Sí, te entiendo, pero ¿qué puedo yo hacer? No quiero hacerles daño, pero he perdido la libertad.

En sus palabras se advertía la desesperación del condenado que llevan al suplicio.

—Aún es tiempo de que vuelvas, Natacha—rogué encarecidamente, aunque reconocía que mis súplicas casi resultaban ridículas—. ¿No te das cuenta del daño que haces a tu padre, obrando de este modo? El padre de él es enemigo del tuyo, le ha llamado ladrón y tienen un juicio pendiente, los dos. Además, bien lo sabes, Natacha, tú sabes que el príncipe asegura que fueron tus padres quien indujeron a Aliocha a tener relaciones íntimas contigo, la primera vez que fue al campo, a vuestra casa. Recuerda lo mucho que tu padre ha sufrido a causa de semejante calumnia. Sus cabellos han encanecido del todo, y no necesito decirte lo que van a sufrir ambos al verte perdida para siempre. Tú eres su tesoro, el único consuelo que les queda en su ancianidad. Y no puedes ignorar que tu padre te cree injustamente calumniada, objeto de ofensas por parte de gentes altivas. Los viejos rencores han vuelto a recrudecerse cuando se ha sabido que recibíais de nuevo a Aliocha en vuestra casa. Se han cambiado insultos otra vez entre tu padre y el suyo... Y ahora, de repente, todas esas murmuraciones resultará que son ciertas. Todos los que están enterados del asunto darán la razón al príncipe, y os acusarán a tu padre y a ti. ¿Qué será de él? No lo podrá resistir, morirá deshonrado, lleno de vergüenza. Y la causante será su querida hija. Tampoco tu madre podrá sobrevivir a su marido. Regresa, Natacha. ¡Vuelve conmigo!

Ella no respondió. En sus ojos se advertía un dolor tan profundo, que olvidé todo lo que le estaba diciendo y sólo me di cuenta del sufrimiento que atenazaba su corazón. Me dije que para tomar aquella decisión tuvo

que sentirse torturada, desgarrada interiormente, y que mis consejos eran inútiles y tardíos. A pesar de todo, no pude evitarlo y proseguí diciendo:

—Hace poco dijiste a tu madre que no pensabas ir a la iglesia. Quiere decir que no estabas totalmente decidida, ¿no es verdad?

Por toda respuesta me dirigió una triste sonrisa. ¿Para qué le hacía esa pregunta? Bien se veía que su decisión era irrevocable. Loco de angustia insistí:

—¿Hasta ese punto le amas?

—¿Qué puedo contestarte, Vania? Tú mismo lo estás viendo. Él me ha pedido que venga, y aquí estoy, aguardándole.

—Al menos escúchame, por favor—dije, haciendo la última tentativa—. Aún se puede arreglar esto. No hay necesidad de que te marches de tu hogar. Yo me encargaré de arreglarlo todo, te traeré sus cartas y le llevaré las tuyas, acordaré las entrevistas, sí, ¿por qué no? Cualquier cosa es mejor que dar el paso que estás a punto de avanzar. Lo solucionaré de la mejor forma posible para que seáis felices, ya lo verás. Y de ese modo te salvarás de la perdición a la que ahora te encaminas, querida Natacha. Porque así podrás salvarte. Haz lo que te digo, y todo saldrá perfectamente. Seréis felices, y podréis amaros cuanto queráis... El día en que terminen las desavenencias entre vuestros padres, pues algún día acabarán, estoy seguro de ello, entonces...

—Basta, Vania, no sigas hablando—me interrumpió ella, al tiempo que me apretaba con fuerza una mano y me sonreía tristemente a través de sus lágrimas—. ¡Mi querido y honrado Vania! Ni siquiera has hablado de ti mismo. Te he abandonado y todo me lo perdonas; incluso quieres entregar nuestras cartas. Sólo te importa mi felicidad.

Echóse a llorar, y continuó diciendo:

—Bien sé lo que me has querido, y lo que aún me sigues amando. A pesar de ello, no me has hecho un solo

reproche, no me has dirigido una palabra amarga. Yo, en cambio, ¡qué mala soy para ti! ¿Recuerdas, Vania, las horas que hemos pasado juntos? ¡Con lo feliz que pude ser a tu lado, mi querido Vania... Pero no, no te merezco. Y ahora, ¿por qué te recuerdo nuestra felicidad pasada? ¿Qué razón tengo para despertar en ti estos recuerdos? Tres semanas han pasado sin vernos, Vania, y puedo jurar que ni una sola vez pensé que me hubieras maldecido, o que me odiases. Sabía bien la razón de tu alejamiento: no querías ser un obstáculo para nosotros, preferías no hacerme un solo reproche. ¡Qué penoso debía de ser para ti vernos! Y a pesar de todo, Vania, ¡cómo te he echado de menos! Sí, es cierto que me empuja a los brazos de Aliocha un amor insensato, y sin embargo creo que te quiero más a ti como amigo. Estoy segura de que no podré vivir sin ti. Te necesito, no puedo prescindir de tu corazón de oro... ¡Qué terribles días nos aguardan!

Tenía los ojos anegados en lágrimas; en seguida agregó:

—¡Cuántos deseos tenía de verte! Estás muy pálido y delgado; ¿te encuentras enfermo, Vania? Y yo, sin preocuparme, recién caigo en la cuenta de que sólo hablo de mí. ¿Qué haces ahora? ¿Vas muy adelantado con tu nueva novela?

—¡Olvidemos mis novelas, Natacha! ¿Qué puedo importarte yo, ni mi pobre trabajo? Mis cosas siguen adelante, pero volvamos a lo tuyo. ¿Te ha pedido Aliocha que huyas de tu casa?

—No; más que cosa suya ha sido mía. Mira, Vania, voy a contártelo todo. El padre de Aliocha le ha encontrado una joven de familia rica y distinguida, emparentada con la mejor sociedad, y quiere casarle con ella. Bien sabes cómo es de intrigante el príncipe, y está decidido a llevar adelante sus planes, pues tiene la seguridad de que no volverá a encontrar una ocasión semejante. La joven es hermosa, culta y buena como

un ángel; incluso Aliocha se ha prendado de ella. A su vez, su padre quiere deshacerse de él lo antes posible, para poder casarse. Por eso trata de romper nuestras relaciones. Teme la influencia que ejerzo sobre su hijo.

—¿Sabe algo el príncipe acerca de vuestro amor? ¿Tiene sospechas?

—Está enterado de todo.

—¿Cómo pudo saberlo?

—El propio Aliocha se lo contó.

—¡Santo cielo, es inaudito! ¡Contárselo él mismo, y en semejantes circunstancias...!

—No, no se lo recrimines, Vania—dijo Natacha—, no podemos juzgarle como a los demás; es como un chiquillo, y ha recibido una educación muy distinta a la tuya y la mía. ¿Crees que se da cuenta de lo que hace? La primera influencia que llega hasta él, basta para hacerle olvidar lo que ha prometido minutos antes. Está desprovisto de carácter. Sería capaz de jurarte una cosa, y horas después, con la misma buena fe, te juraría todo lo contrario. Y el primero en descubrirlo sería él mismo. Puedes creerme que si Aliocha cometiera una acción verdaderamente reprobable, no sabría si castigarle o compadecerle. Es capaz de la mayor abnegación, pero sólo hasta que una nueva impresión influya en él. Sé que me olvidaría, si no estuviera siempre a su lado. Así es Aliocha.

—Mira, Natacha, tal vez lo de la boda no sean más que falsos rumores. ¿Cómo van a casarle, si es tan chiquillo?

—Ya te dije que su padre ha planeado su porvenir con todo detalle.

—¿Cómo has averiguado que su novia es tan hermosa, y que le gusta tanto?

—Él mismo me lo dijo.

—¿Es posible? ¿Entonces, te dice que es capaz de amar a otra mujer, y a pesar de eso exige de ti un sacrificio como el que ahora te dispones a realizar?

—No, Vania, no alcanzas a comprenderle. Le has tratado demasiado superficialmente, y para juzgarle se necesita conocerle más a fondo. En todo el mundo no hay corazón más recto y puro que el suyo. Es la verdad, y no voy a decir una cosa por otra. Pero no me extraña que se haya dejado seducir, pues sé que si estuviéramos una semana sin vernos, se olvidaría de mí para enamorarse de otra. Y en cuanto nos encontrásemos de nuevo, caería otra vez rendido a mis pies. Por fortuna, no me oculta nada, pues de otro modo los celos me matarían. He terminado por decidirme: si no me tiene siempre a su lado, dejará de amarme, me olvidará y me abandonará. Así es él, cualquier otra mujer se lo puede llevar. ¿Qué podría yo hacer entonces? Me moriría. Pero eso sería lo de menos, pues consideraría la muerte como una liberación, ya que me resulta imposible vivir sin él. Esto último sería más cruel que todas las torturas. ¡Ah, Vania! ¡Debes comprender hasta qué extremos llega mi amor por él, para que haya abandonado así a mis padres. No intentes convencerme con sermones edificantes; todo está decidido. Necesito estar siempre a su lado, a todas horas, en todo momento. Ya no puedo volver atrás. Me doy cuenta de que voy a perderme, y de que hiero a otros... ¡Vania! —exclamó repentinamente, temblando como una azogada—, ¿y si fuera verdad que él no me ama? ¿Y si es cierto lo que acabas de decir, de que tal vez me engañe, que sólo es honesto y sincero en apariencia, cuando en el fondo puede ser malo y vanidoso...? ¡Pensar que le defiendo ante ti, en el preciso momento en que tal vez se encuentra con otra, riéndose de mi candidez, cuando he dejado todo por él y voy en su busca por las calles...! ¡Oh, Vania!

Tan dolorosos eran sus lamentos, que me sentí aterrado. Me di cuenta de que Natacha había perdido el dominio de sí misma. Los celos más desatinados y ciegos eran lo que la impulsaban a tomar una determinación tan descabellada. Y esos mismos celos hicieron

también presa en mí. Sin poder contenerme, me dejé llevar por los más perversos sentimientos y dije:

—Natacha, no alcanzo a comprender que puedas amarle después de lo que tú misma me has contado de él. En realidad no le amas, ya que no crees en su amor. Y a pesar de todo, vas a buscarle, sin vacilar, y nos pierdes a todos por él. ¿Cómo puedes hacer eso? ¿No ves que ante vosotros se presenta una vida llena de sinsabores? ¡No sabes lo que haces, Natacha! ¡No es posible comprender un amor como ése!

—Le amo con locura, en efecto —contestó palideciendo, llena de congoja—. Jamás te quise a ti de esa forma. Sé muy bien que he perdido la cabeza, y que mi amor no es razonable, ni puro siquiera. Todo eso lo sé desde hace mucho tiempo, y hasta debo confesarte que en los momentos más felices que pasé a su lado, me di cuenta de que probablemente sólo me causaría sinsabores y tormentos. ¿Pero qué podría yo hacer, cuando hasta las penas que él me causa son para mí motivo de felicidad? Sé muy bien lo que me espera a su lado, lo mucho que me hará sufrir. Me ha jurado amor eterno, me prometió mil cosas, y a pesar de ello no creo en sus promesas; no puedo creerlas, aun cuando estoy convencida de que no miente, de que no sería capaz de engañarme. Yo misma le he dicho que no quiero atarle. A nadie le gusta estar sujeto. Pero soy feliz siendo su esclava, siéndolo por mi propia voluntad. Todo lo aceptaré de buen grado a cambio de tenerle a mi lado, con tal de poderle ver de vez en cuando. Creo que hasta llegaría a consentirle que amase a otra, si eso ocurriera con tal de tenerle cerca de mí, para sentir a Aliocha a mi lado. Seguramente esto te parece una bajeza, ¿verdad? —exclamó de improviso, mirándome con ojos fulgurantes, en los que se reflejaba el desvarío—. Ya lo ves, yo misma te digo que es una bajeza, y si él me abandonase le seguiría hasta el fin del mundo, aunque supiera que me iba a rechazar, a echarme como

a un perro de su lado. Me pides que vuelva a mi casa. ¿Qué pasaría entonces? Al día siguiente, si me lo pedía él, me iría de nuevo. Sólo tendría que llamarme, que silbarme como a un perro, para que corriese a su encuentro .. No me asustan las penas que me cause él. Sé que podré soportarlas, si vienen de Aliocha... Pero, Vania, qué vergonzoso resulta decirte todo esto...

En ese momento pensé en sus padres, y me pregunté si Natacha los habría olvidado por completo.

—¿Quieres decir que no va a casarse contigo, Natacha? —pregunté.

—Sí, me ha prometido que se casaría. Por eso me ha llamado esta vez, para casarnos mañana mismo en secreto, en el campo. Pero creo que no sabe lo que hace. Tal vez hasta ignora cómo se casa un hombre. En verdad, la situación es absurda. Si nos casamos, él después me lo echará en cara, y se sentirá desgraciado. Pero yo no quiero que tenga un solo motivo para hacerme reproches. Deseo dárselo todo sin exigirle nada a cambio. Prefiero no casarme con él, si voy a hacerle desgraciado.

—Eso no son más que tristes fantasías —observé—. Y dime, ¿vas a buscarle a su casa?

—Prometió venir a reunirse conmigo. En eso quedamos.

Entonces miró con impaciencia a lo lejos, pero no se veía a nadie.

Lleno de indignación, manifesté:

—Él no ha llegado todavía. ¡Eres la primera que acude a la cita!

Advertí que se estremecía, y que por su rostro cruzaba una sombra de dolor.

—Es posible que no venga —declaró con amargura—. Anteayer me escribió diciendo que si no le prometía acudir a la cita, se vería obligado a dejar nuestra boda para otro momento, y que su padre le llevaría con esa señorita. Lo expuso con toda naturalidad, como si le

diera lo mismo una cosa que otra. ¿Y si hubiera ido a verla a ella, Vania?

No respondí. Me cogió una mano y apretó con fuerza, mientras sus ojos fulguraban.

—Sí, está con ella —musitó con voz apenas audible—. Esperaba que yo no viniese para marcharse en seguida a su casa, y poder decir así que yo no había acudido a la cita. Le molesto y me ha abandonado. ¡Dios mío, qué insensata soy! Ya me dijo la última vez que estuvimos juntos que le aburría. ¿Qué espero, entonces?

—¡Ahí está! —exclamé yo, cuando le divisé a lo lejos avanzando por el muelle.

Natacha se estremeció al ver a Aliocha. Lanzó un grito, y soltando mi mano echó a correr hacia él.

La calle estaba casi desierta. Ambos se abrazaron estrechamente, y Natacha reía y lloraba a un tiempo, como si le encontrase después de una larga separación. Sus mejillas, tan pálidas un momento antes, se habían teñido de rojo. Estaba como trastornada.

Aliocha me vio en ese momento y se acercó a mí.

CAPÍTULO IX

Le observé intensamente, aunque ya nos habíamos visto en muchas otras ocasiones. Busqué entonces su mirada y traté de hallar en ella la solución a mi incertidumbre, la explicación de que un muchacho como él hubiera podido hechizar a Natacha, despertar en ella un amor tan descabellado que hasta la había impulsado a sacrificar lo que consideraba más sagrado en esta vida. Él me estrechó las manos con fuerza; su afable y serena mirada llegó hasta el fondo de mi alma, y creí entrever que tal vez estaba equivocado acerca de él, y sólo me había dejado llevar por el hecho de que era mi rival.

Ciertamente, no sentía ningún afecto por Aliocha, y en eso constituía yo, tal vez, una excepción entre todos los que le conocían. Había en él bastantes cosas que me disgustaban; por ejemplo, su elegancia, que juzgaba algo exagerada. Más tarde debí reconocer que me había dejado llevar por los prejuicios.

El joven Aliocha era alto, esbelto y bien proporcionado. Su rostro ovalado tenía una palidez casi constante. El pelo era rubio, y sus ojos azules, grandes y soñadores, brillaban a veces con la alegría más inocente e infantil. Los labios rojos y bien formados, presentaban generalmente un rictus de seriedad que hacía más sorprendente y atractiva su sonrisa, una sonrisa ingenua y espontánea que obligaba a sonreír del mismo modo al que hablaba con él, por mal predispuesto que estuviera.

Era elegante por naturaleza, y en su forma de actuar había una distinción natural. Aunque también es verdad que dejaba traslucir algunos hábitos que parecía dictarle el buen tono: frivolidad, altivez y cierta cortés insolencia.

Mas, predominando en él la ingenuidad, era el primero en reconocer sus errores y confesarlos riendo. Tengo la plena seguridad de que aquel niño grande no era capaz de mentir, ni aun en broma, y que de hacerlo, no se daba cuenta de ello. Hasta su egoísmo no repelía debido a que no se esforzaba por disimularlo, pues éste era un defecto que no conocía. Débil, confiado y tímido, carecía del menor vestigio de voluntad. Mentirle, engañarle, habría sido igual de cruel que mentir o engañar a un niño. Apenas si sabía nada de la vida, y daba la sensación de que ni a los cuarenta años conocería de ésta mucho más. Ante él tenía uno la sensación de esas personas condenadas a esperar eternamente llegar a su mayoría de edad, y que se hacen querer por sus encantos infantiles.

Comprendí que Natacha no mentía al asegurar que Aliocha era capaz de cometer una mala acción, dominado por una influencia fuerte y perniciosa. Pero luego, también, al darse cuenta de lo que había hecho, sin duda se moriría de pesar. Natacha presentía que podía dominarle, que el joven sería su víctima, y saboreaba de antemano la delicia de amar con locura y de torturar al ser amado precisamente por el amor que le profesaba. Quizá por ello Natacha se apresuraba a sacrificarse la primera. Su mirada le acariciaba llena de arrobo, y él, a su vez, contemplaba con éxtasis a la muchacha que por su amor lo había dejado todo: familia, amistades, conveniencias sociales... Era feliz.

—He sido injusta con él, Vania; no le merezco. Olvida mis malos pensamientos —dijo Natacha, y dirigiéndose al joven, con mirada llena de amor manifestó—: Creí que ya no venías, Aliocha.

Después de besarle la mano, el aludido se volvió hacia mí y me dijo:

—Mucho tiempo hace que deseaba abrazarle como a un hermano, tanto es lo bueno que ella me ha contado de usted. Apenas nos conocíamos, y mal podíamos comprendernos. Ahora podemos ser buenos amigos... y perdónenos.

Terminó bajando la voz y enrojeciendo ligeramente, pero con sonrisa tan sincera que me sentí obligado a corresponder a su saludo expresivamente.

—Sí, Vania es nuestro amigo—dijo Natacha—, o mejor dicho, es nuestro hermano. Nos ha perdonado, y no podríamos ser felices sin él. ¡Ah, Vania, qué crueles somos!

Natacha hizo una pausa y sus labios se estremecieron. Luego agregó:

—Vuelve a casa con ellos, Vania. Tienes tan buen corazón, que aunque mis padres no me perdonen, su dolor se mitigará un poco al ver que tú me has perdonado. Díselo todo, con las palabras que te dicte tu corazón. Trata de defenderme, expón mis razones, como seguramente las has comprendido. ¡Quién sabe si hubiese rechazado dar este paso, si tú no hubieras venido hoy! Al verte pensé que podrías dar a mis padres la noticia de modo que el golpe les resultara menos violento. ¡Oh, Señor, Señor mío! Hazles saber de mi parte, Vania, que comprendo que no pueden perdonarme, pues tampoco puede perdonarme Dios; diles que aunque me maldigan yo no dejaré de bendecirles siempre y de rogar por ellos con todo mi corazón... Mi alma estará siempre con ellos... ¿Por qué no podríamos ser todos felices, Dios mío? Y yo, ¿qué he hecho?—exclamó de repente, como volviendo en sí.

El joven la rodeó con sus brazos y la oprimió contra su pecho. Durante un largo momento los tres permanecimos en silencio.

—¿Es posible que haya podido exigirle usted semejante sacrificio?—pregunté a Aliocha, al tiempo que le dirigía una mirada de reproche.

—No me juzgue mal—repuso él—. Estas desgracias no durarán mucho; tengo plena seguridad de ello. Sólo debemos procurar tener serenidad para resistir estas horas aciagas. Ella piensa lo mismo... Ya sabe usted que el motivo de todo es el orgullo familiar, las desavenencias, ese juicio... Pero puedo jurarle que he reflexionado mucho acerca de esto, y estoy convencido de que todo se arreglará; volveremos a reunirnos, y nuestros padres, al vernos felices, nos perdonarán y olvidarán sus rencillas entre sí. Tal vez nuestra boda sea el punto de partida para la reconciliación. Creo que así ha de ser. ¿Qué le parece a usted?

—Ha hablado de casarse—inquirí, mirando brevemente a Natacha—. ¿Cuándo piensa usted hacerlo, Aliocha?

—Mañana, o a más tardar pasado. No lo sé con seguridad, pues no había hecho ningún trámite. Por otra parte, ignoraba si Natacha vendría hoy, y por si fuera poco, mi padre quiere llevarme esta noche a casa de mi prometida. Seguramente le habrá contado Natacha que quieren hacerme casar con otra. Pero yo me niego... El caso es que no he podido tomar una determinación concreta... Sin embargo, seguramente nos casaremos pasado mañana. Al menos, así lo creo, o mejor dicho, así debe ser. Un antiguo compañero mío de instituto reside en un pueblo del camino, a corta distancia de aquí, y es una excelente persona. Ya se lo presentaré en cuanto tengamos una oportunidad. En esa aldea tiene que haber un sacerdote, aunque no lo sé con seguridad. Lamento no haber podido escribirle ni siquiera unas líneas. En fin, a lo mejor ese amigo ni siquiera está en casa, en estos momentos. De todos modos, poco importa. Lo esencial es tener decisión. Podemos llamar al sacerdote de una aldea cualquiera, ¿no cree? Hay muchas aldeas por estos alrededores. Natacha, mientras tanto, podrá

quedarse en mi casa. Alquilé un piso donde viviremos en cuanto volvamos. Se hará usted cargo de que no quiero vivir de nuevo con mi padre. Espero que venga usted a vernos; el piso es muy bonito, y también vendrán mis compañeros del instituto. Daremos algunas veladas...

Yo le miraba lleno de asombro, con gesto ansioso. Natacha parecía suplicarme con los ojos que no le juzgara con excesiva severidad. Ella iba siguiendo sus palabras con gesto entristecido, y al mismo tiempo le admiraba como se admira a un niño gracioso cuya charla puede carecer de sentido pero está llena de gracejo. Dirigí a Aliocha una mirada de reproche.

—¿Cree usted que su padre le perdonará?—inquirí.

—No me cabe la menor duda. ¿Qué remedio le queda? Al principio no querrá saber nada conmigo, estoy seguro. Por otra parte, eso es lógico, tratándose de una persona tan severa. Puede que hasta me denuncie a la justicia, apoyándose en su autoridad de padre. Pero no creo que le dure mucho. Me quiere demasiado, y si al comienzo se enfada, terminará perdonándome. Entonces todos nos reconciliaremos, y viviremos dichosos. Sin exceptuar al padre de Natacha.

—Eso es lo que usted dice; pero, ¿y si su padre no le perdonase? ¿Ha pensado en ello?

—Tengo la seguridad de que me perdonará, aunque deje transcurrir algún tiempo. Voy a demostrarle que poseo más carácter del que él se piensa. Siempre me reprocha eso, que me falta decisión, que soy un atolondrado. Ahora lo verá. Ponerse al frente de una familia no es cosa de juego, y entonces se dará cuenta de que no soy un chiquillo. Bueno, lo que digo es que deseo demostrar que puedo ser como los demás hombres casados. Me mantendré yo solo, de mi trabajo, que es lo que desea Natacha, en lugar de vivir a costa de otros, como veníamos haciendo hasta ahora. Admito que soy bastante voluble, y que no sirvo para nada, no obstante, anteayer tuve una idea asombrosa. Le diré de qué se

trata, pues aunque el momento no es el más adecuado, deseo que Natacha se entere de ello y que usted me aconseje. Esta es mi idea: deseo escribir, como usted, en los periódicos. Espero que me ayude a entenderme con los editores. Cuento con ello. Me pasé la noche ideando una novela, y creo que resultará algo bueno. El tema no es exactamente mío, pues lo he tomado de una comedia de Scribe. En fin, dejemos este asunto para otra ocasión. Otro día se lo explicaré. Lo interesante es que me den dinero por ese trabajo. A usted le pagan bien, ¿verdad?

Sin poder evitarlo, esbocé una sonrisa.

—¿Le hace gracia, verdad?—repuso él, riéndose por su parte, y luego, con asombrosa inocencia, agregó—: Pues no debe fiarse de las apariencias. Soy un excelente observador, como podrá comprobar usted mismo. Es necesario intentarlo todo; nunca se sabe dónde puede salir algo conveniente. Pero tal vez tengan razón: no sé nada de la vida. Eso es lo que me dice Natacha, y lo que repite todo el mundo. Por consiguiente, mal escritor resultaría yo. Sí, puede reírse, pero al menos, corríjame. Le ruego que lo haga por Natacha, puesto que le tiene gran afecto. En cuanto a mí, sé que no la merezco, y eso me llena de pesar. En verdad, no sé cómo he podido inspirarle un amor tan grande. Lo cierto es que daría mi vida por ella. Jamás tuve miedo a nada, pero ahora le aseguro que me siento atemorizado. ¿Qué será de nosotros? Dios santo, ¿es posible que un hombre que se halla determinado a cumplir con su deber, en el momento más delicado se vea sin la resolución necesaria para hacerlo? Es usted el único amigo verdadero que tenemos, ¡ayúdenos! Debe perdonarme si cuento tanto con usted, pero sé que posee un corazón noble y que vale infinitamente más que yo. Al menos, tenga la certeza de que me enmendaré y me haré digno de Natacha.

Y así diciendo volvió a estrecharme la mano, mientras sus hermosos ojos expresaban los sentimientos más

nobles. Yo me sentí impresionado ante la confianza que traslucía aquel apretón de manos. Aliocha creía sinceramente en mi amistad.

—Verá usted cómo Natacha me ayuda a corregirme, a encauzarme por el buen camino. Y no se preocupe demasiado de nosotros. Tengo plena seguridad de que nos veremos libres de penurias materiales. Si mi novela no tuviera éxito, cosa muy probable, daría lecciones de música. ¿Ignoraba usted que soy un buen músico? Pues lo soy, en efecto, y no me daría vergüenza vivir de mi trabajo. En caso de apuro, hasta puedo vender muchas de mis pertenencias, que no me sirven para nada, y que nos permitirían vivir mucho tiempo sin grandes preocupaciones. Por último, y suponiendo que todo fuese mal, podría ingresar en la Administración. Sé que esto alegraría profundamente a mi padre, quien me ha pedido muchas veces que busque un empleo, y hasta creo que me ha inscrito en algún organismo. Pero yo siempre daba la excusa de que estaba delicado de salud. Cuando vea que la vida de casado me ha sido provechosa, que he sentado la cabeza y que desempeño un servicio útil, entonces sé que se alegrará y me perdonará.

—Escuche, Alejo Petrovich. ¿Ha pensado en lo que ocurrirá entre su padre y el de Natacha? ¿Imagina lo que puede suceder esta noche entre ellos, después de esto?—manifesté mientras señalaba a Natacha, que palideció intensamente ante la cruel realidad de mis preguntas.

—Sé que tiene razón—replicó el joven—. Es algo espantoso. Había pensado en ello, y ya puede comprender la zozobra que he sentido. Sin embargo, ¿qué podría yo hacer? Si me perdonasen los padres de Natacha, al menos... No sabe bien cómo los quiero. Fueron para mí como unos segundos padres, y mire ahora el pago que les doy. ¡Y esas querellas, ese juicio! Tanto como nos queremos, y disputar de esa forma. Sería mejor reconciliarnos. Eso debiéramos hacer, y todo habría concluido. Así obraría yo, si de mí dependiera, puede estar seguro. Pero me da miedo lo que ha dicho usted. Natacha, lo que vamos a hacer es espantoso, ya te lo dije antes, pero tú seguías insistiendo. Mire, Iván Petrovich, ¿no le parece que todo podría solucionarse? Sí, es necesario que ocurra así al final. Si es preciso, les reconciliaremos nosotros. Ya verá que no voy mal encaminado. Nuestro amor podrá más que todos los obstáculos. Aunque nos repudiaran, seguiremos queriéndolos, y ellos se rendirán al fin. No sabe usted bien lo buena persona que es mi padre, en ocasiones. Cierto que tiene un carácter algo especial, pero en determinados momentos es muy razonable. Tenía que haber oído la dulzura con que me aconsejaba esta mañana, y cómo se esforzaba por disuadirme. Ahora, ya lo ve, voy contra su voluntad. Y todo por culpa de unos prejuicios absurdos. Es una pena. Bastaría con que mi padre estuviera con Natacha media hora, para que aprobara todos nuestros propósitos.

Así diciendo, Aliocha dirigió a la joven una mirada llena de amor y ternura.

—Infinitas veces ha pasado por mi mente —siguió diciendo— que mi padre no sabría resistirse y la querría desde el mismo instante en que la conociera. Y eso es lo justo, pues Natacha asombra a todos. Es muy raro encontrar una joven como ella. Los prejuicios de mi padre la señalan como una intrigante, pero yo tengo la ineludible obligación de rehabilitar su honor. No dejaré de hacerlo. ¡Ah, Natacha! —agregó, lleno de vehemencia—, todos te quieren, todos. ¿Quién sería capaz de no amarte? Por otra parte, no es mucho lo que necesitamos para ser felices. Tengo la impresión de que esta noche nos traerá a todos la felicidad, la paz y la amistad. ¡Alabada sea esta noche! ¿No estás de acuerdo conmigo, Natacha? Pero, ¡cielo santo!, ¿qué tienes?

La muchacha se hallaba profundamente pálida. Mien-

tras Aliocha hablaba, ella tenía clavada su mirada en él, pero en su rostro se iba reflejando una turbación creciente, una expresión sombría. Por un momento me pareció que se había sumido en una especie de sopor y que no escuchaba las palabras del joven príncipe, pero las últimas exclamaciones de Aliocha la arrancaron de pronto de su singular adormecimiento.

Natacha pareció recuperarse, miró a su alrededor y se arrojó en mis brazos. Luego sacó del bolsillo una carta que me entregó. La misiva iba dirigida a sus padres y llevaba la fecha del día anterior. Al entregármela me miró fijamente, con expresión de tremenda desesperación. Nunca podré olvidar aquella espantosa mirada. Me di cuenta entonces de que Natacha no había comprendido realmente el horror de su conducta, hasta ese momento. Quiso decirme algo. pero le faltaron las fuerzas, se desvaneció, y no pude hacer otra cosa que sostenerla en mis brazos. Pálido de espanto, Aliocha le acarició las sienes y le besó las manos.

Al cabo de un momento Natacha recobró el conocimiento. Algo más allá se encontraba detenido el coche de alquiler que había llevado hasta allí al joven; éste hizo una seña al cochero, para que se acercara con el vehículo. Una vez que entró en su interior, Natacha me cogió las manos y las humedeció con sus apasionadas lágrimas. El coche partió dando tumbos, y yo seguí aún bastante tiempo en el mismo lugar. Comprendía que mi felicidad acababa de precipitarse en un profundo abismo. Mi vida estaba deshecha.

Regresé lentamente a casa de los ancianos padres de Natacha, por el mismo camino que recorriéramos los dos poco antes. Mis pensamientos eran confusos, al tratar de pensar en lo que debía decirles. Mis piernas se movían con lentitud y torpeza.

He aquí expuesto el relato de mi desdicha. ¡De este modo concluyó mi primer amor! Pero, prosigamos ahora con la interrumpida narración.

CAPíTULO X

Cuando habían transcurrido cinco días desde la muerte de Smith, fui a instalarme en su piso. Aquélla resultó para mí una jornada de abrumadora tristeza. El cielo estaba cubierto de densas nubes, caía una helada llovizna y hacía un frío desapacible. Mediada la tarde, el sol hizo una aparición fugaz, y un tenue rayo entró por la ventana de la estancia, como si sintiera curiosidad.

Comenzaba a arrepentirme de haberme trasladado allí, pues la habitación, aunque bastante amplia, tenía el techo bajo, olía a humo y a falta de ventilación, y se hallaba tan tristemente vacía, a pesar de haber llevado allí mis propios muebles, que era imposible evitar una sensación de pesimismo. Tuve la certeza que allí perdería la poca salud que aún me quedaba, y así ocurrió, en efecto.

Durante toda la mañana estuve intentando ordenar mis papeles. A falta de cartera, los había trasladado de cualquier modo en una funda de almohada. Luego hice lo posible por escribir, pero la pluma se escapaba de mis dedos. Me hallaba dedicado entonces a mi gran novela, pero otros pensamientos me absorbían.

Deposité a un lado la pluma y me acerqué a la ventana, sentándome junto a ella. Caía el crepúsculo y me sentía cada vez más triste y pesimista. Me daba la sensación de que la enorme ciudad acabaría por destrozarme. A decir verdad, siempre pensé que iba a morir en San Petersburgo.

Estaba ya cerca la primavera, y me dije que volvería a la vida cuando saliera de aquel antro y respirase al aire libre, embebiéndome en la fragancia de los bosques y los prados, a los que no veía desde hacía tanto tiempo.

Me vino a la cabeza la idea de que me haría mucho bien olvidar por completo, como bajo los efectos de un hechizo o un milagro, todo cuanto me había ocurrido en los últimos años de mi existencia. Quería olvidarme de todo, refrescar mi espíritu y comenzar a vivir con nuevas fuerzas. Ese era mi encarecido sueño: sufrir una especie de resurrección.

Llegué a pensar en ir a un manicomio para que de un modo u otro dejasen limpio mi cerebro de los tristes pensamientos que me abrumaban. Tenía sed de vivir, y creía en la vida. Al insistir en la peregrina idea del manicomio, lancé una carcajada y me dije: «¿Qué puedo hacer cuando salga del manicomio, escribir novelas otra vez?»

Esos eran mis pensamientos, y así sufría yo mientras iba transcurriendo el tiempo. Caía la noche, en ese momento. Había prometido a Natacha ir a buscarla hacia esa hora, pues el día anterior me envió una nota pidiéndome que fuese a verla. Por consiguiente, me preparé para salir, no sólo con objeto de cumplir con ella, sino para abandonar aquella habitación en la que tan a disgusto me hallaba.

Conforme iba aumentando la oscuridad, tenía yo la impresión de que la estancia parecía cada vez más amplia, como si se dilatara. Quizá vería allí por las noches a Smith, sentado en algún rincón, mirándome fijamente, como había mirado a Adán Ivanitch en la confitería, mientras *Azor* reposaba a sus pies.

Y justamente en ese momento me sucedió algo que me dejó sumamente impresionado. Debo confesar que todo pudo deberse a la tensión nerviosa en que me hallaba, a las sensaciones que se experimentan en una nueva vivienda, a las incontables desdichas que me

abrumaban. Desde que llegaba el anochecer comenzaba a apoderarse de mí, en los últimos tiempos, un estado de ánimo que es el mismo en que suelo hallarme por las noches, ahora que estoy enfermo, y al que he dado el nombre de «terror místico». Se trata de un pavor angustioso, lacerante, ante algún peligro que no puedo definir, por una amenaza irreal, pero que en ese momento se me presenta como un hecho innegable, tremendo, implacable, monstruoso. Por lo común, ese temor va aumentando, y derriba las barreras de la lógica llegando a tal extremo que aunque mi mente posee en esos instantes mayor agudeza, se ve impotente para rechazar tales pensamientos. Y esa sensación se suma al dolor angustioso de aguardar lo inesperado. Es algo parecido al miedo de morir, pero mi tormento está agudizado por lo inconcreto de mis aprensiones.

Me encontraba yo de pie ante la mesa, de espaldas a la puerta y disponiéndome a coger el sombrero, cuando se apoderó de mí la idea de que vería infaliblemente a Smith. El viejo abriría despacio la puerta, y deteniéndose en el umbral echaría un vistazo por la habitación. Luego entraría en el cuarto y avanzaría silencioso, con la cabeza gacha. Al llegar frente a mí, me observaría fijamente con sus ojos turbios, y luego lanzaría una larga carcajada con su risa silenciosa, desdentada, que le agitaría el cuerpo durante largo rato.

La alucinación tomó forma súbitamente en mi cerebro con una claridad y precisión asombrosas, a la vez que se apoderaba de mí la absoluta convicción de que aquello ocurriría de modo inexorable, o más bien, de que ya había sucedido, aunque yo no podía comprobarlo por hallarme de espaldas a la puerta.

Sin aguardar más, me volví repentinamente. Vi que, en efecto, la puerta comenzaba a abrirse despacio, en silencio, como lo había imaginado un instante antes. No pude evitarlo y lancé un grito. Pasaron unos segundos y no vi a nadie, como si la puerta se hubiera abierto sola.

Luego apareció en el umbral una criatura extraña, cuyos ojos me miraban fijos e insistentes desde la oscuridad. Un largo escalofrío me recorrió el cuerpo. Reconocí lleno de espanto que se trataba de una chiquilla, una niña. El mismo Smith seguramente no me hubiese asustado tanto como aquella inesperada aparición, aquella niña desconocida que entraba en mi cuarto a esas horas, en tales circunstancias.

Como ya he dicho, abrió la puerta lentamente, con movimientos débiles. Avanzó un par de pasos y se detuvo, mirándome llena de asombro. Por fin se adelantó hacia donde yo estaba y se detuvo justamente delante de mí, todo ello sin decir una sola palabra. Pude verla entonces detenidamente. Se trataba de una niña de doce o trece años, pálida y menuda como si hubiese salido recientemente de una grave enfermedad, de la que aún le quedaba el brillo de la fiebre en sus ojos grandes y negros. Con la mano izquierda sujetaba un pañolón raído que le resguardaba el pecho del frío de la calle, lo que no impedía que temblase perceptiblemente. Iba vestida de harapos, y sus negros cabellos le caían desordenados y lacios.

Nos observamos fijamente durante un par de minutos. Después, con voz ronca, como si le dolieran el pecho o la garganta, la niña preguntó:

—¿Dónde está mi abuelo?

El «terror místico» que me había sobrecogido, se desvaneció de repente. La niña preguntaba por Smith, descubriéndome inesperadamente su pista.

—¿Tu abuelo? ¡El viejo ha muerto! —repuse con brusquedad causada por lo inesperado de la pregunta, y de lo que me arrepentiría en seguida.

La pequeña quedóse inmóvil un buen rato, y luego empezó a temblar con tal violencia que temí verla caer al suelo, presa de un ataque de nervios. Me apresuré a sostenerla, y al cabo de un rato se encontró mejor, aun

cuando noté claramente que hacía tremendo esfuerzos para dominar su emoción.

—¡Perdón! ¡Perdóname, hijita! —exclamé—. No debí darte la noticia tan bruscamente. Pero veamos, quizá no sea tu abuelo el que murió. ¿Buscabas acaso al viejo que vivía aquí?

—Sí —contestó ella, mirándome angustiada.

—¿Se llamaba Smith?

—Sí...

—Entonces debes tener resignación; es él, en efecto, quien ha muerto... Pero no llores. ¿Cómo no has venido antes? ¿Dónde te encontrabas? Murió de repente y le enterraron ayer. De modo que eres su nieta, ¿verdad?

La chiquilla no replicó a mis preguntas rápidas y atolondradas. Volvióse sin decir palabra y salió de la habitación. Me sentía tan asombrado que no pensé en retenerla. Una vez en el umbral se detuvo, y, vuelta a medias hacia mí, volvió a inquirir:

—¿También ha muerto *Azor?*

—Sí, también.

Esta otra pregunta no me sorprendió menos que la primera, sobre todo por la naturalidad que parecía emanar de ella. La criatura parecía estar convencida de que *Azor* tenía que morir al mismo tiempo que el anciano. Por fin salió de la habitación, y cerró la puerta tras sí, con todo cuidado.

Al momento corrí en su persecución, irritado conmigo mismo por haberla dejado marchar de aquella forma. No la había oído abrir la puerta de la escalera, y me dije que no pudo tener tiempo de bajar. Entonces escuché en el descansillo, esperando oír sus pasos. El silencio era absoluto, y no se escuchaba el menor ruido.

En un piso inferior se cerró una puerta, y todo volvió a quedar silencioso de nuevo.

Entre el cuarto y el quinto piso —en el que yo vivía—, la escalera era de caracol. Por debajo del cuarto piso la escalera descendía recta. Era sucia y oscura,

como las de las grandes casas de inquilinos. En aquellos momentos la oscuridad era impenetrable. Bajé a tientas hasta el cuarto piso, y tuve la sensación de que en aquel rellano había alguien ocultándose. Empecé a palpar con las manos, y encontré por fin a la niña, llorando quedamente en un rincón, de cara a la pared.

—Vamos, ¿por qué lloras? —le dije—. Bueno, sé que he hecho mal en asustarte, hablándote de ese modo. Escucha, tu abuelo, al morir, te nombró. Fueron las últimas palabras que llegó a pronunciar. Ha dejado algunos libros, que son tuyos, como es lógico. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? Recuerdo que dijo que vivías en la sexta calle de...

No me dejó continuar. Como si le aterrase la idea de que yo supiera el sitio donde vivía, profirió una exclamación, me rechazó con su delgada manita y corrió alocadamente escaleras abajo. Continué tras ella, orientándome por el ruido de sus rápidos pasos. Cuando llegué a la calle no vi a nadie, aunque la busqué afanosamente. Había desaparecido. Pensé que se habría escondido en cualquier rincón de la escalera, para luego marcharse definitivamente.

CAPITULO XI

Apenas había pisado la sucia y húmeda acera, cuando tropecé con un transeúnte que iba ensimismado en sus pensamientos, con la cabeza gacha. Grande fue mi asombro cuando vi que era el anciano Ikmeniev. Según podía verse, aquella noche resultaba ser la de los encuentros imprevistos. Me hallaba al corriente de que tres días antes el viejo estuvo muy enfermo, y ahora le encontraba en la calle, a pesar del mal tiempo reinante. También era extraña la hora, pues Ikmeniev no salía nunca de noche, y menos desde la fuga de Natacha.

Dio grandes muestras de contento al verme, como si por fin hubiese encontrado un amigo con el que compartir sus preocupaciones. Me estrechó la mano fuertemente, y sin detenerse a preguntarme hacia dónde me dirigía, me llevó con él. Noté que iba como asustado y con prisas. «¿Dónde habrá estado?», me dije, pero no quise preguntárselo, pues se había hecho muy suspicaz y colérico, hasta el extremo que consideraba como insultos las observaciones o preguntas más inocentes.

Miré a Ikmeniev de reojo y noté que había adelgazado mucho. Su barba crecida le daba un aspecto enfermizo, y los cabellos, ya canosos del todo, salían desordenados bajo su desgastado sombrero y le colgaban en mechones sobre el cuello del raído gabán.

En ocasiones, como ya he dicho, se abstraía profundamente, y olvidando que estaba solo se ponía a hablar

consigo mismo, agitando las manos. Yo sentía una profunda lástima, viéndole en aquel estado.

—Hola, Vania—me dijo ahora—. ¿Hacia dónde vas? Yo he salido a arreglar algunos asuntos. ¿Cómo marcha esa salud?

—En realidad, yo soy el que debe preguntarle—repuse—. Hace pocos días estaba usted enfermo, y compruebo que ya sale usted a la calle.

El anciano no me contestó; parecía no haber comprendido lo que le acababa de decir.

—¿Cómo se encuentra Ana Andreievna?—insistí.

—Pues no del todo bien... No sé qué le ocurre. Siempre la veo triste, y por cierto que se acuerda de ti con frecuencia. ¿Por qué no vienes ahora a verla? ¿O acaso tienes que ir a otro sitio? A lo mejor te he hecho desviar de tu camino.

Al hablarme así, me miraba con aire de recelo y desconfianza. Tan susceptible y quisquilloso se había vuelto el viejo, que si no le hubiese dicho que iba a su casa, se habría enfadado, alejándose fríamente de mí. Por lo tanto, le aseguré que, en efecto, iba a hacerles una visita, si bien corría el riesgo de llegar tarde a la cita con Natacha.

Ya más tranquilizado por mis palabras, dijo:

—Vaya, me parece bien.

En seguida volvió a quedarse pensativo, y pasado un buen rato, agregó, como si despertase de un profundo letargo:

—Mira, Vania, tú sabes perfectamente que siempre has sido como un hijo para nosotros. El Señor no quiso darnos hijos varones a Ana Andreievna y a mí, y por eso te envió a nuestro lado. He pensado siempre así, igual que mi esposa. Siempre nos respetaste y quisiste como un hijo cariñoso. Quiera bendecirte el Señor, como nosotros te bendecimos y te queremos.

La voz le temblaba ahora perceptiblemente, por lo que guardó silencio un momento.

—¿Has estado enfermo? —preguntó de nuevo—. ¿Cómo tardaste tanto en venir a casa?

Le relaté lo que me había sucedido con el viejo Smith, alegando que la contingencia me tuvo ocupado esos días. Además, estuve algo enfermo, y por todo ello no había tenido tiempo de ir a verles a Vasili Ostrof, donde ahora vivían. Casi cometo un error, diciendo que encontré una oportunidad para visitar a Natacha, pero me callé a tiempo, por suerte.

El viejo se interesó grandemente por la historia de Smith, y escuchó mi relato con toda atención. Cuando se enteró de que mi nuevo piso era más humedo y sombrío que el anterior, y que me costaba seis rublos mensuales, estalló de nuevo. Habíase vuelto muy irritable; en tales ocasiones sólo Ana Andreievna intentaba calmarle, y no siempre lo lograba.

—¡Ya ves lo que supone la literatura!—exclamó con vehemencia—. Te ha conducido a una buhardilla, y acabará llevándote al cementerio. No me digas que no te lo había pronosticado hace tiempo... ¿Y qué es de B...? ¿Aún hace crítica literaria?

—No; murió de tisis. Me pareció habérselo contado—manifesté.

—¿Ha muerto? No podía suceder de otro modo. Al menos, ¿dejó algo a su mujer y a sus hijos? Porque según tengo entendido, estaba casado. No concibo cómo puede casarse esa gente.

—No, B... no ha dejado nada.

—¡Vaya!—manifestó aún más irritado, como si se tratase del asunto de algún pariente o hermano—. Lo que me temía. Ya en la época en que tú no dejabas de elogiarle, presentí que iba a acabar así. Mira que no dejar absolutamente nada... ¿De qué le valió la fama, y tal vez incluso la inmortalidad? Con eso no come ningún hombre. Y lo mismo sospechaba que podía sucederte a ti. Recuerda que te he alabado, pero interiormente tenía el triste presagio de que podías venir a parar en esto. De

modo que B... ha muerto, ¿eh? ¿Cómo no se va a morir la gente, con todo lo que nos rodea? Mira, fíjate un poco.

Y así diciendo señaló con una mano la triste perspectiva de la calle oscura, tenuemente iluminada por las farolas sumidas entre la neblina plomiza; las sucias baldosas de la acera, las casas con la fachada empapada por la humedad, los peatones tristes, calados por la lluvia, y por encima del desolador panorama, la bóveda oscura como la tinta del cielo de San Petersburgo.

Nos encontrábamos en la plaza. Ante nosotros surgió de la oscuridad la estatua de Nicolás I, que aparecía iluminada en la base por los faroles de gas. Más allá se levantaba la masa vasta y oscura de la catedral de San Isaac, cuyos contornos se recortaban vagamente sobre el fondo negro del firmamento.

—Tú me decías, Vania, que B... era un buen hombre, afectuoso y lleno de generosidad, con un gran corazón. Casi todos los que conoces son así, gentes buenas, pero que no hacen más que dejar huérfanos en el mundo. En realidad, supongo que habrá muerto contento de abandonar este sitio, igual que lo habría estado si se hubiese marchado muy lejos, a Siberia... ¡Ah!, ¿qué deseas, hijita?—inquirió de pronto, al ver acercarse a una niña que pedía limosna.

La criatura tendría unos siete u ocho años, y estaba cubierta de harapos. Iba sin medias, con los zapatos agujereados, y trataba de cubrirse el menudo y tembloroso cuerpecillo con una especie de diminuto mantón. Alzó hacia nosotros su carita pálida, enfermiza y demacrada, y mirándonos en silencio, tendió tímidamente su pequeña mano, como temiendo recibir una dura negativa.

El anciano Ikmeniev se estremeció de pies a cabeza y volvióse hacia ella tan repentinamente que la asustó. La pobrecilla se apartó temblando.

—Pobre criatura, no tengas miedo—dijo el viejo—. ¿Quieres una limosna? Pues toma, toma...

Sin poder contener su emoción, rebuscó en los bolsillos, extrajo algunas monedas, pero pareciéndole poco, sacó la cartera y de ella un billete de un rublo—el único que allí se veía—, y lo depositó en la mano de la chiquilla.

—Dios te proteja, hijita. Que tu ángel de la guarda no te abandone nunca.

Luego, con mano insegura, hizo varias veces la señal de la cruz sobre la cabeza de la pequeña pordiosera. De repente se dio cuenta de que le estaba observando, y al tiempo que fruncía el ceño, siguió su camino con largas zancadas.

Después de un silencio largo y embarazoso, declaró:

—Ya lo ves, Vania, no soporto ver a esos inocentes tiritando por las calles por culpa de sus malditos padres... De todos modos, no puedo concebir que una madre condene a una niña tan pequeña a algo tan horrible, si no es que le obliga la más atroz de las miserias... Y quizá los hermanitos de esa chiquilla estén en algún rincón, mientras la madre yace enferma... No, así no viven los hijos de los príncipes... Por desgracia, Vania, son muy pocos los hijos de príncipes que hay en el mundo.

Volvió a callarse, y al cabo de un rato siguió diciendo, con tono vacilante y confuso:

—Escucha, Vania, he prometido a mi mujer, o mejor dicho, hemos convenido los dos, en adoptar a una huerfanita como ésta, a una cualquiera, con tal que sea pobre y de corta edad. La llevaremos a vivir con nosotros... Somos un par de viejos que se aburren tan solos... Sin embargo, Ana Andreievna pone algunas dificultades. Te ruego que hables con ella, como si saliera de ti mismo, ¿te das cuenta? Hace ya bastante tiempo que deseaba pedirte que la convencieras. Pero, no sé,

¿para qué quiero yo una huerfanita? Quizá sólo para escuchar una voz infantil en la casa, aunque también lo hago por mi mujer, para que se distraiga un poco. Ven, cojamos un coche; a este paso no llegaremos jamás. Ana Andreievna sin duda nos aguarda con impaciencia.

Cuando entramos en casa de los Ikmeniév eran las siete y media.

CAPITULO XII

Los dos ancianos se querían profundamente. La prolongada convivencia los había unido con lazos inquebrantables. A pesar de ello, el marido era poco expansivo con su mujer, y no desde hacía poco tiempo, sino desde mucho antes, cuando fueron más felices. Ahora llegaba a tratar a Ana Andreievna con aspereza, incluso delante de otras personas. Algunos caracteres delicados y sensibles muestran una especie de obstinación por no manifestar su cariño hacia los seres queridos, y no sólo ante testigos, sino hasta cuando no hay gente delante. Después, al dar rienda suelta a sus afectos, demuestran mayor pasión cuanto más tiempo se han visto obligados a refrenarse.

Así se había portado siempre el viejo Ikmeniev con su esposa. Sentía por ella el mayor respeto y un cariño infinito, aunque no tuviese más mérito que el de ser una buena mujer que sabía quererle. Pero si ella, en su simplicidad, se mostraba a veces demasiado efusiva, Ikmeniev se irritaba profundamente.

Después del alejamiento de Natacha, el matrimonio dio rienda suelta a su cariño recíproco, ambos dolorosamente convencidos de que no tenían a nadie más en la vida. A pesar de que el anciano tenía momentos de cólera difícilmente soportables, no podían estar el uno sin el otro, y se sentían muy apesadumbrados cuando se veían obligados a permanecer separados más de un par de horas.

Ahora parecía existir entre ellos algo así como un acuerdo tácito para no mencionar jamás a Natacha. En presencia del viejo, Ana Andreievna ni siquiera osaba hacer alusión a su hija, por duro que resultase para ella. Sin embargo, en el fondo, hacía mucho tiempo que la anciana la había perdonado. Nos pusimos de acuerdo en que yo le transmitiría noticias de su idolatrada hija en la que nunca dejaba de pensar.

Si pasaba un tiempo sin recibir noticias de ella, Ana Andreievna se resentía visiblemente en su salud, pero en cuanto le relataba algo de Natacha se ponía buena al momento. En tales ocasiones mostraba interés por los detalles más nimios, haciéndome preguntas con una curiosidad febril. Indagaba llena de ansiedad, y mis palabras eran para ella un gran consuelo. Un día estuvo a punto de sufrir un ataque cuando se enteró de que Natacha estaba enferma. Poco faltó para que fuera a verla. En ciertas ocasiones la tristeza vencía su aparente integridad. Entonces llamaba a gritos a la ausente, lloraba y se quejaba amargamente de su marido. Luego, delante de él aludía a la altivez, a la dureza de corazón de algunas gentes, y aseguraba que Dios no perdona a quienes no saben perdonar. Pero no pasaba de las vagas alusiones, y no se atrevía a enfrentarse directamente con el delicado asunto.

Entonces el viejo se ponía malhumorado, guardaba silencio con el entrecejo fruncido, o bien, con manifiesta torpeza, alzaba la voz y procuraba hablar de otra cosa. Después se marchaba a su cuarto, para que al quedar yo a solas con su mujer, ésta se desahogara a fondo, derramando sobre mí el llanto y las quejas. Se convirtió en una norma el que en todas mis visitas, Nicolás Sergueitch se retirara a su habitación poco después de saludarme, para que yo pudiera participar a su mujer de lo que había de nuevo respecto a Natacha. Eso es lo que hizo también en esa velada.

—Me encuentro totalmente empapado —dijo a Ana Andreievna, en cuanto entramos en la casa—. Voy a cambiarme a mi cuarto. Tú quédate, Vania, y cuéntale lo que ha pasado en tu nueva casa. No tardaré en volver.

Así diciendo, se fue al momento sin mirarnos siquiera, como avergonzado de habernos reunido. En tales ocasiones, y sobre todo cuando volvía con nosotros, se mostraba serio e irónico, como si reconviniese él mismo por su excesiva condescendencia.

—¿Te das cuenta? Siempre hace igual —manifestó la pobre mujer—, y eso a pesar de que sabe que conocemos su juego. ¿Cómo puede fingir de ese modo? ¿Soy acaso una extraña para él? Y lo mismo era con su hija. Sé que podría perdonarla, y hasta desea hacerlo, en su fuero interno. Le he oído llorar por las noches; pero guarda aparentemente su firmeza. El orgullo le tiene trastornado. Dime, Vania, ¿dónde ha estado esta tarde?

—¿Nicolás Sergueitch? No lo sé, justamente se lo iba a preguntar a usted.

—Al verle salir con esta llovizna, me asusté. No se encuentra nada bien, ya estarás enterado. Y yo me digo si hay algo más importante que lo que puedes imaginarte. El caso es que no tengo valor para preguntarle. Por ella y por él vivo siempre llena de angustia. En ocasiones, tengo la impresión de que ha resuelto perdonarla, y que se dispone a ir a verla. Sí, está enterado de todo, hasta de los sucesos más recientes, pero no llego a comprender quién le suministra esos informes. Anoche le noté sumamente inquieto, igual que hoy. Bien, ¿qué dices tú, querido Vania? Habla, ¿qué ha pasado? No puedes imaginar con qué impaciencia te estaba aguardando. Cuéntame, ¿piensa ese bribón abandonar a mi Natacha?

Sinceramente, como yo acostumbraba hacerlo, relaté a la anciana cuanto sabía. Le dije que Natacha y Aliocha parecían a punto de romper, en efecto, pues esta vez los disgustos entre ambos eran más serios que en ocasiones anteriores. Expliqué que la joven me había

enviado una nota el día anterior suplicándome que fuese a buscarla esa misma noche, a las nueve. Yo debía estar ya con ella, pero me encontré a Nicolás Sergueitch, y no pude evitar que me llevase con él. Le conté que la situación era crítica: el padre de Aliocha había vuelto hacía dos semanas, y se mostraba totalmente irreconciliable. Por otra parte, y eso era quizá lo peor, Aliocha no mostraba despego alguno hacia la prometida que le habían impuesto; más bien se decía que estaba enamorado de ella. Afirmé que era fácil apreciar que Natacha escribió su nota en un momento de gran zozobra. Me aseguraba que esa noche se decidiría todo. ¿Qué podían significar aquellas palabras? De todos modos, era urgente que fuera a su casa. Transcurría ya la hora de la cita, y no debía perder más tiempo.

—Sí, no dejes de ir, querido Vania—me exhortó ella—. Pero, ¿cómo no está aquí el samovar? Matriona, ¿qué esperas para traerlo? ¡Qué tranquilidad, hay que ver! Entonces, cuando hayas tomado el té, busca una excusa para marcharte. Vuelve mañana a contármelo todo. No te olvides, por Dios, y ven pronto. Señor, ¿qué nueva desgracia le habrá ocurrido? ¿Es posible que le suceda otra desdicha, peor que la que ahora padecemos? Y yo tengo la impresión de que mi marido está al corriente de todo. Por mi parte, también me entero de muchas cosas por medio de Matriona, y ésta por Agascha, la ahijada de María Vasilievna, que sirve en casa del príncipe. Pero no vale la pena que te lo repita. Mi marido está hecho hoy una furia. En varias ocasiones he tratado de decirle algo, y se ha puesto a dar voces. Luego se arrepintió, y aseguró que andaba mal de dinero. ¡Como si fuera ésa la causa de sus gritos! Bien conoces tú nuestra situación. Después de comer se encerró en su alcoba con la disculpa de que quería dormir, pero yo he mirado por la rendija que hay en la puerta de su cuarto, y que él no ha visto, y observé que estaba arrodillado, rezando ante una imagen. En ese momento

creí que las piernas no serían capaces de sostenerme. Luego no durmió ni tomó el té. Se limitó a coger su sombrero y a marcharse. No me atreví a preguntarle adónde iba, por miedo a que pusiera el grito en el cielo. Sí, ahora tiene la costumbre de dar voces. Grita a Matriona y también a mí. Entonces siento que se me doblan las piernas, y que se me estruja el corazón de dolor. Me doy cuenta de que no son más que arrebatos pasajeros, pero es terrible. Cuando le vi salir, supliqué a Dios que le inspirase. Oye, Vania, ¿puedes enseñarme lo que ha escrito Natacha?

Le mostré lo que me pedía. Estaba bien enterado de que Ana Andreievna abrigaba la ilusión, la secreta esperanza de que Aliocha, al que calificaba de malvado y necio, acabaría casándose con su hija, y que el príncipe Pedro Alejandrovitch daría su consentimiento. La anciana llegó a insinuar que alentaba aquellas esperanzas, pero por nada del mundo hubiera osado decirlo delante de su marido. De todos modos, éste ya lo sospechaba, y se lo había echado en cara sin vacilar. Creo que Ikmeniev hubiera sido capaz de lanzar una maldición contra su hija, desterrándola definitivamente de su corazón, de haber entrevisto la posibilidad de ese matrimonio.

Todos estábamos convencidos de eso, entonces. El viejo esperaba a su hija sufriendo profundamente, pero quería verla llegar sola, arrepentida, cuando hubiera arrancado de ella el recuerdo de su desdichado amor. Sin esta condición, el perdón resultaba imposible. Por más que Nicolás Sergueitch no dijera nada de esto, lo dejaba entrever claramente.

—Yo he dicho siempre que ese chico no tiene carácter—continuó diciendo Ana Andreievna—; es un inconsciente, y le han educado pésimamente. Pero si la abandona, ¿qué será de mi pobre hija? Vamos, dejarla por esa otra... ¿Qué habrá visto en ella?

—Según me han dicho, se trata de una joven encantadora. La misma Natacha me lo ha contado.

—Me cuesta creerlo—repuso la mujer—. Encantadora... Para vosotros, los hombres, todas las faldas son encantadoras. Si Natacha la ha elogiado, seguro que fue por generosidad. Es incapaz de contradecir, y a él se lo perdona todo. ¡Pensar las veces que la habrá traicionado ese canalla, ese hombre sin escrúpulos! Me aterra, Iván Petrovich, ver cómo el orgullo os trastorna a todos. ¡Si mi marido pudiera al menos vencer el suyo! Si perdonase a mi querida hija y la trajese de nuevo con nosotros... Me conformaría con verla un momento. Dime, ¿ha adelgazado?

—Un poco.

—¡Pobrecilla! ¡Qué triste me encuentro! No hago más que llorar a todas horas... Pero ya te hablaré de eso más adelante... ¡No sabes las veces que estuve a punto de pedir a mi marido que la perdonase! Sin embargo, no me atrevo a hacerlo, y sólo me limito a insinuárselo. Me da miedo que se enfurezca y llegue a odiarla para siempre. ¿Qué pasaría, en tal caso? ¿Y si llega a maldecirla? Cuanto el padre maldice, Dios castiga, ya lo sabes. En fin, ya te das cuenta de la vida que llevo: estoy temblando de miedo a todas horas del día... Y tú, Iván Petrovich, no sé cómo no te avergüenzas. Te hiciste hombre en nuestra casa, aquí te acogimos como a un hijo, y a pesar de todo, aceptas la sugerencia de que esa mujer pueda ser encantadora. Y María Vasilievna aún va más lejos. Fui lo bastante imprudente como para invitarla una mañana a tomar café, pues sabía que mi marido, que había salido, pasaría fuera toda la mañana... El caso es que María Vasilievna me contó lo que ha pasado y con todo detalle. Resulta que el padre de Aliocha sostiene relaciones íntimas con cierta condesa, y ella le reprocha desde hace tiempo que no cumple lo prometido, de casarse con ella. El príncipe siempre encuentra la manera de ir atrasando la boda. Ya en vida de su marido la condesa se hizo conocida por la ligereza de su conducta. Al enviudar se fue al extranjero y tuvo toda clase de enredos con franceses e italianos. Entonces conoció a algunos aristócratas, y fue justamente en el extrajero donde mordió el anzuelo el príncipe Alejandrovitch.

»La condesa gastaba el dinero a manos llenas. Su hijastra, Catalina Fiodorovna, iba convirtiéndose en mujer, y a la par aumentaba los dos millones que su padre, un negociante de aguardientes, colocó a nombre de ella en un banco. Se afirma que ahora llega a tres millones lo que posee la niña. El príncipe, que no tiene nada de necio, ha pensado en seguida: «Es una ocasión excelente para casar a Aliocha». No es de los que desperdician una ocasión semejante. Y ese pariente suyo, el conde que está relacionado en la corte, ¿recuerdas?, se ha mostrado satisfecho con el plan. Es que tres millones no son una nadería. «Perfectamente—le dijo—; trata el asunto con la condesa.»

»Sin más tardanza, el príncipe detalla sus planes a la condesa, pero ella se siente molesta. Dicen que es una mujer insolente y sin principios, por lo que hay muchas casas aquí en que no la reciben. Esto no es el extranjero. Lo cierto es que ella dijo al príncipe que de ningún modo, que era él quien debía contraer matrimonio con ella, y no Aliocha con su hijastra. La muchacha, según parece, quiere profundamente a su madrastra y la obedece en todo. Es un alma ingenua, un verdadero ángel. El príncipe vuelve a la carga e insiste: «Mira, condesa, has derrochado cuanto tenías, y ahora estás llena de trampas. Si Aliocha y tu pequeña se casan, formarán una pareja ideal. Ella es una ingenua, y mi hijo es un tonto. Los ponemos bajo nuestra tutela, y tú nunca estarás sin dinero... Eso será mucho mejor que casarte conmigo.» El tal príncipe es un truhán, un francmasón... De esto hace ya unos seis meses, pero ahora han hecho un viaje a Varsovia, los dos juntos, y parece que se han puesto de acuerdo. Lo sé tan detalladamente porque me lo ha contado María Vasilievna, quien a su vez lo oyó

de labios que merecen crédito. Como ves, en el fondo del asunto no hay más que dinero, millones, y no el que la muchacha sea encantadora.

Lo que me acababa de relatar la anciana tuvo la virtud de impresionarme. Por otra parte, concordaba punto por punto con lo que me explicara Aliocha pocos días antes, si bien él me juró que jamás podría contraer matrimonio por dinero. Por lo visto, las cualidades de Catalina Fiodorovna habían llegado a impresionarle. También me dijo el joven que su padre probablemente volvería a casarse, si bien trataba de desmentir esos rumores para no disgustar a la condesa. Aliocha, como ya he manifestado, adoraba a su padre y creía a pies juntillas cuanto le decía.

—Por otra parte, debes saber que esa muchacha que llamas encantadora, ni siquiera es condesa—aseguró Ana Andreievna, todavía indignada por el elogio que había hecho de la futura nuera del príncipe—. En ese aspecto Natacha sería mejor partido, porque al menos viene de rancio abolengo, mientras que la otra es hija de un traficante en alcoholes. Por cierto que anoche, creo que no te lo he contado, mi marido abrió el arquilla donde guarda sus documentos, y se pasó muchas horas revisando los pergaminos de la familia. Estaba sentado, muy serio, y yo hacía calceta, sin atreverme casi a mirarle. Al ver que no le preguntaba nada, se enfadó, pero luego comenzó a hablarme de nuestro árbol genealógico. Sabrás que los Ikmeniev ya éramos nobles en los tiempos de Iván el Terrible, mientras que los Chumilov, otros antepasados, fueron conocidos durante el reinado de Alejo Mijailovich. Aún conservamos los documentos, y Karamsin nos cita en su Historia del Imperio ruso. Como puedes ver, amigo mío, no tenemos que envidiar a nadie en ese aspecto. Cuando mi marido empezó a explicarme todo aquello, me di cuenta de la intención que le guiaba. Es natural que también le mortifique que desprecien a Natacha. La única ventaja que tienen esas gentes sobre nosotros es su dinero. En fin, no resulta nada de extraño que ese pillastre corra tras su fortuna. Tiene un espíritu codicioso, y todo el mundo está enterado de ello. Incluso dicen que en Varsovia ingresó secretamente en la orden de los jesuitas. ¿Qué crees tú? ¿Puede ser cierto?

—Me parece algo absurdo—repuse, aunque sabía que los rumores a este respecto eran insistentes.

Además, me causó gran extrañeza que Ikmeniev se hubiese dedicado a revisar sus papeles, cuando nunca dio muestras de que le interesara su ascendencia.

—Son unos malvados, unos miserables—continuó diciendo Ana Andreievna—. Pero, por favor, háblame ahora de mi pequeña. ¿Qué hace? ¿Está muy triste? Me la imagino llorando todo el día. ¡Ah, lo había olvidado! Vete sin más tardanza a verla. ¡Matriona, ese té! ¡Qué criadas éstas! Pero, ¿no crees que están ofendiendo a mi pobre Natacha? Dímelo, Vania.

¿Qué podía contestarle? Vi que la anciana se echaba a llorar, y le pregunté qué desgracia le afligía.

—¡Ay, hijo mío! Parece ser que no he sufrido bastante, y por ello ha caído sobre mí una nueva amargura. ¿Recuerdas el medallón de oro que yo tenía, en el que pintaron un retrato de Natacha cuando tenía ocho años? Sí, lo hizo un pintor cuando pasó por el pueblo. Nosotros se lo encargamos expresamente. Pues bien, el pintor, que conocía bien su arte, la representó como un angelito. Ella tenía entonces el cabello sedoso y dorado, y le puse un vestidito de muselina que dejaba transparentar su cuerpecito. Estaba tan hermosa que nos cansábamos de mirarla. Hubiera preferido que el pintor le añadiese un par de alas, pero él no quiso.

»Pues bien, Vania, a raíz de lo que hemos sufrido, saqué el medallón y me lo colgué al cuello, junto con la cruz, y temí que Nicolás Sergueitch lo viera, pues me dijo que iba a tirar o quemar todo lo que nos trajera el recuerdo de nuestra hija. Pero yo tenía necesi-

dad de contemplar su retrato, por lo menos. A veces lloraba al mirarle, y eso me servía de consuelo. Cuando estaba sola la bendecía antes de dormirme, y le daba besos. Hablaba con ella y me hacía la ilusión de que me contestaba. Sólo con eso era feliz, y más viendo que él no se había enterado de nada. Y ayer, de pronto, comprobé que el medallón había desaparecido. Del cuello sólo me colgaba el cordón. Éste se había roto, y el medallón no estaba allí. Supuse que se habría caído y perdido. Sentí deseos de morirme. Rebusqué por todas partes, pero ha sido inútil. ¿Adónde pudo ir a parar? Pensé que tal vez estuviera entre las ropas de la cama, pero miré inútilmente. Luego me dije que bien pudo caérseme en otro sitio, y encontrarlo otra persona. Pero, ¿quién sino Matriona o mi marido pudieron hallarlo? Sin embargo, Matriona no pudo ser, pues es una criada muy honrada y me lo habría devuelto. ¡Matriona! ¿Traes el samovar, de una vez? Entonces se me ocurrió, con espanto, que bien pudo encontrarlo él. Aquí estoy, muerta de miedo y sin poder contener las lágrimas, hora tras hora. Nicolás Sergueitch se muestra cada vez más solícito, y me mira con tristeza, como si se diera cuenta del motivo de mi llanto, y ello le produjera lástima. De todos modos, yo creo que fue él quien encontró el medallón. En tal caso, lo habrá tirado por la ventana, ya que cuando está irritado es capaz de hacer eso, y más aún. Seguramente ahora se siente arrepentido. El caso es que bajé con la criada al patio, buscamos el medallón debajo de la ventana y no lo hallamos. Me pasé toda la noche llorando. ¡Ay, esto puede ser el presagio de una desgracia! Te esperaba como a un enviado del cielo, para poder desahogar al menos mi infinita pena.

Al decir esto, Ana Andreievna se echó a llorar, llena de congoja.

—Ah, deseaba preguntarte una cosa—añadió—. ¿Te ha hablado algo de adoptar una niña?

—Sí. Me contó que era una decisión de ambos, el

recoger una pequeña huérfana sin recursos, para adoptarla y educarla. ¿Es verdad?

—No, yo no he pensado en eso, Vania. Sólo contribuiría a recordarme aún más a mi hija. De no tener a mi Natacha, no quiero a nadie. Una sola hija he tenido, y sería imposible que quisiera a otra como a ella. ¿Cómo pudo ocurrírsele tal cosa? Tal vez ha pensado que eso me servirá de consuelo, al verme llorar continuamente. ¿O quizá es que quiere tomar cariño a otra, para arrojar definitivamente de su pensamiento a nuestra hija? Dime, Vania, ¿qué te ha dicho de mí? ¿Estaba muy enfadado cuando os encontrasteis? Pero, ¡calla!, ahí viene. Ya me lo contarás en otro momento. Sobre todo, no dejes de volver mañana...

CAPÍTULO XIII

Ikmeniev entró en la estancia, nos observó con gesto a la vez avergonzado e inquisitivo, y luego se acercó a la mesa y tomó asiento.

—¿Aún no ha traído el samovar?—inquirió—. No sé a qué está esperando.

—Ahora lo trae—dijo Ana Andreievna, presurosa—. Mira, ahí lo tienes.

En cuanto Ikmeniev apareció en la habitación, Matriona se presentó con el samovar. Daba la impresión de que había estado esperando a su señor para ponerlo en la mesa. Era una anciana trabajadora y honrada, pero extremadamente quisquillosa y terca. Temía a Nicolás Sergueitch, y cuando él se hallaba presente medía mucho sus palabras. Luego, al quedar sola con Ana Andreievna, se tomaba el desquite. A menudo la contrariaba, y aprovechaba las ocasiones que podía para mandonear. A pesar de todo, tanto a su señora como a Natacha les tenía un gran cariño.

—Hace muy poca gracia llegar calado a casa, y que no le sirvan a uno el té—murmuró el anciano.

Ana Andreievna me hizo un guiño apenas perceptible. Ikmeniev no podía sufrir esas señas hechas a hurtadillas, y aunque trataba a toda costa de no mirarnos, en su rostro se apreciaba que había advertido perfectamente la seña.

—No sé si te he dicho que había salido por mi asunto, Vania — declaró repentinamente—. ¡Qué villanía!

Van a condenarme. No tengo los documentos que se necesitan, y todo el juicio se ha desarrollado de modo irregular, injusto.

Se refería a su querella con el príncipe. Al advertir que no le respondía, pues en verdad no sabía qué decir, me observó lleno de desconfianza.

—Bah, cuanto antes sea, tanto mejor—prosiguió diciendo, como si le irritase nuestro silencio—. Por más que me condenen, no me deshonrarán por ello. Tengo la conciencia tranquila, pase lo que pase. Al menos habrá concluido esta farsa. Me dejarán en la calle, pero tendré paz. Sí, en último caso lo abandonaré todo y me iré a Siberia.

—¡Dios del cielo! ¿Y por qué tan lejos?—exclamó su mujer, sin poder contenerse.

—¿A quién tienes cerca, por aquí?—contestó él con cierto recogijo cruel, satisfecho de que al fin le contestaran.

—Bueno, estoy cerca de... de la gente—aseguró ella, mirándome muy asustada.

—¿A qué gente te refieres?—insistió Ikmeniev, observándonos a ambos con ojos ardientes—. ¿A los ladrones, calumniadores y traidores? A ésos se los puede encontrar en cualquier sitio. No pases pena, que también los hallarás en Siberia. Por más que si no quieres venir conmigo, como nadie te obliga, puedes seguir aquí, donde estás.

—Querido Nicolás, ¿qué haría yo sin ti?—dijo la pobre Ana Andreievna—. Sabes de sobra que no tengo a nadie más en la vida, y que...

A la buena mujer le faltaron las palabras. Volviéndose hacia mí me dirigió una mirada suplicante. Ikmeniev estaba colérico, y todo lo que se decía sólo contribuía a excitarle más aún.

—Tranquilícese, Ana Adreievna—intervine yo—. En Siberia no se vive ahora tan mal como se cree. En caso de que se vean o obligados a vender la hacienda, lo más

juicioso es el plan de su marido. En Siberia podrán hallar un buen empleo...

—Justamente eso es lo que yo pensaba. ¡Acabar con todo esto de una vez, y marcharme!

—¡Parece imposible!—exclamó Ana Adreievna, en el colmo de la desesperación—. ¡Jamás lo hubiese creído! Y tú te pones de acuerdo con él, Vania. Tú, que sólo recibiste pruebas de cariño de nosotros...

—¿Y qué otro recurso nos queda?—dijo él—. ¿De qué crees que podemos vivir aquí? Vamos, piensa un poco. Nos hemos gastado los fondos que teníamos, y escasamente me queda algún copec. No querrás que vaya a ver al príncipe Pedro Alejandrovitch para pedirle perdón, ¿no es así?

Al escuchar el nombre del príncipe, la pobre anciana se estremeció de pies a cabeza, y la cucharilla que tenía en la mano se le cayó ruidosamente en la taza.

—¿No te parece que tengo razón, Vania?—insistió Ikmeniev, excitado por una especie de alegría maligna—. ¿O será mejor ir a ver al príncipe? Sí, ¿para qué ir a Siberia? Mañana me acicalaré y me pondré mi mejor traje. Me compraré unos guantes, y Ana Adreievna me preparará una camisa nueva, puesto que a una personalidad tan encumbrada no se la puede visitar de otra forma. Entonces, ya de punta en blanco, me presentaré en casa de su señoría: «Mi gran señor, alteza, padrecito..., tened piedad de mí. Dadme una limosna, un trozo de pan. Hacedlo por mi mujer y mis hijos...» Es eso lo que tú quieres, ¿verdad, esposa mía?

—¿Cómo voy a querer eso, pobre de mí? Sólo he hablado por hablar. Perdóname si te he disgustado. No grites, por favor, no grites.

Al decir esto la mujer temblaba con los ojos arrasados de lágrimas.

No me cabe la menor duda de que Nicolás Sergueitch tenía el corazón traspasado de dolor al comprobar el sufrimiento de su mujer. Tal vez hasta estaba sufriendo más que ella, pero sabía dominarse. Eso es lo que ocurre con las personas bondadosas y de carácter nervioso, a la vez. Suelen estallar, a pesar de su bondad, y encuentran placer en el dolor. No pueden refrenar su ira, y la descargan contra el ser más amado e inocente que tienen a mano. Cuanto más quieren, más hacen sufrir. Las mujeres, sobre todo, tienen una verdadera necesidad de sentirse desventuradas y zaheridas, aunque no exista desgracia ni escarnio de ninguna especie. Y muchos hombres, por más enérgicos que parezcan, tienen bastante en común con las mujeres, en este aspecto. El viejo Ikmeniev no podía reprimir sus deseos de regañar, aunque la situación le afectase a él tanto o más profundamente que a su mujer.

Me pregunté en ese momento si el anciano no habría ido a hacer algo de lo que Ana Andreievna sospechaba. Es posible que Dios le hubiese iluminado, impulsándole a ir a ver a Natacha. Tal vez por el camino se arrepintió, después de pensarlo mejor, y regresó a casa avergonzado de su debilidad, en busca de alguien en quien descargar su mal humor, y eligiendo precisamente a la persona que sentía sus mismos anhelos. Al pensar en perdonar a su hija, imaginó sin duda la alegría enorme que experimentaría su mujer. En cierto modo, era natural que al fracasar su intención, fuese ella la que sufriera las consencuencias.

Sin embargo, al verla temblar, espantada, hubo un momento en que pareció conmoverse. Luego se avergonzó de su ira y pudo dominarse. Continuamos en silencio, y yo hacía lo posible por evitar su mirada. Mas la tranquilidad duró muy poco. Era evidente que Ikmeniev tenía que desahogarse, pasara lo que pasara.

—Mira, Vania—manifestó de improviso—; no deseaba hablar, pero me veo obligado a hacerlo. Lo haré con franqueza y sin rodeos, como debe actuar un hombre cabal... Sé que me entiendes, Vania, ¿no es cierto? Me satisface que te encuentres con nosotros, pues deseo de-

cir con toda claridad que las lamentaciones, lloros y esas ridiculeces que no dejo de escuchar en torno mío me disgustan profundamente. Lo que arrojé de mi pecho, con profundo dolor, jamás volverá a cobijarse en él. Así lo dije, y así lo mantendré. Estoy hablando de lo que pasó hace seis meses, y de ello estás al corriente. Al hablar con esta franqueza, lo hago para que no quede la menor duda acerca de la postura que adopto.

Entonces fijó en mí su penetrante mirada, haciendo caso omiso de la espantada expresión de Ana Andreievna. En seguida prosiguió diciendo:

—Vuelvo a decirlo: me disgustan las necedades. Y lo que más me irrita es que me tomen por un tonto, por un títere al que se puede culpar de bajezas y debilidades de las que carezco. Están muy equivocados los que me creen trastornado por el dolor. Tonterías. Lo he arrancado todo de mi corazón, olvidando para siempre mis antiguos sentimientos. El recuerdo se ha esfumado, y definitivamente.

Al tiempo que se ponía en pie, dio un violento puñetazo, sobre la mesa, que hizo tintinear las cucharas dentro de las tazas.

—Al menos, tenga compasión de Ana Andreievna —le rogué sin poder disimular mi ira—. Mire el estado en que se encuentra.

Sólo conseguí excitarle aún más.

—No puedo tener piedad de nadie, ya que tampoco la tienen de mí —repuso, estremeciéndose—. Nadie tiene lástima de mí, y hasta en mi propia casa se hacen maquinaciones para defender a una hija desalmada que se ha hecho merecedora de todos los castigos y maldiciones.

—Di de ella lo que quieras —intervino Ana Andreievna—, pero no la maldigas. ¡No maldigas a tu hija, Nicolás Sergueitch!

—Sí, yo la maldigo! —gritó el anciano—. Lo hago porque a pesar de haber sido humillado y ofendido, se

me exige que vaya a casa de ese maldito a implorarle perdón. Lo que oyes, Vania. Así me torturan constantemente en mi hogar, a todas horas, con llantos, quejidos e insinuaciones ridículas. Pretenden que me ablande después de esto. Fíjate, Vania —agregó, al tiempo que sacaba torpemente unos papeles del bolsillo—. Aquí hay un resumen del juicio, donde se afirma que soy un sinvergüenza, un ladrón que ha robado a su bienhechor... Me calumnian, me difaman, y todo por culpa de ella. Pero mira, ¡compruébalo tú mismo!

Y al hablar iba sacando papeles y más papeles del bolsillo. Entre ellos rebuscó el que deseaba enseñarme, pero no parecía hallarlo. Metió la mano en otro bolsillo, y al depositar su contenido en la mesa un objeto de cierto peso cayó sobre la madera. La anciana no pudo reprimir un grito de sorpresa: allí estaba el medallón que había perdido. Difícilmente podía yo creer lo que estaba presenciando. Al anciano se le subió la sangre a la cabeza y sus carrillos enrojecieron. De pie y con las manos cruzadas sobre el pecho, Ana Andreievna miraba a su marido en actitud de súplica. En su semblante apareció una gozosa mirada de esperanza, y más al comprobar la turbación del anciano ante nosotros.

Ahora se daba cuenta de la forma en que pudo haber desaparecido el medallón. Seguramente su marido lo había encontrado, y ocultó el hallazgo a todos, temblando de dicha. Se daba cuenta de que debió de contemplar con cariño indescriptible, cuando estaba a solas, la carita de su bienamada hija. Sin duda alguna, igual que la pobre madre, había hablado con la querida ausente, imaginando sus respuestas, y contestando él a media voz. Y por las noches, en su habitación, habría acariciado y besado mil veces la idolatrada imagen, pidiendo perdón y bendiciendo a la que maldecía y repudiaba ante los demás.

—¡Cariño mío! Aún la quieres, ¿verdad? —dijo ella,

pensando en el arrepentimiento de aquel padre que acababa de maldecir a su hija.

Pero al oír las palabras de la pobre vieja, una furia irracional se apoderó de Nicolás Sergueitch, quien cogió impulsivamente el medallón, lo arrojó al suelo con violencia y comenzó a pisotearlo.

—¡La maldigo! ¡Maldita sea para siempre! —gritó con voz ronca.

—¡Dios del cielo! —exclamó la aterrada madre—. ¡Mi pequeña! ¡Pisar la carita de mi Natacha! ¡Ah, hombre orgulloso y soberbio! ¡Hombre despiadado!

Aquellos lamentos de la mujer detuvieron al trastornado viejo, que se dio cuenta de lo que había hecho. Agachóse para recoger el medallón y trató de salir rápidamente de la estancia, pero apenas había dado unos pasos, se le doblaron las piernas, cayó de rodillas ante un sofá, en el que se apoyó pesadamente, y reclinó en él la cabeza, con gesto de abatimiento.

Lloraba como una criatura, como una mujer. Todo su cuerpo se estremecía, y se hubiera dicho que el pecho le iba a estallar. En unos instantes el iracundo viejo se había convertido en un ser tan débil como un niño.

No se sentía ya capaz de maldecir; ya no tenía vergüenza delante de nosotros. Con gesto tembloroso y convulsivo abrió la mano y cubrió de besos el medallón que un momento antes había pisoteado. Toda su ternura y todo su amor hacia la hija ausente, reprimidos tanto tiempo, se desbordaban ahora con una impetuosidad irresistible.

—¡Perdónala! ¡Perdónala! —gritó Ana Andreievna, cubierto el rostro de lágrimas, mientras le rodeaba con sus brazos—. ¡Déjala que vuelva a casa! ¡Déjala que vuelva! ¡El Señor, en el día del Juicio, sabrá tener en cuenta tu humildad y clemencia!

—¡Nunca! ¡Por nada del mundo! —negó obstinadamente el anciano, con voz jadeante, entrecortada—. ¡No lo haré jamás!

CAPITULO XIV

Llegué a casa de Natacha cuando ya era bastante tarde. Daban las diez de la noche.

Vivía ella frente al muelle de Fontanka, en las proximidades del puente Semenov, en un cuarto piso de una casa de aspecto sórdido, de la que era propietario el comerciante Kolotuschkin. Después que hubieron huido juntos, Aliocha y ella habitaron en un hermoso piso, vistoso y céntrico, aunque bastante pequeño, situado en la calle Liteima. Pero no tardaron en agotarse los fondos del joven príncipe, el cual no sólo dejó de cumplir su promesa de que daría lecciones de música o trabajaría, sino que contrajo deudas de gran envergadura... Utilizaba el dinero para adornar el piso y comprar regalos a Natacha, que protestaba por aquel despilfarro, aunque vanamente.

De carácter sensible y soñador, Aliocha se pasaba a veces una semana entera pensando qué clase de obsequio podía hacer a Natacha. Se ponía después a imaginar el placer que ello podría proporcionar a la joven, y en ocasiones llegaba a ponerla al corriente de aquellas esperanzas suyas. Si Natacha le reprochaba los gastos y se ponía a llorar, él se sumía en una melancolía que inspiraba piedad.

Pero no todo se iba en regalos para Natacha, ya que el joven gastaba bastante a espaldas de ella. Se dejaba arrastrar por sus antiguas amistades, y la engañaba con otras muchachas, unas Josefinas o Bertas cualquiera,

por más que él siguiera queriendo siempre a su Natacha, aunque a su manera. El amor que sentía por Natacha era para él una especie de tormento. Hubo días en que llegaba a mi casa con aspecto triste y desmoralizado, y me decía que no valía lo que el dedo meñique de Natacha, que era un perdido y que no la merecía.

Compungido, me contaba sus aventurillas, rogando que no se lo dijera a Natacha. Entonces me pedía que le acompañase hasta la casa de ambos, ya que después de hacer una escapada no se atrevía a mirarla siquiera, al estar de nuevo ante ella. Natacha sólo tenía que mirarle para darse cuenta de lo que había pasado, y aunque parezca imposible, debido a lo celosa que era, ella le perdonaba sus andanzas.

Las cosas ocurrían normalmente de este modo: al llegar, Aliocha hablaba tímidamente y la miraba lleno de ternura. Ella se daba cuenta inmediatamente de su culpa, pero no lo dejaba traslucir; en cambio, se mostraba más cariñosa y tierna que antes, y no le preguntaba nada de lo que había hecho. Con eso no llevaba a cabo un ardid, ni obraba con premeditada astucia, sino que para su alma era un goce infinito el perdonar. Cierto es que por entonces sólo se trataba de una muchacha, una tal Josefina.

Viendo a Natacha tan serena y condescendiente, Aliocha no podía resistirse, y sin necesidad de que le interrogasen, él mismo contaba lo ocurrido, únicamente por descargar su conciencia, y «volver a ser como antes», según él mismo decía. Una vez que ella le perdonaba, el gozo del joven no tenía límites. Entonces llegaba a llorar de alegría y pasión, la abrazaba y la cubría la cara de besos. Sin transición alguna, desbordante de alegría ante el perdón, le contaba su pequeña aventura con inocencia de colegial, se deshacía en carcajadas, llenaba a Natacha de alabanzas y bendiciones, y la velada terminaba en medio del mayor júbilo.

Al acabarse el dinero, vendieron diferentes objetos.

Natacha sugirió que se mudaran a un piso más barato y pequeño, y así lo hicieron, pero prosiguió la venta de pertenencias, y la propia Natacha tuvo que vender algunos vestidos, y hasta llegó a buscar trabajo. Cuando se enteró Aliocha, sufrió un arrebato de desesperación, se maldijo y se culpó a voces de ser un hombre despreciable, pero no tomó ninguna medida para remediar aquel estado de cosas. Por último, terminados todos los recursos, solamente contaron con el trabajo de Natacha, pero el sueldo que le pagaban por él era realmente mísero. Ya desde el principio habían vivido juntos, lo que provocó una seria disputa entre Aliocha y su padre. La intención del príncipe de casar a su hijo con Catalina Fiodorovna Filimonovna, hijastra de la condesa, no era aún más que un mero proyecto, pero Pedro Alejandrovitch se aferró a él obstinadamente. En cuanto podía, llevaba a Aliocha a casa de su futura prometida, le decía que tratara de atraerla, y le procuraba toda clase de razones. Pero las cosas no salían bien por culpa de la condesa, y el príncipe hizo entonces como que no se daba cuenta de las relaciones que existían entre su hijo y Natacha, esperando que el tiempo arreglase la situación. En efecto, conocía muy bien el carácter inconsciente y frívolo de Aliocha, tanto como para confiar en que su amor terminaría enfriándose. Estaba seguro de que eso sucedería muy pronto. Ultimamente, el príncipe hasta dejó de preocuparse por aquel vínculo existente entre Natacha y su hijo, y tal actitud hizo concebir a ambos amantes la esperanza de una reconciliación con sus padres. Ciertas indiscreciones de Aliocha, que yo capté al vuelo, me dieron a entender que su padre se complacía humillando a Ikmeniev.

El príncipe continuaba mostrando a su hijo el desagrado que le causaba su proceder, lo que materializaba en una disminución de la suma mensual que le pasaba, bastante exigua ya, pues además era muy tacaño. Incluso amenazó con no darle absolutamente nada. Des-

pués se fue a Polonia, siguiendo a la condesa, ya que ésta poseía allí algunos negocios. En realidad, seguía persistiendo tesoneramente en el casamiento de su hijo con Catalina Fiodorovna, y si bien le parecía que Aliocha aún era demasiado joven, siendo la novia tan rica habría sido absurdo dejar escapar tal oportunidad.

Después de mucho insistir, el príncipe logró su objetivo de convencer a la condesa, y un día llegó a nuestros oídos el rumor de que la boda se había concertado. En la época a que me refiero, el príncipe acababa de llegar a San Petersburgo. Demostró cierta amabilidad hacia su hijo, pero al saber que continuaban las relaciones de éste con Natacha, quedó desagradablemente sorprendido. Sus temores aumentaron de repente, y con tono firme y severo ordenó al joven que rompiera con Natacha. Luego se dio cuenta de que había un procedimiento mejor para conseguir sus fines, y llevó a Aliocha a casa de la condesa.

La hijastra de la condesa era casi una niña, pero ya podía considerársela una belleza. Poseía un gran corazón, alma pura y cándida, y carácter alegre y espiritual. El príncipe se dijo que en aquellos seis meses Aliocha ya no se sentiría atraído por la novedad que significaba Natacha. Sus suposiciones se cumplieron en parte, ya que Aliocha mostróse verdaderamente cautivado por los atractivos de Catalina Fiodorovna. El padre trató afablemente a Aliocha, aunque no obrase más liberalmente en lo relativo al dinero. Comprendía el joven que bajo aquella amabilidad se escudaba una implacable resolución, y eso le llenaba de tristeza. Sin embargo, más pesar le hubiera producido dejar de ver diariamente a Catalina Fiodorovna, como lo estaba haciendo.

Me hallaba yo al corriente de que Aliocha hacía cuatro días que no iba a ver a Natacha. Cuando me encaminaba a su casa, después de mi visita a los Ikmeniev, me pregunté lleno de zozobra qué desearía decirme.

Ya desde lejos vi luz en su ventana. En una ocasión,

algún tiempo antes, habíamos quedado de acuerdo en que si se hallaba en algún apuro y quería verme con urgencia, colocase una vela encendida junto a los cristales. De esa forma, si yo llegaba a pasar por delante de su casa — lo que sucedía casi todas las noches —, me daría cuenta de que me esperaba o de que necesitaba algo de mí. Y ahora, por desgracia, Natacha colocaba con bastante frecuencia la débil luz en su ventana.

CAPÍTULO XV

Cuando entré, Natacha estaba sola, paseando por su habitación lentamente, cruzados los brazos y ensimismada en sus pensamientos. Sobre la mesa hervía un samovar desde hacía rato, esperando mi llegada. Natacha me tendió la mano en silencio, mientras me sonreía. Tenía el semblante pálido, con una expresión de dolor. En su sonrisa se evidenciaba una mezcla de pesar, ternura y resignación. Sus ojos azules y serenos me parecieron de mayor tamaño que otras veces, y su cabello más espeso, quizá por contrastar con la delgadez de su cara.

—Temía que no vinieras—me dijo cuando me tendía la mano—, y estuve a punto de mandar a Mavra a tu casa, para saber si te había pasado algo.

—No, no me ocurre nada. Sólo es que me han entretenido. Ya te lo contaré. Pero dime, Natacha—inquirí sin disimular mi preocupación—, ¿qué te ocurre?

—No me pasa nada—repuso ella, con asombro—. ¿Por qué dices eso?

—Como me escribiste ayer... Hasta fijabas una hora precisa, lo que no sueles hacer.

—Sí, es cierto; es que creí que él vendría ayer.

—Entonces, ¿aún no ha venido?

—No. Y me dije que si no lo hacía, tendría necesidad de hablarte—manifestó, después de una pausa.

—¿Y esta noche, le esperas?

—No, porque esta noche se encuentra «allí».

—¿Es posible que no vuelva más?

—Estoy segura de que volverá —afirmó, mirándome con gesto grave.

Parecía disgustarle la rapidez con que le hacía las preguntas. Permanecimos en silencio mientras paseábamos por la habitación.

—Hacía un buen rato que te esperaba, Vania. Mientras tanto, ¿sabes lo que hacía? Pues recitaba versos. ¿Te acuerdas?—me preguntó Natacha con una sonrisa—. *La campanilla, el sendero cubierto de nieve, el samovar que hierve sobre la mesa de encina*... Eran los versos que recitábamos juntos.

"El sol está en el ocaso y el sendero aún sigue claro.
Con sus pupilas nos miran las estrellas del cielo...
Entonces, la voz apasionada vibra dulce,
como una campanilla.
¡Oh, cuándo vendrá mi amigo!
¡Cuándo apoyará su cabeza en mi regazo!
Me encuentro como sin vida.
La luna reluce en los cristales,
Y juguetea con la escarcha de la ventana.
El samovar hierve sobre la mesa de encina.
Y la estufa chisporrotea, alumbrando desde su rincón
El lecho que se oculta tras las cortinas."

—¡Qué hermosos versos, Vania! ¡Qué cuadro tan maravilloso! Y la descripción es sobria, para que la imaginación pueda suplir los detalles que faltan. Hay dos cosas que resaltan, el samovar y la cortina de cretona. Así eran las casas de nuestra pequeña ciudad provinciana. Hasta me parece estar viendo la casa, nueva, con las paredes revestidas de tablas. Y entonces el poeta nos presenta otro cuadro:

"Más tarde la misma voz se deja oír,
Tristemente ahora, entre el tintineo de la campanilla.
¿Dónde está mi amigo? Tengo miedo de que llegue

Y me abrace zalamero, con afecto.
¡Qué triste vida la mía!
¡Qué existencia más amarga y mezquina!
Desolada está mi alcoba, y en los cristales,
Silba el viento con fuerza, y el cerezo solitario
Que crece ante mi ventana, está oculto por la niebla.
Quizá ha muerto hace tiempo, y no lo sé.
¡Ah, qué vida!
Ya perdieron su color las cortinas de mi lecho.
Voy errante, enferma, y ya no tengo padres
Ni tengo nadie que me quiera. No tengo amigos,
Sólo en la oscuridad, una vieja gruñe..."

—«Voy errante, enferma» —prosiguió diciendo Natacha—. ¡Qué bien está esa expresión, qué adecuada a las circunstancias! «No tengo a nadie que me quiera.» ¡Cuánta melancolía y ternura contiene este verso! ¡Dios mío, qué inspiración espléndida, la del poeta!

Callóse un momento, como si deseara reprimir sus emociones. Al cabo de un momento agregó:

—Mi querido Vania...

Pero de nuevo se interrumpió, como si hubiese olvidado lo que deseaba decir, o como si no hubiera reflexionado, llevada por un repentino impulso.

Continuamos paseando por la habitación. Pude apreciar que aunque no nos hallábamos en víspera de fiesta, ante el icono ardía una lámpara. Natacha se mostraba más devota desde hacía un tiempo.

—¿Acaso mañana es fiesta? —inquirí—. Lo digo porque veo encendida la lámpara.

—No, no es fiesta; pero siéntate, Vania, debes de estar cansado. ¿Quieres té, o lo has tomado ya?

—Sí, acabo de tomarlo. Vengo de casa de «ellos».

Así llamábamos a los padres de Natacha.

—¿Estuviste con ellos? ¿Fuiste a verlos por tu propia voluntad, o te invitaron?

Me dirigió un millar de preguntas. Le hablé de mi encuentro con su padre, de lo que hablamos con la madre, de lo ocurrido con el medallón; todo se lo dije, sin esconderle nada. Natacha me escuchaba con gesto de ansiedad, como si bebiera mis palabras. Mientras tanto, las lágrimas brillaban en sus ojos. La escena del medallón llegó a trastornarla.

—¡Un momento, Vania, espera! —me decía a cada momento—. Dame más detalles, cuéntamelo bien a fondo. Nunca me lo dices todo...

Y yo me veía obligado a repetir las cosas, respondiendo a sus preguntas sobre los detalles más insignificantes.

—¿Piensas, de verdad, que mi padre ha tratado de venir a verme? —inquirió, después de un breve silencio.

—No sé que decirte, Natacha. No hay duda de que te quiere, y que sufre mucho por haberte perdido; pero de ahí a que piense en venir a verte...

—¿Así que besó el medallón? — me interrumpió ella—. ¿Dijo algo mientras lo besaba?

—No se le entendía bien. Eran exclamaciones, te daba nombres cariñosos, te llamaba...

—Me llamó, ¿verdad?

Natacha comenzó a llorar en silencio.

—¡Pobres padres míos! —exclamó, y después de una pausa añadió—: Pero no resulta extraño que lo sepa todo; sabe también lo que hace el padre de Aliocha.

—Natacha — propuse con timidez —. ¿Quieres que vayamos a verlos?

—¿Cuándo? —dijo poniéndose pálida y buscando apoyo en una butaca.

Después, un poco repuesta, me colocó las manos en los hombros, y con triste sonrisa agregó:

—No, Vania, amigo mío. Siempre me lo propones, pero será mejor que no vaya.

—¿Acaso no se va a solucionar jamás esa odiosa querella? —pregunté lleno de tristeza—. Tu orgullo es lo que te impide dar el primer paso. Quizá tu padre sólo

espera eso para perdonarte. Eres tú la que debe allanar el camino, puesto que fuiste la que le ha perjudicado. Respeta su dignidad, que en el fondo es perfectamente legítima. Vayamos juntos a casa de ellos, y sé que te perdonarán en seguida.

—No puede ser, Vania. No me lo reproches, pero es inútil. Lo he meditado, lo he pensado noche y día, desde que me marché. Bien sabes que hablamos de eso en muchas ocasiones; pero es imposible. Tú también sabes eso.

—¡Haz un esfuerzo!

—No puedo, Vania, no puedo. Seguramente, si lo intentase, no haría más que indisponer a mi padre en contra mía. Es imposible hacer que vuelvan los días felices del pasado. Aunque me perdonase, yo no sería la misma de antes. Él quería a la niña que yo era, adoraba mi ingenuidad. Me acariciaba los cabellos, cuando yo tenía siete años, y me sentaba sobre sus rodillas mientras yo le cantaba cancioncillas infantiles. Desde que nací hasta que me fui de su lado, mi padre no dejó una sola noche de entrar en mi alcoba para darme su bendición antes de que me durmiera.

»Algún tiempo antes de nuestra desgracia, me compró unos pendientes, lo que no me dijo, por más que yo lo sabía. De antemano se alegraba imaginando la alegría que me iba a producir. Luego se enfureció contra todos, sin exceptuarme a mí, cuando le conté que estaba enterada del regalo que me iba a hacer. Pocos días antes de que les abandonase, al ver que me encontraba triste, se inquietó hasta el punto de que casi se puso enfermo. Para distraerme quiso llevarme al teatro; ¡creía que de ese modo se me pasaría todo! Es lo que he dicho; en mí sólo veía a una chiquilla, y no quería pensar que un día pudiera convertirme en mujer. Si yo regresara, él no me reconocería. ¿Qué vería en mí ahora, aunque me perdonase? He cambiado mucho, he vivido intensamente, y ya nada tengo de niña. Aunque se alegrara de

tenerme a su lado, suspiraría afligido al comprobar que no soy la de antes, la que él quería. ¡Tienen razón los que dicen que todo tiempo pasado fue mejor! Los recuerdos son un suplicio. ¡Qué hermoso es el pasado, Vania! —exclamó, dejándose llevar por un arrebato.

Luego enmudeció, como si le entristeciera la amargura que trascendía de ella.

—No se puede negar que es cierto lo que has dicho, Natacha —contesté yo—, pero ahora tu padre tiene que aprender de nuevo a conocerte y a quererte. Sobre todo a conocerte. Ya vendrá de nuevo el momento en que te quiera. No puedes considerarle incapaz de comprenderte, cuando posee un corazón tan grande.

—No quería decir eso, Vania. Lo cierto es que también los padres sienten celos; el mío está dolorido porque no se dio cuenta de nada, porque no llegó a descubrir mis relaciones con Aliocha. Lo que a él más le ofende es que yo haya obrado con disimulo, con ingratitud. No había pensado siquiera en la posibilidad de que expresara esto, y lo que se ha derivado de nuestro amor, incluso mi huida, lo achaca a lo que considera mi hipocresía. No me perdona que no le haya pedido consejo al principio, que no le pusiera al corriente de lo que sentía mi corazón. Por el contrario, me callé, guardé celosamente mis sentimientos, y eso ha sido para él más vergonzoso que el hecho de haberles abandonado para entregarme por entero a mi amante. Por más que me recibiera de nuevo como un padre, en el fondo perduraría el motivo de la enemistad. Más tarde o más temprano empezarían las susceptibilidades, las dudas, las recriminaciones. Por otra parte, para perdonarme tendría que imponer algunas condiciones. Sin duda exigiría que renegara de mi pasado, que maldijese a Aliocha, que alejara su amor de mi alma. Desearía que yo estuviera dispuesta a olvidar lo sucedido y a borrar de nuestra vida los últimos seis meses. Pero yo no soy capaz de maldecir a nadie, y tampoco puedo

arrepentirme. Era forzoso que sucedieran las cosas tal como han pasado. Créeme. Vania, lo que me propones no puede ser. Aún no ha llegado la hora.

—¿Cuándo crees que llegará?

—¿Quién sabe? Es necesario sufrir hasta el fin, por lograr nuestra felicidad; hay que ganarla a costa de nuevos tormentos. Bien dicen que el sufrimiento todo lo purifica. Eso es muy cierto, Vania.

La miré en silencio, sin decir nada.

—¿Por qué me miras de ese modo, Aliocha? Oh, perdón, he querido decir Vania.

Natacha sonrió al rectificar su error.

—Ahora me doy cuenta de tu sonrisa —dije—, ¿De dónde la has sacado, Natacha? No te veía sonreír antes de ese modo.

—¿Qué tiene de particular mi sonrisa?

—Aún refleja tu ingenuidad infantil; pero cuando sonríes da la sensación de que el corazón se te contrajera de dolor. Te encuentro mucho más delgada, tu pelo parece haber perdido el brillo. Y tus vestidos... ¿Así es como te pagan? ¿Es esto obra de ellos?

—¡Cuánto me quieres, Vania! —dijo ella, contemplándome llena de cariño—. Pero háblame de ti. ¿Qué estás haciendo ahora? ¿Qué tal va tu trabajo?

—Va como de costumbre. Sigo escribiendo, pero me cuesta un gran esfuerzo. Creo que me falta inspiración. En medio de tantas tristezas no puedo fijar la atención, y se malogran mis mejores ideas. Por otra parte, los editores quieren escritos a plazo fijo. Tendré que dejar la novela que estoy escribiendo, para dedicarme a las narraciones cortas. Haré cosas alegres, optimistas, donde no haya tristezas. Eso es lo que desea la gente.

—¡Pobrecillo Vania! Trabajas demasiado. Pero dime, ¿y Smith?

—Creo que te dije que había muerto.

—¿No se te ha aparecido aún? Hablo en serio; estás enfermo, sobreexcitado. Ya te lo dije cuando me contaste que ibas a alquilar ese piso, que imagino húmedo y malsano.

—Lo es, en efecto. Y por cierto que acaba de sucederme allí algo muy extraño. Te lo contaré más adelante.

Natacha no parecía prestarme gran atención. Se hallaba como ensimismada en sus pensamientos.

—No sé cómo pude marcharme de casa —dijo por último, saliendo de su abstracción, al tiempo que me miraba como esperando una respuesta. Pero creo que si le hubiese dirigido la palabra, no me habría entendido.

—Escucha, Vania — declaró con voz apenas audible—; te he pedido que vinieras porque debo decirte algo muy importante.

—¿Qué es?

—Voy a dejar a Aliocha.

—¿Lo piensas dejar, o le has dejado ya?

—Debo terminar de una vez; basta ya de esta vida. Te llamé para explicarte todo cuanto había callado hasta ahora.

Natacha empezaba siempre a hablar de ese modo, cuando deseaba hacerme alguna confidencia, por más que habitualmente yo ya estaba al corriente de su secreto desde mucho antes, por habérmelo revelado ella misma poco a poco.

—Mi buena Natacha, millares de veces me has dicho eso mismo. Lo cierto es que no podéis convivir, pues no existe nada en común entre vosotros dos. Sin embargo, ¿te consideras con fuerzas para romper con él?

—Si antes sólo tenía el propósito, ahora estoy resuelta a llevarlo a cabo. Le amo con locura, y a pesar de ello reconozco que soy su mayor enemiga, puesto que puedo comprometer su porvenir. Tengo que devolverle la libertad. Aliocha no puede casarse conmigo, al no poseer la fortaleza de carácter necesaria para enfrentarse con su padre, y yo no quiero atarle a mi lado. Creo que hasta me alegra que le guste su prometida,

pues de ese modo le resultará menos doloroso abandonarme. Considero que es mi deber proceder de esta forma. Cuando se ama, debe sacrificarse todo al ser amado. Esa es la mejor prueba de amor, ¿no crees?

—¿Podrás persuadirle?

—No pretendo intentarlo siquiera. Si apareciese en este momento, haría lo de siempre. Es necesario que encuentre una forma que me permita dejarle sin que sienta remordimientos de conciencia. Debes ayudarme, Vania. ¿Tienes alguna idea?

—Es un asunto complicado. Y más conociendo su carácter. Hace cuatro días que no viene por aquí, y tal vez piense dejarte para siempre. Pero bastaría con que le escribieras diciéndole que le ibas a abandonar, para que se presentase aquí en seguida.

—¿Por qué le aborreces, Vania?

—¿Yo?

—Sí tú. Le odias; no puedes referirte a él sin evidenciar el odio que le tienes, aunque no hables de forma vengativa, y hasta te he oído difamarle y calumniarle. Daba la sensación de que sentías placer al hacerlo.

—Será mejor que hablemos de otra cosa, Natacha. Eso mismo lo has dicho ya muchas veces.

Hubo una breve pausa, y luego Natacha dijo en voz muy baja:

—Está bien, Vania, no te enfades. Mira, me gustaría cambiarme de casa.

—¿De qué te valdría mudarte? Aliocha no tardaría en encontrarte.

—Es mucho lo que puede el amor. Quizá le retiene aún un gran cariño. Si vuelve a mí, seguramente será por poco tiempo, ¿no te parece?

—¿Qué podría yo decirte? Todo en él es desconcertante: quiere casarse con otra, y al mismo tiempo parece que desea seguir amándote.

—Si tuviese la certeza de que Aliocha está enamorado de ella, tomaría una decisión. Vania, no me ocultes nada. Sospecho que callas algo importante.

—Puedo jurarte que no sé nada, Natacha. Sabes que siempre fui honrado y franco contigo. A decir verdad, quizá no esté tan prendado de la hijastra de la condesa como pensamos. Puede que no sea más que algo pasajero, ilusorio.

—¡Señor mío, si pudiera saber la verdad! ¡Cómo me gustaría verle en este momento, aunque fuese por un instante! Entonces podría leer en su rostro toda la verdad. Pero no viene. ¡No viene!

—Entonces, ¿le estás esperando, Natacha?

—No. Sé que está con ella. Lo sé porque encargué que lo averiguasen. ¡Cómo me agradaría verla a ella también! Mira, Vania, seguramente te parecerá una necedad; pero, ¿no podría verla en algún sitio? ¿Qué dices?

Noté en su rostro que esperaba la respuesta con evidente inquietud.

—¿De qué te valdría verla?

—Con eso tendría bastante; lo demás lo adivinaría. Voy a perder la razón. Lo único que hago es pasear por esta habitación, siempre sola. Me paso el tiempo pensando; tengo un torbellino en la cabeza, y todo me atormenta. He pensado si tú podrías entrevistarte con ella. Creí haberte oído decir que la condesa había elogiado tu novela, y que frecuentas cierto salón al que ella también asiste. ¿Por qué no intentas que te la presenten? Quizá el mismo Aliocha podría encargarse de ello. Luego tú podrías contarme lo que yo deseo saber.

—Más tarde hablaremos de eso, Natacha. Pero, ¿crees que tendrás valor para dejarle? Piénsalo. Debes meditarlo cuando estés más calmada.

—Sí, tendré valor — manifestó, bajando la voz —. Todo lo haría por él. Le daría hasta mi vida, si fuera necesario. Pero te confieso, Vania, que me resulta terriblemente dolorosa la idea de que en este mismo instante se encuentre en casa de ella, de que me ha olvidado,

que se sienta a su lado, le habla y se ríe, igual que hacía cuando estaba aquí, ¿recuerdas? No sentirá preocupación alguna al pensar que estoy aquí, contigo...

Interrumpióse de pronto y me miró llena de desesperación.

—¿Cómo es eso, Natacha? Si hace unos instantes me estabas diciendo que...

—Primero que vuelva conmigo, y luego nos separaremos—aseguró con mirada llena de pasión—. Yo le bendeciré, Vania. Si no, ¡qué tortura será para mí pensar que pueda ser él quien primero empiece a olvidar...! No me entiendo a mí misma... A veces pienso las cosas de un modo, y en el momento de querer llevarlas a cabo, todo me resulta diferente. ¿Qué puedo hacer?

—Tranquilízate, Natacha.

—¡Y ya van cuatro días sin que aparezca! Hora tras hora, minuto tras minuto, durmiendo, soñando, sólo pienso en él. ¡Vamos! Quiero ir junto a él. ¡Llévame!

—¡Natacha, cálmate!

—Sólo te esperaba para esto, Vania. Hace ya muchos días que estaba dando vueltas y más vueltas a la idea. A esto me refería en mi carta. Tú no podrás negarme ese favor, Vania. Allí..., ¡allí está él!

Parecía estar trastornada. En ese momento oí voces en el vestíbulo, y me pareció que Mavra discutía con alguien.

—¡Escucha, Natacha!—le dije—. Ha llegado alguien. ¿Lo oyes?

Aunque palideció aún más, un gesto de escepticismo cruzó su rostro.

—¡Cielo santo! ¿Quién podrá ser? — exclamó con voz ahogada.

Corrí hacia el vestíbulo, a pesar de que ella había tratado de retenerme. No me había equivocado en mis presentimientos: allí estaba Aliocha. Se hallaba con Mavra, que no le permitía entrar.

—Vaya, ¿de dónde venimos?—preguntaba la criada,

con aire autoritario, como si fuera la dueña de la casa—. ¿Por dónde hemos estado rondando? Lo que es a mí no me engaña usted. Pero pase, a ver qué tiene que decir.

—No creas que me das miedo—declaró Aliocha, manifiestamente turbado—. A mí nadie me asusta.

—Allá usted. ¡Qué desfachatez!

—No, nada de eso. Dios sabe bien que no he cometido ninguna falta. Si acaso me crees culpable, ahora mismo verás cómo me justifico.

Acercóse a la puerta, y aparentando más confianza de la que sentía, dijo:

—¿Puedo entrar, Natacha?

No hubo respuesta.

—¿Le ocurre algo?—me preguntó con inquietud.

—No lo creo. Hace un instante estaba ahí. Aunque quizá...

El joven abrió suavemente la puerta y paseó una tímida mirada por la estancia. Parecía no haber nadie. Hasta que de repente, entre la ventana y el armario, la descubrió en un rincón, tratando de esconderse, más muerta que viva. Aliocha se acercó con timidez y la saludó algo inquieto. A juzgar por su turbación, ella parecía la culpable.

Aun hoy, al recordar lo sucedido, me cuesta no sonreír. Aliocha le dijo con voz insegura:

—Natacha, buenas noches. ¿Qué te pasa?

Ella siguió sin contestar.

—Escúchame, Natacha; seguramente me crees culpable, y la verdad es que no lo soy. Mira, voy a explicártelo todo. Ya verás como...

Pero ella no le dejó seguir hablando.

—¿Para qué me vas a dar explicaciones? De nada valdrían. Dame la mano, y que todo concluya como de costumbre.

Entonces salió de su escondrijo, baja la mirada, como si la atemorizase enfrentarse con él.

—¡Dios santo!—exclamó el joven, con vehemencia, mientras se volvía hacia mí—. ¿Cree usted que si fuera culpable me atrevería yo a mirarla? ¿Se da cuenta? Ella cree que he cometido una falta, pues todas las apariencias están contra mí, y parecen acusarme. Estuve cuatro días sin venir por aquí, y sabe que me iba a ver a mi prometida. Sin embargo, me perdona. Me dice que le dé la mano, y que olvidemos lo ocurrido. Pero no, Natacha, ángel mío, soy inocente, de nada tengo que acusarme.

—Sin embargo—dijo ella—, en este momento tenías que estar allí. ¿Por qué viniste? ¿Qué hora es?

—Las diez y media. Yo estaba allí, en efecto, pero dije que me encontraba indispuesto y me marché. Después de cuatro días es la primera vez que me veo libre, que puedo huir de ella para volver a tu lado. Cierto que hubiera podido venir antes, pero lo dejé para más tarde con toda intención. Ya te lo contaré. ¡Lo que sí puedo asegurarte es que en esta ocasión no tengo nada, nada absolutamente de qué culparme!

Esperaba que lanzaran algunas exclamaciones, como en veces anteriores, y que se abrazasen estrechamente, como solían hacer en sus reconciliaciones; pero no sucedió así. Natacha, como abrumada de felicidad, apoyó la cabeza en el hombro del joven y lloró en silencio. Aliocha no pudo resistirlo más, y en un arrebato de emoción se arrodilló ante ella y empezó a besarle las manos.

Entonces aproximé una silla a Natacha, y ella tomó asiento. Había notado que sus piernas apenas podían sostenerla.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Pocos instantes después, los tres nos reíamos llenos de gozo.

—¡Callad! Dejadme que os cuente lo que ha pasado —dijo Aliocha, tratando de ahogar nuestras risas con su voz sonora—. Seguramente os creéis que es lo de siempre, que os diré alguna tontería, ¿eh? Pues no, estáis en un error. Voy a contaros cosas sumamente interesantes. Pero, ¡callaos de una vez!

Le veíamos impaciente por relatarnos lo sucedido. Parecía tratarse de asuntos importantes, pero su forzada seriedad le daba un aspecto tan cómico que sólo lograba provocar aún más nuestra risa. Indignado, puerilmente desesperado, Aliocha nos había puesto en tal estado de ánimo que con sólo hacer un gesto nos hacía destornillar a fuerza de carcajadas.

Mavra, que salía de la cocina, se paró ante la puerta y nos miró sombríamente, lamentando que Natacha no hubiera echado de la casa a Aliocha, y que encima estuviéramos celebrándole las ocurrencias. Por último, al ver Natacha que estábamos haciendo enfadar de verdad a Aliocha con nuestras risas, volvió a ponerse seria.

—Y bien, ¿qué tienes que contarnos? —inquirió.

—Qué, ¿no sirvo el té? —le interrumpió Mavra, sin ninguna consideración.

—Vamos, Mavra, déjanos —repuso Aliocha, mientras la despedía con un ademán—. Os contaré lo que ha pasado, y también lo que va a suceder. Estoy perfectamen-

te enterado de todo. Comprendo que queréis saber dónde estuve estos días pasados; pues bien, os lo diré, pero os ruego que no me interrumpáis. En primer lugar, Natacha, debo decir que te engañaba. Eso es muy importante.

—¡Dices que me mentías!

—En efecto, desde hace un mes. Ahora ya lo puedo decir todo. Hace un mes me escribió mi padre una larga carta, que yo no te enseñé. El tono era tan serio que llegó a asustarme. Aseguraba que mi boda había quedado resuelta, que mi prometida era una joven admirable, y que no era merecedor de tomarla por esposa. A fin de prepararme para la vida de casado, en primer lugar tenía que olvidar mis antiguas locuras. Bueno, ya sabéis a qué locuras se refiere. De esta carta, como os digo, no os conté nada.

—Claro que nos lo dijiste—le atajó Natacha—. No presumas de discreto, porque nos lo contaste todo inmediatamente. Aún te recuerdo dando vueltas a mi alrededor, solícito y cariñoso, como queriendo que te perdonase algo. El caso es que, poco a poco, nos explicaste todo lo que decía la carta.

—No puede ser. Bueno, de todos modos tengo la seguridad de que no os conté lo más importante. Quizá lo hayáis adivinado, pero sé que yo no lo conté. Lo mantuve en secreto, y bien sabe Dios lo que eso me ha dolido.

—Yo también me acuerdo, Aliocha—tercié mientras miraba a Natacha—, que en aquel momento empezó usted a pedirme consejos acerca de algunas situaciones que presentaba como meras conjeturas, y que poco tenían que ver con lo que estábamos hablando.

—Lo cierto es que lo contaste todo—confirmó Natacha—, así que no vengas dándote importancia. ¿Es que puedes callarte algo? No, la astucia no se hizo para ti. ¿No es cierto que tú también lo sabes, Mavra? Hasta ella te conoce.

—Sí, claro que lo sé—contestó la criada, asomándose a medias por la puerta—. Lo dijo todo en los primeros días, y ahora pretende hacer de eso un misterio.

—Vaya, no es posible hablar secretamente con vosotros. Tú lo dices para vengarte, Natacha, y en cuanto a ti, Mavra, te equivocas por completo. Y aunque lo contase, no sería más que una parte. Sí, me parece que lo recuerdo. Sin embargo, el tono, que era lo más importante, ése no sabíais cómo era.

—Y bien, ¿cómo era ese tono?—preguntó Natacha, realmente intrigada.

—Mira, Natacha, no sé si te estás burlando de mí. Pero no debes tomarlo a broma. Esto tiene una gran trascendencia, es algo muy serio. Puedo asegurarte que en toda mi vida nunca se dirigió mi padre a mí de esa forma.

—Bien, bien, cuéntalo todo de una vez. ¿Por qué te callaste eso?

—Para que no te preocuparas, pues esperaba poder arreglarlo todo. Pero a poco de recibir la carta, una vez llegado mi padre, comenzaron mis problemas. Tenía yo la intención de contestarle claramente, con decisión, pero no encontraba la oportunidad. El, astuto como siempre, no me decía nada. Se comportaba como si el asunto estuviera solucionado definitivamente, y entre nosotros ya no pudiera surgir discusión alguna. Es demasiado optimista. Conmigo, por otra parte, se portaba con gran amabilidad y ternura, y ello me tenía muy asombrado. ¡Qué inteligente es! ¡Ah, si le conocierais como yo le conozco! Todo lo sabe, y con ver a una persona le basta para conocer sus pensamientos como si fueran los propios. Natacha se disgusta cuando le alabo. No te enfades, Natacha. El caso es que al principio no me daba dinero, pero ayer cambió la cosa. Natacha, vida mía, se acabaron nuestros apuros. Ten, mira; lo que había retenido de mi pensión durante seis meses, para castigarme, me lo dio todo junto ayer. Fijaos cuánto

dinero, ni he tenido tiempo de contarlo. Oye, Mavra, cuenta ese dinero. Ya no tendremos que empeñar más cubiertos de plata.

Al decir esto, Aliocha extrajo un grueso fajo de billetes del bolsillo — serían más de mil rublos —, y lo tiró encima de la mesa. La criada, con mirada codiciosa, pronunció frases de elogio. Por su parte, Natacha le pidió que siguiera hablando.

— Se me presentó el primer problema — continuó diciendo el joven —. ¿Qué podía hacer? ¿Debía enfrentarme con él? Os aseguro que si mi padre llega a portarse mal, no lo habría dudado un momento. Sin más rodeos le habría hecho saber que ya no soy un chiquillo. De verdad, no me hubiese dejado convencer. Y sin embargo, al proceder tan generosamente como lo hizo, ¿qué iba a hacer yo? No, no me eches la culpa, ya veo que estás enfadada, Natacha. Pero, ¿por qué os miráis así? Ya sé, seguramente pensáis que de buenas a primeras me ha cazado, y que no me queda nada de resolución, ¿no es cierto? Pues tengo más de la que creéis, y lo prueba el que, pese a mi situación, pensé inmediatamente: «Debo contárselo todo a mi padre, absolutamente todo». Y así lo hice, en efecto. El me escuchó hasta que hube terminado.

— ¿Y qué fue lo que le dijiste? — inquirió Natacha, con inquietud.

— Le dije que no quería otra novia, puesto que te tenía a ti. Bien, en realidad no se lo expresé tan claro, pero le he preparado para decírselo mañana. De todos modos, le aseguré que sería una bajeza casarse por dinero, y también le dije que me parecía una necedad el tenernos por aristócratas. Todo se lo expuse con la misma franqueza que si estuviera hablando con un hermano; incluso le manifesté que yo integraba el «tercer estado», y que el *tiers état c'est l'essentiel;* que me siento orgulloso de ser igual que cualquiera, y que no deseo ser más que nadie. En definitiva, que le planteé mis

puntos de vista con toda sinceridad. Claramente, le pregunté luego: "¿Por qué debemos considerarnos como príncipes? Tal vez porque nacimos con el título, pero lo cierto es que no tenemos principado alguno. No nos sobra el dinero, y éste es muy importante. En los tiempos que corren, los verdaderos príncipes son los hombres como Rothschild. Sí, eso es lo cierto; y además, en el gran mundo ya casi nadie habla de nosotros El unico que ha aireado algo nuestro apellido es mi tío, Simón Valkovski, al que, si alguien conoce en Moscú, fue por derrochar allí el escaso dinero que aún conservaba la familia. De no haber amasado su padre un poco de oro, sus nietos serían labriegos, como ya lo son algunos príncipes de origen. En fin, que ninguna razón tenemos para sentirnos orgullosos de nuestra situación". ¿Me creéis si os digo que no me contestó una sola palabra? Pues así fue. Lo único que me recriminó fue haber abandonado la casa del conde Nainski; después me aconsejó que procurase hacerme simpático a la princesa K..., mi madrina, pues si ella me favorecía con su protección, habría dado un gran paso en beneficio de mi porvenir, y en todas partes me acogerían espléndidamente. Los dos procuramos obrar con astucia; tratamos de embaucarnos y nos espiamos mutuamente.

— ¿Y en qué quedó todo? ¿Qué decisión tomó al fin? Eso es lo importante, Aliocha. ¡Charlas demasiado!

— ¡Cualquiera sabe lo que habrá decidido mi padre! Y eso de que soy un charlatán, no es verdad, puesto que hablo con toda seriedad. No me dijo una palabra sobre las decisiones que iba a tomar. En esa ocasión no me contestó nada a mis argumentos. Tan sólo sonrió como si me compadeciera, y por fin dijo: "Opino igual que tú; pero ahora vamos a casa del conde Nainski, y allí te cuidarás mucho de hablar como lo has hecho, porque si yo soy capaz de entenderte, él, en cambio, no te comprendería". Debo advertir que a mi padre no le acogen bien en todas partes, y que hay sitios donde hasta le

hacen el vacío. El caso es que el conde me recibió con altanería, como si hubiese olvidado que yo me había criado en su casa. Me consideraba poco menos que como un ingrato, y lo cierto es que no tengo nada de eso. Pero en su casa se muere uno de aburrimiento, y por ello dejé de ir. También se mostró bastante frío con mi padre. La verdad es que yo no volvería a verle, si me tratara como le trató a él. Francamente, me indigna ese proceder, que obliga a mi padre a humillarse ante el conde. Sé que todo eso lo hace por mí, pero yo no lo necesito. Poco faltó para que le dijera todo esto a mi padre, pero logré contenerme. ¿Por qué motivo se lo iba a decir? No le hubiera hecho cambiar de opinión, y sólo habría contribuido a aumentar sus penas. De ahí que me decidiese a ser taimado, más que todos ellos, obligando al conde a que me tuviese en cuenta, recuperando su estimación. Aunque os cueste creerlo, en seguida conseguí lo que me proponía. En veinticuatro horas el conde cambió de actitud hacia mí y se mostró increíblemente amable. Todo esto, desde luego, lo hice yo solo, ya que mi padre no ha intervenido para nada.

—Me parece que harías mucho mejor si hablaras de lo nuestro, en vez de contarnos tus hazañas con el conde—le interrumpió Natacha, impaciente—. A mí me importa muy poco ese famoso conde.

—¿Quién dice que no nos interesa? ¿Lo ha oído, Iván Petrovitch? Pues no obstante, hay algo importantísimo. Verás como todo lo entiendes ahora, Natacha. Pero es necesario que me dejes hablar sin interrumpirme; puede que en ocasiones no sea juicioso y actúe neciamente, pero esta vez supe poner de manifiesto una gran perspicacia, y diría que hasta obré con talento.

—¿Por qué dices eso, Aliocha? ¡Qué disparate!—exclamó Natacha, a la que disgustaba que su amante se acusara de tonto. Ya en algunas ocasiones se había enfadado conmigo porque le demostré que él había hecho alguna necedad.

En ese aspecto, Natacha se mostraba muy puntillosa, y no aceptaba críticas, por más que reconociese interiormente que la capacidad de su galán no era más que mediana.

—No debieras decir esas cosas—insistió—. Eres algo atolondrado, y eso es todo. ¿A qué viene rebajarte tú mismo como lo haces?

—Está bien, callad, dejadme proseguir. En cuanto salimos de la casa del conde, mi padre se puso furioso contra mí. Luego fuimos a saludar a la princesa. Lo único que sabía de ella es que era una anciana que chocheaba ya de puro vieja, que apenas oía y que cuidaba con todo amor de sus perros, a los que tiene por manadas. No obstante, influía decisivamente en los medios sociales, hasta tal punto que el conde Nainski, a pesar de su altivez, se veía obligado a hacer antesala cuando iba a verla. Mientras nos dirigíamos hacia su casa yo tracé mi plan de ataque, apoyándome en la virtud que tengo de hacerme querer de los perros. No sé si será un magnetismo especial, o que los animales se dan cuenta de que los quiero, pero lo cierto es que me adoran. Ah, y a propósito de magnetismo, hace poco estuvimos en casa de un médium; nos reunimos para evocar a los espíritus, y os aseguro que es algo muy curioso. Yo llamé al espíritu de Julio César.

Natacha no pudo reprimir una carcajada y manifestó:

—¡Vaya ocurrencia! ¿Por qué tenías que evocar justamente a Julio César?

—Es que... Bueno, a alguien tenía que llamar; además, no sé qué mal hay en invocar a Julio César. Está bien, si te hace gracia, sigue riéndote.

—No, no, claro que no hiciste mal llamando a Julio César. Pero cuéntanos, ¿qué te dijo Julio César?

—Lo que es hablar... no habló. Yo había colocado un lápiz sobre un papel, y el lápiz se deslizaba sobre el mismo, escribiendo. Los que estaban conmigo dijeron

que era Julio César el que escribía. Pero yo no creo que fuera verdad.

—¿Y qué escribió la mano de Julio César?—preguntó de nuevo Natacha.

—Algo que parecía de Gogol. ¡Bueno, deja de reírte de una vez!

—Sí, háblanos entonces de la princesa.

—Lo haré en cuanto dejéis de interrumpirme. Bien, cuando llegamos a su casa, me puse a acariciar a *Mimí*, una perra vieja, antipática y repulsiva, que por si fuera poco ladra y muerde. La princesa le tiene un cariño inmenso, y al verlas juntas uno no sabe cuál de las dos es más vieja. Comencé atracando de bombones a *Mimí*, y al cabo de diez minutos, todo lo más, le había enseñado a que diera la pata, lo que nadie había conseguido en toda su larga vida. ¡No os podéis imaginar el entusiasmo de la princesa! Hasta lloraba de felicidad, y no se cansaba de repetir: «*Mimí, Mimí*, dame la patita». Luego llegó alguien y dijo: «*Mimí*, dale la patita; mi ahijado se lo ha enseñado». Más tarde vino el conde Nainski y también: «Dale la patita, *Mimí*». Y no dejaba de mirarme con los ojos llenos de lágrimas. ¡Pobre vieja, hasta me daba lástima! Pero yo tenía que seguir conquistándola. Sobre una repisa de la habitación vi un retrato suyo de cuando era muchacha, o sea de hace unos sesenta años, por lo menos. Lo cogí, y como si ignorase quién era, empecé a exclamar: «*Quelle charmante peinture!* ¡Es el ideal de la hermosura!» No os exagero si os digo que parecía derretirse literalmente, cuando yo decía aquellas frases.

»Después empezó a hacerme mil preguntas; quiso saber dónde había estudiado y con quién vivía. Alabó mi pelo, y yo, que sabía que la tenía ya en un bolsillo, le conté una historieta picaresca, pues sé que le gustan mucho. Me amenazaba con un dedo, pero no dejaba de reírse a carcajadas... Al despedirnos me dio un beso, me bendijo haciendo la señal de la cruz sobre mi frente,

y me pidió que fuera a distraerla un poco todos los días. El conde también me estrechó la mano rezumando afecto, y en cuanto a mi padre, que aunque no lo creáis es el hombre más noble y honrado del mundo entero, lloraba de alegría cuando volvimos a casa. Me abrazó y me hizo misteriosas revelaciones concernientes a mi porvenir, a las relaciones, el amor y el dinero, aunque de todo ello no entendí una sola palabra. Luego me dio el dinero que ahí veis. Esto sucedió ayer, y mañana tengo la intención de regresar a casa de la princesa. Sí, como os decía, mi padre es el caballero más noble que existe, y si trata de alejarme de ti, Natacha, es porque le encandilan los millones de Katia, unos millones de los que por desgracia tú careces. Ese dinero lo desea para mí. Si es injusto contigo es porque no te conoce. Por otra parte, ya sabemos que los padres siempre quieren la felicidad de sus hijos. Él no tiene la culpa si le han hecho pensar que la dicha sólo se consigue con dinero. Eso es lo que creen todos los que viven como él. Tenéis que considerarle desde ese punto de vista; entonces terminaréis por darle la razón. El caso es, Natacha, que he venido especialmente a contarte todo eso. Comprendo que tengas ciertos recelos en relación con mi padre. Pero no es tuya la culpa, y no puedo criticarte.

—Entonces—declaró al fin Natacha—, todo lo que has logrado fue entrar con buen pie en casa de la princesa, ¿verdad? A eso le llamas astucia?

—No, claro que no. Apenas he empezado... Si hablé de la princesa fue porque a través de ella pretendo ganarme el favor de mi padre. De todas formas, todavía me falta contaros lo más importante.

—¿A qué esperas, entonces?

—Precisamente hoy me sucedió algo realmente extraño, tanto, que aún no he salido de mi asombro. Debéis saber que si bien mi boda es una cuestión decidida entre mi padre y la condesa, todavía no hay nada oficial, de modo que podrían romperse las relaciones in-

mediatamente, sin que se produzca ningún escándalo. Pero voy a lo más importante: conocí a Catalina el año pasado, pero no supe ver nada en ella porque yo aún era un chiquillo, y no era capaz de comprender...

—No es eso —corrigió Natacha—. Lo que sucede es que entonces me querías; ahora, en cambio...

—No me interrumpas, Natacha —dijo Aliocha, lleno de impaciencia—. Estás equivocada, y me ofendes. No quiero contestarte. Ahora escúchame y lo comprenderás todo. Sé que pensarías de modo muy distinto si llegaras a conocer a Katia. No sabes la bondad que hay en su alma, la pureza de su espíritu. Pero vas a darte cuenta por lo que voy a contarte. Hace quince días, cuando mi padre me llevó a casa de ella, me dediqué a observarla con atención. Noté que también ella me miraba. Sentí curiosidad, y un verdadero afán de conocerla a fondo, deseo que había sido suscitado por la carta de mi padre que tanto me impresionara. No voy a entonar una serie de alabanzas en su honor, sólo diré que constituye una excepción en el medio en que vive. Se trata de un carácter fuera de lo corriente, posee un alma limpia y fuerte, cuya fortaleza reside justamente en su pureza y rectitud, y es eso lo que hace que a su lado me sienta como un niño, como un hermano menor, aunque no tiene más que diecisiete años. Por otra parte, me he dado cuenta de que parece estar muy triste, como si guardase algún secreto. Me da la sensación de que teme a mi padre y que no quiere a su madrastra. Siempre está silenciosa, como si temiera hablar. La condesa, por su parte, cuenta a todos que su hijastra la quiere con locura, pero eso es mentira. No sé realmente lo que trata de conseguir con ello. Katia hace todo lo que le manda, como es lógico, pero se advierte en ella un gesto resignado, como algo forzado. Después de haber madurado mi plan, hoy, al cuarto día de iniciadas mis observaciones, decidí poner en práctica mi proyecto, y así lo hice esta noche. Deseaba contarle todo a Katia, confesarle lo que ocurre y acabar de una vez, luego de ganarla para nuestra causa.

—Pero, ¿qué ibas a decirle? ¿Qué tenías que confesarle?

—Absolutamente todo —contestó Aliocha—. Y agradezco a Dios el que me haya inspirado. Oídme, hace cuatro días decidí separarme de vosotros para ver si yo solo podía arreglar la situación. De haber permanecido a vuestro lado habría estado vacilando continuamente, sin tomar una decisión que valiese la pena. En cambio, si me hallaba solo, me sentiría impulsado a actuar para resolver el asunto como pudiera. Hice acopio de valor, y pude llegar hasta el fin. Yo mismo me propuse no venir a veros hasta que no hubiera resuelto algo, y como ya lo he conseguido, aquí me tenéis.

—¿Qué has conseguido? Cuenta, cuenta.

—Es muy sencillo; me entrevisté con Katia y le hablé resueltamente, con honradez. Sin embargo, quiero contaros un suceso anterior a esto, que me dejó muy impresionado. Antes de salir de casa, mi padre recibió una carta. En ese momento iba yo a entrar en su despacho, y me detuve en la puerta. Él no se había dado cuenta, y el caso es que la lectura de la misiva le hizo hablar solo. Lanzó exclamaciones, dio vueltas incansablemente por la habitación, y de pronto lanzó una carcajada, mientras agitaba el papel en la mano. Yo no sabía por qué, pero era evidente que mi padre estaba lleno de contento. Al verme se dirigió a mí de un modo extraño, y luego me dijo que me preparase para salir, lo cual me extrañó ya que aún era muy temprano. Al llegar, no había nadie en casa de la condesa. Mintió quien te dijo que se celebraba allí una velada, Natacha.

—Por favor, Aliocha, déjate de divagaciones y cuéntanos lo que le dijiste a Katia.

—Por suerte pude estar a solas con ella dos horas largas. Con nobleza, pero claramente, le dije que a pesar de la boda que se había proyectado para ambos, ésta

no podría realizarse. Era absolutamente imposible, y yo quería hablar con ella porque era la única persona que podía salvarme. Entonces le confesé todo. Katia desconocía nuestras relaciones, Natacha, y se sintió sumamente impresionada. La vi palidecer mucho. Luego le conté lo nuestro, la forma en que te habías marchado de casa de tus padres, cómo íbamos viviendo y nuestro suplicio. Le dije que tememos a todo y que recurríamos a ella (yo en nombre tuyo, claro está) confiados en que se pusiera de nuestra parte y dijera a su madrastra que no deseaba casarse conmigo. Esa era nuestra única esperanza. Me escuchó llena de simpatía e interés. ¡Si hubieras visto su mirada en aquel momento, Natacha, parecía que el alma se le asomaba a los ojos! Me dio las gracias por la confianza que le demostraba, y dijo que haría por nosotros cuanto pudiera. Después me hizo preguntas sobre ti, y declaró que se sentirá muy contenta si puede conocerte. Asegura que te quiere como a una hermana, y desea que tú la quieras a ella de la misma manera. En cuanto supo que hacía cuatro días que estaba sin verte, me pidió encarecidamente que volviera contigo cuanto antes.

Era evidente que la emoción se había apoderado de Natacha.

—No sé cómo has podido contar primero esas tonterías de la princesa sorda—le replicó Natacha—. Y dime, al separarte de Katia, ¿se quedó contenta?

—Lo cierto es que se sentía satisfecha de poder realizar una buena acción, pero de todos modos no podía contener el llanto. Y es que debo decírtelo, Natacha, pero ella también me quiere. Me contó que empezó por sentir aprecio hacia mí (ella no ha tratado a ningún joven), y que yo le gustaba desde hacía mucho tiempo. Pero más que otra cosa, lo que la impulsó a fijarse en mí fue la hipocresía que la rodea. Por último se levantó y me dijo: «Dios te guíe, Alejo Petrovitch; deseo que...» Pero no pudo terminar, rompió en sollozos y se marchó

sin decir nada más. Quedamos de acuerdo en que mañana dirá a su madrastra que no desea casarse conmigo, al tiempo que yo se lo confesaré a mi padre, con valor y energía. Katia me reprochó que no le hubiera confesado eso anteriormente. «Un hombre honrado no debe temer a nada», me dijo. Es la persona más noble que puede concebirse. En cuanto a mi padre, no le resulta simpático. Afirma que es un perillán, que sólo va tras el dinero. Yo le defendí, como es lógico, pero no quiso escucharme. Si mañana no logro convencer a mi padre (y Katia cree que no lo conseguiré), según ella debo colocarme bajo la protección de la princesa K, puesto que nadie osará enfrentarse con ella. Katia y yo prometimos ser como hermanos. ¡Ah, si supieras de su vida, Natacha, de lo desdichada que es, y lo que le apena vivir con su madrastra, en un ambiente lleno de hipocresía...! La verdad es que esto no me lo ha dicho francamente, pues parecía temerme a mí también; de todos modos yo lo deduje por algo de lo que me contaba. Si te conociera, Natacha, estoy seguro de que sentiría una gran admiración por ti. Posee un corazón de oro. Estoy seguro de que nacisteis para ser hermanas, y que terminaréis profesándoos afecto. Lo digo en serio, Natacha, me gustaría veros juntas, y estar siempre a vuestro lado. Sí, déjame que te hable de ella; si bien es cierto que ahora lo hago, cuando estoy a su lado no hago más que hablar de ti. Tú sabes de sobra que te amo como a nadie, más que a ella, incluso... Natacha, ¡tú lo eres todo para mí!

En silencio, con mirada dulce y triste a la vez, Natacha contemplaba al joven. Sus palabras eran para ella como una caricia dolorosa.

—Hace ya tiempo, quince días por lo menos, que me he formado un concepto de Katia—prosiguió diciendo Aliocha—. Al volver a casa, después de hablar con ella, pensaba en las dos y os comparaba.

—Bueno, ¿cuál de las dos salía ganando? —inquirió Natacha, sonriente.

— Ella, a veces, pero casi siempre tú. Cuando estoy a tu lado, me doy cuenta de que me hago mejor persona, que soy más inteligente, más noble y razonable. En fin, mañana se resolverá todo.

— ¿No tienes lástima de ella? Dices que te quiere, que tú mismo lo notaste.

— Desde luego que la compadezco; pero todos nos querremos, y entonces...

— Entonces «adiós» — murmuró Natacha, como hablando consigo misma.

El joven la miró extrañado.

En ese momento la conversación se interrumpió inesperadamente. Se oyó un rumor de voces procedente de la cocina, que daba a la escalera. Parece que había llegado alguien. Casi en seguida, Mavra abrió la puerta e hizo algunas señas a Aliocha. Todos nos volvimos hacia la criada.

— Preguntan por usted — dijo Mavra, con entonación misteriosa —. ¿Puede venir un momento?

— ¿Quién puede ser, a semejantes horas? — manifestó Aliocha, mirándonos con inquietud —. Un momento, en seguida vuelvo.

El lacayo del príncipe estaba en la cocina. Cuando regresaba a su casa, el príncipe había ordenado que se detuviera el coche delante de la casa de Natacha, y mandado preguntar si su hijo se encontraba allí.

— Esto es extraño — declaró Aliocha, desconcertado, cuando regresó a la habitación —. Es la primera vez que pasa. ¿Qué querrá decir esto?

Natacha parecía dominada por una manifiesta zozobra. De pronto se presentó Mavra en la puerta, de nuevo, y dijo precipitadamente:

— Viene el príncipe.

En seguida dio media vuelta y desapareció.

Natacha se puso en pie, con el semblante muy pálido y los ojos brillantes. Tuvo que apoyarse en la mesa, intensamente turbada, y clavó los ojos en la puerta por donde debía aparecer la inesperada visita.

— No debes temer nada — dijo Aliocha, que aunque estaba asombrado no había perdido la calma —. Estoy junto a ti, y no permitiré que te ofendan.

Abrióse la puerta en ese momento, y apareció el príncipe Valkovski.

CAPITULO II

El príncipe nos observó con rapidez y atención, aunque no podíamos precisar si llegaba como amigo o enemigo. Desearía describir con detalle su aspecto, que aquella noche me produjo una honda impresión.

Yo ya le conocía de antes. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, con rostro de facciones regulares y atrayentes que cambiaban de expresión según las circunstancias, a veces intempestivamente, pasando del gesto de ira al de alegría con una precisión singular. El perfecto óvalo de su semblante moreno, los blancos dientes y finos labios; la nariz, recta y alargada, la despejada frente, sin arrugas, y los ojos grandes y grises, hacían de él un hombre sumamente apuesto. No obstante, aquel rostro producía en seguida una impresión desagradable; repelía, pues daba la sensación de algo fingido, de algo que no le pertenecía, sino que era prestado, estudiado, que jamás reflejaría sus verdaderos sentimientos.

Después de mirarle despacio, se daba uno cuenta de que tras aquella máscara se ocultaba una persona astuta, cruel y egoísta. Lo que más llamaba la atención en él eran sus grandes y hermosos ojos grises. Daban la sensación de que eran lo único que el príncipe no podía someter del todo a su voluntad. Hasta cuando quería mirar con afecto y amabilidad, su mirada parecía desdoblarse, y con los reflejos amables y cariñosos se mezclaban otros altivos, suspicaces, interrogantes. Elegante,

alto y bien proporcionado, aparentaba menos edad de la que tenía. En su cabello, sedoso y de color castaño, se veían ya algunas canas. Sus orejas, manos y pies, poseían una finura aristocrática. Iba vestido con elegancia y refinamiento, y poseía cierta prestancia juvenil que le favorecía. Hasta podía habérsele considerado como el hermano mayor de Aliocha. Al menos, nunca le habrían tomado por padre de un joven que había pasado la adolescencia.

Avanzó el príncipe hacia Natacha, y observándola con atención le dijo:

—Mi llegada a su casa, a estas horas y sin haberme hecho anunciar, es desusada e incorrecta. Tengo plena noción de lo poco normal de mi conducta; pero sé con quien estoy hablando, y me he enterado de que es usted comprensiva y generosa. Si me concede unos pocos minutos, estoy seguro de que llegará a comprenderme, y aprobará mi forma de actuar.

Sus palabras traslucían cortesía, pero las dijo con toda firmeza.

—Por favor, tome asiento—declaró Natacha, sin librarse del temor que sentía.

Hizo el príncipe una ligera reverencia, y tomó asiento.

—En primer lugar, permítame que diga dos palabras a mi hijo—manifestó, y dirigiéndose a Aliocha agregó—: Apenas te habías marchado, sin despedirte de mí, cuando nos avisaron que Catalina Fiodorovna estaba enferma. Se disponía la condesa a ir junto a ella, cuando llegó la propia joven, agotada y víctima de una gran excitación. Nos dijo que no podía ser tu esposa y que estaba decidida a ingresar en un convento; que tú le confesaste que amabas a Natacha Nicolaievna, y que por tal motivo le habías pedido ayuda. Aquella asombrosa declaración fue sin duda provocada por la confesión que le hiciste; la joven estaba totalmente trastornada. Puedes imaginarte mi sorpresa y desagrado. Cuando pa-

saba por delante de su casa — volvió el príncipe a dirigirse a Natacha —, vi luz en las ventanas, y se hizo más fuerte en mí cierta idea que me viene persiguiendo hace ya bastante tiempo, y no resistí el impulso de presentarme en esta casa. Usted se preguntará el motivo, seguramente. En seguida se lo diré, pero antes debo pedirle que no se extrañe ante la excesiva sinceridad de mis palabras. Le aseguro que todo esto es para mi realmente inesperado.

— Espero que podré comprenderle — repuso Natacha, dudando —, y que sabré apreciar como es debido lo que usted me diga.

— Contaba con su perspicacia. Al arriesgarme a subir lo hice justamente porque me daba cuenta de la persona con la que iba a tratar. La conozco desde hace mucho tiempo, aunque al principio me comportase con usted de manera injusta. No ignora que hay viejas disensiones entre su padre y yo. Sería inútil que tratase de justificarme, aunque diré que quizá haya sido menos justo con él de lo que pensaba. Si las cosas han sucedido de esa forma, ello se debe a que me han engañado. No niego que soy una persona desconfiada, y que con mayor facilidad creo en el mal que en el bien. Sé muy bien que es una particularidad bastante desagradable y propia de espíritus crueles. El caso es que tengo por costumbre disimular mis defectos. Presté oídos a las calumnias que se decían, y cuando usted se marchó de casa de sus padres, temí por Aliocha.

»Por aquel entonces aún no la conocía a usted, y las averiguaciones que he ido haciendo me han devuelto la tranquilidad poco a poco. Después de observarla con atención, me di cuenta de que mis temores no tenían fundamento. Me he enterado de que estaba usted disgustada con sus familiares, y que su padre se niega firmemente a que se case con mi hijo. Además, el hecho de que usted no se haya valido del ascendiente, de la influencia que indudablemente tiene sobre Aliocha, para

forzarle a casarse con usted, es algo que dice mucho en su favor. De todos modos, y no tengo inconveniente en confesarlo, continué con mi decisión de oponerme a toda costa a su posible casamiento con mi hijo. Me doy cuenta de que estoy hablando con sinceridad excesiva, pero creo que es eso lo que debe prevalecer en estos momentos. Una vez que haya terminado de hablar, lo comprenderá usted todo. Después de haberse usted marchado de casa de sus padres, yo me ausenté de San Petersburgo, bastante más confiado respecto a lo que podía ocurrir con mi hijo, porque contaba con el orgullo de usted. Tenía la convicción de que usted no querría casarse si antes no terminaban las desavenencias familiares; sabía que usted no querría turbar las buenas relaciones existentes entre Aliocha y yo, como habría sucedido si se hubieran casado los dos, cosa que yo no le habría perdonado jamás. Además, usted tampoco podía querer que la acusaran de haber ido en busca de un casamiento por conveniencia con un príncipe. Muy al contrario, usted ha llegado hasta a mostrar cierto desdén hacia nuestra familia, y quizás esperó a que yo viniera a pedirle que nos haga el honor de otorgarle su mano a mi hijo.

Después de hacer una breve pausa, el príncipe continuó diciendo:

—En cuanto a mí, no he sido menos obstinado, en mis propósitos. No trato de justificarme, pero le expondré las razones que he tenido. En primer lugar, usted no tiene nombre ni fortuna. Yo poseo eso, sin duda, pero necesitamos más capital del que tenemos. Nuestra familia ha venido a menos, y nos hace falta dinero y buenas relaciones. Aunque la hijastra de la condesa Zenaida Fiodorovna no esté bien relacionada, posee una enorme fortuna. De no haber obrado con presteza, como lo hicimos, habrían surgido otros pretendientes dispuestos a quitarnos la novia. Era conveniente no desperdiciar tan magnífica ocasión; se hacía

necesario casar a Aliocha, aunque fuera demasiado joven para ello. Como puede ver, soy absolutamente sincero. Por su parte, comprendo que usted mire con desdén a un padre que no niega que, llevado por el interés, impulsa a su hijo a cometer una acción reprobable, pues no otra cosa es el abandonar a una joven generosa que todo lo ha dejado por él y que hasta ha cometido una mala acción. Pero en fin, como he dicho, no estoy tratando de disculparme.

»En segundo lugar, yo tenía deseos de que mi hijo se casara con la hijastra de la condesa, debido a que es una joven de grandes virtudes, digna de toda consideración. Es una muchacha hermosa, educada, de excelente carácter y gran entendimiento, si bien en numerosos aspectos es aún una niña. En cambio, Aliocha no tiene carácter, es atolondrado, vehemente y parece un chiquillo, a pesar de sus veintidós años. Su única virtud, quizás, es que posee un gran corazón, pero esta misma cualidad resulta peligrosa cuando se tienen sus defectos.

En la estancia sólo se oía la bien timbrada voz del príncipe, que prosiguió diciendo, seguro de que no le interrumpirían:

— Hace tiempo que vengo dándome cuenta de que mi influencia sobre Aliocha va disminuyendo poco a poco. Los impulsos juveniles le dominan hasta el punto de hacerle olvidar las obligaciones que tiene. Es probable que me ciegue el afecto que le profeso, pero lo cierto es que no puedo retenerle como antes. Lo que Aliocha necesita es una influencia bienhechora y duradera, pues posee una naturaleza sumisa, inclinada al afecto; prefiere obedecer antes que mandar, y sé que no va a cambiar en toda la vida. Comprenderá usted mi gozo cuando hallé en Catalina Fiodorovna el ideal que buscaba. Sin embargo, había llegado tarde; usted ya le dominaba. Al regresar, hace un mes, le observé con atención y noté que había cambiado mucho, y para bien. Cierto que seguía siendo voluble y atolondrado, pero ahora poseía mejores aspiraciones, interesándose por cosas más elevadas y nobles que las habituales diversiones. A veces demuestra tener ideas absurdas, pero sus anhelos, sus impulsos, son mejores que antes. Todo ello tiene una gran trascendencia, y reconozco que se lo debe a usted, que le ha reeducado. No voy a negarle que al descubrir todo eso pensé que nadie mejor que usted podía llegar a hacerle feliz; pero inmediatamente alejé de mí ese pensamiento. Tenía que apartarle de usted a toda costa. Inmediatamente me puse manos a la obra, debo confesar que creí haber logrado mi propósito. Hasta hace unas horas me creía triunfante, pero lo sucedido en casa de la condesa acabó con mis ilusiones. No he podido disimular mi asombro al ver a Aliocha correcto y serio, al notar la fuerza, la firmeza del vínculo que le une a usted. Le repito que usted ha contribuido a reeducarle. Pude apreciar que los cambios que se observan en él son de mayor alcance de lo que yo imaginaba. Hoy mismo me dio pruebas de poseer una gran inteligencia. Sí, me ha convencido de que tiene una gran penetración y una elevada delicadeza de sentimientos. Creo que ha elegido el camino más seguro para salir de una situación que consideraba engorrosa. Supo despertar la cualidad más noble del alma humana: la de perdonar y dar bien por mal.

»Aliocha se mostró sincero con la joven que le amaba, y acudió a ella pidiéndole ayuda. Supo pulsar la cuerda del orgullo de una mujer que le quiere, confesándole que había una rival; pero también logró despertar simpatía por esa rival. Obteniendo él perdón y la promesa de una amistad fraterna y desinteresada. Lo cierto es que son muy pocos los que pueden dar una explicación de esa naturaleza, sin herir u ofender. Hasta los más hábiles y astutos se ven incapacitados para ello; sólo los corazones jóvenes y puros, como el suyo, pueden lograrlo. Bien seguro estoy, Natalia Nicolaievna, de que usted no ha intervenido directamente en lo que

ha hecho mi hijo Aliocha, e incluso puede que usted sólo se haya enterado de todo cuando él se lo contó, ¿no es verdad?

—En efecto—contestó Natacha, que tenía enrojecidas las mejillas, mientras que sus ojos relucían extrañamente. Era evidente que la dialéctica del príncipe estaba haciendo su efecto—. No había visto a Aliocha en los últimos cuatro días. Fue él quien pensó todo esto, y el que lo ejecutó.

—No dudo de que así ha sido—aseguró el príncipe—, pero lo cierto es que esa desusada penetración, la fuerza de voluntad que manifiesta, y también su firmeza, le han sido inculcados por usted. Una vez formada mi opinión sobre todo el asunto, decidí, regresar a mi casa, pero al reflexionar, me he sentido con fuerzas para tomar una decisión. Debo admitir que mis planes de boda con la hijastra de la condesa han fracasado, y que no debo siquiera pensar en ellos. De todos modos iban a fracasar indefectiblemente, ya que me he convencido de que usted es la única capaz de hacer feliz a Aliocha; que sólo usted podrá guiarle, y que ya le ha proporcionado los fundamentos de su dicha futura.

»No le he ocultado nada hasta ahora, ni lo callo en estos momentos. Soy partidario acérrimo de todo cuanto signifique prosperidad, posición social y renombre, por más que en el fondo todo eso no son más que aberraciones: pero siento respeto por los prejuicios, y me disgusta rechazarlos. No obstante, en la vida se dan circunstancias que pueden más que todas las consideraciones, y el caso es que yo le tengo un gran cariño a mi hijo. En resumen, considero que Aliocha no debe separarse de usted, ya que en ese caso se vería perdido.

Tras una breve pausa, agregó:

—No sé si me creerá usted, pero hace ya un mes que medito profundamente cuanto acabo de decir, pero hasta hoy no llegué a reconocer que la mejor solución era precisamente ésta. Tal vez hubiera sido más correcto venir mañana a explicárselo, en lugar de molestarla a semejantes horas de la noche; pero quiero demostrarle la sinceridad con que actúo. No soy ya ninguna criatura, y a mis años no se hace nada sin pensarlo bien antes. Cuando entré aquí, todo lo había considerado y decidido. Comprendo que tardaré bastante en convencerla de mis buenas intenciones. Trataré de empezar en este momento. ¿Sabe usted cuál es el motivo de mi visita?

Nos hallábamos todos pendientes de sus palabras. El príncipe continuó diciendo:

—He venido a saldar una deuda que tengo contraída con usted. Formalmente le pido que no abandone a mi hijo y que le tenga feliz concediéndole su mano. Querría que no viera en mí a un padre inflexible que al fin se decide a otorgar el perdón a sus hijos, contribuyendo magnánimamente a hacerles dichosos. Nada más lejos de mis intenciones. Pensar eso equivaldría a injuriarme. Tampoco crea que yo estaba convencido de su consentimiento, sabiendo lo mucho que se ha sacrificado por mi hijo. Yo mismo soy el primero en reconocer que él no la merece. Si obra con franqueza, también él lo reconocerá así. Pero no es eso sólo lo que tengo que decirle. He venido a estas horas por otra razón.

Con ademán solemne se puso en pie y respetuosamente declaró:

—Estoy aquí para rogar que me conceda su amistad. Comprendo que no tengo derecho a ella, pero le suplico que al menos me permita hacer lo posible por merecerla.

El príncipe se inclinó cortésmente ante Natacha, y aguardó la contestación.

Yo le había estado observando con atención mientras hablaba, y él se dio cuenta del hecho.

Pronunció su discurso fríamente, con alguna ampulosidad de orador, y en ciertos momentos evidenció algo de displicencia. El tono con que hablaba no correspon-

día al impulso que le había llevado a hacer una visita en horas tan desusadas. Sus frases parecían en muchos casos estar preparadas. A veces daba la impresión de ser un personaje ingenioso que procura ocultar con una capa de humorismo y trivialidad los sentimientos que le animan.

Sin embargo, tales observaciones las hice más adelante. En esos precisos instantes, otros eran mis pensamientos. Llegó a pronunciar sus últimas palabras con una expresión de sinceridad y afecto hacia Natacha, tan profundos, que se adueñó de nosotros. Dio la impresión de que algo como una lágrima brillaba en sus ojos. También el noble corazón de Natacha se hallaba cautivado. La joven se puso en pie, y en silencio, transida de emoción, le tendió la mano. El príncipe cogió su mano, y con unción y respeto se la besó. Aliocha estaba entusiasmado.

—¿Recuerdas lo que te dije, Natacha? —exclamó—. Y no me creías cuando afirmaba que era el hombre más noble del mundo. ¡Pues ya lo ves!

Se arrojó sobre su padre y le abrazó. Éste correspondió efusivo, pero quiso poner fin a la escena rápidamente, como si le avergonzase demostrar su ternura.

—Bueno, basta —declaró, cogiendo su sombrero—. Le he pedido unos pocos minutos, y llevo aquí casi una hora. Sin embargo, me marcho impaciente, deseando verla cuanto antes —agregó con una sonrisa—. ¿Consentirá que la visite con frecuencia?

—¡Ya lo creo! —repuso ella—. Hágalo siempre que quiera. Desearía poder ofrecerle en seguida todo mi afecto.

—¡Cuánta nobleza la suya! —exclamó el príncipe, sonriendo de nuevo—. Es muy distinta a la de esos hipócritas que inmediatamente encuentran una fórmula de cortesía. Me satisface más su sinceridad que todas las amables simulaciones. De todos modos, sé que ne-

cesitaré mucho tiempo para hacerme digno de su amistad.

—Por favor, le ruego que no siga dispensándome cumplidos —manifestó Natacha.

¡Qué hermosa se hallaba en aquel momento!

—Perfectamente —concluyó el príncipe—. Permítame todavía una última palabra. Es una desgracia que no pueda volver mañana ni pasado. Justamente anoche recibí un mensaje urgente de San Petersburgo, por el que me reclaman desde allí en seguida. No crea que si vine aquí a las doce de la noche es porque no podía venir en los próximos días. Bueno, sé que no piensa eso. ¿Ve qué desconfiado soy? ¿Cómo pude creer que podía idear usted tal cosa? Esa desconfianza me perjudica mucho. Acaso todas mis diferencias con su familia no sean más que una consecuencia de mi desdichado carácter. Hoy es martes. Hasta el viernes permaneceré en San Petersburgo, y el viernes regresaré sin falta. Ese mismo día vendré a visitarla. ¿Me consentirá que pase la velada con ustedes?

—¡Desde luego! —exclamó Natacha—. Estaré esperándole con impaciencia.

—Me llena usted de alegría. De ese modo podré conocerla más a fondo. Bien, me marcho ya, pero antes deseo volver a estrecharle la mano.

Así lo hizo el príncipe, y luego, volviéndose hacia mí, añadió:

—Perdóneme si no le he hablado hasta ahora. Tenía tanto que decir... Varias veces tuve el placer de verle y hasta nos habían presentado. Antes de marcharme deseo decirle que me alegra poder reanudar esta relación.

—Es cierto que nos hemos encontrado varias veces —contesté yo, estrechando la mano que me tendía—, sin embargo, discúlpeme, pero no recuerdo que nos hubieran presentado.

—Fue en casa del príncipe R..., el año pasado.

—Ah, perdón. No lo recordaba. Puedo asegurarle que esta vez no sucederá lo mismo. Guardaré un recuerdo memorable de esta velada.

—También yo la recordaré siempre. Hace tiempo que estoy enterado de que es usted un amigo sincero de Natalia Nicolaievna y de mi hijo. ¿Me permiten que de ahora en adelante seamos cuatro los amigos?

Al decir esto último, volvióse hacia Natacha.

—Se lo rogamos —contestó Natacha, hondamente conmovida—. Es usted un nuevo amigo nuestro. Tenemos que unirnos todos firmemente.

La alegría de Natacha se desbordaba, al ver que el príncipe tampoco se había olvidado de mí. ¡Me tenía tanto afecto!

—Entre mis amistades hay varios admiradores suyos —me dijo el príncipe—, y dos admiradoras, que se sentirán muy contentas de conocerle personalmente. Estoy hablando de la condesa y de su hijastra, Catalina Fiodorovna. ¿Me concederá el honor de que le presente a las damas?

—No suelo alternar demasiado, pero le aseguro que el honrado seré yo.

—Le ruego que me dé su dirección. Para mí será un placer...

—No, en casa no recibo, príncipe. Al menos por ahora.

—De todos modos, aunque no merezca el que haga una excepción, iría con gusto.

—Bien, ya que insiste... Vivo en la calle N..., en la casa de Klugen.

—¿Habita usted en la casa de Klugen? —preguntó asombrado—. ¿Hace tiempo que vive ahí?

—Relativamente poco tiempo. Vivo en el número cuarenta y cuatro.

—Ah, el cuarenta y cuatro. ¿Y vive solo?

—Sí.

—Creo que conozco esa casa. Entonces, con más

razón. Iré sin falta. Tengo mucho que contarle, y creo que usted hará lo mismo. Bueno, debo pedirle un favor. Como puede ver, en seguida empiezo a aprovechar su amistad. En fin hasta pronto. Déjeme que le estreche la mano de nuevo.

Nos dio la mano a Aliocha y a mí, besó de nuevo la de Natacha y se fue sin pedir a su hijo que le acompañase.

Quedamos los tres vivamente emocionados. Todo había pasado tan de improviso... Nos dimos cuenta de que la situación había cambiado en unos pocos minutos, y que se iniciaba algo nuevo, desconocido, en aquel momento.

Acercándose en silencio a Natacha, sentóse Aliocha junto a ella y le besó una mano. De vez en cuando la miraba fijamente, esperando sus palabras.

—Querido Aliocha —dijo ella, al fin—. Mañana mismo debes ir a ver a Catalina Fiodorovna.

—Ya había pensado en eso —dijo él—. Descuida, no dejaré de hacerlo.

—Puede que le resulte muy doloroso verte de nuevo. ¿Crees que será adecuado?

—Es cierto. También se me pasó por la cabeza. En fin, ya lo pensaremos. Lo importante, Natacha, es que todo es ahora distinto para nosotros.

Sonrió Natacha y le contempló largamente, llena de ternura.

—¡Qué tacto ha tenido! —declaró Aliocha—. Se ha dado cuenta de la pobreza de esta vivienda, y no dijo una palabra.

—¿Por qué iba a comentarlo?

—Pudo sugerir que te mudases —repuso el joven, enrojeciendo de pronto.

—Aliocha, ¿cómo puedes decir eso?

—No puedo dejar de pensar en lo delicado que se mostró. ¡Y cómo te ha elogiado! Ya te lo dije, es un hombre que puede comprender y sentir todo lo que

pasa a su alrededor. En cuanto a mí, me ha tratado como a un niño. Todo el mundo me considera de esa forma. Al fin y al cabo, es lo que soy, una criatura.

—Puede que seas como un niño, Aliocha, pero tienes más perspicacia que todos nosotros. ¡Mi querido Aliocha...!

—Agregó también que mi buen corazón puede perjudicarme. ¿Por qué lo habrá dicho? No lo entiendo. Dime, Natacha, ¿crees que debo ir con él en seguida?

—Sí, querido. Ve con él; es lo mejor que puedes hacer. Mañana vuelve tan pronto como puedas. Supongo que esta vez no necesitarás estar cuatro días sin venir por aquí.

Esto lo dijo con gesto malicioso, sin dejar de mirarle. Los tres nos sentíamos llenos de un gozo sereno.

—¿Viene conmigo, Vania?—me preguntó Aliocha, en el momento en que salía.

—No, déjale quedarse un momento. Tengo que hablar con Vania—dijo ella—. Recuérdalo, Aliocha. No te olvides de venir mañana a primera hora.

—Lo recordaré, descuida. Hasta mañana. Adiós, Mavra.

La criada se mostraba profundamente agitada. Había escuchado desde la puerta lo que dijo el príncipe, aunque no pudo entenderlo todo. Anhelaba enterarse y deseaba hacer numerosas preguntas. Adoptó entonces un gesto grave, que llegaba a la arrogancia. Como todos nosotros, no pudo dejar de notar que se había producido un cambio profundo.

Cuando Natacha y yo estuvimos solos, ella me cogió una mano y quedóse así en silencio un buen rato, como si quisiera pensar lo que deseaba decirme.

—Me encuentro agotada—declaró al fin, con voz débil—. Irás mañana a casa, ¿no es cierto?

—Sí, lo haré.

—Puedes contárselo todo a mi madre, pero a él no le digas nada. De todos modos, se enterará aunque no

se le digamos. Trata de recordar lo que diga, por favor. Dios mío, ¿qué pensará de todo esto? ¿Crees que me maldecirá por este matrimonio? No puedo creerlo.

—El príncipe podría arreglar la situación. Tiene que reconciliarse con tu padre. Lo demás vendrá por añadidura.

—¡Señor, Dios mío, si eso fuera posible!—exclamó Natacha, como en una súplica.

—No temas, Natacha, todo se solucionará. Las cosas ya van saliendo mejor.

Ella me miró fijamente y dijo:

—Dime, Vania, ¿qué te pareció el príncipe?

—Si se expresó con sinceridad, me parece que es un hombre de una gran nobleza.

—¿Qué dices de su buena fe? ¿Crees que no fue sincero?

—Es lo que yo me pregunto—repuse, y para mis adentros pensé: «También ella sospecha algo».

—Mientras hablaba no dejaste de mirarle.

—Sí, le noté algo extraño.

—También yo. Habla de una forma... Me encuentro agotada, amigo mío. Déjame y ven mañana a verme, cuando puedas contarme lo de mis padres. Otra cosa; ¿te parece que fue incorrecto decir al príncipe que deseaba quererle?

—No creo.

—¿No habré pecado de ingenua? De todos modos, era como decirle que aún no le quería.

—Te repito que no. Lo que dijiste fue simpático y espontáneo. ¡Estabas espléndida, en aquel momento! El príncipe sería un necio, si no lo entendiera así.

—Tengo la impresión, Vania, de que no te ha resultado agradable. Aunque yo también soy recelosa y mala... No, no te rías, ya sabes que no te oculto nada. ¡Vania, mi querido amigo! Si la desgracia volviera a cebarse conmigo, sé que estarás de nuevo a mi lado,

y tal vez entonces seas el único. ¿Cómo te pagaría yo esto, Vania? Por favor, no me abandones nunca.

Cuando estuve en mi casa, me metí en seguida en la cama. La habitación era húmeda y oscura como una cueva. Me agitaban extrañas ideas y pensamientos, y tardé mucho tiempo en conciliar el sueño.

Pero en aquellos precisos momentos, un hombre que se disponía a dormirse en un cómodo lecho, debía estar riéndose profundamente de nosotros. Eso, si su altivez le permitía semejante desahogo: ¡reírse de nosotros!

CAPITULO III

A la mañana siguiente, hacia las diez, en el momento en que salía de mi casa para dirigirme a la de los Ikmeniev, en Vasili Ostrof, e ir a visitar a Natacha, me encontré en el umbral con mi visitante de la víspera, la nieta de Smith. Sin saber por qué, aquel encuentro me alegró.

La vez anterior no había tenido tiempo de observarla con detenimiento, y ahora podía verla a la luz del día, lo que me dejó asombrado. Difícil me parece que hubiera sido encontrar una chiquilla más extraña, más singular, por lo menos en su exterior. Pequeña, de ojos negros y brillantes, nada delataba en ella un origen ruso. El pelo era también negro, espeso y revuelto. La mirada, tenaz, muda y escrutadora, hubiera bastado para llamar la atención de cualquiera que la hubiese hallado en la calle.

Lo que más sorprendía era la expresión de sus ojos, que brillaban de inteligencia, y en los que al mismo tiempo había algo de recelo y desafío. El sucio y ajado vestidito, parecía aún más desastrado a la luz del día. Parecía estar enferma, pero de una dolencia que arruinara lenta y pertinazmente su menudo organismo. Tenía un color insano, característico de la ictericia. No obstante, a pesar de la miseria que le abrumaba, pese a su enfermedad manifiesta, no era fea. Tenía unas hermosas cejas finamente arqueadas, y también un gesto arrogante, una frente bien conformada y despejada, y labios

de perfecto dibujo, pero tan pálidos que casi resultaban descoloridos.

—¡Vaya!, conque eres tú—le dije—. Tenía la certeza de que volverías. Bueno, pasa.

Lentamente entró en la habitación, y como el día anterior, miró toda la estancia con gesto desconfiado. Parecía estar tratando de descubrir las modificaciones que había hecho el nuevo inquilino, desde que había muerto su abuelo. Para mis adentros pensé: «¡De tal abuelo, tal nieta!» ¿No estaría loca? La pequeña no decía ni una sola palabra.

Por último, con voz casi inaudible y bajando la mirada, dijo:

—Vengo a por los libros.

—Sí, claro, los libros. Pues ahí los tienes. Los guardé justamente para ti.

Me observó con curiosidad e hizo una mueca rara, que parecía una incrédula sonrisa. Pero fue sólo un segundo. En seguida su semblante adquirió su característica expresión, severa y enigmática.

—¿Le había hablado de mí el abuelo?—me preguntó, mirándome de pies a cabeza, irónicamente.

—Bueno, no me habló precisamente de ti, aunque...

—¿Por qué estaba usted tan seguro de que vendría? —me interrumpió con brusquedad.

—Me pareció que tu abuelo no podía vivir solo en este piso, abandonado de todos. ¡Era tan viejo y estaba tan débil! Supuse que debía venir alguien a visitarle. Toma, éstos son tus libros. ¿Piensas estudiar en ellos?

—No.

—¿Para qué los quieres, entonces?

—Mi abuelo me daba lecciones al principio, cuando venía a verle.

—¿Qué pasó después?

—No podía venir. Estuve enferma—repuso, como si se disculpara.

—¿Tienes familia? ¿Padres, hermanos?

La pequeña frunció el ceño y me miró asustada al oírme preguntar aquello. Luego bajó los ojos, me volvió la espalda y se encaminó hacia la puerta sin responder, como había hecho el día anterior. Lleno de estupor la seguí con la mirada. Cuando había cruzado el umbral, se volvió.

—¿De qué murió?—inquirió de pronto, con el mismo gesto que cuando me preguntó por *Azor.*

Me aproximé a ella y empecé a contarle cómo había ocurrido la muerte de su abuelo. Me escuchó en silencio, con la cabeza inclinada, casi de espaldas a mí. Le aclaré igualmente que el anciano al morir, había hablado de Vasili Ostrof, lo que me hizo suponer que allí vivía alguien a quien él conocía, y que antes o después vendría a verle.

—Sin duda te quería, ya que en los últimos momentos se acordó de ti—declaré por último.

—No, no me quería—repuso la pequeña, con tono de pesadumbre.

Se hallaba muy agitada. Empujada por un amor propio sumamente intenso, trataba de ocultar la emoción que sentía. Vi que aumentaba su palidez y noté que se mordía el labio inferior. Me impresionaron los latidos de su corazón, que adquirieron tal violencia que podían escucharse a un par de pasos de distancia, como si padeciera un aneurisma. Me pareció que iba a romper a llorar, como en la ocasión anterior, pero logró contenerse.

—¿Dónde está la valla?

—¿Qué valla?

—La valla junto a la que murió mi abuelo.

—Cuando salgamos te la enseñaré. Dime, ¿cómo te llamas, pequeña?

—No tiene importancia.

—¿Cómo dices eso?

—No tengo nombre—murmuró, con voz sollozante, disponiéndose a escapar.

Yo se lo impedí.

—Espera, chiquilla. No seas tan arisca. Sólo deseo tu bien. Ayer quedé muy triste, cuando te vi llorando en la escalera. Esas cosas me enferman. Ten en cuenta que tu abuelo murió en mis brazos, y que hablaba de ti, al referirse a la calle sexta. Eso fue como si te confiara a mis cuidados. De noche sueño con el anciano. Ya ves que te he guardado los libros, y sin embargo, eres tan esquiva como si fuera a hacerte daño. ¿Me tienes miedo, acaso? Seguramente eres huérfana, y vives con personas extrañas, ¿verdad?

Procuré tranquilizarla. Algo que no podía precisar, y que era más que la simple piedad, me ataba a ella. ¿Era lo misterioso del encuentro, la impresión que el viejo Smith dejara en mí ánimo, o mi inclinación a lo fantástico? No sé qué era, pero algo me impulsaba hacia ella con fuerza irresistible.

Tuve la impresión de que mis palabras la habían conmovido. Ahora me observaba con gesto extraño, pero no arisco. Bajó de nuevo la mirada, como si pensara algo. En seguida, rápidamente, exclamó con voz apenas audible:

—Elena...

—¿Es ése tu nombre?

—Sí.

—Dime, ¿vas a venir a verme?

—No sé; creo que sí—respondió siempre en voz baja, luchando consigo misma.

Justo en ese momento el reloj de un piso de abajo dio la hora. La chiquilla se estremeció, y llena de angustia me preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las diez y media—contesté.

—¡Dios mío!—gritó espantada.

Luego echó a correr hacia la puerta, pero yo la detuve antes de que saliera.

—No voy a permitir que te vayas así. Tú tienes miedo. ¿Por qué? ¿Temes llegar tarde a casa?

—Sí, me fui sin decir nada. ¡Déjeme marchar! ¡Me pegará!—exclamaba la pobre niña, y al decirlo hacía esfuerzos por librarse de mí.

—Espera un momento; yo también voy a Vasili Ostrof. Como se ha hecho tarde tomaré un coche. Tú vienes conmigo, y así llegarás antes que andando a tu casa.

—¡No, no venga conmigo!—gritó, temblando de espanto.

Su semblante se había contraído de miedo, ante la idea de que pudiera ir con ella a donde vivía.

—Está bien, no iré a tu casa, pero debo pasar por la calle trece de Vasili Ostrof, por un asunto. No te seguiré. En un coche llegarás mucho antes. Anda, ven conmigo.

Descendimos a toda prisa hasta la calle, y yo detuve el primer coche que pasó, un destartalado *droshki*. No había duda de que Elena tenía mucha prisa, cuando aceptó que la llevase en el coche. Yo temía hacerle preguntas, y en una ocasión en que quise saber a quién tenía miedo, empezó a retorcerse y creí que se iba a tirar del carruaje. Me pregunté qué misterio rodearía a la pequeña.

No se había sentado bien, y a cada sacudida del vehículo se aferraba a mi abrigo con una manita sucia y de piel agrietada, para no perder el equilibrio, sin dejar por ello de apretar contra su cuerpo, con la otra mano, los libros, por los que parecía sentir un gran interés. Cuando se movió para acomodarse en el asiento, le vi los pies, que llevaba calzados con unos zapatos muy rotos, y noté con sorpresa que no usaba medias. Sin poder contenerme le pregunté:

—¿Cómo no llevas medias? ¡Mira que ocurrírsete ir así con el frío y la humedad que hace...!

—No tengo medias—repuso a media voz.

—¡Dios mío! No obstante, vives con otras personas. Bien podías pedir que te las dejaran, cuando vas a salir.

—Así estoy bien.

—Puedes enfermar y morirte.

—¡Qué más da!

Como vi que las preguntas que le hacía le disgustaban bastante, preferí no insistir.

—Ah, mira, ahí murió tu abuelo—manifesté, indicando la valla.

Después de observar el sitio con toda atención, se volvió hacia mí y dijo suplicante:

—¡Por Dios, le pido que no me siga! Iré a su casa. Iré a verle en cuanto pueda.

—Sabes que prometí no ir contigo a tu casa. ¿Qué es lo que temes? Ya veo que eres muy desgraciada; me das mucha pena, pequeña.

—Yo no tengo miedo—contestó con voz entre desesperada e irritada.

—Sin embargo, dijiste que te iba a pegar—insistí.

—Sí, me va a pegar—aseguró, convencida de lo que decía—. Pero no importa, ¡que me pegue!

Su mirada relampagueaba y se estremecían sus labios mostrando un amargo desdén. Cuando estuvimos en la entrada de la calle sexta de Vasili Ostrof, se apeó del coche y echó una mirada a su alrededor, llena de inquietud.

—No se pare, ¡por favor! ¡Ya iré a verle!—exclamó sin reprimir su nerviosismo—. ¡Váyase, váyase pronto!

Reanudó la marcha el coche, pero algo más allá me bajé y lo despedí. Retrocedí a pie por otro lado de la calle. Cuando llegué a la calle sexta, crucé la acera rápidamente. Entonces vi a la chiquilla, que no había tenido tiempo de distanciarse demasiado, por más que andaba de prisa. Miraba continuamente a su alrededor, para ver si la seguían, y en una ocasión tuve que ocultarme en un portal para que no me viese. Luego, sin dejar de avanzar por la acera de enfrente, ajusté mi paso al suyo.

La curiosidad me dominaba. Al principio no tuve intención de seguirla hasta su casa, pero ahora tenía yo algo así como una necesidad de conocer el lugar en que habitaba. Me invadía una sensación igual a la que dominaba mi ánimo la noche en que, estando su abuelo en la confitería de Muller, murió el perro *Azor*.

CAPITULO IV

La chiquilla iba casi corriendo, en vez de andar. Avanzamos por la Pequeña Avenida, hasta que al llegar cerca de una esquina, entró en una tienda de comestibles. Me detuve allí, confiando en que no tardaría mucho en salir. Así ocurrió, en efecto, poco después. Salió sin los libros, y en la mano llevaba un recipiente de barro. Anduvo un corto trecho y luego cruzó el umbral de una casa de pobre aspecto. Se trataba de una antigua construcción de ladrillos que sólo tenía dos pisos y aparecía pintada de color amarillo sucio. De una de las ventanas del piso bajo colgaba un pequeño féretro pintado de rojo, que indicaba que allí vivía un fabricante de ataúdes. No daba la sensación de ser un negocio muy boyante. Las ventanas del piso superior eran muy estrechas, cuadradas, y se veían unos visillos de percal rojo a través de los cristales mugrientos. Crucé la calle y me acerqué a la puerta de la casa. Encima de ésta había una placa en la que pude ver el nombre del dueño del edificio. Era la casa de la señora Bubnova. Casi no había tenido tiempo de leer el nombre, cuando en el patio de la casa se oyeron unos gritos y luego una sarta de insultos.

Sin esperar más, entré en el patio. En una escalera de madera vi a una mujer rolliza, peinada con raya al medio y con un chal verde sobre los hombros. Tenía las mejillas desagradablemente enrojecidas, y sus ojillos, inyectados en sangre, fulguraban de ira. Podía advertirse fácilmente que estaba borracha, aunque aún era muy temprano. Gritaba desaforadamente a la infeliz Elena, que estaba frente a ella con el cazo de barro en la mano. Una joven, con los cabellos y la ropa en desorden, y pintajarreado el rostro, observaba despectivamente a la arpía.

No tardó en abrirse la puerta de un piso bajo, y apareció en la escalera una mujer ya mayor, de apariencia sencilla y afable, pero ataviada muy pobremente. También desde el primer piso asomaron sus cabezas dos inquilinos: un anciano decrépito y una muchacha. En medio del patio, sosteniendo una escoba entre las manos, estaba un *mujik* fornido y de elevada estatura, seguramente el portero.

—¡Ah, maldita! ¡Sanguijuela, sabandija! —vociferaba la bruja, lanzando una retahíla de maldiciones que apenas si le dejaban tiempo para respirar, por lo que jadeaba ostensiblemente—. ¡Así pagas todo lo que hago por ti, desgraciada! Le digo que vaya a comprar pepinillos, y se escapa! ¡Ya me lo suponía! ¡Sabía que en cuanto la mandase a la calle se fugaría! Anoche le ajusté las cuentas, y hoy vuelve a hacer lo mismo. ¿Puede saberse adónde vas, perdida? ¿A quién vas a ver, ingrata, mala pécora. ¡Vamos, dímelo, habla o te estrangulo!

La colérica mujer iba arrojarse sobre la pequeña, cuando vio a la inquilina del sótano que la miraba en silencio desde la puerta. Entonces se enfrentó con ella, y haciendo exagerados ademanes continuó lamentándose y dando voces, como tomando por testigo a la vecina del tremendo delito que había cometido la desafortunada víctima.

—¡Su madre murió! Ya sabe que esta desgraciada está sola en el mundo, y que no tenía dónde caerse muerta. Entonces, yo, bendita de mí, para quedar bien ante San Nicolás, me dije: «Recoge a esta huérfana», y así lo hice. Pero, ¿qué les parece a ustedes? Hace dos meses que la mantengo, que me chupa la sangre como

una sanguijuela. ¡Es una sanguijuela, un vampiro! ¡Y no dice una sola palabra! Ya puedo pegarle o dejarla, que da igual; se calla, se calla siempre como si tuviera la boca cosida. Y con ese silencio me destroza los nervios. ¿Quién te crees que eres, cucaracha? De no ser por mí ya te habrías muerto en cualquier rincón.

—¿Por qué se excita así, Ana Trifonovna?—preguntó con voz mesurada la mujer a la que hablaba la iracunda arpía—. ¿Qué hizo la pequeña?

—¿Qué ha hecho, buena mujer? Pues no obedecerme, eso ha hecho. ¡Y no consiento que me desobedezca. En mi casa se hace lo que yo mando, sea lo que sea. La envié a comprar pepinillos, y tardó tres horas en regresar. Ya me lo decía el corazón, cuando se fue. ¿Y puede saberse adónde ha ido? ¿Acaso ha encontrado otros protectores? Seguramente le parecen pocas las atenciones que tengo con ella. Y eso que perdoné a su madre catorce rublos, los que me debía al morir, y le pagué el entierro, recogiendo después al gusano de su hija para criarla. Pero ya lo sabe usted, ya sabe bien lo que sucede. ¿No tengo yo razón para pegarle, con lo que hizo? Lo que tendría que hacer este demoñuelo es besar el suelo que piso; pero no, lo único que sabe es mortificarme. Como deseaba que estuviera contenta, le compré un vestidito de muselina y unos zapatos. La dejé como una muñeca. Y miren lo que ha hecho; en un par de días destrozó toda la ropa, y vean cómo va, llena de andrajos. Lo ha hecho adrede, pueden creerlo, pues yo misma se lo vi hacer. Quería otra tela, y no justamente muselina, imagínense. Claro, no pude contenerme y le di una buena azotaina. Entonces tuvo que venir el médico. ¿Quién pagó? Yo, ¿quién más iba a hacerlo? Debí haberla estrangulado, y no hubiera tenido que estarla alimentando con leche durante una semana entera. Luego, para castigarla, la obligué a fregar el suelo, y ella, impasible, dale que dale al estropajo, sin decir una palabra. Me sublevaba verla tan callada, y pensé que se escaparía. Apenas lo había pensado, cuando ayer, en un abrir y cerrar de ojos, se marchó. Y ya se enteraron ustedes, buena gente, de la paliza que le di. Hasta los brazos me dolían. Entonces le quité las medias y los zapatos, para que no saliera con los pies desnudos, pero hoy ha vuelto a lo de costumbre. ¿Dónde estuviste? ¡Vamos, dilo de una vez, maldita! ¿A quién fuiste a quejarte, perdularia? ¡Dímelo, mendiga, vagabunda!

En un acceso de furor se lanzó sobre la pequeña, que estaba paralizada por el espanto. La aferró por los pelos y la tiró al suelo. Al caer la cazuela de los pepinillos al suelo, y romperse, la ira de la mujer llegó al paroxismo. Golpeó a la niña en la cara y la cabeza, pero Elena soportaba el castigo sin lanzar una queja. No pude contenerme más y entré en el patio, impulsado por la ira que me dominaba. Me acerqué a la borracha, y sujetándola por un brazo, le grité:

—Pero, ¿qué hace usted? ¿Cómo maltrata a una pobre huérfana?

—¿Cómo? ¿Quién es usted?—dijo la mujerona, soltando a Elena y encarándose conmigo, con los brazos en jarras—. ¿Quién le ha dicho que entre en mi casa?

—He sido testigo de su crueldad—repuse—. No tiene derecho a atormentar así a una infeliz chiquilla que ni es hija suya y a la que ni siquiera ha adoptado usted, sino que es una pobre huérfana.

—¡Cielo santo! ¿Quién se ha creído que es, metiéndose en los asuntos de los demás? Claro, seguramente ha venido con ella. Pero ya hablaré yo de esto con el comisario Andrés Timofeitch, que sabe lo buena que soy. De modo que va a su casa, ¿verdad? ¿Y quién es usted para invadir la casa ajena? ¡Socorro! ¡Socorro!

Se lanzó sobre mí con los puños en alto, pero no llegó a pegarme porque en este momento se dejó oír un grito penetrante, inhumano. Me di la vuelta y vi que Elena estaba caída en el suelo, agitándose entre

horribles convulsiones. Se le contraía el semblante espasmódicamente. Sufría un ataque de epilepsia. La muchacha desgreñada y la vecina del piso bajo se apresuraron a levantarla del suelo, y rápidamente la metieron en la casa.

—¡Más valía que reventase, esa maldita! —exclamó la borracha—. En un mes ya le han dado tres ataques. Pero, váyase, ¡largo de aquí, espía!

De nuevo se enfrentó conmigo, pero en seguida se dirigió al portero, diciéndole:

—¿Puede saberse qué haces ahí, como un pasmarote? ¿Para eso te pago?

El portero, de mala gana y por decir algo, avanzó hacia mí y dijo:

—Vamos, márchese de aquí. Por su bien, no se mezcle en asuntos ajenos. ¡Lárguese!

No me quedaba más remedio, y me alejé de allí. Estaba convencido de que no había conseguido nada con intervenir. Me ardía la cara de indignación. No obstante, me quedé en la acera, junto a la puerta, mirando hacia el interior de la casa.

En cuanto hube salido, la arpía subió rápidamente la escalera, y casi en seguida desapareció el portero, concluido ya su trabajo.

Pasado un momento bajó la mujer que había ayudado a trasladar a Elena adentro, y al notar que aún seguía allí, se detuvo con gesto de curiosidad. Tenía su semblante una expresión de dulzura que me dio valor. Por lo tanto, entré en el patio y avancé hacia la mujer.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —inquirí—. ¿Cómo está aquí la niña, y quién es esa desalmada? No se lo digo por curiosidad; esta mañana me he encontrado a la pequeña, y por una serie de razones estoy interesado por ella.

—Si le preocupa la chiquilla, más vale que se la

lleve de aquí, o no va a durar mucho —declaró la mujer, como si hablara contra su voluntad.

Me di cuenta de que temía algo y que no deseaba hablar conmigo.

—Al menos infórmeme usted, para que pueda actuar. Esa mujer es la señora Bubnova, la dueña de la casa, ¿no es cierto?

—En efecto.

—¿Cómo vive la niña con esa arpía? ¿Es cierto que ha muerto su madre?

—Sí, pero eso no me incumbe.

De nuevo hizo ademán de retirarse.

—Por favor, le ruego que me diga lo que sepa. El asunto me interesa muchísimo, y es posible que logre hacer algo. ¿Quién es la niña?

—Su madre era extranjera, y había llegado poco antes de morir. Habitaba en el piso bajo, aquí mismo, y vivía realquilada, con nosotros. Falleció de tuberculosis.

—Debía de tener muy poco dinero, para vivir realquilada.

—Y era una desdichada; daba pena verla. A nosotros, que apenas tenemos para vivir, nos dejó a deber cinco rublos de los cinco meses que estuvo en casa. Le costeamos el entierro, y mi marido le hizo el ataúd.

—¿Cómo?, ¿no dijo esa mujer que fue ella quien pagó el entierro?

—No, le repito que la enterramos nosotros.

—¿Qué nombre tenía la difunta?

—Tenía un apellido muy difícil de pronunciar. Era alemán, seguramente.

—¿Era Smith?

—Creo que no. Ana Trifonovna Bubnova recogió a la niña para educarla, según afirma, pero eso no es más que lo que dice ella.

—¿Acaso tenía una segunda intención?

—Parece que sus asuntos no son del todo claros

—dijo la mujer, con inquietud—. Pero más vale que no nos metamos en las cosas de los demás.

—Más te vale coserte la boca—exclamó a nuestras espaldas una voz fuerte.

Me volví y descubrí a un hombre de edad más que mediana, que vestía un caftán de andar por casa. Tenía aspecto de artesano, y era el marido de la mujer que hablaba conmigo en ese momento.

—Creo, señor, que nada podemos decirle de este asunto—añadió, mirándome de reojo—, que no nos concierne. Y tú, entra en casa. Soy constructor de ataúdes, y le serviré con gusto, si necesita de mí. Aparte de eso, no tenemos de qué hablar.

Me marché de la casa lleno de preocupación y sumamente inquieto. No podía solucionar nada, y me causaba una profunda desazón que las cosas quedasen así, igual que antes. Estaba sumamente impresionado por las palabras que pronunciara la mujer del fabricante de ataúdes. Tenía la impresión de que debajo de aquello había algo sucio y odioso.

Avanzaba en mis reflexiones, con la cabeza gacha, cuando una voz profunda me llamó por mi apellido. Levanté la cabeza y me encontré con un hombre que trataba de guardar el equilibrio, pues se hallaba bebido, a todas luces. Aunque iba vestido correctamente, llevaba encima del traje un gabán raído, y sobre la cabeza una gorra manchada de grasa. Aquel rostro no me resultaba desconocido. Le miré mientras él a su vez me contemplaba sonriente. Me guiñó un ojo y dijo:

—¿Qué, amigo? ¿No me reconoces?

CAPITULO V

—¡Caramba, si eres Masloboiev!—dije, reconociendo con sorpresa a un antiguo compañero del instituto—. ¡Es un encuentro totalmente inesperado!

—Ya lo creo, es una casualidad, después de seis o siete años que no nos veíamos. Aunque en realidad ya nos habíamos visto, pero su excelencia ni siquiera se dignó mirarme. No es para menos, siendo como eres, todo un general. Sí, un general en literatura—manifestó sarcásticamente.

—Bueno, dejemos las bromas de lado, Masloboiev—repuse—. Para empezar, los generales tienen mejor aspecto que yo, incluidos los de literatura. Además, permíteme decirte que cuando nos encontramos en la calle, tú me has rehuido ostensiblemente. Y no deseo tratar a los que huyen de mí. Estoy convencido de que si no estuvieras borracho, no me habrías llamado. Acierto, ¿verdad? Yo, en cambio, me alegro mucho de haberte encontrado.

—¿En serio? ¿No te avergüenza que te vean con alguien tan... poco elegante? Bueno, no debiera hacerte estas preguntas. Siempre fuiste un gran muchacho, en la época en que éramos estudiantes, querido Vania. ¿Recuerdas la vez en que te impusieron un correctivo por culpa mía? No quisiste delatarme, y yo no hice más que burlarme de ti durante un buen tiempo. ¡Qué corazón de oro! Déjame que te abrace, amigo mío.

Nos abrazamos con afecto y prosiguió diciendo:

—Ya hace bastantes años que ando solo por el mundo, dando tumbos. Sin embargo, no he podido olvidar aquellos viejos tiempos. No, eso nunca se olvida. Y tú, ¿qué cuentas?

—Hago lo mismo que tú. Trabajo, y estoy solo en el mundo.

Me miró con la especial ternura del hombre que ha bebido demasiado. Aparte del vicio de la bebida, mi amigo era un excelente muchacho.

—De ningún modo, Vania. Tú eres muy distinto que yo—aseguró con tono dramático—. He leído bastante, Vania, no creas. Escucha, ¿tienes prisa?

—A decir verdad, sí, la tengo. Además, hay un asunto que me tiene preocupado. Creo que será mejor que me digas dónde vives, para ir a verte.

—Puedo decírtelo, pero hay una solución mejor. ¿Sabes cuál es?

—Dímelo, ¿cuál es?

—Estoy hablando de eso.

Mi amigo señaló el rótulo de un establecimiento que estaba a pocos pasos de donde nos hallábamos, y donde podía leerse «Confitería Restaurante».

—Mira, no es más que un local corriente, pero sirven bien. El vodka es magnífico, ya lo he probado. Por otra parte, en ese sitio nadie diría una palabra más alta que otra a Felipe Filipitch. No me mires así, Felipe Filipitch soy yo. Mira, son las once y cuarto, y a las doce menos veinticinco exactamente te dejo marcharte. Hasta esa hora podemos estar hablando. A decir verdad, no es demasiado, dedicar veinte minutos para un viejo amigo, ¿no crees?

—Bueno, si son sólo veinte minutos... Lo siento, pero tengo cosas que hacer.

—Tendremos tiempo de sobra. Pero antes, déjame que te diga una cosa. Parece que tienes mala cara. Sin duda has recibido un disgusto, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Te das cuenta?, lo he adivinado. Me he dedicado a estudiar fisonomías, que en cierto modo es un oficio como otro cualquiera. Pero, pasa y hablaremos. En veinte minutos tengo tiempo de sobra para tomarme un samovar entero, además de un par de copas de licor, una naranjada amarga y lo que se tercie. Bebo como un tonel, amigo. Sólo estoy sereno cuando voy a misa. Pero tú no necesitas beber. Si no lo deseas. Sólo quiero estar en tu compañía. Ven, charlaremos un poco, y luego estaremos otros diez años sin vernos. Porque yo no pertenezco a tu clase, Vania, y mi compañía no es una honra para ti.

—Vamos, no charles más, y entremos de una vez. Recuerda que dentro de veinte minutos tenemos que separarnos.

El salón del establecimiento se hallaba en un segundo piso, al que tuvimos que ascender por una escalera de madera. Cuando subíamos, nos encontramos con dos hombres borrachos que se apartaron tambaleándose para dejarnos pasar. Uno era un joven imberbe que usaba un bigotillo absurdo, que acentuaba la expresión profundamente necia de su rostro. Vestía con elegancia ridícula, y el traje no parecía haber sido hecho para él. Tenía los dedos cubiertos de sortijas, y llevaba un alfiler en la corbata. Se había peinado aparatosamente, con un tupé sobre la frente, y no dejaba de reírse y de lanzar pullas.

Su compañero tendría unos cincuenta años. Era robusto, de vientre voluminoso y vestía con más descuido, aunque también lucía un grueso alfiler en la corbata. Tenía la cara picada por la viruela, fofa y enrojecida por el alcohol. Era calvo y usaba gafas, que se apoyaban en una nariz bastante grande y gruesa. El rostro, en conjunto, daba impresión de vileza y sensualismo. Los ojos, malignos y relucientes, casi desaparecían entre los pliegues carnosos, por lo que parecía mirar a través de una grieta.

Ambos conocían sin duda a Masloboiev, porque el hombre rollizo hizo un gesto de disgusto al verle, aunque sólo fue por un instante, mientras que el joven le dirigió una mirada adulona, al tiempo que se quitaba la gorra.

—Discúlpeme, Felipe Filipitch—dijo mirando empalagosamente a mi amigo.

—¿Por qué?

—Por haber cometido una falta.

Al mismo tiempo se tocó el cuello, para dar a entender que había bebido bastante, y agregó:

—Ahí dentro está Mitrochka. Está bien claro que es un granuja, Felipe Filipitch.

—No sé a qué se refiere.

—Verá usted, la semana pasada, en cierto lugar poco recomendable se le ocurrió restregarle el morro a éste con requesón. ¡Ja, ja, ja!

Y al reírse señaló con la cabeza a su amigo.

Visiblemente irritado, el gordo le dio un codazo en las costillas.

—Véngase con nosotros, Felipe Filipitch. Ya hemos vaciado media docena de botellas, y podremos tomarnos juntos otras tantas. ¿Qué le parece?

—No, amigo; me es imposible en este momento —repuso Masloboiev—. Tengo que hacer.

—También yo tengo que arreglar algo con usted, ¡ja, ja, ja!

Su compañero le dio otro codazo, y Masloboiev, que no parecía querer mirarle de frente, dijo:

—Hablaremos en otra ocasión.

Entramos en un salón donde se veía un largo mostrador, bastante limpio, atestado de fiambres, entremeses, bocadillos y botellas de diversas marcas. Mi amigo me condujo a un rincón, y me dijo:

—El más joven de esos dos es Sizobriukhof, hijo de un importante fabricante de harinas. El padre le dejó quinientos mil rublos al morir, lo que le permite pasarse el tiempo entre juergas. Cuando estuvo en París tiró el dinero a manos llenas, hasta quedarse sin un céntimo. Pero después heredó de un tío suyo, y en este momento se dedica a beberse la herencia del tío. Dentro de un año se encontrará en la calle. Tiene menos cerebro que un gorrión. Se pasa el tiempo en restaurantes, tabernas y camarines de actrices, y pretende ingresar en el cuerpo de húsares.

Tras una breve pausa, añadió:

—El más viejo es Archipof, comerciante o administrador que se metió a negociar en aguardientes, y ya ha quebrado un par de veces. Se trata de un truhán sin escrúpulos, y es el mejor amigo de Sizobriukhov. Podría calificársele como Judas y Falstaff, en una pieza. Es de una exagerada sensualidad, y hasta se jacta de ciertos caprichos. En una ocasión le llevaron al juzgado, pero pudo salir bien librado. Yo estoy al corriente del asunto, y por eso me rehúye. Sin el menor reparo se dedica a despojar de su dinero a Sizobriukhov. No hay duda de que su experiencia le permite ser útil a los jovencitos disipados. Él y yo tenemos pendiente una cuenta, y algún día la saldaremos. Mitrochka, ese apuesto mozo de cara de gitano que ve usted ahí, vestido a lo ruso, también se la tiene guardada. Es un tratante de caballos y conoce a todos los húsares de esta ciudad. Aunque es cierto que es un tramposo, al menos engaña con destreza y finura. Ahora parece un criado, con su casaca de terciopelo; pero en cuanto le pones un frac y le llevas al Club Inglés, durante dos horas jugará al *whist* y hablará como un príncipe, sin que nadie sospeche nada. Mitrochka tampoco puede ver al gordo, como te he dicho, porque hace un tiempo que está sin blanca, y Archipof le ha birlado a Sizobriukhov, sin tener tiempo de aprovecharse. Aunque nadie me diga nada, tengo la sospecha de que Archipof y su amigo proyectan alguna bajeza por estos sitios. Procuraré sacar partido del odio que Mitrochka siente hacia Archipof. Por eso te agra-

deceré que no le mires. Cuando salgamos, puede que él mismo se acerque a decirme todo lo que quiero saber. Vamos a entrar en este reservado. ¡Eh, Esteban! —gritó, llamando al camarero—. ¿Sabes lo que quiero?

—Sí, señor.

—Entonces no tardes en servirnos.

—Voy en seguida, señor.

—Bueno, siéntate, Vania. ¿Por qué me miras así? Seguramente estás asombrado por todo esto. Pues no debe extrañarte nada. En esta vida ocurren cosas extraordinarias, que ni siquiera sería uno capaz de soñar. Además, nada puede asombrarnos, cuando uno ha leído a Cornelio Nepote, como tú y como yo, que se te meta bien en la cabeza esto: Masloboiev ha podido descarriarse, pero su corazón no ha cambiado; sólo variaron las circunstancias. Puedo haber obrado indignamente, pero no por eso soy peor que otros. Al principio deseaba ser médico, luego profesor de literatura rusa, y hasta llegué a escribir un artículo sobre Gogol. Yo qué sé todo lo que he hecho. Quise trabajar, y estuve a punto de ir en busca de oro. También he estado a un paso de la vicaría. Es que los corazones apasionados desean gozar de la dulzura de la vida. Resulta que ella, la que iba a ser mi esposa, me aceptó a pesar de que yo no tenía dónde caerme muerto. Cuando se acercaba el día de la ceremonia me vi en la necesidad de buscar prestadas unas botas decentes; las mías estaban destrozadas, puesto que las llevaba desde hacía más de año y medio. En fin, terminé por no casarme. Ella se marchó con un maestro de escuela, y yo entré a trabajar en una agencia. Ahora, mi querido amigo, soy otra persona. Soy independiente, y me gano la vida sin matarme. Acepto lo que me dan y defiendo la verdad. Mi lema es ser fuerte con los débiles y débil con los fuertes. Tengo mis principios y me dedico a ciertas ocupaciones, sobre todo a asuntos oficiales. En fin, que vamos tirando. También me ocupo de confidencias.

—Tal vez seas un soplón.

—No, no es eso, precisamente. Son cuestiones en parte oficiales y en parte privadas. Como puedes ver, Vania, yo bebo bastante; sin embargo, no me ahogo en licor, y sé lo que me espera. Tratar de lavar a un moro es gastar inútilmente jabón. Pero te aseguro que no me hubiera decidido a hablar contigo, de no haber tenido la seguridad de que en mi interior aún se alberga un hombre. Sí, tienes razón, el otro día te vi y no te hice caso. En otras ocasiones te veía e intentaba abordarte, pero no me atrevía. Sé que no soy digno de ti. Has pensado bien al decir que sólo me he acercado a ti porque estoy borracho. Pero como me estoy embrollando, será mejor que dejemos de hablar de mí. Debes saber que he leído tu libro. Sí, de cabo a rabo me leí tu primer libro. Después de hacerlo, estuve tentado de volverme una persona como es debido. Estaba ya decidido, cuando empecé a reflexionar a fondo, y entonces resolví seguir siendo lo que soy. De modo que...

Habló sin descansar durante un buen rato, y conforme bebía iba poniéndose más sentimental, hasta que llegó a derramar abundantes lágrimas. Recordaba yo que siempre había sido un buen muchacho. De poca cabeza y bastante descuidado, eso sí. Bullicioso, juerguista y algo tramposo, que sabía envolver con artimañas a cualquiera, cuando todavía asistía a la escuela. Hay muchos así entre nosotros, los rusos, y de entre ellos los hay que poseen magníficas cualidades. Pero todo lo malogran con sus defectos. Por falta de energía son capaces de ir contra su propia conciencia, y no sólo arruinan su vida, sino que saben perfectamente que lo hacen. La mayor debilidad de Masloboiev era la de ahogarse en aguardiente.

—Otra cosa, amigo mío —continuó diciendo—. He oído mencionar tu nombre y leí las críticas sobre tus obras. Sí, puedo afirmar que las leí, aunque te parezca que yo no leo nada. Más tarde te vi andando por el

barro con unas botas en mal estado, y con un sombrero viejo y muy usado. Me hice entonces muchas conjeturas. Dime, ¿vas a seguir escribiendo en los periódicos?

—Sí.

—Ya veo, eres como un pobre jamelgo que arrastra el rico carruaje de la literatura, ¿verdad?

—Algo así, en efecto.

—En tal caso, mi amigo, más vale dedicarse a la bebida. Yo me pongo alegre, me tiendo en un sofá (por cierto, tengo uno espléndido) y me imagino que soy Homero, Dante o incluso Federico Barbarroja, ya que no hay quien ponga freno a mi imaginación. Tú, en cambio, no puedes hacer eso, porque sólo deseas ser tú mismo, y porque como buen caballo de tiro sólo tienes la misión de tirar del carro. Mientras yo vivo de fantasías, tú vives de realidades. Te ruego que me digas con toda sinceridad, como si fuésemos hermanos, pues de lo contrario me ofendería profundamente, si necesitas dinero. Yo puedo proporcionártelo. Y no pongas esa cara. Acepta este dinero, así puedes librarte de tus editores, te quitas el dogal que te han puesto y vives sin preocupaciones durante un año. De ese modo podrás realizar tu sueño de escribir una obra realmente importante. ¿Qué te parece?

—Masloboiev, te agradezco profundamente el ofrecimiento generoso que me haces, pero no puedo responder aún sobre ese aspecto. Te preguntarás el motivo, ¿verdad? Es bastante largo de explicar, pues se halla relacionado con determinadas circunstancias. Más adelante prometo contártelo con toda franqueza, como si fueras un hermano mío. Te agradezco de todo corazón la oferta, y puedes estar seguro de que iré a verte con frecuencia a tu casa. De todos modos, y como muestra del aprecio que siento por tu atención, quiero pedir tu consejo acerca de un asunto que en cierto modo puede estar relacionado con tus actividades.

Le relaté la historia de Smith y de su nieta, comenzando por los sucesos de la confitería de Muller. Mientras iba hablando, me pareció notar en sus ojos que ya sabía algo del asunto. Le pregunté si ya estaba al corriente.

—No estoy bien enterado—me contestó—, pero había oído hablar de ese Smith, y supe que murió al salir de la confitería. En cuanto a la señora Bubnova, sí, la conozco bien. Precisamente hace dos meses le hice aflojar cierta suma. *Je prends mon bien où je le trouve.* Es lo único en que tengo parecido con Molière. Le saqué cien rublos, y me prometí que en la próxima ocasión no sería ya cien, sino quinientos. Es una miserable que se dedica a asuntos ilícitos, y que se regodea en la inmundicia. No pienses que me estoy haciendo el Quijote. Ya te he dicho que obtengo lo que me interesa en cualquier parte. Por eso me ha dejado satisfecho encontrar aquí a Sizobriukhof hace un momento. No hay duda de que le trajo el barrigudo, y como estoy al corriente de los asuntos a que se dedica, pienso que... Bueno, ya le pillaré en el momento oportuno... Me alegro que me hayas dicho todo acerca de esa pequeña, porque de ese modo ya tengo una pista más. Como sabes, me ocupo de toda clase de encargos, oficiales y privados, ¡y si vieras las gentes con que trato! No hace mucho realicé una investigación para un príncipe, algo que nadie hubiera esperado de tamaño personaje. También puedo relatarte cierto historia de una mujer casada... Si vienes a verme tendrás asuntos de sobra para tus novelas. Es algo que difícilmente puede creerse.

—Dime, ¿cuál es el nombre de ese príncipe?—inquirí, llevado por un presentimiento.

—¿Deseas saberlo? Bueno, por algo será. Se llama Valkovski.

—¿Pedro Valkovski?

—Sí. ¿Sabes quién es?

—Le conozco un poco. Posiblemente tenga que hablarte de ese caballero en más de una ocasión—mani-

testé al tiempo que me ponía en pie—. Todo lo que has dicho me ha interesado profundamente. No dejaré de ir a verte.

—Bueno, amigo, no tienes más que preguntar, y te contestaré muchas cosas. Eso sí, no puedo trasponer ciertos límites, ya que perdería el crédito que me han concedido... en mis asuntos, claro está.

—En tal caso, me contarás las cosas hasta donde tu honor profesional te lo permita.

Me encontraba yo bastante inquieto, y él no dejó de advertirlo.

—Y bien, ¿qué te pareció lo que te he relatado? —le pregunté—. ¿Has sacado algo en limpio?

—Aguarda un momento, voy a pagar mi cuenta.

Se encaminó hacia el mostrador, e hizo lo posible para encontrarse con el joven vestido de campesino. Se apreciaba claramente que no era la primera vez que hablaban. Mitrochka resultaba un sujeto singular. Debajo de la chaqueta de terciopelo llevaba una camisa de seda roja, lo que agregado a sus acusadas aunque armoniosas facciones, al rostro cetrino y aún joven, a la mirada refulgente y osada, le daban una singular apariencia no exenta de seducción. En él todo provocaba curiosidad e inspiraba simpatía. Sus modales eran un tanto ligeros, pero en aquel preciso momento se notaba que procuraba mostrarse atento y serio.

Un momento después Masloboiev regresó a mi lado, y me dijo:

—Ven a verme a las siete, esta tarde; seguramente podré informarte de algo, Vania. Puedes darte cuenta de que soy un hombre de escaso juicio. Antes tenía un poco, pero ya no soy más que un borracho que se aparta de todo. Sin embargo, aún conservo buenas relaciones, y gracias a eso puedo cazar aquí y allá algunos informes, y olfatear ciertos asuntos que se refieren a personas distinguidas. Así es como yo opero. Cuando no tengo nada que hacer, si estoy sereno hago algunas

cosas de provecho... Pero, en fin, basta ya. Esta es mi dirección. Como puedes ver, vivo en la calle de las Seis Tiendas. Y ahora, amigo mío, advierto que estoy perdiendo la cabeza, de modo que tomaré la última copita y me marcharé a casa. En cuanto haya dormido un rato estaré como nuevo. Cuando llegues, por la tarde, sabrás quién es Alejandra Seminiovna, y si nos sobra algún tiempo, hablaremos de otra cosa, de poesía, por ejemplo.

—Y de mi asunto también, ¿verdad?

—Es probable.

—Bien, entonces no faltaré.

CAPITULO VI

Ana Andreievna, intrigada por la carta de Natacha, llevaba bastante tiempo esperándome. Me aguardaba temprano, hacia las diez de la mañana, y cuando llegué a su casa eran las dos de la tarde. Para ese entonces se encontraba verdaderamente angustiada. Por otra parte, tenía verdadera necesidad de hablarme de las esperanzas que concibió la noche anterior, y quería explicarme que Nicolás Sergueitch, que tan pésimo humor tenía el día anterior, ahora se mostraba enormemente afectuoso con ella.

Cuando llegué, me acogió fríamente, con gesto de disgusto; dominando sus deseos de saber lo ocurrido, parecía decir: «¿A qué has venido? Más te hubiera valido seguir vagando por esas calles». Se había disgustado mucho por lo tarde que aparecía. Sin embargo, yo tenía prisa y le conté en seguida lo sucedido la noche anterior en casa de Natacha. Al enterarse la anciana de la visita del príncipe y de su formal petición de mano, la fingida indiferencia que mostraba dio paso a una alegría inmensa. Trastornada profundamente, santiguóse, lloró y se arrodilló ante el icono, inclinándose hasta tocar con la frente el suelo. Luego me dio mil besos, y dijo que iría a buscar a su marido para que se enterase del gran acontecimiento.

—Querido Vania, puedes creerme si te digo que las humillaciones e insultos le han hecho enfermar. Pero

en cuanto sepa que ofrecen plena satisfacción a Natacha, se pondrá bien en seguida.

Me costó mucho disuadirla, pues la anciana, a pesar de que llevaba veinticinco años viviendo con Nicolás Sergueitch, no le conocía bien. Por otra parte, no podía reprimir el deseo de venir conmigo inmediatamente a casa de Natacha. Declaré que su marido no aprobaría esa visita, seguramente, y que con ello corríamos el riesgo de echar todo a perder. Por fin desistió de mala gana, pero aún me retuvo otra media hora. Me hizo perder el tiempo, y no dejaba de repetir una y otra vez: «¿Cómo voy a quedarme aquí, ahora, habiendo recibido una alegría tan enorme?». Logré por fin que me dejara marchar, y para ello tuve que decirle que Natacha también me estaría aguardando llena de impaciencia. La anciana se despidió haciéndome la señal de la cruz en la frente, y me transmitió una bendición muy especial para su hija. Al decirle que no podría volver por la noche, poco faltó para que se echase a llorar. De todos modos, se consoló un poco cuando le dije que si pasaba algo realmente importante, volvería para comunicárselo.

En esa ocasión no vi al marido de Ana Andreievna, pues se hallaba durmiendo debido a que, aquejado de un fuerte dolor de cabeza, estuvo toda la noche en vela.

Natacha, lo mismo que su madre, se pasó la mañana esperando mi llegada. Cuando entré en su estancia, la vi paseando con los brazos cruzados y sumida en profundas reflexiones, como solía hacer. Aún ahora, al recordarla, me la imagino en aquella mísera habitación, pensativa, sin nadie que la acompañase en su desamparo.

Sin dejar de pasear, me preguntó suavemente la razón de mi retraso. A grandes rasgos le dije lo que había hecho por la mañana, pero ella casi no me escuchó. Noté que se encontraba muy preocupada.

—¿Hay algo de nuevo?—pregunté a mi vez.

—Nada — repuso.

Sin embargo, por su forma de hablar me di cuenta en seguida de que ocurría algo, por más que ella no me lo diría al principio, sino en el momento de marcharme, como hacía por lo general.

Yo me presté a su infantil estratagema, y resolví esperar. Hablamos de lo sucedido la noche anterior, y volvimos a mostrarnos de acuerdo en la impresión que causó en nosotros el príncipe: era evidente que a ninguno de los dos nos gustaba el aristócrata. Analizamos algunos aspectos de la visita, cuando Natacha me interrumpió de pronto y dijo:

—A pesar de todo, Vania, he podido comprobar que si una persona resulta antipática cuando se la conoce por primera vez, luego se hace muy agradable en el trato. Por lo menos, eso es lo que siempre me ha ocurrido a mí.

—Quiera Dios que en este caso también suceda lo mismo, Natacha. Por otra parte, y después de estudiar el asunto a fondo, he llegado a la conclusión de que el padre de Aliocha quizás obre con cierta astucia, pero no hay duda de que es sincero en cuanto a consentir vuestro casamiento.

Natacha dejó de andar y me miró con aire severo. Su semblante estaba alterado y le temblaban los labios.

—¿Es posible que haya mentido arteramente en circunstancias tan serias e importantes? —me preguntó, dando muestras de gran asombro.

—No sé qué decirte, francamente, pero creo que no —repuse.

—No puede ser que haya mentido. Creo que ni debemos pensar en eso. ¿Acaso soy tan poca cosa para él, que se atreve a burlarse de mí de esa forma? Un hombre no puede cometer una bajeza semejante.

—Desde luego —aprobé, rápidamente, pero en mi fuero interno me dije: «Sin duda, mi pobre Natacha, no piensas en otra cosa mientras paseas por tu cuarto. Y tal vez tú tienes más dudas que yo acerca de él.»

—¡Cómo deseo que vuelva Aliocha! —manifestó—. Había dicho que deseaba pasar una velada conmigo. Es probable que tenga asuntos importantes, cuando me dejó para irse. ¿Estás al corriente de lo que hace, Vania? ¿Le has oído hablar de eso?

—Sólo sé que está siempre pensando en el modo de ganar dinero. Me han contado que va a participar en una empresa de aquí, de San Petersburgo. Pero nosotros no sabemos nada de lo que es un negocio.

—Cierto. Aliocha dijo ayer algo respecto a cierta carta.

—Entonces, ¿estuvo aquí Aliocha?

—Sí.

—¿Vino temprano?

—Hacia el mediodía. Como sabes, se levanta tarde. Estuvo sólo un momento; yo hice lo que correspondía, y le dije que fuera a casa de Catalina Fiodorovna.

—Entonces, ¿no pensaba ir?

—Sí, iba a hacerlo.

Pareció querer decir algo más, pero su rostro adoptó un gesto de tristeza. Tenía intención de preguntarle otras cosas, pero me daba cuenta de que no era el momento más apropiado para hacerlo.

—Es un muchacho muy extraño —dijo, mordiéndose los labios y tratando de no mirarme.

—¿Ha pasado algo?

—No; justamente estuvo muy atento conmigo, pero...

—Bueno, ahora han terminado todas sus preocupaciones —declaré.

Natacha me observó con atención. Seguramente estuvo a punto de decirme que los disgustos y preocupaciones de Aliocha nunca fueron muy graves, pero quizá temió alguna ironía de mi parte y prefirió callarse, limitándose a hacer un gesto de disgusto.

Poco después, sin embargo, volvió a mostrarse aten-

ta, aunque la suya era una amabilidad extraña, que no le había conocido hasta entonces.

Estuvimos juntos más de una hora, y pude darme cuenta de que la joven estaba inquieta. El príncipe era el causante de sus temores. Le habría gustado conocer con exactitud qué era lo que él pensaba acerca de ella, y si había obrado de forma adecuada, o tal vez demostró excesiva ingenuidad y alegría. Quizás el príncipe se rió interiormente de ella, y la despreciaba. Al pensar en eso las mejillas se le enrojecieron.

—Más vale que no te preocupes por lo que puede pensar un hipócrita—declaré—. Allá él, y que opine lo que quiera.

—¿Por qué va a ser un malvado?

La joven tenía recelos, pero su corazón era noble y puro. Precisamente desconfiaba por la misma pureza de sus sentimientos. Aun en su humildad era orgullosa, y no habría consentido que la alabaran para luego hacerla blanco fácil de las mofas. Evidentemente, ella habría sabido corresponder desdeñosamente al desprecio de un hombre ruin; pero su sufrimiento hubiera sido grande, si cualquiera, fuera quien fuese, hubiese hecho escarnio de lo que más respetaba en la vida. La razón de esto era su falta de experiencia, el aislamiento en que había vivido siempre, encerrada en una población provinciana, sin salir nunca de allí. Y también influía en ella la predisposición heredada de su padre, seguramente, y propia de las almas ingenuas, las que ponderan a quienes les rodean, exagerando sus virtudes y alabando demasiado a la gente, considerándolas mejor de lo que son realmente. Cuando se cree al prójimo mejor de lo que es, no se obtienen más que desengaños. Por otra parte, Natacha había sido víctima de muchas contrariedades y ofensas. Se hallaba moralmente enferma, y no se le podía culpar de su estado.

Me puse en pie para marcharme, ya que tenía prisa. Natacha se mostró sorprendida, y poco faltó para que

se echase a llorar. Si antes no tuvo conmigo ninguna muestra especial de afecto, ahora, en cambio, me besó con gran cariño y me miró fijamente un buen rato:

—Como ya te dije—manifestó—, Aliocha estuvo hoy muy raro. Se mostró contento y amable, es cierto, pero no dejaba de moverse de un lado para otro, revoloteando como una mariposa, y con gesto presumido se contemplaba en el espejo. Y también estuvo poco tiempo. En cambio, me trajo una caja de bombones como obsequio.

—Vaya, bombones. Evidentemente estáis recelosos el uno del otro. No dejáis de espiaros y procuráis adivinar en vuestros gestos y ademanes los más recónditos pensamientos, pero no lográis descubrir nada. A él eso no le afecta demasiado, y continúa tan dichoso y despreocupado como de costumbre, pero contigo no ocurre lo mismo...

Cuando Natacha tenía alguna queja de Aliocha y quería decirme algo delicado, o deseaba ponerme al corriente de un secreto, que a veces debía yo deducir, me observaba de un modo extraño y sólo con eso aguardaba que yo le prodigase palabras de consuelo. En ese momento yo adoptaba un tono firme y severo, como quien va a dar una reprimenda. Con esa severidad contribuía a aumentar mi prestigio ante ella, pues no hay duda de que ciertas personas necesitan que se las reprenda en ocasiones. Después de esa escena, ella se mostraba más satisfecha.

—¿Sabes, Vania? —prosiguió diciendo Natacha, al tiempo que me colocaba una mano sobre un hombro y me miraba tiernamente, para ganarse mi aprecio—. Hoy Aliocha parecía otra persona. No estaba ingenioso, como otras veces. Daba la impresión de representar el papel de un marido que trata a su mujer después de diez años de casados. Su amabilidad resultaba un tanto forzada. ¿No te parece que es demasiado pronto, para obrar de esa forma? Yo creo que estaba impaciente por

ir a ver a Catalina Fiodorovna. Cuando le dirigía la palabra, él hacía como que no me escuchaba, o bien me interrumpía hablando de otra cosa. De sobra conoces esa pésima costumbre que se prodiga entre la gente distinguida. Tú y yo hemos tratado de corregirle, en ocasiones, pero ha sido en vano. En fin, que se mostró indiferente. Pero, ¿qué es lo que digo? Soy demasiado impulsiva, exigente y caprichosa. Es algo que no se puede remediar. No permitimos siquiera que alguien cambie un poco sus gestos, aunque ignoramos el motivo por el que ese rostro ha variado. Tenías toda la razón del mundo, al regañarme hace un momento. Sólo yo tengo la culpa. Somos nosotros los que nos creamos los problemas, y después nos quejamos. Te doy las gracias, Vania, por todo el bien que me has hecho... Si por lo menos volviera. Pero no sé si valdría de algo. Seguramente aún no se le pasó el mal humor.

—Entonces, se mostró malhumorado, ¿no es cierto? —pregunté yo.

—Bueno, no fue eso, justamente. Como yo estaba algo decaída, Aliocha, que comenzó mostrándose contento, terminó por ponerse serio. Al despedirse me pareció algo frío. De todos modos, le mandaré llamar. Ven tú también, Vania, te lo ruego.

—Lo haré, si no me lo impiden otros asuntos.

—¿A qué te refieres?

—Tengo que hacer, pero haré lo posible por venir.

CAPITULO VII

Eran las siete en punto cuando llegué a casa de Masloboiev. Mi amigo ocupaba un piso de tres habitaciones en un pequeño edificio de la calle de las Seis Tiendas. La vivienda era un poco sórdida, pero estaba bien amueblada. Daba la sensación de cierto desahogo económico, incluso, entre detalles de extremado desorden y desaseo.

Me franqueó el paso una bonita joven de unos veinte años, vestida sencillamente, aunque con gusto y pulcritud, y cuya mirada expresaba alegría y bondad. Me dije en seguida que debía de ser Alejandra Seminiovna, de la que me había hablado Masloboiev al decirme que fuera a su casa. La muchacha preguntó mi nombre, y al decírselo me contestó que Masloboiev estaba descansando en su habitación, pero que podía pasar, porque me esperaba.

Encontré a mi antiguo amigo echado en un soberbio diván, pero cubierto con su sucio abrigo y con la cabeza apoyada sobre un ajado cojinillo de cuero. Debía de tener un sueño muy ligero, pues se despertó cuando entré en la estancia.

—Ah, eres tú, Vania—manifestó—. Acabo de estar contigo en sueños, precisamente. Bien, ya es la hora, así que vamos allá.

—¿Adónde vamos?

—A ver a una señora.

—¿Qué señora?

—La señora Bubnova. Es necesario que hablemos con ella. ¡Ya verás qué mujer más hermosa!

Al decir esto, volvióse hacia Alejandra Seminiovna y lanzó un beso al aire, como si besara a la Bubnova.

—Ya está con sus tonterías—manifestó la joven, que consideróse obligada a enfadarse un poco.

—Me parece que nos os conocéis, ¿verdad? Mira, Alejandra Seminiovna, voy a presentarte a un general de la literatura. Es uno de esos personajes a los que no se puede ver, sin pagar, más que una vez al año.

—¡Bueno, ya sale con otra de las suyas! No le haga caso, señor, que siempre se está burlando de mí. ¿Cómo va a ser este caballero un general?

—Te he dicho que son unos generales de una clase especial—repuso Masloboiev—. Y tú, excelencia, no nos consideres como unos necios, pues somos más avispados de lo que a primera vista parecemos.

—No le escuche. Este pillo se burla siempre de mí, cuando viene a vernos gente formal. En vez de eso, más le valdría llevarme de vez en cuando al teatro.

—Bueno, tú sigue aplicándote al hogar, Alejandra Seminiovna. Ya sabes qué es lo que debes respetar. ¿O acaso olvidaste la palabrita que te enseñé?

—No la he olvidado, pero me parece una ridiculez.

—Nada de eso, es una palabra que usan los literatos. Vamos, dila.

—Tú quieres avergonzarme delante de los demás. No me fío de ti. Puede que esa palabra signifique algo malo. Prefiero perder la lengua a decirla.

—Lo que ocurre es que ya te has olvidado.

—No, no la olvidé. La palabra es «penates». Me has dicho que debo respetar y querer a mis penates. ¡Qué cosas se te ocurren! Seguramente no existen esos penates siquiera.

—¡Ah, qué distinta eres a la señora Bubnova!

—¡Podéis iros al demonio tú y tu señora Bubnova!

—exclamó la joven, y con gesto indignado salió rápidamente de la habitación.

—Ya es hora de que nos marchemos—me dijo mi amigo—. ¡Adiós, Alejandra Seminiovna!

Al salir de la casa vimos pasar un coche de punto desocupado.

—Será mejor que tomemos ese coche, Vania. Vamos, sube. Esta mañana, cuando nos separamos, pude averiguar un par de cosas verdaderamente interesantes. No se trata de meras cábalas, sino de hechos concretos. El barrigón que viste en el restaurante es un truhán, un individuo repugnante que posee los gustos y caprichos más ruines. A la Bubnova se la conoce desde hace mucho por asuntos del mismo cariz. Hace poco estuvo a punto de ser detenida por intentar algo con una joven de familia distinguida. Ese vestido de muselina de que me hablaste, me resultaba inquietante, y más después de las noticias que hace tiempo tengo de la mujer. Dime, ¿qué edad puede tener esa chiquilla?

—Trece años, tal vez, a juzgar por su cara—contesté yo.

—Y aún menos, si se considera su estatura, ¿verdad? La Bubnova trafica con eso. Según las circunstancias, la pequeña tendrá unas veces once años y, otras quince. La desdichada no tiene a nadie que la proteja, y...

—¿Es posible lo que dices?

—Pero, ¿qué te creías? Esa Bubnova no recoge a nadie por piedad. Si el gordo va a la casa, es señal de que todo está preparado. Esta mañana temprano se entrevistaron. Y además le prometieron al necio de Sizobriukhov la esposa de un coronel de Estado Mayor. Los hijos de los comerciantes no son muy exigentes, cuando se trata de pedir informes. Vaya, me parece que aún me duran los efectos de la curda. Lo cierto es que la Bubnova no se arredra, si se trata de meter a alguien en un enredo. Y además quiere burlar a la policía. Eso

tiene gracia. Por mí siente bastante temor, ya que entre ella y yo hay una cuestión pendiente. ¿Entiendes?

Las palabras de Masloboiev me causaron gran impresión, y temiendo llegar tarde, pedí al cochero que se diera prisa.

—No temas—dijo mi amigo—. Hemos tomado las medidas adecuadas. Mitrochka ya se encuentra allí. Sizobriukhov pagará con dinero, y el truhán del barrigudo lo hará con su piel. Ya está decidido. La Bubnova corre de mi cuenta. Yo le daré una lección. Lo único que hace falta es que no sospeche.

El vehículo se paró delante del restaurante, pero Mitrochka no estaba allí. Dijimos al cochero que aguardase, y nos encaminamos a casa de la Bubnova. Cerca de la puerta cochera vimos a Mitrochka, que estaba esperándonos. Las ventanas se hallaban vivamente iluminadas, y de ellas salían las carcajadas de Sizobriukhov, que parecía estar muy bebido.

—Llevan ahí un cuarto de hora—declaró Mitrochka—. Ahora es el momento.

—¿Cómo vamos a entrar ahí?—pregunté.

—Lo haremos como clientes—contestó Masloboiev—. Me conocen a mí, y también a Mitrochka. Las puertas pueden estar cerradas, pero no para nosotros.

Mi amigo dio unos golpes discretos en la madera, y la puerta se abrió en seguida. El portero miró significativamente a Mitrochka y nos franqueó el paso. Subimos una escalerilla procurando no hacer ruido, y el portero llamó a otra puerta, diciendo que estaba solo. Abrióse la otra puerta e irrumpimos en la estancia, mientras el portero se escabullía.

—¡Eh! ¿Quiénes son ustedes?—exclamó la Bubnova, de pie en la antesala.

Llevaba una vela en la mano, y estaba despechugada y borracha.

—¿Es posible que no recuerde a sus viejos amigos, Ana Trifonovna? Soy Felipe Filipitch.

—¡Vaya, Felipe Filipitch! ¡Mi buen amigo! ¿Cómo no me lo dijo? El caso es... ¡Uf! Vengan, vengan, por favor.

Era evidente que la mujer tenía una confusión tremenda en la cabeza.

—¿Nos lleva a ese cuartucho? Nada de eso. Queremos que nos atienda mejor. Tenemos deseos de beber, y tal vez pueda usted proporcionarnos algunas hermosas jovencitas, ¿eh?

La mujer recuperó un poco el aplomo.

—Para mis buenos amigos soy capaz de sacarlas de donde sea, hasta de traerlas de la China.

—Dígame, Ana Trifonovna, ¿se encuentra aquí Sizobriukhov?

—Sí.

—Queremos verle, en tal caso. ¿Cómo se atreve el muy pillastre a pasarlo bien sin mí?

—Puede que le esté esperando. Al menos, me dijo que estaba aguardando a alguien.

Masloboiev abrió una puerta y entramos en una amplia estancia con dos ventanas llenas de flores. La habitación estaba bastante bien amueblada y hasta había un piano, aunque no fuese muy nuevo. Mitrochka se había esfumado mientras hablábamos en el saloncito.

Más tarde supe que no había llegado a entrar, sino que permaneció junto a la puerta para abrir a alguien. Resultó que la mujer desgreñada y pintarrajeada que estaba cuando la escena de la Bubnova, era la amiga de Mitrochka.

Sentado en un estrecho sofá, y ante una mesa redonda, se encontraba Sizobriukhov. Sobre la mesa, cubierta con un mantel, se veían dos botellas de champaña, una de ron barato, y algunas bandejas con bombones, frutas y pastelillos. Junto al joven estaba una mujer de repulsivo aspecto y de casi cincuenta años de edad, con el rostro picado de viruelas, vestida de seda negra y que lucía pulseras y otras baratijas de cobre.

Era sin duda la pretendida mujer del coronel de Estado Mayor, pero se podía notar el engaño desde varias leguas de distancia. Sizobriukhov estaba muy borracho y mostraba una alegría enorme. Su amigo, el barrigón, no se encontraba con él.

—¡Valiente manera de hacer las cosas! —exclamó Masloboiev—. ¡Nos dice que vayamos a casa de la Dussot, y luego él viene a pasarlo bien aquí!

—¡Ah, mi amigo Felipe Filipitch, cómo me alegra que hayas llegado! —dijo Sizobriukhov con voz aguardentosa, acercándose a nosotros.

—Nos has tomado la delantera, ¿verdad?

—Te pido perdón.

—En vez de disculparte, más vale que nos invites en seguida. Al fin y al cabo, vinimos a divertirnos contigo. Mira, he traído a un amigo.

Al decir esto, Masloboiev me señaló.

—Ah, mucho gusto, encantado, ¡je, je!

—¡Parece mentira que llamen a esto champaña! —declaró Masloboiev—. Más se parece a un caldo de coles mal hecho.

—Eso me ofende.

—Vamos a ver, si no eres capaz de ir a casa de la Dussot, ¿para qué haces la invitación?

—Ahora mismo me contaba que estuvo en París —terció la «coronela»—; pero debe de ser mentira.

—No ofendas tú tampoco, Fedosia Titichna. ¡Es cierto que estuve en París!

—Bueno, ¿podemos saber qué se le perdía en París a un patán como tú, eh?

—Se me presentó la ocasión de ir, y no quise desaprovecharla. Karp Vasilitch y yo llamamos la atención en París. ¿Sabes quién es Karp Vasilitch?

—¿A qué santos voy a conocerle?

—Es un personaje de la política. Estuvimos los dos en casa de madame Joubert, y allí rompimos un espejo de tres lunas, aunque no lo creas.

—¿Qué dices que rompisteis?

—Un enorme espejo de tres lunas, que ocupaba casi toda la pared y llegaba hasta el techo. Karp Vasilitch estaba como una cuba, y hasta se puso a hablar en ruso con madame Joubert. Empezó a darle puñetazos al espejo, mientras la mujer vociferaba: «¡Vas a romperlo, y vale setecientos francos!» Él no dejaba de reírse y me miró significativamente. Me encontraba yo sentado con una beldad a mi lado, aunque no tan hermosa como esta dama. Entonces Karp Vasilitch me gritó: «Oye, Esteban, ¿vamos a medias?» «Sí, adelante», le contesté. Inmediatamente mi amigo descargó sobre la luna un puñetazo tan brutal que lo hizo añicos. La Joubert empezó a chillar y se echó encima de él, dispuesta a acogotarle. «¡Maldito maniático, mira lo que has hecho!», le gritó en francés. Él le contestó en la misma lengua diciendo que se había querido dar un gusto, y que lo pagaría todo. En seguida le dio seiscientos cincuenta francos, pues conseguimos que nos rebajaran cincuenta.

En ese momento la charla de Sizobriukhov quedó interrumpida por un grito tremendo, desgarrador, que parecía llegar a través de varias puertas cerradas. Me estremecí y no pude evitar lanzar a mi vez otro grito, ya que advertí claramente que se trataba de la voz de Elena.

A continuación del chillido se escucharon una serie de insultos proferidos con voz colérica, luego un gran alboroto, y por fin, el chasquido de varias bofetadas. Era evidente que Mitrochka se tomaba la justicia por su mano. De improviso se abrió la puerta de nuestro cuarto, y Elena irrumpió con el rostro desencajado, los ojos fuera de las órbitas y con el vestido de muselina hecho jirones, como si hubiera sostenido una violenta lucha. Estaba yo cerca de la puerta, cuando entró la niña y se arrojó en mis brazos como buscando amparo. Los demás se pusieron en pie, vivamente impresionados. Se dejaron oír más ruidos y gemidos, y segundos más

tarde se presentó en la puerta Mitrochka, que traía al barrigón arrastrándole por el pelo, después de haberle dejado en terrible estado. De un fuerte empujón le arrojó al centro de la estancia, y dijo profundamente satisfecho:

—¡Ahí está ese puerco! ¡Que no se escape!

Masloboiev se acercó a mí, me colocó una mano en un hombro y manifestó:

—Será mejor que te lleves a la niña en un coche. Ya no tienes nada que hacer por aquí. Mañana solucionaremos lo que falta por resolver.

Sin que necesitara repetírmelo, cogí a Elena de la mano y me la llevé de aquel antro. No estoy enterado de lo que pasó después en la casa. Al marchar, nadie trató de cortarnos el paso. En cuanto a la patrona, el espanto la había dejado petrificada. Los hechos se produjeron con tal celeridad, que no tuvo tiempo de intervenir.

Aún estaba el coche donde lo habíamos dejado, y al cabo de veinte minutos la niña y yo nos encontrábamos en mi piso.

Elena estaba aterrorizada. Le desabroché el cuello del vestido, le rocié la cara con agua y la acosté en el diván. Noté que tenía fiebre y deliraba. Al ver su pequeño semblante ceniciento, los labios sin color, el negro cabello revuelto que brillaba profusamente con la pomada que le habían puesto, y las cintas y lacitos de color rosa que adornaban su vestido, me di cuenta de lo repulsivo de aquel suceso. ¡Pobrecilla! Su fiebre aumentaba, por lo que decidí no dejarla sola, aunque para eso no pudiera ir a ver a Natacha. Elena abría a veces sus grandes ojos y me miraba extrañamente, como si no supiera quién era yo. Hacia la una de la madrugada se quedó dormida, al fin. Yo me senté en una silla, a su lado, y también acabé por dormirme.

CAPÍTULO VIII

Me desperté poco después del amanecer. También me había despertado cada media hora, por la noche, y lleno de inquietud me acercaba a la enfermita para observarla atentamente. Siguió la fiebre toda la noche, y también deliraba un poco, pero por la mañana pareció mejorar y se durmió profundamente. Era un buen síntoma, evidentemente. De todos modos, en cuanto me vestí, resolví ir a buscar un médico mientras la pequeña dormía. Sabía de uno ya anciano y muy comprensivo, que habitaba desde que yo alcanzaba a recordar en la calle Vladimir, acompañado por una criada alemana de bastante edad. Llegué a su casa hacia las ocho de la mañana, y él me aseguró que estaría en la mía a las diez.

Tuve grandes deseos de ir a ver a Masloboiev, pero me dije que después de los acontecimientos pasados se habría acostado tarde y aún seguiría durmiendo. Por otra parte, Elena podía despertarse y sentirse atemorizada al verse en mi cuarto sin saber cómo había llegado allí.

Acababa yo de regresar cuando ella se despertó. Muy suavemente le pregunté cómo se encontraba. No contestó, y sus ojos negros y expresivos se clavaron silenciosamente en mí. Daba la sensación de estar al corriente de lo que había pasado, y de comprenderlo todo muy bien. Sabía que acostumbraba no contestar y recordé que en las dos veces que estuvo en casa tampoco res-

pondió a lo que le preguntaba, al principio por lo menos, y no hacía más que mirarme fijamente, con una expresión que denotaba a un tiempo orgullo, asombro y enorme curiosidad. Pero ahora descubría también en ella recelo. Le coloqué una mano en la frente, para ver si le había bajado la fiebre, y Elena me la apartó sin brusquedad; luego volvió la cara hacia la pared, sin añadir nada. Me di cuenta de que la molestaba, y me aparté de su lado.

Tenía yo una gran tetera de cobre que utilizaba desde hacía bastante tiempo como samovar. También disponía de leña que me había subido el portero, por lo que encendí la estufa, llené de agua la tetera y la puse a calentar. Después preparé la mesa, y al volverme vi que Elena estaba mirando con gesto curioso mis preparativos. Le pregunté si deseaba algo, y otra vez volvió la cara sin responder.

«¿Se habrá enfadado conmigo? —me pregunté—. ¡Qué muchacha tan extraña!»

A las diez, tal como me había prometido, llegó el médico. Después de reconocer a la enfermita minuciosamente, con precisión germánica, me aseguró que a pesar de la fiebre, no había por qué inquietarse, al menos por el momento. Tal vez la niña padecía alguna dolencia crónica, posiblemente del corazón. Eso requería un reconocimiento especial, pero por ahora la pequeña enferma se hallaba fuera de peligro. Por pura costumbre le recetó un tónico y unos polvos, y luego me preguntó la razón de que la niña estuviera en mi casa, al tiempo que observaba curiosamente la habitación. Me di cuenta de que el anciano médico era un redomado parlanchín.

Elena parció interesar al doctor por su conducta. La chiquilla trató de retirar la mano cuando le tomaba el pulso, y no quiso enseñarle la lengua. Tampoco respondió a las preguntas que le hizo. Sólo miraba con detenimiento la cruz de San Estanislao que llevaba el médico colgada al cuello.

—Estoy seguro de que le duele mucho la cabeza —manifestó el viejo doctor—. ¡Y qué manera de mirarme! En fin, si me necesita, no deje de llamarme.

Luego el galeno se marchó.

Decidí no dejar a la pequeña paciente hasta que se encontrara más repuesta. Sabía que Natacha y Ana Andreievna me estaban aguardando, y que se intranquilizarían si no me veían aparecer. En consecuencia resolví avisar a Natacha, por lo menos, comunicándole que no podría ir a verla. No escribiría a Ana Andreievna, en cambio, pues anteriormente me pidió que no lo hiciera, cuando le notifiqué acerca de la enfermedad de Natacha.

«No sabes lo disgustado que estaba Nicolás Sergueitch —me había escrito entonces la madre de Natacha—. Tenía unos deseos tremendos de leer la carta, pero no se rebajaba a preguntar. Eso hizo que se pusiera de un humor de perros todo el día, mientras que yo no estaba mucho más contenta, ya que había esperado muchas más noticias. No me bastaba con diez líneas.»

En consecuencia, resolví escribir únicamente a Natacha, y eché la carta al buzón, cuando me dirigí a la farmacia a comprar las medicinas de Elena.

Ésta se había vuelto a dormir. Se quejaba débilmente entre sueños y no cesaba de temblar. Al despertarse me miró hostilmente, como si le molestaran mis cuidados, lo cual, como es de suponer, me entristeció mucho.

Hacia las once llegó a casa Masloboiev. Parecía estar inquieto y algo distraído. Afirmó que sólo iba a quedarse un momento.

—Tenía la seguridad de que no vivías en un palacio, amigo mío —declaró, mientras observaba la estancia—, pero tampoco creí hallarte en semejante mazmorra, pues esto es un calabozo, más que una habitación. Dirás que son nimiedades, pero estos detalles no pueden hacer otra cosa que distraerte de tus ocupaciones. Justamente

iba pensando en esto cuando nos dirigíamos a casa de la Bubnova. Ya sabes, mi buen amigo, que yo, por mi forma de ser y por mi situación, soy de los que sin hacer nada de provecho se dedican a dar sermones al prójimo. Mañana o pasado volveré, y el domingo te aguardo por la mañana en mi casa. Para entonces habremos solucionado lo de la chiquilla, y podré hablar contigo despacio. No te conviene seguir viviendo de esta forma. Si ayer sólo te lo dije brevemente, hoy te demostraré el asunto de modo palpable. Lo que deseo es que decidas si te parece honroso aceptar mi dinero por el tiempo que sea. Contéstame.

—Vamos, no te pongas así—repuse yo—. En lugar de hablar de eso, dime cómo terminó el asunto de ayer.

—Todo salió según deseábamos. Ya me entiendes. En fin, tengo prisa; no he venido más que a decirte que estoy muy atareado, y deseaba preguntarte si vas a mandar la niña a algún sitio, o si piensas que siga en tu casa. Es necesario estudiar esta cuestión a fondo para decidir rápidamente.

—Te aseguro que no sé qué partido tomar. Justamente esperaba hablar contigo para que me aconsejaras. ¿Cómo podría yo quedarme con ella?

—Puede estar aquí como criada, por ejemplo. Sí, eso es, como criada.

—No hables tan alto, por favor, que puede oírnos. Por más que está enferma, nada le pasa inadvertido. Noté que se puso a temblar en cuanto te vio. Seguramente no ha olvidado lo que sucedió anoche.

Rápidamente le hablé del carácter de la chiquilla, y dije a Masloboiev que debíamos buscarle un hogar respetable, como el de mis viejos amigos, los padres de Natacha. Me causó un gran asombro saber que Masloboiev estaba enterado en parte de la historia de Natacha.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirí.

—Casualmente oí hablar de eso hace un tiempo,

cuando me ocupaba de otro asunto—repuso—. Como ya sabes, conozco al príncipe Valkovski. Ah, y no me parece mala idea el enviar la pequeña a casa de los Ikmeniev. Claro que necesitará algún documento con que poderse identificar. Pero de eso me encargo yo. Ahora me marcho; no dejes de venir a verme. Dime, ¿está durmiendo ahora la pequeña?

—Me parece que sí.

Una vez que Masloboiev se hubo marchado, Elena me llamó.

—¿Quién era... ése? —preguntó con voz insegura, sin apartar de mí su mirada insistente y orgullosa.

Le conté que era mi amigo Masloboiev, y que gracias a él la habíamos sacado de casa de la Bubnova. Enrojeció vivamente al recordar lo sucedido.

—Entonces, ella... no vendrá nunca por aquí, ¿verdad?

Hice lo posible por tranquilizarla, y otra vez guardó silencio. Pero ahora me cogió una mano entre sus febriles dedos, si bien la soltó en seguida, como si se arrepintiera de lo que había hecho.

«No es posible que sienta tanta aversión hacia mí —pensé—. Seguramente es debido a su carácter, o a los muchos desengaños sufridos.»

Volví a la farmacia cuando fue la hora que me habían indicado. Llevé también un bote, que me llenaron de caldo de gallina en un restaurante que encontré de camino. Pero la chiquilla no quiso tomarlo. Entonces le di las medicinas y dejé el caldo sobre la estufa, para cuando le apeteciera tomarlo a Elena.

A continuación me puse a trabajar. Pensaba que se habría dormido, pero al mirarla de repente, advertí que me observaba atentamente mientras escribía. Hice como que no había visto nada, y Elena se durmió por fin de verdad. Su sueño fue sereno y reconfortante, lo que no dejó de sorprenderme.

Por mi parte, me sentía preocupado por Natacha,

que no conociendo la causa de mi ausencia, sin duda estaría enfadada conmigo. No sólo había dejado de ir a verla, sino que la dejaba sola cuando mi presencia le era más necesaria que nunca. Quizá se le habrían presentado más problemas, y esperaba mi ayuda. Pero yo no aparecía.

También su madre estaría molesta al día siguiente, y no sabía qué disculpa podía darle.

Después de pensarlo mucho decidí ir rápidamente a las dos casas. Sólo esperaba estar ausente un par de horas, y Elena, profundamente dormida, no se enteraría de que me marchaba. Me puse el abrigo y la gorra, pero cuando me disponía a salir oí que Elena me llamaba. Aquello me extrañó muchísimo. ¿Acaso había fingido estar dormida?

—¿Adónde va a hacer que me lleven? —inquirió, cuando me acerqué a ella; y como yo no supiera qué responder, agregó—: Antes dijo usted a su amigo que me iba a enviar a casa de no sé quién. Pero no quiero ir a ninguna otra parte.

Noté que la pequeña tenía de nuevo la frente ardiendo. Le había subido la fiebre. Procuré tranquilizarla y le dije que si deseaba quedarse conmigo, no iría a otro sitio. Me quité el abrigo y la gorra, mientras le decía eso, pues no podía dejarla sola en aquella situación.

Al ver que había decidido quedarme, la niña dijo en tono de protesta:

—Váyase, si quiere. Tengo sueño, y no tardaré en dormirme.

—No puedo dejarte sola—repuse, indeciso—. Claro que sólo tardaría un par de horas, y...

—Puede irse. Si yo estuviera enferma un año entero, ¿se quedaría siempre conmigo, sin salir? —respondió mirándome extrañamente, mientras intentaba sonreír.

Daba la sensación de estar en pugna con un buen sentimiento que se había adueñado de ella. ¡Pobre chiquilla! A pesar de ser huraña y de su aparente desapego por la gente, la ternura de su alma se revelaba a cada instante.

Me dirigí en primer lugar a casa de Ana Andreievna, que ya se sentía dominada por la impaciencia y me acogió con una serie de reproches. La inquietud la atenazaba, pues su marido había salido sin decir adónde se dirigía. Tuve el presentimiento de que la anciana, incapaz de reprimirse, se lo había contado todo a su marido, aunque fuese por medio de alusiones, como solía hacer. Luego ella misma lo admitió, asegurando que no había podido dominar el deseo de que su esposo compartiera su alegría. Sin embargo, él se puso más malhumorado que nunca. «No dijo una sola palabra—manifestó Ana Andreievna—, y se marchó en cuanto terminamos de comer.»

Mientras me contaba esto, la anciana se estremecía de temor, y me rogó que permaneciese con ella esperando al regreso de Ikmeniev. Me excusé como pude, y declaré que tampoco podría ir al día siguiente, que es lo que había ido precisamente a decirle. Casi llegamos a reñir, y echándose a llorar me colmó de reproches. Cuando me marchaba, se acercó a mí y al tiempo que me echaba los brazos al cuello me rogó que no me enfadase con ella, pues era «como una huerfanita».

Encontré a Natacha sola, tal como me había imaginado. También me extrañó que no se alegrara al verme llegar, como lo había hecho siempre. Hasta daba la impresión de que la estaba molestando. Inquirí si Aliocha estuvo a visitarla y contestó afirmativamente, aunque dijo que se quedó poco tiempo.

—Me ha prometido que regresará esta noche—agregó, indecisa.

—¿Y anoche, estuvo aquí?

—No, tuvo que hacer—contestó, y rápidamente agregó—: ¿Y tus cosas, cómo marchan?

Me di cuenta de que quería cambiar de tema. Des-

pués de observarla con atención, no dudé de que se sentía abandonada. Al notar que la estaba mirando, me replicó con una mirada dura y altiva. «Se enfrenta con un nuevo problema — pensé —, aunque no quiere decir lo que es.»

Respondiendo a su pregunta, le referí minuciosamente todo lo concerniente a Elena. Mi relato la asombró y la llenó de interés.

— Pero, ¿cómo has podido dejar sola a esa niña, estando tan enferma? — dijo.

Le contesté que no pensaba salir de casa, pero que temí que pudiera alarmarse ella, Natacha, o que me necesitara con urgencia.

— Es probable que precise tu ayuda, Vania — me contestó pensativamente, como si hablara consigo misma —. Pero no será ahora mismo. ¿Fuiste a casa de mis padres?

Le conté mi visita a casa de Ana Andreievna, y lo que habíamos hablado.

— Sólo Dios sabe cómo habrá recibido mi padre estas noticias. En fin, eso importa poco.

— ¿Cómo que no importa? — pregunté —. El hecho es realmente importante.

— Sí, claro. ¿Adónde habrá ido? No sabes cuánto te lo agradecería, si vinieras de nuevo mañana. Tal vez pueda decirte algo. No quiero retenerte más, pues debes regresar junto a la enfermita. Por lo que me dices, ya han transcurido las dos horas.

— Es cierto. Adiós, Natacha. Una última pregunta: ¿Cómo ha estado Aliocha contigo?

— Bien, desde luego. Eres muy curioso.

— Hasta pronto, querida Natacha.

— Adiós.

Me dio la mano con gesto distraído, y evitó mi mirada, lo que de nuevo me causó desazón. Me dije que sus preocupaciones tenían la culpa de aquella forma de actuar. Seguramente al día siguiente me lo contaría todo.

Lleno de tristeza volví a casa cuando ya estaba anocheciendo. Recibí la desagradable sorpresa de encontrar a Elena sentada en el sofá, con la cabeza gacha, como si desvariara. Al acercarme le oí murmurar algo, pero no pude entenderla. Seguramente volvía a delirar.

Me senté a su lado y le rodeé el menudo cuerpo con un brazo.

— Elena, ¿qué te ocurre, pequeña?

— Quiero irme, quiero marcharme a su casa — repuso, evitando mi mirada.

— ¿De qué casa estás hablando? — le pregunté, lleno de asombro.

— La de esa mujer, la Bubnova. Dice que le debo mucho dinero, que pagó el entierro de mi madre. No quiero que insulte su memoria. Trabajaré en su casa y le pagaré todo lo que le debo. Luego me iré, pero ahora tengo que regresar allí.

— Tranquilízate, chiquilla. No es posible que vuelvas a esa casa. Te mataría a golpes, y te perdería.

— Eso no importa — contestó Elena, firmemente —. No seré la única que padece. A otras mejores que yo también les ocurre. Me lo dijo una mendiga que vi en la calle. Soy pobre y deseo seguir siéndolo toda mi vida; es lo que me mandó mi madre, cuando murió. Trabajaré mucho... No debo llevar vestidos como éste. No quiero llevarlos.

— Está bien, te compraré otro, por la mañana. Mira, voy a traerte tus libros y te quedarás a vivir conmigo. Si no lo deseas, no irás a ninguna otra casa. Pero debes procurar serenarte, Elena.

— Tengo que buscar trabajo.

— Sí, claro que trabajarás, pero ahora será mejor que descanses. Acuéstate y duerme.

La pobre chiquilla se echó a llorar desconsoladamente. Yo me sentía desconcertado. Fui a buscar agua y le humedecí las sienes y la frente. Por último, se tendió exhausta en el diván, y otra vez le acometieron

los escalofríos febriles. La tapé con lo que encontré a mano, y al fin se durmió. Sin embargo, el sueño era ahora inquieto, y con frecuencia se despertaba en medio de estremecimientos.

A pesar de que no había andado mucho, yo también estaba agotado, y resolví echarme a dormir cuanto antes. Negros presentimientos me inquietaban. Tenía la sospecha de que Elena iba a ser causa de graves problemas para mí. De todos modos, Natacha seguía preocupándome aún más.

En definitiva, en muy contadas ocasiones me encontré con peor disposición de ánimo que aquella aciaga noche, cuando me acosté.

CAPÍTULO IX

Serían alrededor de las nueve de la mañana cuando me desperté sintiéndome enfermo. Tenía mareos, y la cabeza me dolía intensamente. Al mirar hacia el sofá donde se había acostado Elena, advertí que estaba vacío. Oí ruidos en el cuarto de la derecha, y descubrí a la pequeña que barría el suelo, mientras con una mano se levantaba el vestido lleno de lazos, que no se había quitado desde la noche en que se quedó en casa. La leña para la estufa aparecía ordenadamente apilada en un rincón. La mesa estaba muy limpia, lo mismo que la tetera que hacía de samovar. No había duda de que la chiquilla había tomado por su cuenta las faenas de la casa.

—¿Cómo se te ocurre ponerte a barrer, Elena? —le dije, severamente—. No debes hacer eso, sobre todo estando aún enferma. Y tampoco has venido a esta casa como sirvienta.

—¿Quién lo hará, si no lo hago yo? —dijo, volviéndose hacia mí—. Además, ahora no me encuentro enferma.

—Ya te he dicho que no te traje aquí para que trabajes. No parece sino que tienes miedo de que te eche en cara, como la Bubnova, que vives a costa mía. ¿Y de dónde sacaste esa vieja escoba?

—La traje yo cuando vivía mi abuelo, para barrer. Pero la tenía escondida debajo de la estufa.

Regresé al cuarto sumido en mis reflexiones. Era

evidente que la hospitalidad que ofrecía a Elena resultaba penosa para ella, y deseaba demostrarme que no vivía gratis en mi casa. «¡Qué carácter más orgulloso!», me dije.

Un momento después la pequeña entraba en la estancia y se sentaba en silencio en el diván. Me miró con atención, mientras yo me dedicaba a hacer el té. Había hervido ya el agua, y después de hacer la infusión le di una taza con un pedazo de pan blanco. Elena tomó sin protestar lo que le ofrecía. Llevaba casi veinticuatro horas sin probar bocado.

—Mira, te has manchado el vestido, con lo bonito que es—declaré al ver que tenía una mancha en el dobladillo de la prenda.

Echó una mirada a la mancha, depositó la taza de té sobre la mesa, y muy despacio cogió el vestido de muselina con ambas manos y lo desgarró de arriba abajo. Después, mientras palidecía profundamente, me miró altiva, con determinación, sin pronunciar una sola palabra.

—¿Qué haces, pequeña? — exclamé, pensando que Elena había perdido el juicio.

—¿Cómo dice usted que es un vestido bonito?—manifestó al fin, casi sin poder hablar—. Es horroroso.

Se puso en pie de repente y gritó:

—¡No, no quiero llevarlo puesto! No quería que me lo pusiera, pero ella me obligó. ¡Destrocé otro vestido como éste, y también lo haré ahora!

Entonces, cegada por la ira, se puso a rasgar la tela. Cuando concluyó su obra destructora casi no podía sostenerse en pie y estaba sumamente pálida. Yo había observado aquel encarnizamiento sin poder reprimir mi asombro, y al final Elena me miró con aire provocador, como si yo tuviera parte de culpa en lo que sucedía.

Sin embargo, me dije que debía comprarle esa misma mañana otro vestido. El mejor modo de obrar con aquel ser resentido y arisco era tratarla con cariño y

bondad. Por su forma de actuar parecía como si en toda su vida no hubiese visto una persona de buenos sentimientos. Lo cierto es que aun sabiendo que la iban a castigar terriblemente, la niña había roto el primer vestido. ¡Cómo no iba a destrozar ése, que le recordaba los espantosos momentos que había pasado hacía poco!

No resultaba difícil hallar vestidos sencillos y bonitos en las tiendas de saldos del mercado de Tolkutchi. Por desgracia, yo casi no tenía dinero. Pero la noche anterior había ideado la manera de conseguirlo. Justamente tenía que ir en aquella dirección, para comprar el vestido. Cogí mi sombrero al tiempo que Elena me miraba con atención, para ver lo que hacía.

—¿Otra vez me va a dejar encerrada?—preguntó, al notar que cogía la llave para cerrar la puerta, como lo hice anteriormente.

—No debes culparme, Elena —manifesté—. Al cerrar lo hago para impedir que pueda entrar alguien y te dé un susto, ya que no te encuentras repuesta todavía. Tal vez la Bubnova esté al corriente de que te encuentras aquí, y en tal caso...

Me veía obligado a mentir, evidentemente. Lo cierto es que no tenía fe en la pequeña, y por eso la dejaba encerrada, mientras me ausentaba. Tal vez, de pronto, le diera la idea de fugarse, y había que ser prudente. Por consiguiente, me marché luego de cerrar una vez más la puerta con llave.

Me dirigí a ver a un editor que un par de años antes había iniciado la publicación de una obra de numerosos volúmenes, y en cuya casa había encontrado trabajo en momentos en que me hallaba con escaso dinero. Tenía la virtud de pagar puntualmente. Hablé con él y logré que me adelantase veinticinco rublos, en pago de los cuales debía entregarle un trabajo al cabo de ocho días. También esperaba poder adelantar un poco en mi novela, al mismo tiempo. De este modo me las

había arreglado, igualmente, en otras ocasiones en que me vi escaso de fondos.

En cuanto estuvo el dinero en mi poder, me dirigí al mercado y no tardé en encontrar una tienda de ocasión. Dije cuál era aproximadamente la talla de Elena, y al momento me sacaron un vestidito de percal de colores claros, de tela fuerte y que sólo fue lavado una vez. En cuanto al precio, era sumamente conveniente. También adquirí para ella un pañuelo para el cuello, y en el momento de pagar se me ocurrió que la pequeña necesitaba algún manto o gabán, ya que hacía frío y no tenía nada para abrigarse. Sin embargo, decidí postergar esta compra para otra ocasión, ya que era tan altiva y susceptible que no sabía cómo acogería el vestido, por más que yo había procurado que fuera corriente y discreto.

Igualmente compré un par de medias de lana y otro par de hilo, cuya compra justificaría diciendo que en casa hacía mucho frío y necesitaba abrigarse. A la niña le hacía falta ropa interior, pero también esto debía dejarlo para más adelante, cuando entre nosotros hubiese más confianza. Lo que sí adquirí fueron unas viejas cortinas de cama para colocarlas delante del diván, lo que sin duda complacería a Elena.

Regresé a casa con mis compras hacia la una de la tarde. Entré sin hacer ruido, por lo que ella no se dio cuenta de mi llegada. Se hallaba delante de la mesa, hojeando mis libros y papeles, y en cuanto me vio, enrojeció vivamente y se apartó de la mesa. Advertí que el libro que había examinado era mi primera obra, una novela que tenía mi nombre en la cubierta, encima del título.

—Mientras estaba usted fuera, alguien llamó a la puerta—dijo contrariada—. Me preguntaron por qué estaba cerrada con llave.

—Probablemente fuese el médico—repuse—. ¿Le contestaste algo?

—No.

Preferí no hacer más comentarios; deshice el paquete y saqué lo que había adquirido.

—Mira, Elena—declaró, enseñándole la ropa—, no puedes seguir vistiendo esos harapos, de modo que te he comprado un vestidito barato para estar por casa, que sólo me ha costado un rublo y veinte copecs. Es muy barato, y por lo tanto no tienes por qué no ponértelo.

Dejé el vestido en el diván, a su lado, y ella se sonrojó y me miró con los ojos muy abiertos. Me pareció que por vez primera había en su mirada algo de dulzura. Como vi que no decía nada, me acerqué a la mesa. Estaba claro que mi regalo le había gustado, pero no dijo nada y continuó sentada, sin alzar la mirada del suelo.

El dolor de cabeza que ya sentía al despertar iba haciéndose cada vez más intenso. El aire de la calle no había contribuido a aliviarme. No obstante tenía que ir a ver a Natacha, cuya suerte seguía preocupándome.

Creí haber oído a Elena llamándome por mi nombre, y me volví hacia ella.

—Si vuelve a marcharse, no cierre la puerta con llave—manifestó, mirándome de reojo y mientras tiraba de los flecos del diván—. Le prometo que no me escaparé.

—Está bien, Elena, no me opongo a eso; pero, ¿sabemos acaso quién puede venir?

—Si me deja la llave, yo cerraré por dentro y cuando llame alguien diré que no se encuentra en casa.

Esto lo dijo con gesto de picardía como si quisiera decirme: «Mira qué fácil es».

De improviso, antes de que yo hubiera podido contestar, me preguntó:

—¿Quién se encarga de lavarle la ropa?

—Lo hace una mujer que vive en esta misma casa.

—Pues yo también sé lavar. ¿Quién le hizo la comida que trajo usted ayer?

—La adquirí en un restaurante.

—Entonces, haré yo la comida porque también sé cocinar.

—No lo dirás en serio. ¿Qué sabes tú guisar?

La pequeña no dijo nada, pero bajó la cabeza, seguramente ofendida por lo que le había dicho.

Estuvimos un buen tiempo sin hablar, y de repente ella me dijo:

—Sopa.

—¿Qué dices?—pregunté, desconcertado.

—Sé hacer sopa. Cuando mi madre estaba enferma yo se la preparaba. Y también hacía la compra.

—¿Te das cuenta de lo orgullosa que eres, Elena? —declaré, sentándome en el diván, junto a ella—. Te trato todo lo bien que soy capaz de hacerlo; deseo ayudarte porque no tienes familia, y eres desdichada. Sé que tú harías lo mismo conmigo, si estuvieras en mi caso. Sin embargo, no pareces entender nada de eso, y te disgusta que te haga un pequeño obsequio. Lo único que quieres es pagarme con tu trabajo, como si yo fuera la señora Bubnova, que siempre te echaba algo en cara. No, no haces bien, Elena.

Le temblaron perceptiblemente los labios, pero no replicó nada.

Resuelto a marchar a casa de Natacha, me levanté del sofá. En esta ocasión entregué la llave a la niña, pero le dije que si llamaba alguien, se cerciorase primero de quién era.

Estaba inquieto, pensando que podía haberle sucedido algo desagradable a Natacha, y que ella me lo ocultaba ahora, al revés de lo que solía hacer antes. Tenía intención de hablar con ella un momento y marcharme en seguida, para no fastidiarla con una visita prolongada.

Advertí que no me había equivocado en mis suposi-

ciones. Natacha me recibió con gesto de disgusto. Debí haberme marchado en seguida, pero las piernas parecían no querer obedecerme.

—Vine sólo un momento para pedirte un consejo, Natacha—le dije—. ¿Qué crees que debo hacer con la huerfanita que he recogido?

A continuación le relaté brevemente el conflicto que tenía con Elena. Me escuchó sin interrumpirme, y por fin manifestó:

—No creo que pueda aconsejarte, Vania. Por lo que me has dicho veo que se trata de un carácter muy extraño. Seguramente esa niña ha sufrido mucho, en su corta vida, y por eso teme tanto a la gente. Más vale esperar a que se ponga bien. ¿Vas a llevarla a casa de mis padres?

—Asegura que no quiere alejarse de mí. Por otra parte, no sé cómo la recibirían en tu casa. Como puedes ver, me encuentro en una situación comprometida. ¿Y a ti, cómo te van las cosas?—le pregunté con tono indeciso—. Me pareció que ayer no te encontrabas bien.

—Sí, estaba un poco indispuesta, y hoy aún no me encuentro mejor. ¿Has estado en casa de mis padres?

—No; mañana es sábado e iré a verlos.

—¿Por qué hablas del sábado?

—Es el día en que el príncipe iba a venir a verte por la noche.

—Claro. No lo he olvidado.

Permaneció un rato inmóvil ante mí, observándome obstinada y febrilmente.

—Vania—dijo al fin—, te ruego que te marches y me dejes. No te metas en mis cosas.

Lleno de estupor me puse en pie y la miré en silencio. En seguida le dije:

—Pero, ¿qué te sucede, Natacha? Te ha pasado algo malo?

—No, no me sucede nada. Mañana te lo contaré

todo, pero en este momento prefiero estar sola. Márchate, te lo ruego.

—Al menos, Natacha, dime...

—Te lo diré todo mañana. ¡Márchate, por Dios!

Aturdido, casi sin saber lo que hacía, salí de la habitación de Natacha. En la escalera me encontré con Mavra, que me preguntó:

—¿Aún está irritada, verdad? Ni siquiera me atrevo a acercarme a ella.

—¿Qué le ocurre?

—Pues que ya hace dos días que nuestro señorito no ha asomado la nariz por esta casa.

—¿Cómo es posible?—pregunté yo—. Si Natacha me ha dicho que Aliocha había venido ayer por la mañana, y que volvería seguramente por la noche.

—No decía la verdad. Ni vino por la mañana ni por la noche. Le repito que hace dos días que no aparece por aquí. No sé cómo pudo decirle que él había estado en esta casa.

—Pues sí, me lo dijo.

—Eso es muy extraño. Y se necesita tener amor propio para no querer confesar la verdad. El caso es que ese mozo está hecho un buen tunante.

—No sé qué podemos hacer.

—Ayer me mandó a su casa un par de veces—prosiguió Mavra—; pero hoy no quiere que le hablen de eso. Será mejor que vaya usted. A mí me da miedo dejarla sola.

Rápidamente descendí las escaleras, y desde arriba me preguntó Mavra:

—¿Volverá esta noche?

—Depende de lo que pase ahora. Quizá vuelva a preguntarte si hay algo de nuevo. Eso, si aún continúo con vida.

En ese momento me sentía como si me hubieran atravesado el corazón con un puñal.

CAPITULO X

Poco después me presenté en casa de Aliocha. Residía éste con su padre en un suntuoso piso de la Morskaia, y tenía para él solo dos habitaciones. Sólo había ido a verle una vez, mientras que Aliocha venía a menudo a casa, especialmente cuando comenzaron sus relaciones con Natacha.

El joven no estaba en casa. Me encaminé a su habitación y le escribí la siguiente nota:

«Aliocha: ¿Ha perdido usted el juicio? Días atrás, cuando su padre pidió a Natacha que le honrase a usted concediéndole su mano, fui testigo del gozo que le producían aquellas palabras. Debe reconocer, por consiguiente, que su modo de conducirse resulta un tanto raro. ¿Ignora acaso el daño que le hace a esa joven? De todos modos, estas líneas servirán para recordarle que la forma en que actúa con su futura esposa es del todo incorrecta. Comprendo que no tengo derecho a recriminarle nada, pero lo hago a pesar de todo, porque me siento muy inquieto.

»Posdata. Natacha ignora que le escribo esta misiva. No hemos hablado de usted.»

Cerré la carta y la coloqué encima de la mesa. El criado me dijo que Alejo Petrovitch estaba raramente en casa, y que no regresaba hasta pasada la medianoche.

Con gran trabajo llegué a mi piso. Sentía vértigos, y las piernas casi se negaban a sostenerme. La puerta se encontraba abierta y Nicolás Sergueitch me esperaba en mi cuarto. Sentado ante la mesa, observaba curiosa-

mente a Elena, la cual estaba encerrada en su habitual mutismo.

«Seguramente Elena le ha parecido una chiquilla muy rara», me dije.

— Te aguardo desde hace una hora — me dijo el viejo, cuando me vio aparecer —. Lo que no esperaba era encontrarte en semejante compañía.

Al decirme esto miró disimuladamente a Elena y luego paseó su vista por la estancia. Advertí, no obstante, que estaba más contrariado y triste que de costumbre.

— Siéntate, por favor — me dijo —. Deseo hablar contigo, pues ha sucedido algo grave. Pero, ¿qué te sucede? Te noto muy mala cara.

— No me encuentro bien del todo. Por la mañana ya me dolía mucho la cabeza.

— Debes cuidarte. Tal vez te hayas resfriado.

—Sólo es una pequeña crisis nerviosa, como he tenido en otras ocasiones. ¿Y usted, cómo se encuentra? Me parece que tampoco se siente muy bien.

— No tiene importancia... Son problemas que surgen. Siéntate, debo contarte algo.

Cogí una silla y tomé asiento frente a él. Nicolás Sergueitch se inclinó un poco hacia mí, y me dijo con voz apenas audible:

— No la mires ahora, como si hablásemos de otra cosa. Dime, ¿quién es esa pequeña?

— Se lo contaré más despacio en otra oportunidad. Es huérfana, una nieta de Smith, el anciano que habitaba aquí y que murió al salir de la confitería.

— De modo que tenía una nieta, ¿verdad? Pues me parece una niña muy extraña, sobre todo por su forma de mirarle a uno. Con franqueza, si llegas a tardar unos minutos más, me hubiera marchado. No quería abrirme la puerta, y hasta ahora no me ha dirigido una sola palabra. ¿Cómo es que está en tu casa? Bueno, seguramente vino a ver a su abuelo, ignorando que había muerto.

— Así sucedió, en efecto. Es una chiquilla muy desdichada. El viejo, poco antes de morir, habló de ella vagamente.

— Claro, siendo el abuelo como era, no es raro que haya salido así la nieta. No te olvides de contarme toda la historia más tarde. Quizá hallemos la manera de ayudarla, puesto que no tiene a nadie en el mundo. Oye, ¿no podrías decirle que se vaya un momento de la casa? Debo hablarte de un asunto muy serio.

— No puedo mandarla a otro sitio. Está viviendo aquí mismo, conmigo.

En dos palabras expliqué lo que pude a Ikmeniev, y agregué que podíamos hablar delante de ella, puesto que se trataba sólo de una chiquilla.

— Es verdad. Y no sabes lo que me asombra. ¡Una niña en tu casa, viviendo contigo!

Elena se había dado cuenta, de todas formas, de que hablábamos de ella, y siguió en silencio, con la cabeza gacha, jugueteando con los flecos del diván. Se había puesto el vestidito de percal, que le sentaba muy bien. También se había peinado con más cuidado que de costumbre. De no haber tenido aquella expresión huraña, hubiera resultado una niña encantadora.

— Iré derecho al asunto — comenzó el anciano —. Debo ser conciso y breve, y te anticipo que se trata de una cuestión sumamente grave.

Estaba con la cabeza gacha, y en su semblante se advertía un gesto preocupado. A pesar de que me aseguró que sería breve y claro, era evidente que no sabía por dónde comenzar. «¿Qué irá a decirme?», pensé.

— Escucha, Vania, he venido a pedirte un favor, en primer lugar — dijo al fin —. Antes, sin embargo, debo ponerte al corriente de algunos aspectos... sumamente delicados.

Se aclaró la garganta y enrojeció al tiempo que me miraba de soslayo. Luego pareció indignarse a causa de su propia debilidad.

— En fin, no son necesarios los preámbulos, pues se

trata de algo muy sencillo, que en seguida comprenderás. Voy a retar a duelo al príncipe, y deseo que me apadrines y arregles lo que sea preciso.

Me eché hacia atrás en mi silla, y le miré con expresión de profundo asombro.

—No, no estoy trastornado. ¿Por qué me miras así?

—Pero, Nicolás Sergueitch, ¿por qué motivo, con qué pretexto va usted a desafiarle?

—¿Me preguntas por las razones? ¡Eso sí que tiene gracia! —dijo el viejo.

—Comprendo lo que va a decirme, desde luego; pero, ¿de qué le servirá eso? ¿Qué puede usted ganar con un duelo? Le aseguro que no lo comprendo.

—Daba por supuesto que no lo entenderías. Óyeme bien, nuestro pleito concluirá dentro de poco, ya que sólo faltan unos trámites sin importancia. He perdido, y me condenan a pagar diez mil rublos. Mi propiedad de Ikmenievskoie es la garantía, de modo que el muy desalmado está seguro de cobrar los diez mil rublos. Al quedarme sin mi propiedad, me condena a ser un pobre diablo. Pero será ahora cuando levante realmente la cabeza, y podré decirle: «Noble príncipe, usted me ha estado ultrajando durante dos años; ha manchado mi buen nombre y el honor de mis familiares, y me he visto obligado a aguantarlo todo». Entonces no podía desafiarle, porque me habría contestado: «¡Ah, bribón, te propones matarme para no verte obligado a pagar el dinero que antes o después sabes que deberás pagar! Nada de eso. Aguardemos a ver cómo termina el pleito, y luego podrás retarme a duelo.» «Ya ha quedado zanjado el pleito, noble príncipe, y por consiguiente no hay impedimento alguno. De modo que acompáñeme usted al campo del honor.» Así es como yo pienso, Vania. ¿No crees que estoy en mi perfecto derecho, al vengarme de todo lo que me ha hecho?

Los ojos del anciano relucían de ira. Le miré en silencio, procurando descubrir lo que pensaba.

—Escuche, Nicolás Sergueitch —declaré, resuelto a hacerle la pregunta más delicada, sin la cual no había posibilidad de entenderse—. ¿Puede usted ser totalmente franco conmigo?

—Sí, pregúnteme.

—En tal caso, dígame si sólo desea desafiar al príncipe para vengarse, o si es por algún otro motivo.

—Sabes de sobra, Vania, que nunca admito que me hablen de ciertos asuntos. Esta vez haré caso omiso de ello, puesto que has comprendido en seguida que no se podía eludir ese detalle. En efecto, como bien sospechas, hay otra razón, que no es más que la de salvar a mi hija de la vergonzosa existencia en que la han envuelto los últimos sucesos.

—¿De qué modo cree usted que podría contribuir a salvarla ese duelo?

—Puedo conseguirlo acabando con lo que está tramando esa gente. Y te ruego que no pienses que es el sentimentalismo o el cariño paterno lo que me induce a hablar de este modo. Eso son necedades. Yo no enseño a nadie lo que hay en el fondo de mi alma, y ni siquiera tú lo sabes. Mi hija me dejó, se fue de mi casa para irse con su amante; entonces yo la arrojé de mi corazón para siempre, ¿comprendes? Es cierto que me viste llorar al contemplar su retrato, pero eso no quiere decir que piense perdonarla. En realidad, no lamentaba el alejamiento de mi hija, sino que lloraba por mi felicidad perdida, mis sueños desvanecidos. Suelo llorar con frecuencia, y lo digo sin rubor, como también afirmo que yo quería a mi hija por encima de todo lo que hay en el mundo. No debes pensar que esto es una contradicción, quizá te preguntes por qué me mezclo en lo que se está tramando contra ella, ya que por otra parte digo que no me importa su suerte. En primer lugar, te contesto que no deseo que ese individuo vil y taimado se salga con la suya, y en segundo término, lo hago por un lógico sentimiento humanitario. Aunque no la consi-

dere como hija mía, es un ser débil e indefenso, y quieren engañarla más aún para perderla definitivamente. No deseo mezclarme directamente en el asunto, pero sí puedo hacerlo inmediatamente: provocar un duelo.

»Si ese hombre me mata durante el desafío, si corre mi sangre, ella no será capaz de pasar sobre mi cadáver para casarse con el hijo del asesino, como hizo la hija del zar (¿recuerdas aquel libro en que aprendiste a leer?), que pasó con su carruaje sobre el cuerpo de su padre. Y si se lleva a cabo ese duelo, el propio príncipe sentirá muy pocos deseos de que se realice el enlace. ¿Entiendes, por fin?

—No del todo. Si como usted asegura, pretende el bien de ese ser desvalido, de Natacha, ¿cómo puede oponerse a un casamiento, que es lo único que podrá rehabilitarla? Natacha tiene toda la vida por delante, pero para vivir necesita una buena reputación.

—Más le valdrá olvidarse de lo que piensan los demás. Es menester que se dé cuenta de que la boda proyectada, al unirle a gente tan vil y malvada, es una verdadera deshonra. Ante el mundo debe mostrarse con una actitud orgullosa, altiva. Entonces quizá procuraría ayudarla; ya veríamos si alguien osaba insultar a mi hija.

Semejante idealismo me dejó profundamente perplejo. No tardé en darme cuenta de que el viejo estaba sobreexcitado, y se dejaba llevar por la ira.

—Creo que eso es atarse a un ideal rígido y cruel —repuse—. Pretende que ella posea un valor superior posiblemente al que le proporcionó al darle la vida. De sobra sabe usted que a Natacha la impulsa el amor, una pasión fatal. También quiere que desprecie la opinión de los demás, cuando usted mismo es esclavo de ella. El príncipe le ha ofendido, ha divulgado a los cuatro vientos que usted, por medio de artimañas, esperaba unirse con su casa. Entonces piensa que si ella rechaza la propuesta formal de casamiento, eso constituirá

la prueba más palpable de que anteriormente le habían calumniado. Es decir que usted baja la cabeza ante la opinión del príncipe, y por otra parte quiere obligarle a que confiese su falta. Siente usted la imperiosa necesidad de dejarle en ridículo ante los demás, de lograr su venganza, y para ello no duda en sacrificar a su hija. ¿Qué es eso sino egoísmo?

Ikmeniev tenía el ceño fruncido. Tardó bastante tiempo en contestar. Por fin, me dijo:

—Eres muy injusto conmigo, Vania. Te aseguro que lo eres. De todos modos, más vale que lo dejemos, ya que no puedo descubrirte mi corazón.

El anciano se puso en pie, cogió su sombrero y agregó:

—Debes saber algo más. Has hablado de la felicidad de mi hija, ¿verdad? Pues bien, yo no creo en semejante dicha. Sé que ese matrimonio no se llevará a cabo, aun cuando yo no me oponga.

—¿Cómo dice usted eso? ¿Acaso sabe algo más? —pregunté, sumamente intrigado.

—No sé más de lo que tú puedes saber, pero es imposible que ese zorro taimado se decida sinceramente a hacer algo semejante. Estoy seguro de que todo es una trampa. Recuerda lo que te digo y verás cómo acierto. Aun en el caso que se llegara a celebrar el matrimonio, todo obedecería a un cálculo de ese truhán, y aunque no sabemos la verdadera razón, no hay duda de que en algo trata de beneficiarse. Piensa un poco y dime si mi hija puede ser feliz, aunque se realice esa boda. Al poco tiempo empezarán los reproches y las humillaciones. En la actualidad ella sirve de compañía a un mozalbete al que ya le importuna su amor. En cuanto se casaran, dejaría de respetarla y la abrumaría con insultos y humillaciones. La pasión aumentará en ella a la vez que irá disminuyendo en él. Más tarde llegarían los celos, el sufrimiento, la separación; quizás hasta el mismo crimen. Vania, si eso es lo que tú deseas, debo

advertirte que responderás ante Dios, y cuando ya sea demasiado tarde... Bien, me marcho.

No le dejé que se fuera.

—Óigame, Nicolás Sergueitch, será mejor que aguardemos un tiempo. Quizá el asunto se resuelva felizmente, sin necesidad de apelar a hechos violentos, como el duelo que propone y que, además, es totalmente irrealizable. ¿Cree, por ventura, que el príncipe aceptará?

—¿Acaso piensas que va a negarse? Debes de haber perdido el juicio.

—Tengo la convicción de que no aceptará; sabrá hallar una solución dentro de lo honorable. Obrará lleno de orgullo, y le dejará en ridículo.

—Hijo mío, dices unas cosas que asombran. Insisto en que no tiene motivos para negarse. Creo que piensas de ese modo porque sólo eres un poeta. ¿Qué inconveniente tendrá para batirse? Tal vez insinúes que si se batiera conmigo se rebajaría, ¿verdad? Pues yo valgo tanto como él, y tengo motivos de sobra. Soy un padre ultrajado, y es mi testigo un escritor ruso, un personaje honorable. A decir verdad, no creo que hagan falta más razones.

—Ya lo verá usted. Presentará unos argumentos que harán imposible que usted se bata con él.

—Está bien. En tal caso, esperemos. Ya se verá lo que ocurre. Pero debes darme tu palabra de honor de que no dirás nada de esta conversación a ellos ni a mi mujer.

—Tiene mi palabra.

—Y otra cosa, no vuelvas a recordarme nunca más este asunto, por favor.

—Así lo haré.

—Para terminar, permíteme que te ruegue algo más. Comprendo que te aburres en nuestra casa, pero trata de venir con más frecuencia. Mi pobre esposa te quiere entrañablemente, y se siente muy sola sin ti. ¿Me comprendes, verdad?

Luego me estrechó la mano con tanta fuerza que creí que me la iba a romper. Yo le repetí que haría todo lo que me había pedido.

—Y ahora —me dijo—, una pregunta delicada. ¿Tienes dinero, Vania?

—¿Dinero? —repetí, lleno de asombro.

—Bueno, al ver esta habitación... —dijo enrojeciendo y bajando la vista—. Tal vez tengas gastos extraordinarios, y más ahora... Ten, hijo mío, aquí tienes ciento cincuenta rublos para que hagas frente a cualquier contingencia.

—¡Me da usted ciento cincuenta rublos, y acaba de perder el pleito! —exclamé.

—Creo que no me entiendes, Vania. Es posible que tengas gastos imprevistos. A veces el dinero nos proporciona independencia, libertad para actuar. Puede que ahora no te hagan falta, pero la oportunidad puede presentarse cuando menos lo pienses. Quédate con ese dinero, y si no lo gastas ya me lo devolverás. Bien, me marcho. ¡Cielo santo, qué mal aspecto tienes! ¿Te sientes enfermo?

Acepté el dinero sin discutir. Saltaba a la vista la razón de que me lo dejara.

—Es cierto, casi no puedo tenerme en pie —contesté.

—Debes cuidarte, Vania, y hoy no salgas a la calle. Le diré a mi mujer que estás enfermo. Sería mejor que te viera un médico. Regresaré a verte mañana, es decir, si las piernas pueden sostenerme. Ahora métete en la cama. Adiós, Vania. ¡Adiós, pequeña! Fíjate cómo me rehúye. Ten, estos cinco rublos son para ella. No le digas que te los di yo. Con eso podrás comprarle zapatos y ropa interior. No hay duda de que le faltan muchas cosas. ¡Hasta pronto, hijo mío!

Fui con él hasta la puerta de la calle, y de paso envié al portero en busca de comida. Elena aún no había comido nada.

CAPITULO XI

En cuanto entré en mi habitación noté que todo daba vueltas en torno mío y en seguida caí al suelo. Sólo recuerdo que en aquel momento Elena lanzó un grito y corrió a sostenerme. Después perdí el conocimiento.

Al recobrar el sentido me encontré acostado en el diván. Elena me dijo que entre ella y el portero, que llegaba con la comida, me habían colocado en el sofá. Desperté muchas veces, y siempre veía cerca de mí el semblante compasivo y preocupado de la pequeña. Todo aquello aparecía como envuelto en una bruma. Elena me daba de beber, me tapaba y se sentaba cerca de mí llena de temor y tristeza, acariciándome a veces el pelo con sus menudos dedos.

En una de las ocasiones en que me hallaba despierto a medias, sentí que me rozaba la frente con los labios. Otra vez, siendo de noche, advertí a la mortecina luz de una vela que se consumía sobre la mesa, que Elena había apoyado la cabeza en mi almohada, y dormía con gesto de timidez, entreabiertos los labios, y con una mano debajo de la tibia mejilla.

La vela se apagó, al consumirse por completo, y poco después comenzó a proyectarse sobre la pared el reflejo vivo y purpúreo de la aurora. Recostada contra la mesilla de noche, con la cabeza sobre el brazo izquierdo, estaba ahora durmiendo Elena. Contemplé aquel semblante infantil, y advertí que aun en sueños tenía un

gesto triste, de adulto, y una hermosura extraña y enfermiza.

El pálido rostro de mejillas hundidas y largas pestañas curvadas, estaba enmarcado por una espesa masa de cabellos intensamente oscuros, que ahora le caían revueltos hacia un lado. El otro brazo lo tenía apoyado sobre mi almohada; le cogí la delgada mano y se la besé con dulzura. La pequeña no se despertó, pero una ligera sonrisa pareció aflorar en sus labios descoloridos.

Durante un buen rato seguí contemplándola, y después me dormí plácidamente, con sueño reparador.

En esta ocasión no volví a despertar hasta el mediodía, y advertí que me encontraba bastante mejor, aunque todavía notaba una gran pesadez en los miembros, vestigio de mi reciente indisposición. Otras veces había sufrido crisis nerviosas semejantes, y las conocía bien. Por lo corriente, el acceso duraba un día o poco más, aunque a veces adquiría una tremenda intensidad.

Una de las primeras cosas que vi al despertar fueron las cortinas que había comprado el día anterior, y que ahora se hallaban en un rincón, colgando de una cuerda. Elena se había preparado ya un rinconcito para ella en la estancia. La niña estaba ante la estufa, haciendo el té, y cuando notó que me había despertado, se acercó a mí sonriendo.

—Te has pasado la noche en vela, para cuidarme —manifesté al tiempo que le cogía una mano—. No imaginaba que fueras tan buena.

—¿Sabe de verdad que le he estado velando? Tal vez me haya pasado la noche durmiendo —repuso con las mejillas encendidas, y mirándome entre tímida y maliciosa.

—Varias veces me desperté y te vi. Sólo al amanecer te quedaste dormida.

—¿Le apetece una taza de té? —inquirió, como si rehuyese mis elogios.

Era evidente que la conversación no resultaba de su

agrado, como suele pasar con las personas excesivamente modestas, cuando se les prodigan las alabanzas.

—Sí, dame té—respondí—. Dime, ¿comiste ayer?

—Al mediodía no, pero cené de lo que trajo el portero. No se preocupe por eso. Quédese tranquilo, pues aún no está bien del todo.

Al tiempo que decía esto, tomó asiento en el borde del sofá y me sostuvo la taza de té.

—No tengo más remedio que salir, así que me levantaré por la tarde—dije.

—¿Adónde tiene que ir? ¿A ver a ese señor que estuvo aquí ayer?

—No, a ése no.

—Menos mal, ese hombre le pone nervioso. Entonces, ¿va a casa de su hija?

—¿Cómo te has enterado de que tiene una hija? —le pregunté, extrañado.

—Lo escuché todo.

Bajó la cabeza avergonzada, al decir esto, y vi que tenía el ceño fruncido.

—Me parece que es un señor muy malo—agregó en seguida.

—Nada de eso, es una persona excelente, sólo que tú no le conoces bien.

—¡No, no, es malo!—insistió con vehemencia—. Le digo que oí todo lo que decía.

—Pero bueno, ¿qué le oíste decir?

—No quiere perdonar a su hija.

—De todos modos la aprecia de verdad. Ella se portó muy mal, y eso le produce a él un gran dolor.

—Si es así, ¿por qué no la perdona? Pero aunque la perdonase, su hija no debería volver a casa de él.

—¿Por qué?

—No merece que le quieran—aseguró con firmeza—. Más vale que se olvide de su padre para siempre, y que se vaya a pedir por las calles. Merece la vergüenza de ver a su hija pidiendo limosna.

La chiquilla tenía los ojos fulgurantes, y sus mejillas estaban como brasas. No alcanzaba a comprender la razón de aquella inquina.

—¿Y piensa usted mandarme a esa casa?—preguntó después de un corto silencio.

—En efecto.

—Entonces, prefiero ponerme a servir.

—No digas semejantes tonterías, Elena. ¿En qué casa te iban a aceptar?

—En la de cualquier *mujik*.

Elena hablaba llena de enfado, y no levantaba la vista del suelo.

—A los *mujiks* no les resultan útiles las chiquillas como tú—le contesté sonriendo.

—Iré a una casa de señores, en tal caso.

—No sé si podrías vivir con unos señores, con el genio que tienes.

—¿Por qué no?—repuso, cada vez con mayor aspereza.

—Bueno, creo que no serías capaz de aguantarlo.

—Ya lo creo que lo soportaría. Cuando me regañen, no diré nada; si me pegan, tampoco rechistaré. Siempre estaré callada, y no lloraré por nada del mundo. Se consumirán de rabia.

—¡Qué cosas se te ocurren, Elena! Eres muy arisca y orgullosa, y has debido sufrir lo indecible.

Me puse en pie y me acerqué a mi mesa, tomando asiento ante ella. Vi que Elena, con aire meditabundo, seguía tirando de los flecos del diván. Me pregunté si le habrían disgustado mis palabras.

Con gestos maquinales deshice el paquete de libros que me había entregado el día anterior el editor, para que le hiciera el trabajo. Los hojeé un rato, y luego me puse a escribir en silencio.

—¿Qué está escribiendo?—me preguntó la niña, que se encontraba a mi lado, sonriendo con timidez.

—Escribo sobre muchas cosas diferentes, Elena. Ya sabes que me pagan para que escriba.

—¿Son escritos para el juzgado?

—No.

Le conté que escribía historias diversas, que al ser publicadas recibían el nombre de novelas o cuentos. Elena parecía estar muy interesada.

—¿Ha sucedido, lo que usted escribe?

—No, es invención casi todo.

—Eso no está bien. ¿Por qué no escribe algo que suceda de verdad?

—Ten, lee este libro, y te darás cuenta. Ya te vi hojeándolo una vez. ¿Sabes leer?

—Sí.

—Entonces léelo. Está escrito por mí.

—¿Usted lo ha escrito? ¡Entonces sí que lo voy a leer!

Luego pareció querer decirme algo, pero no se decidía. Parecía hallarse profundamente agitada, y pensé que trataba de preguntarme algo de importancia. Por fin pareció arriesgarse, e inquirió:

—¿Le pagan mucho por escribir?

—Según. Hay veces que gano mucho, y otras nada, porque no les gusta el trabajo. Te aseguro que es una labor muy pesada, Elena.

—Eso quiere decir que no es rico, ¿verdad?

—No, no lo soy.

—En tal caso, trabajaré y le serviré de ayuda.

Me observó rápidamente, se sonrojó y de pronto se acercó a mí. Me rodeó fuertemente con sus bracitos y apoyó la cabeza contra mi pecho. Me sentí desconcertado.

—Yo le quiero mucho —me dijo—. No soy una orgullosa, como usted dijo ayer. Le quiero porque es la única persona en el mundo que me aprecia.

No pudo aguantar más y se echó a llorar desconsoladamente, igual que cuando le dio el ataque. Se arrodilló luego ante mí, y mientras me besaba las manos y los pies, no cesaba de repetir:

—¡Usted me quiere! ¡Unicamente usted me quiere!

Me rodeó convulsivamente las piernas con los delgados bracitos, y advertí que todos sus sentimientos, tanto tiempo contenidos, se manifestaban ahora con violencia irresistible. Comprendí entonces la singular obstinación de aquella pobre alma que se había reprimido hasta entonces. Cuando llevados por su sed de amor y gratitud, esos seres se abandonan y lo olvidan todo, entonces el estallido es inevitable.

Lloraba con tal violencia que terminó por sufrir un acceso de histeria. Con todo cuidado le abrí los brazos con que me rodeaba fuertemente, y levantándola con los míos, la coloqué en el diván. Aún siguió sollozando largo rato, con el rostro hundido en la almohada. Aunque le daba vergüenza que la vieran llorar, apretaba mi mano con fuerza, reteniéndola contra su corazón.

Fue tranquilizándose poco a poco, pero no levantó la cabeza. Una o dos veces me observó furtivamente, aunque con una mirada llena de dulzura, y en seguida volvía a esconder el rostro. Por último, sonrió ligeramente.

—¿Ya te encuentras mejor, Elena? ¡Pobrecilla, mi pobre enfermita!

—No me llame Elena —me rogó, con el rostro oculto otra vez.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Nelly.

—¿Por qué Nelly? Bueno, es un nombre muy bonito... Está bien, te llamaré Nelly, si lo prefieres.

—Así me llamaba mi madre. Sólo ella me llamó así, pues no he querido que nadie más me diera ese nombre. Pero usted, sí. Yo quiero que me llame Nelly. ¡Siempre, siempre le querré!

«¡Alma dulce y altiva! —me dije—. ¡Cuánto tiempo necesité para ganarte, para que fueras Nelly para mí!»

Comprendí que había logrado su afecto para siempre.

—Dime, Nelly—manifesté, cuando estuvo más tranquila—. ¿Cómo dices que sólo te quería tu madre? ¿Es que no te quiso tu abuelo?

—No, él no me quería.

—Pero cuando te enteraste de que había muerto, lloraste mucho ahí en la escalera. ¿Lo recuerdas?

Se quedó reflexionando unos segundos, y mientras una sombra de dolor pasaba por su semblante, dijo:

—Era malo, no me quería.

—No debieras acusarle de ese modo. Parecía trastornado, y al morir no era dueño de sus actos. ¿Te he contado cómo fueron sus últimos momentos?

—Sí. De todos modos, sólo en el último mes comenzó a ponerse así... y a no saber lo que hacía. Se quedaba sentado todo el día, ahí mismo, y si yo no hubiese venido, ni siquiera habría comido o bebido. Antes no le pasaba eso.

—¿Antes de qué?

—De que muriese mi madre.

—¿Quieres decir que tú le traías la comida?

—Sí.

—¿Dónde la conseguías, en casa de Bubnova?

—¡Nunca me llevé nada de casa de esa mujer!—repuso con firmeza.

—¿De dónde la sacabas, en tal caso? Tú no tenías dinero...

Se quedó callada un momento. Luego me miró largamente, y muy pálida, me contestó:

—Pedía limosna por la calle. En cuanto reunía cinco copecs compraba pan y tabaco y se lo traía.

—¿Cómo pudo consentirlo? ¡Mi pobre Nelly!

—No supo nada al principio, pero cuando se enteró, él mismo me decía que mendigase. Me iba al puente y tendía la mano a los que pasaban, mientras él me observaba de cerca. En cuanto veía que me daban una moneda, venía rápidamente y me la quitaba, como si fuera a quedarme con el dinero.

Al decirlo sonreía llena de amargura.

—Todo esto ocurrió después de morirse mamá —agregó—. El abuelo estaba trastornado.

—Seguramente quería mucho a tu madre. ¿Cómo no vivía con ella, entonces?

—No la quería. Era una mala persona, y nunca quiso perdonarla. Igual que ese viejo que estuvo ayer.

Esto lo dijo en voz muy baja, palideciendo todavía más.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo al notar que el argumento de una novela estaba esbozándose en mi mente. La pobre mujer agonizando en el sótano de un fabricante de ataúdes; su hija, que una vez huérfana iba algunas veces a ver al abuelo, que no perdonó a su madre; el extraño viejo que, trastornado por completo, muere en cuanto su perro deja de existir... Nelly interrumpió mis pensamientos diciendo:

—*Azor* había sido antes de mamá, en la época en que el abuelo la quería de verdad—recordó sonriendo la chiquilla—. Cuando mamá se fue de casa, el abuelo quiso tener con él al perro, y parecía quererle mucho. En cambio, no perdonó a mamá, y cuando *Azor* murió, él también se murió.

La niña terminó de hablar con tono áspero, y la sonrisa se le heló en el semblante.

—¿En qué trabajaba tu abuelo, Nelly?

—No estoy segura. Había tenido mucho dinero, y fue dueño de una fábrica. Mamá me lo contó, pero sólo hablaba de eso muy pocas veces, pues decía que yo era demasiado pequeña para entenderlo. Luego me abrazaba muy fuerte y repetía: «¡Llegará un día en que lo sabrás todo, pobre hija mía, desdichada criatura!» Siempre me llamaba pobre y desdichada. Algunas noches, cuando creía que yo estaba dormida, aunque sólo lo aparentaba, me besaba y decía muchas veces: «¡Pobre y desdichada hija mía!».

—¿De qué murió tu madre, Nelly?

—Enferma del pecho, hará dos meses dentro de poco.

—¿Puedes recordar algo del tiempo en que tu abuelo era rico?

—Yo no había nacido todavía. Mamá se marchó de casa del abuelo, antes de que yo naciese.

—¿Con quién se fue?

—Lo ignoro—repuso la pequeña, en voz baja—. Se fue al extranjero, y entonces nací yo.

—¿No sabes a qué país se fue?

—A Suiza, donde yo nací. Luego estuve en otras partes, en París, en Italia...

—¿Y aún recuerdas todo esto?—le pregunté, sin disimular mi asombro.

—Claro. Me acuerdo de muchas cosas.

—Dime, ¿cómo hablas tan bien el ruso?

—Me lo enseñó mamá desde pequeña. Ella era rusa, como su madre. El abuelo era inglés, en cambio, aunque ya parecía nacido aquí. Cuando mamá y yo volvimos a esta ciudad, hace un año y medio, yo ya hablaba muy bien el ruso. No teníamos dinero, y mi madre ya estaba enferma. La pobre no hacía más que llorar. Primero estuvo mucho tiempo buscando al abuelo aquí, en San Petersburgo. Aseguraba que no había sido buena con él, y lloraba mucho. Cuando supo que el abuelo había quedado arruinado, se puso más triste todavía. Le mandaba cartas, pero él nunca le contestó.

—¿Por qué volvió tu madre aquí? ¿Para estar de nuevo con tu abuelo?

—No lo sé. Allí lejos estábamos muy bien—dijo la niña, y sus ojos refulgieron—. Mamá vivía sola, conmigo; tenía un amigo, un hombre tan bueno como usted, y que ya conocía de aquí. Pero él se murió y mamá volvió de nuevo a esta ciudad.

—¿Aquel amigo era el hombre con el que se marchó tu madre cuando dejó al abuelo?

—No, se fue con otro, pero éste la dejó abandonada poco después.

—Nelly, ¿quién era ese otro hombre?

La chiquilla me miró fijamente, pero no me contestó. Me di cuenta de que sabía con quién se había marchado su madre, y que con toda seguridad él era su padre. Pero le resultaba muy doloroso decírmelo.

Decidí no atormentarla más con aquellas preguntas. De carácter singular, nervioso y vehemente, la pequeña sabía contener sus impulsos, y a pesar de ser afectuosa, en ocasiones se mostraba altanera. En realidad, muy pocas veces era franca conmigo, a pesar de quererme con toda su alma, casi como parecía idolatrar el recuerdo de su madre muerta. No obstante, durante el tiempo que nos tratamos, muy pocas veces me habló con sinceridad de sus cosas y de las épocas pasadas; todo procuraba ocultarlo afanosamente. Ese día, sin embargo, entre sollozos convulsivos me reveló durante dos horas lo que más le había dolido en su existencia pasada. Nunca se borrará de mi memoria aquel singular relato. Pero contaré esta historia más adelante.

Era una tragedia tremenda, la de esa mujer abandonada, que apenas pudo sobrevivir a la felicidad perdida. Apenada, enferma, despreciada por todos, por último la repudió el único ser de quien podía esperar un poco de benevolencia: su propio padre. Éste terminó por perder la razón a fuerza de disgustos, desde que ella le abandonara.

Era el relato de una mujer en el límite de la desesperanza, que deambulaba por las callejas frías y oscuras de San Petersburgo, pidiendo algo de comer para su pobre hija; una mujer que fue agotándose a lo largo de meses y meses en un sótano húmedo y lóbrego, a la que el padre niega el perdón, hasta que arrepentido va a llevárselo a última hora, y se encuentra con el cadáver de aquel ser al que quiso por encima de todas las cosas de este mundo.

Se trataba de una de esas historias sórdidas, alucinantes, llenas de miseria, que suelen ocurrir bajo el cielo plomizo de San Petersburgo, en las calles tenebrosas y retorcidas que se extienden por la gran urbe, entre carcajadas de existencias desenfrenadas, de egoísmos estremecedores, de maldad repugnante y crímenes abyectos. Entre la infernal vorágine que lleva aparejado el desenfreno de las gentes dadas al placer. Era el cruel relato de las relaciones extrañas, incomprendidas, entre el anciano que había perdido el juicio, y su nieta, que con su entendimiento precoz fue capaz de darse cuenta de numerosos hechos que algunos hombres no son capaces de entender a lo largo de toda una vida de molicie, libre de privaciones.

Pero aún no es el momento de entrar a fondo en los pormenores en esta historia.

TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Había ya anochecido, cuando volví a la realidad como si despertase de una tremenda pesadilla.

—Mira, Nelly, aunque estés eferma e inquieta —dije a la niña—, no tengo más remedio que dejarte. Debo pedirte perdón, pero a no mucha distancia de aquí también hay otra persona a la que no han querido perdonar. Es una chica desgraciada, como tú, y en su soledad recibe numerosas ofensas. Me está aguardando, y lo que me contaste me impresionó de tal modo que me siento impulsado a verla inmediatamente.

Ignoro si Elena entendió lo que le decía. Su relato y la indisposición que yo habría sufrido, me dejaron trastornado. Apresuradamente me dirigí a casa de Natacha. Casi eran las nueve de la noche cuando llegué.

Junto a la puerta se encontraba detenido un carruaje que me pareció el del príncipe. Al piso de Natacha se llegaba por un patio. Iniciaba mi ascenso, cuando escuché delante los pasos indecisos de una persona que parecía andar a tientas, seguramente por serle desconocida la casa. Me dije que sería el príncipe, pero no tardé en desechar esa idea. El hombre lanzaba maldiciones cada vez más enérgicas conforme iba subiendo. La escalera era estrecha, sucia y oscura, pero no podía imaginar al príncipe profiriendo aquellos juramentos. En el tercer piso arreciaron las invectivas. El individuo blasfemaba como un carretero. Por suerte, a partir del

tercer piso se notaba la tenue luz del farolillo que brillaba sobre la puerta de Natacha.

Al llegar a la misma puerta di alcance al desconocido, y con gran asombro advertí que se trataba del príncipe. Aquel inesperado encuentro resultaba muy poco grato para él, a juzgar por la expresión de su semblante. Al principio no me reconoció, pero en seguida cambió su gesto, y la hostil mirada se dulcificó al tiempo que me tendía las dos manos, en un ademán de extraordinario aprecio.

—¡Ah, es usted! —exclamó—. Estuve a punto de ponerme de rodillas para pedir a Dios que salvara mi vida. ¿No me oyó lanzar denuestos?

Entonces se echó a reír despreocupadamente. Casi en seguida su rostro cobró un aire de gran contrariedad.

—¡No sé cómo Aliocha ha podido traer a Natacha Nicolaievna a semejante tugurio! —dijo, sacudiendo la cabeza—. Son estos detalles lo que definen el carácter del hombre. El muchacho me tiene sumamente preocupado. Es bueno, posee un gran corazón, pero fíjese cómo actúa: aunque está locamente enamorado, tiene a la mujer de sus sueños en una cueva como ésta. Incluso me ha dado la impresión —agregó, bajando la voz, mientras tanteaba en busca del cordón de la campanilla—, que a veces les ha faltado hasta la comida. Me estremezco de sólo pensar en su porvenir, y más aún en el de Ana Nicolaievna, cuando sea su mujer.

Sin darse cuenta, había dado a Natacha otro nombre. Seguía buscando el cordón, y se irritó porque su búsqueda era en vano.

Yo le dije que no había campanilla, y terminé dando unos golpes con los nudillos en la puerta. Casi en seguida nos abrió Mavra, quien nos acogió como si tuviera mucho que hacer. A través de la puerta de la cocina, que estaba separada del diminuto vestíbulo por un tabique de madera, notamos que se estaban haciendo algunos preparativos. Todo aparecía más limpio y brillante que de ordinario. Sobre la mesa se veían cubiertos nuevos. No había duda de que estaban aguardándonos. Mavra nos ayudó a despojarnos de los abrigos.

—¿Se encuentra Aliocha en casa? —le pregunté.

—No, no ha vuelto —me dijo, en tono misterioso.

Pasamos a la habitación de Natacha, y advertí que no había en ella ninguna señal de preparativos. Todo estaba pulcro y ordenado, como de costumbre. La joven nos recibió cerca de la puerta, de pie, y me produjo verdadera impresión mirarla, ya que tenía las mejillas muy hundidas y estaba pálida, con aspecto de hallarse extenuada. Dio la mano al príncipe con gesto descompuesto y turbado. Apenas me miró a mí, y seguí callado, aguardando.

—Bueno, ya me tiene usted aquí —declaró el príncipe, cordial y efusivo—. Sólo hace unas horas que he vuelto de mi viaje, y le aseguro que desde que me marché no hice otra cosa que pensar en usted —añadió, besándole la mano con gran cortesía—. ¡Tengo tantas cosas que contar! Disponemos de mucho tiempo para hablar de todo. Según veo, el aturdido de mi hijo todavía no ha llegado, ¿verdad?

Natacha se ruborizó levemente, y dijo:

—Le ruego que me perdone, príncipe. Me gustaría decir unas pocas palabras a Iván Petrovich.

En seguida me cogió de la mano y me sacó de la habitación.

—Discúlpame, Vania —murmuró.

—¿Por qué, Natacha? ¿Qué debo perdonarte?

—Ya son muchas las veces que me has perdonado, y comprendo que todo tiene su límite. Aunque sigas queriéndome, pensarás que soy muy ingrata contigo, pues anteayer me porté como una mujer egoísta y cruel.

En cuanto dijo esto, se echó a llorar mientras apoyaba su cabeza sobre mi hombro.

—No digas eso, Natacha. Si ayer no vine fue porque

estuve indispuesto, y aún lo estoy; y no por estar disgustado contigo. Imagino muy bien lo que pasa en tu corazón, en este preciso instante, querida amiga.

—Gracias, mil gracias. De nuevo me perdonas —manifestó sonriendo entre lágrimas, al tiempo que me oprimía las manos hasta casi hacerme daño—. Después hablaremos. Tengo mucho que decirte. Regresemos a su lado.

—Sí, vamos, Natacha. No debemos dejarle solo por más tiempo.

—Ahora sabrás lo que ocurre —musitó rápidamente a mi oído—. Ya estoy al corriente de todo, y sé que él tiene la culpa. Esta noche van a decidirse muchas cosas.

Aunque no la comprendí, no me pareció adecuado el momento para hacer preguntas. La joven se acercó al padre de Aliocha con aspecto sereno. El príncipe seguía de pie, con el sombrero en la mano. De nuevo le pidió disculpas, le quitó el sombrero y le invitó a que tomara asiento en una butaca, haciendo lo mismo nosotros.

—He preguntado por mi hijo —declaró él—, pero en realidad le vi hace un momento, en la calle. Se dirigía a casa de la condesa, e iba tan de prisa, el muy aturdido, que no consintió en subir a casa un momento, a pesar de no habernos visto desde hacía cuatro días. De todos modos, si se retrasa la culpa será mía, ya que como yo no podía ir a casa de la condesa Zenaida Fiodorovna, le di un encargo para ella. Sin embargo, imagino que no tardará demasiado en presentarse aquí.

—¿Le prometió que vendría? —inquirió Natacha, mirando al príncipe ingenuamente.

—¿Cómo puede preguntar eso? —dijo el príncipe, muy sorprendido—. Tengo la certeza de que vendrá. Pero se comprende su enojo, ya que debía de estar aquí a estas horas. Como le digo, el culpable soy yo, en realidad. No es que trate de disculparle, pues no niego que es bastante alocado e informal; sin embargo, una situación especial le obliga a visitar a la condesa

y a otras amistades. Como no suele salir de esta casa, y aquí se olvida de que los demás existimos, le pido permiso para quitárselo de vez en cuando, sólo por un par de horas, para que pueda echarme una mano en mis asuntos. Estoy convencido de que no volvió a ver a la princesa K desde aquella noche. Siento ahora no habérselo preguntado.

Vi que Natacha escuchaba al príncipe con sonrisa levemente burlona. No obstante, el aristócrata hablaba con tanta franqueza y naturalidad, que resultaba difícil poner en duda lo que estaba diciendo.

—Entonces, ¿ignora usted que Aliocha no ha venido por aquí una sola vez en estos días? —inquirió ella con voz serena y afable, como si estuviera haciendo la pregunta más natural del mundo.

—¿Es posible? ¿No vino ni una sola vez? —dijo el príncipe, expresando un gran asombro.

—Usted estuvo aquí de visita el martes por la noche, y al día siguiente, por la mañana, se presentó él y permaneció media hora escasa conmigo. Desde entonces no he vuelto a verle.

—¡Asombroso! —manifestó el aristócrata, que parecía cada vez más atónito—. ¡Y yo que le suponía siempre a su lado! Le pido que me perdone. Es algo increíble.

—Sí, es lamentable. Justamente yo le aguardaba a usted para preguntarle por Aliocha.

—Bueno, no creo que tarde en llegar. Le aseguro que esperaba de él cualquier cosa, menos esta forma de actuar, tan imprevista.

—¿Se asombra, realmente? Yo hubiera dicho que usted sabía de antemano que las cosas iban a suceder de esta forma.

—¿Cómo iba yo a saberlo? Puedo asegurarle, Natalia Nicolaievna, que sólo he visto un instante a mi hijo, y que casi no hablé con él. Me extraña que lo ponga en duda.

Al manifestar esto, nos observó atentamente a Natacha y a mí.

—¡Dios me libre de pensar eso! —repuso la joven—. Tengo la completa certeza de que dice usted la verdad.

Y se echó a reír estrepitosamente. El príncipe arrugó el entrecejo.

—Explíquese, por favor—dijo, sin disimular su irritación.

—Todo está perfectamente claro, no hay nada que añadir. Ya sabe usted lo frívolo y olvidadizo que es Aliocha. En cuanto se ha visto un poco suelto, se dejó arrastrar por sus impulsos.

—Pero no es adecuado dejarse llevar hasta tales extremos. Seguramente ocurre algo más, y en cuanto venga trataré de ponerlo en claro. Debo manifestar mi asombro porque me culpe a mí del hecho, ya que sabe muy bien que estuve fuera de San Petersburgo. Es natural que esté enfadada con mi hijo, desde luego, pero la culpa es mía, sólo por el hecho de haber llegado antes, tal vez. ¿No cree usted? —me preguntó, dirigiéndome una sonrisa desagradable.

Advertí que Natacha se sonrojaba.

—Déjeme que prosiga, Natalia Nicolaievna—continuó diciendo el príncipe, dignamente—. Reconozco que quizá sea culpable, pero sólo lo soy por haberme ausentado al día siguiente de conocerla. Este hecho, y alguna desconfianza que usted demuestra, le han hecho cambiar el concepto que tiene de mí. Si yo no me hubiera ido, usted me conocería ahora más a fondo, y al poder vigilar yo a Aliocha, no hubiera éste obrado con la ligereza que lo ha hecho. Podrá comprobar todo esto cuando él llegue.

—En tal caso, lo que usted pretende es que Aliocha se dé cuenta de que constituyo para él una carga. Una persona inteligente, como usted, no puede creer que me ayuda actuando de ese modo.

—¿Piensa que obraría yo así? Créame que me ofende, Natalia Nicolaievna.

—Acostumbro a manifestar con claridad mis pensamientos—repuso Natacha—; y quizá llegue a convencerse hoy mismo de que es cierto lo que digo. De ningún modo trato de ofenderle, y espero que no se sienta herido por mis palabras. Sé que así será, a causa del matiz de nuestras relaciones, que usted no toma muy en serio, ¿no es cierto? De todos modos, si le he ofendido, le ruego que me perdone, para que pueda sentirme tranquila de haber cumplido con mis deberes... de hospitalidad.

Esto último lo dijo Natacha sonriendo, con tono alegre, pero a pesar de ello nunca la había visto yo tan irritada como entonces. Me di cuenta en ese momento de lo mucho que debió sufrir en los tres últimos días. Las extrañas palabras que me dirigiera, manifestando que lo sabía todo, que lo había adivinado todo, me llenaron de temor ahora que empezaba a comprenderlas. Dichas palabras aludían al príncipe. Saltaba a la vista que Natacha había cambiado de opinión por lo que a él se refería, considerándole como un enemigo. Atribuía el comportamiento de Aliocha a la influencia del príncipe, y con toda probabilidad tenía motivos para pensar de ese modo.

Me acometió el temor de que se produjera una escena desagradable entre ellos, ya que Natacha no se esforzaba en disimular su forma de sentir con sus ironías. La declaración de que el príncipe no podía considerar seriamente sus relaciones con ella, la fútil excusa relacionada con su hospitalidad, la velada amenaza de demostrarle esa noche que hablaba con toda franqueza, todo ello resultaba claro y significativo, y el príncipe no tenía más remedio que comprender. Noté que el semblante del aristócrata cambiaba perceptiblemente, pero era un hombre que sabía contenerse. Hizo como que no

había comprendido el verdadero sentido de lo que dijera Natacha, y tomó a broma el asunto.

—¡Líbreme Dios de solicitar disculpas! —manifestó riéndose—. No acostumbro a darme por ofendido con una mujer. Ya cuando nos conocimos le advertí acerca de mi forma de ser; por consiguiente, imagino que no se enfadará si hago una observación acerca de las mujeres en general.

Me miró y agregó con tono amable:

—Sin duda compartirá mi opinión. Es algo peculiar en el carácter femenino. Cuando una mujer comete un error, prefiere que pase inadvertido empleando halagos y caricias, en lugar de confesar y solicitar que la perdonen. De tal forma, aun imaginando que me hubiese usted ofendido con lo que ha dicho, yo no querría que me diera excusa alguna, a fin de salir ganando cuando usted comprendiera su error y tratara de compensarlo con mil halagos. Es tan ingenua, tan buena, tan generosa, que verla arrepentida tiene que ser algo encantador. Incluso preferiría que me dijese en qué forma puedo demostrarle que soy mucho más sincero de lo que usted imagina.

Natacha se sonrojó visiblemente. El príncipe era ahora el que había contestado con demasiado desenfado, con un sarcasmo que lindaba en la insolencia.

—¿Sería capaz de darme una prueba de que desea ser sincero conmigo? —le preguntó ella, mientras le observaba con gesto desafiante.

—Desde luego.

—En tal caso, haga lo que le voy a solicitar, por favor.

—Puede usted contar con que la complaceré.

—Le pido que no moleste a Aliocha, cuando llegue, con ninguna alusión referente a mí. No le recrimine por haberme olvidado. Deseo recibirle como si nada hubiese pasado entre nosotros dos. Espero que lo haga de ese modo. ¿Puede usted darme su palabra?

—Lo haré con gusto —repuso él—, y déjeme manifestarle que rara vez he tenido ocasión de hallar una persona que piense tan acertadamente sobre estos asuntos... Pero creo que Aliocha acaba de llegar.

Se oyeron algunos ruidos desde el vestíbulo, y Natacha se estremeció, quedando expectante. El príncipe adoptó un grave continente, mientras seguía observando a Natacha.

Abrióse la puerta y Aliocha entró en la estancia.

CAPITULO II

El joven llegó con el rostro rebosante de felicidad. Se notaba que había pasado los días anteriores de forma muy grata.

—¡Aquí estoy, por fin! —dijo briosamente—. Sí, ya sé que debí llegar el primero, pero os lo explicaré todo. No hace mucho nos encontramos papá y yo, y apenas si pudimos cambiar un par de palabras. A pesar de eso, tenía mucho que contarte, papá.

Aliocha se volvió hacia Natacha y hacia mí, y prosiguió diciendo:

—Sólo cuando está de buen humor me permite que le tutee, pero si está enfadado, en seguida me lo hace saber tratándome de «usted». Desde este día, sin embargo, voy a hablarle siempre de tú, porque trataré de que esté siempre contento. Debéis saber que en estos días cambié por completo; pero ya os lo explicaré después. Ahora sólo puedo hablar de ella, de mi Natacha. ¡De nuevo estoy junto a ella, gracias a Dios! ¡Angel mío, cómo te habré hecho sufrir estos días! Pero me fue imposible venir, te lo aseguro. Creo que has adelgazado, querida mía, ¡y qué pálida estás!

Una y otra vez cubría de besos las manos de Natacha, mirándola apasionadamente, como si no se cansara de contemplarla. La observé un momento y en su semblante leí que pensaba lo mismo que yo: Aliocha era inocente. ¿Cómo íbamos a culpar a semejante ingenuo?

Las mejillas de la joven se cubrieron de rubor, como si toda la sangre le hubiera subido del corazón al rostro. Miró con arrogancia al príncipe y preguntó:

—Dime... ¿Dónde estuviste todos estos días, Aliocha?

Su voz era temblorosa y traslucía intensa emoción. ¡Dios del cielo, cómo le amaba!

—Comprendo que ante ti pueda aparecer como culpable. O mejor dicho, más que aparentarlo, lo soy. La misma Katia me aseguró ayer, y volvió a repetírmelo hoy, que una mujer no puede consentir que la abandonen, como yo lo he hecho contigo. Le aseguré lo contrario, y dije que si había una de ellas que pudiera perdonar, ésa era mi Natacha, con quien sólo otra mujer podía compararse: Katia. Y aquí me tienes, amor mío, con plena certeza de que sabrás perdonarme. Estoy seguro de que aunque no viniese, tú estabas convencida de que no te había olvidado, ni dejaba de quererte por ello. No, eso nunca podrá ocurrir. No puedes imaginar lo que estaba sufriendo alejado de ti. Admito que tengo parte de esta culpa, pero cuando te enteres de lo sucedido me perdonarás sin vacilar. Os lo contaré todo, punto por punto, pues necesito desahogarme, y en cierto modo he venido a eso.

»Ya desde por la mañana deseaba tener un momento de libertad para venir junto a ti a darte un beso, pero me fue imposible hacerlo, pues Katia me rogó que fuese a verla. Eso ocurrió antes de que nos encontrásemos tú y yo, papá. Se trataba de la segunda ocasión en que me dirigía a casa de Katia, tras haber recibido una nota de ella. Nos pasamos el día mandándonos notas por medio de nuestros correos. Ah, y ahora que recuerdo, Iván Petrovitch, hasta ayer no tuve ocasión de leer la carta que me dejó en el escritorio. Tiene toda la razón del mundo, pero ya he dicho que me resultaba imposible venir antes. Sin embargo, como pensaba presentarme esta noche, tenía la tranquilidad de que podría disculparme debidamente. De esta noche no hubiera podido pasar sin verte, mi Natacha.

—¿De qué carta hablas? —preguntó la joven.

—De una que dejó Iván Petrovitch en casa. Como era lógico, no me encontró allí y dejó escritas unas letras culpándome por tenerte abandonada. Esto sucedió ayer, y desde luego le sobraba razón.

Natacha me observó en silencio.

—Sin embargo, sí tenías tiempo para ir a casa de Catalina Feodorovna... —comenzó a decir el príncipe.

—Bueno, sé muy bien lo que vas a decirme. «Si pudiste ir a casa de Katia, con más motivo debiste hallar tiempo para venir aquí.» No voy a discutirlo, y hasta podría decir que casi pude hacerlo. Pero ocurren cosas extrañas en la vida, que todo lo embrollan y lo enredan. Hoy me he visto en una de esas situaciones. Os acabo de decir que en estos días pasados sufrí un gran cambio, lo que supone que pasé por situaciones sumamente serias.

—¡Dios santo! ¿Qué te sucedió? —preguntó Natacha—. Cuéntalo ya de una vez, y no nos tengas tan inquietos.

—Sí, sí, os lo diré sin más tardanza —repuso él—. ¡No os podéis imaginar, amigos míos, todo lo que he visto, las gentes que he conocido! Debéis saber, en primer lugar, que Katia es una mujer perfecta. Sólo me di cuenta de ello hace unos días. Recordarás, Natacha que el martes te hablé de ella muy interesado. Entonces sólo la conocía superficialmente, y no sabía en realidad cómo era. Pero ahora nos conocemos bien y hasta nos tuteamos. Tenías que haberla oído hablar de ti, Natacha, cuando el miércoles le relaté lo ocurrido la noche antes entre tú y yo... Y ahora que hablo de eso, recuerdo lo ridículo que estuve cuando nos vimos el miércoles por la mañana. Me recibiste angustiada, pensando sólo en la situación en que nos hallábamos, y a pesar de eso hiciste algunas bromas. Yo, por mi parte, me las daba de hombre serio. ¡Qué manera más necia de comportarme! Deseaba representar el papel de hombre experimentado, que va a contraer matrimonio, e hice la farsa delante de ti. ¡Cuánto te habrás reído de eso! Bien merecido me lo tengo.

El príncipe miraba a su hijo con gesto irónico, como si le complaciese verle tan ridículo y trivial.

Le observé a mi vez durante toda la velada, y quedé convencido de que no quería a su hijo, a pesar de que siempre hacía manifestaciones de su amor paternal.

—Al salir de esta casa fui en seguida a ver a Katia —prosiguió diciendo Aliocha—. Ese día fue cuando aprendí a comprenderla. Sólo necesitamos unas pocas palabras apasionadas, cambiar unos pensamientos. ¡Debes conocerla, Natacha! No puedes imaginar cómo hablaba de ti, cómo procuraba convencerme de lo mucho que representabas para mí. Paulatinamente me fue dando a conocer su modo de pensar, de encarar la vida. Es una joven seria como pocas, pero muy apasionada. Me habló de los deberes que tenemos, de la misión que debemos cumplir en la vida; dijo que estamos obligados a servir a la humanidad. En fin, no tardamos en mostrarnos plenamente de acuerdo, y tras varias horas de conversación nos juramos amistad eterna y decidimos colaborar juntos en la gran empresa de la vida.

—¿Colaborar en qué? —inquirió el príncipe, ligeramente intrigado.

—Padre mío —dijo el joven, solemnemente—. Ha sido tan grande mi cambio, que no me extraña que te asombres. Comprendo que me haréis reproches, puesto que vosotros sois gente práctica, de principios inflexibles, que os ha dado la experiencia aunque resulten inservibles y caducos, muchas veces. Todo lo joven y lozano os produce desconfianza, y procuráis ridiculizarlo. Pero yo no soy la misma persona que conocisteis hace unos días, sino otra muy distinta. Ahora contemplo audazmente todo lo que me rodea. En el momento en que comprenda que he hallado el camino justo, estaré dispuesto a seguirlo sin desviarme de mi ruta, como

hacen los hombres honestos. Pero no es necesario hablar tanto de mí. Pensad lo que gustéis; yo estoy perfectamente seguro de mí mismo.

—¡Espléndido! —declaró el príncipe, burlonamente.

Natacha nos observó llena de inquietud. Le preocupaba Aliocha, y hubiera deseado que el joven no se pusiera en ridículo en presencia mía y de su padre.

—Aliocha, eso no es más que filosofía —dijo Natacha, en voz baja—. Mejor será que nos cuentes lo ocurrido.

—Es justamente lo que estoy haciendo. Debéis saber que Katia tiene dos primos, Levinka y Boris, dos muchachos extraordinarios. Uno estudia, y el otro no. Nunca visitan a la princesa, y no lo hacen por principios. En una ocasión en que Katia y yo estábamos hablando de la misión del hombre en el mundo, y otros temas parecidos, mencionó a sus primos y me dio una carta para ellos, presentándome. Desde el primer instante nos comprendimos perfectamente. En la casa donde vivían había varias personas de muy diferente condición. Había estudiantes, oficiales, artistas, e incluso un escritor. Todos ellos le conocen a usted, Iván Petrovitch, y también han leído sus escritos y aseguran que le espera un gran porvenir. Por mi parte les dije que le conocía a usted, y aseguré que lo presentaría a ellos. Me acogieron como a un hermano, y cuando declaré que iba a casarme se alegraron mucho. Generalmente se reúnen los miércoles, una vez en la buhardilla de Boris y otra en la de Levinka. Son jóvenes llenos de energía y de amor hacia la humanidad. Tratamos diversos temas de ciencias, de literatura, y del presente y el porvenir. Su conversación es agradable, llena de franqueza y sencillez. A las reuniones va también un estudiante, alumno del instituto. Tienes que conocerles, Natacha. Katia ya los conoce, y cuando hablan de ella, los jóvenes lo hacen como si la venerasen. Dice Katia que cuando pueda disponer de sus fondos, les donará un millón para que puedan hacer el bien.

—Y lo más probable es que Levinka, Boris y los demás se encarguen de dar buena cuenta del millón —dijo el príncipe.

—No hables así, papá —contestó Aliocha, ofendido—. Justamente se ha hablado mucho de ese dinero, y se afirmó que sería invertido en instrucción pública.

—Estás en lo cierto. Me doy cuenta de que apenas si conocía a Catalina Feodorovna —musitó el príncipe, como hablando para sus adentros, y sin dejar de sonreír sarcásticamente—. Esperaba mucho de ella, pero esto...

—¿Qué tiene de extraño? ¿Acaso es porque se aparta del proceder corriente, porque ya nadie da un millón a los otros, como ella quiere hacerlo? No, Katia no desea vivir a expensas de los demás, y gozar de esos millones es hacerlo a costa de sus semejantes, según he llegado a saber. Quiere ser útil a la sociedad, contribuir con su donativo al bien general. No, no me mires así. Pareces pensar que estoy loco, ¿verdad? Bueno, pues aunque fuera así, poco me importa. Me gustaría, Natacha, que comprendieras el significado de esta frase que ha dicho Katia: «Lo principal no es el talento, sino el afán que lo dirige, que lo lleva a actuar: el corazón, la nobleza, para el progreso de la humanidad.» Pero aún es más elevado este otro pensamiento de uno de los amigos de Boris y Levinka. El joven se llama Bezmiguin y es nuestro jefe: tiene una mente genial. En la reunión de ayer dijo: «El necio que reconoce serlo, deja al momento de ser necio.» Magnífica verdad la que contienen esas palabras. Y siempre dice cosas así.

—Un verdadero genio, en efecto —comentó el príncipe, en el mismo tono de antes.

—Puedes burlarte, si quieres —dijo Aliocha—, pero ni tú ni los de nuestro ambiente dijeron nunca algo parecido. Por el contrario, os gusta criticarlo todo, ha-

bláis como hipócritas y encima nos llamáis ingenuos. Debierais haber oído todo lo que hablamos ayer.

— Sólo una cosa te digo, Aliocha — manifestó Natacha —. Hasta ahora no he podido comprender una palabra de cuanto has estado hablando.

— Estuvimos tratando de todo lo que puede conducir al progreso de la humanidad; del amor a nuestros semejantes, y de los hombres de acción de nuestra época. Analizamos sus obras y tendencias. Pero lo más importante es que nos hemos comprometido a hablar entre nosotros con toda sinceridad, sin rodeos de ninguna clase. Franqueza y rectitud de principios, eso es lo que nos podrá llevar a nuestro objetivo. En consecuencia, todos dimos nuestra palabra de obrar rectamente mientras nos hallemos bajo la dirección de nuestro jefe. Por más que nos juzguen duramente, no debemos apartarnos de nuestro camino ni avergonzarnos de nuestro proceder. Si deseamos ser apreciados, será necesario que inclinemos a los demás a concedernos su estima. Es otra frase de Bezmiguin, y Katia está plenamente de acuerdo con él.

— Esto es un embrollo — dijo el príncipe, manifiestamente inquieto —. Pero ¿quién es ese Bezmiguin? No, el asunto no puede quedar así.

— ¿No puede quedar así? ¿A qué te refieres? — inquirió Aliocha —. Mira, papá, si he dicho todo esto en tu presencia es porque tengo la esperanza de que te sumes a nuestro grupo. Me he comprometido a hacerlo. ¿Te causa gracia? Pues escúchame hasta que termine, y podrás comprenderme mejor. Tú no conoces a los de nuestro grupo, jamás los viste ni les oíste hablar; por esa razón no podrías juzgarles ecuánimemente. Si llegas a tratarlos, si les escuchas y les observas, entonces puedo asegurarte que serás de los nuestros. Pero lo que pretendo es apartarte de ese medio al que estás atado, librarte de tus prejuicios. Utilizaré todos los procedimientos posibles para lograrlo.

El príncipe le escuchó en completo silencio. La sonrisa cínica y maligna que aparecía en su rostro provocaba en Natacha verdadera repugnancia, pero él hacía como que no se daba cuenta. Echóse contra el respaldo del sillón y lanzó una carcajada a todas luces forzada. Se apreciaba con toda claridad que lo hacía para humillar y ofender a Aliocha. Éste sintióse entristecido. Aguardó a que cesara la destemplada risa, y declaró lleno de amargura:

— ¿Cómo puedes mofarte de mí de esa forma, padre? Te acabo de hablar con toda sinceridad. Quizá pienses que dije alguna necedad. En tal caso, debieras hacérmelo notar, en lugar de reírte, simplemente. ¿Qué motivo te impulsa a burlarte? Puede que sea de lo que yo considero sagrado, digno de veneración. Quizá esté en un error y todo lo que dije es falso; tal vez resulte ser un necio, como aseguraste en más de una ocasión. No obstante, mi equivocación será noble y sincera. Me atraen las ideas elevadas, y aunque se apoyen en una base falsa, para mí esas ideas serán siempre dignas del mayor respeto. Ni tú ni los tuyos me habéis proporcionado un pensamiento que me atraiga o que me enseñe un camino. Al menos, discute los argumentos de mis amigos, y preséntame otros más convincentes. En ese caso seguiré tu camino; pero no te limites a burlarte, pues de ese modo no haces más que herirme.

Todo esto lo dijo Aliocha con expresión noble y digna. Natacha no podía disimular su simpatía al mirarle. Por su parte, el príncipe oyó las razones de su hijo, y sin disimular su asombro cambió de actitud.

— Te repito — prosiguió el joven —, que ni tú ni los que te rodean habéis manifestado algo que pudiera yo tomar como guía en mi vida. Si eres capaz de proporcionarme principios mejores, hazlo y los acogeré complacido.

Impresionado sin duda por las palabras de su hijo, y

por el tono con que las pronunciaba, el príncipe contestó:

—No pretendo reírme de ti. Por el contrario, lo cierto es que me causas un poco de compasión. Ahora bien, ya que te dispones a tomar parte en actos tan trascendentales, será conveniente que dejes de obrar como un atolondrado, como siempre lo has hecho. Me he reído casi sin querer, y te aseguro que en ningún momento pretendí ofenderte.

—Sin embargo, ¿cómo es que yo he creído lo contrario? —dijo Aliocha, con tristeza—. Desde hace algún tiempo me da la sensación de que me miras como si fuera un enemigo, con gesto frío y burlón, y no como los padres contemplan a sus hijos. Pienso que si cambiásemos de lugar yo no me burlaría de mi hijo ni le trataría como tú lo haces. Hablemos con franqueza, para que no exista duda alguna entre los dos. Cuando llegué aquí noté algo extraño en todos vosotros, como si flotase en el ambiente cierta inquietud. Si no me he equivocado, desearía que alguien me dijera su forma de pensar. ¡Cuánto daño evita la sinceridad!

—Sigue hablando, Aliocha—declaró el príncipe—. Todo lo que dices está muy bien; tal vez debiéramos haber comenzado por ahí.

Estas últimas palabras las dijo el príncipe mirando a Natacha con gesto significativo.

—Está bien, voy a ser franco, como tú lo deseas —repuso el joven—. Escucha, me has dado el consentimiento para que me case con Natacha. Nos proporcionaste esa dicha, aunque para ello tuviste que ahogar tus propios sentimientos. Obraste con nobleza en ese sentido, y sabemos apreciar lo que has hecho. Sin embargo, a cada paso estás tratando de demostrarme que soy una persona ridícula, como si pretendieras rebajarme ante Natacha. Parece que te alegra colocarme en situaciones absurdas, como para hacer ver que nuestra boda no tiene sentido. Da la sensación de que no confías en

ese enlace que tú mismo aprobaste; de que para ti eso resulta una farsa, un capricho extravagante.

»No creas que esto lo imagino por las palabras que acabas de pronunciar, nada de eso. Cuando el martes pasado, a la salida de esta casa, fui a verte, te oí emplear ciertas palabras que llegaron a entristecerme. Luego, al día siguiente, opinaste acerca de la situación en que Natacha y yo nos hallamos, y no te referiste a ella de forma descortés, sino de un modo frívolo, muy poco amistoso. Puedes decirme que me encuentro en un error. Quisiera que me devolvieses la tranquilidad a mí y también a Natacha. Sí, porque hoy la ofendiste, realmente. En cuanto traspasé esa puerta me di cuenta de que así había sido.

Aliocha habló con pasión y entereza, y Natacha le oyó solemnemente, muy emocionada. Un par de veces dijo en voz baja: «Es cierto, es cierto».

Manifiestamente turbado, el príncipe se decidió al fin a hablar.

—Querido hijo—comenzó diciendo—, no alcanzo a recordar del todo lo que pude decirte, pero te aseguro que interpretas erróneamente mis palabras, y ello me sorprende. Haría cuanto pudiese para sacarte de tu error. En primer lugar, no debe extrañarte que me riese hace unos instantes. Debiste comprender que con mi risa trataba de esconder la amargura que siento. Cuando pienso que dentro de poco vas a contraer matrimonio, me digo que es algo descabellado, y me parece que me he precipitado al daros el consentimiento. Tengo la certeza de que entre vosotros dos hay grandes diferencias de carácter, y es bien sabido que una vez pasado el amor, surgen las disparidades de criterio. No me refiero a tu suerte. Hablo de tu intención. Si ésta es honrada debes hacerte a la idea de que si te pierdes tú, también perjudicas a Natalia Nicolaievna, y sin remedio. Mucho hablaste del amor a tus semejantes, de la

nobleza de tus pensamientos, de los personajes magníficos que conociste estos días.

»En todo caso, interroga a Iván Petrovitch sobre lo que le dije hace un momento, cuando llegábamos al cuarto piso de esa boca de lobo que es la escalera, cuando dimos las gracias al cielo por haber llegado hasta aquí sin rompernos la nuca o una pierna. ¿Sabes lo que pensé en ese momento? Pues me dije que parecía imposible que tú, tan enamorado como te encuentras de Natalia Nicolaievna, consintieras en tenerla habitando en semejante tugurio. ¿Acaso no comprendes que el carecer de fondos, al no poder cumplir con tus obligaciones, no serás capaz de soportar las responsabilidades del hombre casado? El amor no lo es todo; es necesario ofrecer hechos. Tu forma de razonar es esta: «Comparte mi suerte, aunque seas desgraciada.» Eso no es humano ni propio de gentes que obran con nobleza. Resulta muy grato escuchar a los demás hablar de su amor por el prójimo, verlos inflamarse con sus ideales humanitarios, y sin embargo, mientras hacen todo eso, están cometiendo un crimen contra ese amor que tanto defienden... Por favor, no me interrumpa, Natalia Nicolaievna, y permítame que termine lo que estoy diciendo. Todo esto resulta sumamente doloroso para mí, y necesito desahogarme. Acabas de decirnos, Aliocha, que en los pasados días te sentiste inspirado por cuanto hay de noble y hermoso en la vida, y que lamentas que tus semejantes no coincidan con semejantes arranques y sólo se guíen por el frío raciocinio. No obstante, hacer por un lado tales afirmaciones y luego olvidarte durante varios días de la persona que, según parece, es para ti el ser más querido del mundo, eso, hijo mío resulta increíble. Confesaste haber discutido con Catalina Fiodorovna, y declaraste que Natalia Nicolaievna poseía un espíritu tan generoso y te amaba hasta tal extremo que perdonaría tu falta. No obstante, ¿te crees con derecho a contar por anticipado con el perdón de ella, y a hacer apuestas,

encima, acerca de si te lo dará o no? Tal vez no hayas reflexionado sobre los tormentos, el dolor y las sospechas en que has sumergido a Natalia Nicolaievna en estos días. ¿Acaso por el hecho de que unas ideas originales llegaran a atraerte, tenías derecho a descuidar el más importante de todos los deberes? Le ruego que me disculpe, Natalia Nicolaievna, si no cumplo con lo prometido, pero la situación es bastante más seria que mi promesa, como usted comprenderá fácilmente. Es menester que sepas, Aliocha, que encontré a Natalia Nicolaievna aquejada de tantos sufrimientos, que no pude menos de pensar que habías convertido para ella en un verdadero infierno estos últimos días, cuando debieron ser los más dichosos de su existencia. Así obras, por una parte, y luego, palabras, sólo palabras... ¿Crees que no estoy en lo cierto? Sí, lo sabes, y no comprendo, entonces, cómo puedes acusarme, después de haber actuado como lo has hecho.

El príncipe dejó de hablar tras semejante alarde de elocuencia. Se le notaba triunfante y satisfecho.

Al oír Aliocha a su padre hablar del sufrimiento de Natacha, la miró con gesto lleno de tristeza. Natacha, sin embargo, había tomado una decisión.

—Tranquilízate, Aliocha—manifestó la joven—. Peores faltas han cometido otros. Toma asiento y escucha lo que voy a decir a tu padre. Es necesario concluir definitivamente con este asunto.

—A mi vez le ruego que se explique, Natalia Nicolaievna—dijo el príncipe—. Hace un par de horas que no le oigo decir más que frases enigmáticas, y le aseguro que no puedo admitirlo. No esperaba una acogida como ésta, con franqueza.

—Posiblemente creyó usted que nos confundiría con su facilidad de palabra, evitando que penetrásemos en el fondo de sus intenciones—dijo ella—. Pero debo decir que no es necesario explicar nada, ya que todo está perfectamente claro. Aliocha ha dicho la verdad. Lo

que usted desea es separarnos. De antemano conocía lo que iba a ocurrir entre su hijo y yo, tras la entrevista del martes. Todo lo calculó con precisión. Vuelvo a afirmar que usted no consideró seriamente nada de este asunto, ni la petición de mano ni a mí, siquiera. Lo único que ha hecho es mofarse de nosotros. El objetivo que persigue sólo puede conocerlo usted. Su hijo estaba acertado al decir que esto se parece a una comedia. En lugar de reprocharle, debiera ponerse contento, ya que sin saberlo, Aliocha hizo lo que usted esperaba de él, y quizá hasta un poco más.

Yo no podía ocultar mi estupefacción. Aunque esperaba una actitud severa por parte de la joven, su franqueza y el tono decidido con que habló me dejaron atónito. Imaginé que Natacha estaba al corriente de ciertos hechos y que había resuelto romper inmediatamente. Puede que hasta hubiera esperado al príncipe llena de impaciencia para decirle todo aquello. El padre de Aliocha se hallaba pálido, mientras que el joven se mostraba asombrado y ansioso.

—Piense bien lo que acaba de decirme —dijo con tono sombrío el príncipe—. Dése cuenta de las acusaciones que está formulando. No entiendo...

—¿No entiende, o más bien trata de no comprenderme? —contestó la joven—. De todos modos, Aliocha le ha comprendido perfectamente, igual que yo, a pesar de que no nos habíamos visto desde hace unos días. Ha visto asimismo que usted procedió con poca nobleza, procurando humillarnos; sin embargo, él le quiere a usted y le venera. Consideró usted conveniente ser más cuidadoso, más astuto. Se dijo que él no llegaría a descubrir su juego. No obstante, Aliocha posee un espíritu sensible y delicado, y lo que usted acaba de decir, o más bien el tono con que lo dijo, le ha afectado profundamente.

Volvióse el príncipe hacia mí, y como si aún estuviera desconcertado, declaró impaciente:

—Puedo asegurar que no entiendo una sola palabra de todo esto.

A continuación se volvió a Natacha y añadió:

—Sólo puede deberse a que está usted nerviosa, y a que tiene celos de Catalina Fiodorovna. De ahí que lance acusaciones contra todos, sin exceptuarme a mí. Debo decirle, si me lo permite, que con ello estoy obteniendo una idea muy poco favorable de su carácter. Me disgustan semejantes situaciones y no seguiría aquí un segundo más de no hallarse en juego los intereses de mi hijo. Al menos, creo que podrá darme una explicación.

—En tal caso, veo que no quiere entender las cosas en pocas palabras, por más que está al corriente de todo. ¿Quiere que hable con toda claridad?

—Sí, se lo ruego.

—Está bien. Oígame entonces; lo diré todo.

CAPÍTULO III

Natacha se puso en pie y prosiguió hablando llena de vehemencia.

También el príncipe se había levantado; la escuchaba con atención, mientras el ambiente se volvía cada vez más tenso.

—Supongo que recordará lo que dijo el martes —declaró la joven—, cuando aseguró que precisaba dinero y prestigio, ¿no es cierto?

—Sí, eso es lo que dije, aproximadamente.

—El caso es que usted se presentó aquí ese día para lograr ese dinero y todo lo demás, que parecía escapársele de las manos. Con el mismo fin planeó esa comedia de la petición de mano, esa farsa.

—Recapacita, Natacha —tercié yo, alarmado—. Piensa lo que estás diciendo.

—¿Me está acusando de farsante? —manifestó el príncipe, muy ofendido.

Lleno de angustia, Aliocha miraba a Natacha y a su padre, sin comprender bien lo que pasaba.

—Por favor, déjeme hablar —contestó la joven—; he prometido que lo diría todo. Usted dijo que Aliocha ya no le hacía caso. A lo largo de seis meses usted procuró vanamente alejarle de mí, a pesar de lo cual él no alteró su conducta. Luego advirtió usted que se acercaba el desenlace, y que si no obraba con presteza, la novia, el dinero (éste, más que nada, los tres millones de la dote), se le escaparían de las manos. De todas

formas, aún pensó en un recurso: si Aliocha se enamoraba de la muchacha que usted le destinaba, seguramente terminaría por abandonarme.

—¿Cómo puedes decir eso, Natacha?

La voz de Aliocha reflejaba un gran dolor.

—Eso es lo que hizo usted, y a pesar de ello, tampoco en esta ocasión se salió con la suya —continuó diciendo Natacha, haciendo caso omiso de la pregunta de Aliocha—. Pensó que todo saldría según lo había planeado, y de pronto llego yo para interponerme en sus proyectos. Como persona experimentada y sagaz que es, había observado que Aliocha parecía estar en ocasiones cansado de mí. Pensó que terminaría hastiándose del todo y que me dejaría. Experimentó una gran decepción cuando el martes obró Aliocha de la forma en que lo hizo.

—Déjeme que le explique —dijo el príncipe—. No es lo que usted cree...

—Permítame hablar, por favor —le interrumpió Natacha, firmemente—. Esa misma noche reflexionó usted acerca de la medida que debía tomar, y resolvió acceder a nuestro casamiento, en apariencia, claro está, para contentar a su hijo. Siempre le sería posible ir postergando la fecha de la boda a su voluntad. Mientras tanto, un nuevo amor podría ayudarle en sus fines.

—La soledad es mala consejera —musitó el príncipe—. Todo eso no son más que novelerías.

—Como digo, usted lo fió todo a ese amor incipiente. El afecto había nacido cuando Aliocha todavía no estaba al corriente de las numerosas virtudes de su amada. Cuando él le declara que no podrá quererla, pues se halla enamorado de otra, la muchacha se muestra de tal modo noble e inclinada a considerarle con simpatía, que hasta ese momento le pareció a Aliocha que no había advertido su belleza. Fue tal la impresión que recibió entonces, que cuando vino a verme no hizo

otra cosa que hablarme de ella. Luego, al día siguiente, quiso volver a ver a aquella extraordinaria joven, aunque sólo fuera por gratitud. Al fin y al cabo, nada le priva de ir a verla, y con ello no perjudica a su amada. Natacha no hubiera podido sentirse dolida, porque no le dedicase unos pocos minutos. Luego, esos pocos ratos se van transformando en un día, después en dos, y en tres... Katia, por su parte, sigue mostrando todas sus espléndidas virtudes. Su nobleza, ingenuidad y pasión conquistan a cualquiera. En el fondo tiene un espíritu infantil, en lo que se parece mucho a Aliocha. Después ambos aseguran que serán siempre amigos, que no se separarán nunca, como si fueran hermanos. Al terminar las cinco o seis horas de conversación, un mundo nuevo parece abrirse ante Aliocha, que le entrega el corazón por completo. Se acerca el momento álgido, se dice usted, cuando él establecerá una comparación con el otro amor. En esta casa ya todo resulta demasiado conocido y vulgar; los celos, las pendencias, los llantos. Cuando le tratan alegremente, es porque le consideran como a un niño. Y lo peor del caso es que Natacha ya resulta demasiado conocida.

Un espasmo de angustia contrajo la garganta de Natacha, pero consiguió sobreponerse inmediatamente.

—Más tarde, el tiempo hará el resto. Por lo pronto aún no se ha fijado la fecha del casamiento, y quedando aún bastante tiempo... la situación puede alterarse cuando menos se espere. Por otra parte, usted no dejaba de esgrimir sus argumentos, de aplicar su elocuencia. Pensó que aún podría inventar algo contra Natacha, esa importuna, para que apareciese desde un ángulo desfavorable. No importa la forma en que concluya el asunto, puesto que el triunfo quedará en sus manos.

Miró a Aliocha, y prosiguió:

—Aliocha, no te enfades conmigo. Estoy segura de que todavía me amas, y tal vez no alcances a comprender las quejas que expongo. Sé que hago mal al hablar

con semejante franqueza. Sin embargo, no podría hacer otra cosa, ya que así es como yo veo la situación, aunque no dejo de amarte con pasión, con verdadera locura.

Natacha se cubrió la cara con las manos, y dejándose caer sobre un sillón empezó a sollozar como una criatura. El joven no pudo reprimir una exclamación, y se acercó presuroso a Natacha. Nunca podría verla llorar sin hacerlo él también.

Ese llanto ayudaba a los fines del príncipe. La larga explicación, seguida de un arrebato; lo exageradamente duro de las acusaciones, todo ello podía dar lugar a un acceso de celos, y hasta podían enfermar a Natacha. En ese momento resultaba conveniente demostrar cierta simpatía.

—Procure calmarse, Natalia Nicolaievna —dijo al fin el príncipe—. Estos tristes pensamientos sólo son consecuencia de la soledad. Creo que la frivolidad de Aliocha ha sido la causa de su arrebato. Pero usted sabe muy bien que sólo lo hace porque es atolondrado. La forma en que obró el martes le dice bien claro hasta qué punto la quiere.

—Le pido que no me hable más ni me atormente, sobre todo en estos instantes —rogó Natacha, con el rostro cubierto de lágrimas—. Ya hace bastante tiempo que imaginaba lo que iba a suceder. Me doy cuenta de que su antiguo amor se ha esfumado... Cuando me encontré sola en esta habitación, abandonada de él, puede decirse que viví anticipadamente mi desgracia. Sin embargo, nada podía hacer. A ti no te culpo, Aliocha; pero no comprendo por qué desea usted engañarme. Debo decirle que hasta he procurado mentirme a mí misma, y no una ni dos veces, sino muchas más. Al observar con atención sus gestos, el tono de su voz, me di cuenta de que todo había muerto, que todo podía darse por perdido... No sabe bien lo desgraciada que soy.

Arrodillado al lado de ella, Aliocha lloraba sin consuelo.

—Debes perdonarme—afirmaba sollozando—. Nadie más que yo tiene la culpa.

—Aclaremos las cosas—dijo el príncipe, con gesto impaciente—. ¿En qué se basa para achacarme esos designios? En realidad no se trata de otra cosa más que de conjeturas, pues carece de la menor prueba.

—¡Pide usted pruebas!—exclamó Natacha, poniéndose en pie de repente—. Cuando se presentó a hacerme la propuesta de matrimonio, no podía obrar de otra manera. Precisaba tranquilizar a su hijo, evitarle cargos de conciencia, para que pudiera darse por completo a Katia.

—De haber querido engañarla—aseguró el príncipe, sarcásticamente—, ése hubiera sido mi proceder. No hay duda de que posee usted gran perspicacia, pero para acusar de esa forma deben tenerse pruebas.

—¿Desea usted más pruebas que su forma de actuar anterior, cuando trataba de quitarme su cariño? El que incita a su hijo a dejar de lado las obligaciones con tal de obrar por interés, por dinero, ése le corrompe. Se refirió usted a lo mísera que era la escalera y el alojamiento, pero no nos dice que contribuyó a ello mediante el hambre y la miseria. Nadie más que usted provocaba esta forma de vida tan deficiente, y ahora, dando muestras de doblez, le reprocha eso mismo a su hijo. ¿Cómo es posible que tenga ahora estos pensamientos? Durante los pasados tres días no hice otra cosa que ir y venir por la habitación, pensando a fondo en todo lo ocurrido. Recordé sus menores palabras y gestos, y al fin me convencí de que usted no obraba sinceramente, sino que llevaba a cabo una burla indigna, una comedia vil. Hace tiempo que le conozco, hasta tal punto que cada vez que Aliocha llegaba después de verle a usted, yo podía advertir en su semblante lo que usted le había sugerido. Sé los métodos que utiliza usted para influir sobre él. Pero no volverá a engañarme. Quizá tenga ahora otros proyectos, y yo no esté al corriente de lo que se pro-

pone hacer. Da lo mismo, lo que interesa es que ya me ha engañado en una ocasión. Todo esto es lo que deseaba decirle claramente, sin rodeos.

—¿Ha terminado? Son ésas las pruebas que puede presentar? Le ruego que piense un poco, y que no se exalte. Dése cuenta de que la propuesta que le hice el martes suponía un gran compromiso para mí. De haber pensado como usted dice, habría cometido una gran imprudencia.

—¿En qué se comprometía? ¿Acaso suponía un perjuicio para usted, el engañarme? No, para usted no tenía importancia, ofender a una pobre desgraciada a la que su padre ha rechazado, que está indefensa y sin ayuda. No podía tener contemplaciones de ninguna especie, si esta comedia podía suponerle una obligación, por reducida que fuera.

—Le pido que piense la situación en que se coloca, Natacha Nicolaievna. Asegura que la he ofendido, pero parece imposible admitir que una persona pueda inferir una ofensa tan degradante como ésa. Unicamente el que ha renunciado a todo es capaz de aceptar pasivamente semejante agravio. Le ruego que me disculpe, pero si le hago estas reconvenciones es porque trata de enfrentar a mi hijo contra mí. Si es cierto que él no me replica, en cambio estoy seguro de que va contra mí.

—Eso no, padre mío—repuso enérgicamente Aliocha—. No me enfado contigo porque tengo la seguridad de que no has querido ofenderla, de que no eres capaz de injuriar tan gravemente a una persona.

—Ya lo oye usted—manifestó el príncipe.

—Es mía la culpa, Natacha. No debes acusarle. Sería algo injusto, terrible.

—¿Te das cuenta, Aliocha? Ya estás frente a mí—manifestó Natacha.

—Terminemos con esta desagradable escena—declaró el príncipe—. Este acceso de celos sobrepasa lo razonable, y me da un claro indicio sobre su verdadero

carácter. Debo tomar precauciones, pues advierto que me apresuré demasiado. Usted no ha llegado a darse cuenta de que me ofendió, puesto que le es indiferente. Reconozco que me he adelantado al tomar decisiones, pero por sagrada que sea mi palabra, como padre debo antes cuidar del bienestar de mi hijo.

—Entonces, ¡retira usted su palabra!—exclamó Natacha, exasperada—. Y además parece sentirse contento de poder aprovechar la ocasión. En tal caso le diré que ya hace dos días, cuando me encontraba sola en esta habitación, resolví devolverle su palabra. Ahora lo confirmo delante de los presentes, y le digo que no acepto la proposición de boda con su hijo.

—En tal caso, creo que pretende usted despertar en Aliocha las antiguas inquietudes, el sentido de la responsabilidad, con objeto de tenerle atado de nuevo, igual que antes. Eso es lo que se deduce de sus palabras. En fin, más vale no hablar de estas cosas, y que el tiempo decida. Aguardaré un momento en que estemos más serenos para poner todo en claro, pues tengo confianza de que nuestras relaciones no se romperán para siempre. También espero que tendrá un mejor concepto de mí, más adelante. Tenía intención de explicarle lo que proyecto acerca de su padre, y se hubiese dado cuenta de que... Pero será mejor dejarlo todo como está.

El príncipe se volvió hacia mí y me dijo:

—Iván Petrovich, considero que en estos momentos me resulta más necesario que nunca establecer vínculos de amistad entre usted y yo. ¿Consentirá en que vaya a visitarle a su casa un día de éstos?

Contesté inclinando la cabeza, puesto que no podía negarme. El príncipe me estrechó la mano, hizo una breve reverencia a Natacha y salió de la habitación con aire de persona a la que han ofendido.

CAPITULO IV

Durante varios minutos reinó un completo silencio. Pensativa, sumida en sus reflexiones, Natacha tenía un aspecto abatido. De pronto sus fuerzas parecían haberla abandonado, y miraba hacia adelante, pero sin ver nada, mientras retenía con fuerza la mano de Aliocha. El joven continuaba sollozando quedamente, y en ocasiones miraba a Natacha con una mezcla de prevención y curiosidad.

Después comenzó a prodigarle tímidos consuelos, y le rogó que no se apenase. No hacía más que acusarse a sí mismo, al tiempo que disculpaba a su padre. Aunque mostraba deseos de hablar, no se atrevía a hacerlo por miedo a que Natacha volviera a encolerizarse. Una y otra vez le juró amor eterno, y afirmaba que sus relaciones con Katia eran sólo fraternas, pues la consideraba como una joven buena y simpática, si bien no podía abandonarla por completo, ya que eso hubiera supuesto una grosería y una desconsideración. Estaba seguro de que en cuanto las dos jóvenes se conocieran, inmediatamente serían amigas y no se separarían nunca más. Entonces no habría la menor sombra entre ellos. Esto le confortaba, y realmente era sincero cuando lo decía. Incapaz de entender el motivo por el cual Natacha se mostraba recelosa, no había llegado a entender a fondo lo que dijera su padre. Sólo sabía que habían discutido, lo que le disgustaba profundamente.

—¿Te parece que no he sido justa con tu padre? —inquirió Natacha.

—No podría criticarte eso, puesto que yo tengo la culpa de todo lo que ocurre—contestó él, sin disimular su amargura—. Te he irritado, y tú le acusaste a él porque querías disculpar mi comportamiento. Me tratas con demasiada indulgencia, y lo cierto es que no lo merezco. Era necesario que surgiera un culpable, y creíste que debía serlo él. Sin embargo, no tiene culpa alguna, y sólo lamento que haya venido para esto. Nunca imaginó lo que iba a ocurrir, estoy seguro.

Vio Aliocha que la joven le observaba con tristeza, y volvió a desanimarse.

—Perdóname, no volveré a pronunciar una palabra. Tengo la culpa de todo.

—Lo único cierto, Aliocha es que tu padre se ha interpuesto entre tú y yo, y ha destruido nuestra felicidad, todas nuestras esperanzas de vida futura. Confiaste siempre en mí, y ahora, en cambio, acaba de llenar tu alma de desconfianza, hasta el punto que me acusas y recelas de mí. Sé que me ha robado buena parte de tu cariño.

—Te suplico que no hables así, Natacha—manifestó el joven.

—Tu padre pone en juego una bondad fingida, una generosidad que no siente. Cuanto más tiempo pase, irá enfrentándote conmigo.

—No puede ser cierto eso, Natacha. Al decir que se había precipitado con lo nuestro, se hallaba desesperado. Estoy seguro de que mañana o pasado nos pedirá disculpas. De todos modos, si pretende oponerse a nuestra boda, puedes estar segura de que no le haré caso. Sacaré fuerzas de flaqueza. Además, sé quien puede ayudarnos. Katia puede hacerlo, y te darás buena cuenta de la muchacha ejemplar que es. Advertirás que no tiene intención de separarnos, que no rivaliza contigo. Has sido injusta al afirmar que soy de los que al poco tiempo de casados se olvidan de su esposa y no la aman. No sabes lo que me dolieron esas palabras tuyas. Créeme que no soy así. En realidad, al ir a casa de Katia con relativa frecuencia, era porque...

—No prosigas, Aliocha. No te impido que vayas cuando desees, y no me refería a eso. Veo que no terminas de comprenderme. Es necesario que aceptes la dicha donde se te presente. Nunca podría exigirte más de lo que pudieras darme.

En ese momento se presentó Mavra y dijo:

—¿Sirvo el té, o no? El samovar hierve desde hace ya más de dos horas. Es casi medianoche.

La criada hablaba ásperamente, sin consideración alguna. Podía verse fácilmente que se hallaba malhumorada, enfadada con Natacha. La culpa de todo la tenía el estado de euforia en que había vivido unos días antes, desde el martes, al saber que su señorita, por la que sentía un afecto inmenso, iba a casarse dentro de poco. Ya había extendido la nueva por todo el edificio y por el vecindario, relatando que el príncipe era todo un personaje, un general considerablemente rico, que estuvo de visita en casa para pedir la mano de su ama personalmente, para su hijo. Todo eso, aseguró Mavra, lo había escuchado con sus propios oídos. Pero de repente, todo el castillo se venía abajo; el príncipe se marchaba indignado, y sin duda había sido su señorita la que tuvo la culpa de aquel suceso, ya que Mavra la oyó dirigirse al príncipe con muy poco tacto.

—Puedes servir el té—declaró Natacha.

—¿Traigo los entremeses?—preguntó Mavra.

—Sí, también.

—Con todos los preparativos que había hecho... —dijo la criada, refunfuñando—. Desde ayer estoy sin parar, yendo de un lado al otro. Hasta fui al Nevski a por vino. Y luego, después de tanto trajinar...

Sonrojóse Natacha y me miró extrañamente.

Con el té se sirvieron los entremeses, compuestos

por carne de caza, pescado y dos botellas de un estupendo vino que procedía de casa Eliseiev.

Me pregunté para qué habrían preparado aquellos manjares.

—¿Te das cuenta de cómo soy, Vania?—murmuró Natacha, con voz emocionada—. Sospechaba que iba a pasar esto, y sin embargo, tenía esperanzas de que ocurirera de otra forma. Esperaba que llegase Aliocha y que entonces haríamos las paces y comprobaría que mis sospechas no tenían fundamento. Por eso dije que preparasen una buena merienda. Había pensado que la reunión iba a ser prolongada.

La pobre muchacha parecía sumamente azorada. Aliocha tuvo uno de sus arrebatos de vehemencia.

—¿No te lo decía, Natacha? Hace dos horas ni siquiera creías seriamente en esas sospechas. Pero debemos aclarar esta situación. El culpable soy yo, de modo que me corresponde solucionar el asunto. Déjame que vaya en seguida a ver a mi padre, Natacha. Es menester que lo haga, pues he visto que se siente muy ofendido. Le daré toda clase de explicaciones, y sólo hablaré por mí mismo, sin mezclarte a ti para nada. Regresaré mañana temprano y no volveré a separarme de ti en toda la jornada. Además, no iré a ver a Katia.

Natacha no hizo nada por detenerle. Más bien le dijo que podía irse, si lo deseaba. Tras lo que había pasado, le daba miedo que Aliocha se quedase junto a ella varios días y llegase a aburrirse. Unicamente le rogó que no hablase nada en nombre de ella. Procuraba sonreír a toda costa a Aliocha. Este ya se marchaba, cuando regresó al lado de ella, le cogió las manos, y con infinita dulzura le dijo:

—Cielo mío, mi Natacha, no te disgustes conmigo. No debemos pelearnos jamás. Prométeme que creerás siempre lo que te diga, y yo también te creeré, igualmente. Mira, te voy a contar una cosa: un día reñimos tú y yo, aunque no recuerdo el motivo. Probablemente

tuve yo la culpa y no quise reconocerlo. Entonces anduve vagando por las calles, muy triste, sin ir a ver siquiera a mis amigos. No te puedes hacer una idea de lo que aquello pesaba en mi ánimo. Luego me puse a cavilar en lo que pasaría si caías enferma y te morías. Cuando pensé esto, me invadió una desesperación inmensa, como si en verdad te hubiese perdido definitivamente. Los pensamientos se me hacían cada vez más horribles y me atormentaban a todas horas. Incluso llegué a imaginar que me encontraba encima de tu tumba, que la rodeaba con mis brazos y que mi angustia era indescriptible.

»Imaginé que besaba la tierra que cubría tu tumba, y que te llamaba suplicando que salieras de allí, aunque sólo fuera un instante. Pedí a Dios de rodillas que hiciera el milagro de concederte nueva vida, para que de esa forma pudiera estrecharte entre mis brazos una vez más. Me parece que hubiese muerto de felicidad, de haber podido abrazarte en ese momento, como antes. Entonces pensé de improviso: «Estoy rogando a Dios que me la envíe por un momento, y en cambio, en los seis meses que estamos viviendo juntos, hemos reñido muchas veces, y nos hemos pasado muchos días sin hablar. Nos dejamos llevar por la ira, disputando durante jornadas enteras, desperdiciando nuestra dicha. Ahora pretendo que salga de su tumba por un momento, y sería capaz de dar la vida por lograrlo.» En cuanto pensé esto corrí a buscarte, y así he llegado aquí. Me estabas aguardando, y al darnos el abrazo de reconciliación te apreté fuertemente contra mí, como si realmente fuese a perderte. Por favor, Natacha, no volvamos a reñir. No imaginas el dolor que eso me produce. ¿Cómo crees, por un momento, que yo puedo abandonarte?

Las lágrimas corrían por el rostro de Natacha. Se dieron un beso, y Aliocha juró formalmente que estaría siempre al lado de ella. Luego corrió a casa de su pa-

dre, seguro de que todo se solucionaría del mejor modo posible.

—Todo ha concluido—me dijo luego Natacha, oprimiéndome con fuerza una mano—. Sé que me quiere, y que no dejará de quererme; sin embargo, también quiere a Katia, y no tardará en amarla más que a mí. El príncipe, ese hombre sin escrúpulos, no se quedará inactivo, y entonces...

—Estoy de acuerdo contigo en que el príncipe no procede rectamente, pero...

—Me he dado cuenta de que tú tampoco crees que es cierto lo que dije. Aguardemos, y podrás comprobar hasta qué punto tenía yo razón. No hice más que una generalización, pero sólo Dios sabe lo que tramará ese hombre. Durante el tiempo que estuve aquí sola, meditando, me he dado cuenta de los planes que tiene en la mente. Necesita aliviar a su hijo de la pena que le abruma, y relevarle de las obligaciones que yo le he creado. Trazó el proyecto de la boda con el fin de inmiscuirse en nuestras vidas, influyendo directamente sobre nosotros y conquistando a su hijo por medio de su fingida grandeza de alma.

La joven se expresaba con firmeza, aunque parecía seguir embebida en sus pensamientos.

—Tengo la certeza de que ocurre tal como yo pienso. Conozco bien a Aliocha, quien una vez casado diría: «Al fin es mi mujer, y para toda la vida». Sin darse cuenta había concedido más atención a Katia. Estoy bien segura de que el príncipe ha instruido debidamente a esa joven, al advertir que su carácter se adaptaba más al de Aliocha que el mío, y que podría cautivarle mejor que yo... Te aseguro, Vania, que ahora sólo deposito en ti mis esperanzas. El príncipe desea establecer amistad contigo. No se la niegues, y procura entrar en casa de la condesa, pues de ese modo te será posible conocer a Katia, la observarás bien y me dirás qué te parece. Trata de averiguar hasta dónde llega la amistad

que se profesan, y de qué hablan. Y por encima de todo, te pido que observes bien a Katia. Concédeme esta prueba de amistad, una vez más, querido amigo Vania. Sólo en ti puedo tener confianza.

Pasaba ya de la medianoche cuando volví a casa. Nelly me abrió la puerta, medio dormida. No obstante, me prodigó una sonrisa y me miró con gesto de contento. Le contrariaba haberse dormido, ya que hubiese preferido esperarme en pie. Me contó que se había presentado un señor preguntando por mí, y que después de estar un rato aguardándome se marchó tras dejar una nota sobre mi escritorio. La nota estaba firmada por Masloboiev, y en ella me decía que pasara por su domicilio al día siguiente, a la una.

Tuve deseos de interrogar a Nelly, pero resolví dejarlo para el día siguiente, y le dije que se fuera a acostar, ya que la pobre apenas podía contener el sueño.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente Nelly me contó algunos detalles singulares acerca de lo ocurrido el día anterior. Ya resultaba sorprendente la visita de Masloboiev, sabiendo él que yo no estaría en casa a tales horas, como le había dicho. Nelly dijo que al principio no quería abrir, ya que eran las ocho de la noche y tenía miedo. Pero Masloboiev le rogó que abriera, pues si no me dejaba una carta, aseguró me ocurriría un grave percance al día siguiente. Por fin la chiquilla le dejó entrar, escribió él la nota, y luego fue a sentarse en el sofá, junto a Nelly.

—Me levanté del diván —manifestó la niña—. No quería contestarle porque tenía miedo. Aseguró que la señora Bubnova estaba muy enfadada, pero que no se atrevería a ir a buscarme allí. Después me habló de usted; dijo que era muy bueno y que se conocían casi desde niños. Entonces ya empecé a hablarle. Me dio unos caramelos y me pidió que cogiese alguno, pero no quise. Aseguró que no era malo, que sabía cantar y bailar muy bien, y para demostrármelo comenzó a bailar en medio de la habitación. Resultaba muy divertido. Se empeñó en esperarle a usted; trató de quitarme el miedo y me pidió que me sentara junto a él. Le obedecí, pero sin decirle nada. Él seguía hablando y me contó que conoció a mi madre y a mi abuelo. Estuvimos charlando los dos. Se quedó aquí casi dos horas.

—¿De qué estuvisteis hablando?

—De mamá, de la señora Bubnova, del abuelo. Creo que estuvo unas dos horas, antes de marcharse.

Me dio la impresión de que la pequeña no deseaba contarme lo que habían estado hablando, y no quise importunarla con más preguntas. Ya me enteraría después por el mismo Masloboiev. Era lógico pensar que hizo la visita esperando encontrar sola a la chiquilla. ¿Qué motivos tendría?

Riéndose, Nelly me mostró los caramelos que le había dado Masloboiev. Estaban envueltos en papel rojo y verde, y no eran de buena calidad. Probablemente los compró en la tienda de la esquina.

—¿Por qué no te los comiste? —le pregunté a Nelly.

—No me gustan —repuso ella, arrugando el entrecejo—. Yo no los cogí, pero él los dejó en el diván.

Como ese día yo tenía bastantes cosas que hacer, dije adiós a la niña.

—¿Te aburres cuando te quedas sola, Nelly? —le pregunté cuando iba a salir.

—A veces. Sobre todo lo siento cuando usted está mucho tiempo fuera de casa.

Al decir esto me miró con afecto, como lo había hecho desde que nos levantáramos esa mañana. Pero al mismo tiempo se mostraba reservada, tímida, como si no quisiera llevarme la contraria, por temor a perder mi aprecio. Tampoco parecía querer mostrarse demasiado comunicativa.

—¿Y qué haces cuando te aburres? —le contesté sonriendo a causa del mucho cariño que le había tomado.

—Pues... hago una cosa —contestó sin dejar de sonreír, visiblemente turbada.

—Es un secreto, ¿verdad? —dije yo.

—Bueno, no... Cuando me quedo sola, lo que hago es leer su libro —declaró en voz muy baja, alzando la mirada y observándome llena de rubor.

—Eso me parece muy bien —repuse—. Bueno, ¿qué

te ha parecido mi libro —le dije, y sentí la tentación de darle un beso, pero me contuve y no lo hice.

—¿Por qué se muere? —preguntó muy triste, y tras mirarme brevemente, bajó la vista, de nuevo cohibida.

—¿Quién?

—El joven de su libro. Ese que está enfermo del pecho.

—No había más remedio. El argumento exige que suceda de esa forma.

—No, no era necesario —dijo ella, con voz apenas audible. Luego en su rostro apareció una expresión de enfado. La chiquilla siguió mirando tozudamente al suelo.

Pasaron unos segundos.

—¿Y ella? Es decir, ellos... la chica y el viejo —musitó, mientras me tiraba con fuerza de la manga—. ¿Vivirán juntos? ¿Seguirán siendo pobres?

—No, pequeña. Ella terminará por casarse con un propietario; pero el anciano se quedará solo —repuse lleno de pesadumbre, porque no podía decirle nada más agradable.

—¡Qué pena! Entonces no quiero terminar de leer su libro.

Soltó mi mano y me volvió la espalda. Después acercóse a la mesa y allí se quedó con la cabeza gacha, respirando afanosamente.

—¿Por qué te enfadas así, Nelly? —le dije, y me aproximé a ella—. Ten en cuenta que lo que digo en mi libro no ocurre de verdad, sino que es imaginario. No debes disgustarte. Eres demasiado sensible.

—No, si no estoy enfadada —respondió tímidamente, mirándome con gesto más apacible.

Inmediatamente se apoderó de mi mano, apoyó la cabecita en un hombro y se echó a llorar. Al momento, sin embargo, comenzó a reírse, a pesar de que las lágrimas aún resbalaban por sus mejillas. Yo también me sentía contento y triste a la vez. La chiquilla no

quería mirarme, y aunque traté de apartarle la cabeza de mi hombro, ella apretaba con más fuerza, sin dejar de reír.

Por fin tuve que terminar con aquella pequeña escena sentimental, y le dije adiós, pues tenía prisa. Aún turbada, con las mejillas ardiendo, Nelly corrió tras de mí hasta la escalera y me pidió que volviese pronto. Le dije que lo haría en cuanto pudiera; antes de la comida, de todos modos.

En primer lugar me dirigí hacia la casa de los padres de Natacha. Los encontré enfermos a los dos, especialmente a Ana Andreievna. Su marido se encontraba en su cuarto y sin duda me oyó llegar, pero estaba seguro de que, como solía hacerlo, primero dejaría que hablásemos Ana Andreievna y yo, y aproximadamente un cuarto de hora más tarde saldría de su habitación.

Conté a la pobre mujer lo sucedido en casa de Natacha, la velada anterior, pero con objeto de no apenarla excesivamente, suavicé el relato todo lo que pude. Me sorprendió bastante, el que a pesar de la natural aflicción, Ana Andreievna no se mostrase excesivamente asombrada cuando le anuncié que había una posibilidad de ruptura.

—Ya lo suponía —declaró llena de tristeza—. En cuanto te fuiste el otro día, y pensé un momento en lo que me habías dicho, me di cuenta de que la boda no se realizaría. Lo tenemos bien merecido, a los ojos del cielo. Por otra parte, de un granuja como ese hombre nada bueno podíamos esperar. A nosotros, que nada le hemos hecho, nos quita diez mil rublos, lo que no es una suma despreciable. No vacila en dejarnos sin pan con tal de poder vender nuestra hacienda. Mi hija hace muy bien al no confiar en él. Por otra parte —dijo, bajando mucho la voz—, mi marido está en contra de ese matrimonio. A toda costa quiere impedirlo. Creí que era sólo por hablar, pero ahora me he dado cuenta de que va en serio. ¿Qué le pasará a mi pobre hija? Su pa-

dre va a maldecirla para siempre, Vania. Y a todo esto, ¿qué dice Aliocha?

Como de costumbre me hizo unas cuantas preguntas, y a cada contestación que le daba, suspiraba y se quejaba. Ana Andreievna no se encontraba bien de salud, últimamente, y cualquier nueva desagradable le causaba honda impresión. Las penas que le producía su hija le echaban a perder aún más la salud.

En ese momento se presentó en la habitación Nicolás Sergueitch, que llegaba en bata y zapatillas. Dijo que se sentía febril, pero miró a su mujer tiernamente. Durante los momentos que estuve al lado de ellos la atendió solícitamente, como una niñera lo hace con una criatura. Estaba muy asustado al verla enferma. Se daba cuenta de que si la perdía, todo habría acabado para él.

Casi una hora estuve con los dos ancianos. Cuando me marchaba, Nicolás Sergueitch me acompañó hasta el vestíbulo y me preguntó por Nelly. Había resuelto tenerla en casa, como si fuera una hija. Preguntó de qué forma lograríamos convencer a Ana Andreievna para que aceptase a la chiquilla. Quiso saber acerca de ella, y me preguntó si había hecho más averiguaciones sobre su caso. Entonces le dije brevemente lo que sabía. Me di cuenta de que mi relato le había impresionado.

—Tenemos que volver a hablar de este asunto —afirmó resueltamente—. En cuanto me sienta mejor iré a verte y nos decidiremos.

Daban las doce cuando llegué a casa de Masloboiev. Recibí una gran sorpresa cuando vi que el príncipe se estaba poniendo el gabán en el vestíbulo, ayudado solícitamente por Masloboiev. Estaba al corriente de que mi viejo amigo conocía al príncipe, pero no esperaba hallarle en su casa.

El padre de Aliocha pareció algo contrariado al verme, pero dijo con exagerada amabilidad:

—Vaya, es usted... ¡Qué encuentro más inesperado! Justamente acabo de enterarme de que usted conocía al

señor Masloboiev. Tenía deseos de verle. Un día de éstos pasaré por su casa, si me lo permite. Debo pedirle que me ayude a poner en claro lo que está sucediendo. Bueno, imagino que se da cuenta de que estoy hablando de lo ocurrido ayer. Es usted amigo de mi hijo y de ella, y está al corriente de todo. Siento de verdad no poder ir a verle inmediatamente, pero ya sabe lo que son los negocios. En fin, no estaré mucho tiempo sin pasar por su casa, se lo aseguro.

Estrechó mi mano con excesiva cordialidad, a mi entender. Cambió una mirada con Masloboiev y en seguida se marchó de la casa.

En cuanto mi amigo y yo estuvimos a solas, pasamos adentro y le dije con ansiedad:

—Por favor, te ruego que me expliques...

—Imposible. No puedo decirte nada —me interrumpió Masloboiev, y después de coger rápidamente su gorra, volvió otra vez al vestíbulo, mientras agregaba—: Tengo muchas cosas que hacer. Me marcho.

—Sin embargo, me dijiste que viniera a verte este mediodía.

—Es cierto, ayer te escribí, pero por otra parte a mí me han escrito hoy, y pasa algo tan serio que hasta la cabeza me da vueltas. Lo siento, Vania, pero me están esperando. Lo único que puedo decirte es que merezco una paliza por haberte molestado sin motivo. Si tienes deseos de vengarte, pégame, pero date prisa, pues tengo que irme en seguida.

—No; nada sacaría pegándote. Si tienes prisa, márchate. A cualquiera puede salirle un asunto imprevisto. Sin embargo...

—Escucha, de todos modos, tengo que hablarte —declaró, mientras se colocaba el gabán rápidamente, haciendo yo lo mismo—. Debo hablarte de algo importantísimo que se relaciona con tus intereses. Ése fue el motivo de que te hiciera venir; pero en unos segundos no puedo referírtelo. Te ruego que vuelvas a casa esta

noche a las ocho precisamente, y con toda puntualidad. Estaré aguardándote.

—¿Justamente a las ocho? — repuso, vacilando —. Tenía intención de ir...

—Vete ahora a ese lugar, y regresa aquí a la hora que te dije. Es algo que te asombrará, Vania.

—Por lo menos, adelántame algo. Has suscitado mi curiosidad.

Cuando ya estábamos en la calle, Masloboiev me preguntó:

—¿Puedo contar contigo, a esa hora?

—Desde luego.

—No, debes darme tu palabra.

—Eres muy especial. Bueno, te lo prometo.

—Perfectamente. Y ahora ¿a dónde te diriges?

Señalé hacia la derecha y contesté:

—Voy por ahí.

—Y yo por ese otro lado—declaró, señalando hacia la izquierda—. Hasta pronto, Vania, y no te olvides: esta noche, a las ocho.

Cuando se iba alejando, pensé: «¡Qué raro es todo esto!»

Había decidido ir a ver a Natacha precisamente a la hora en que me citara mi amigo. Por consiguiente, resolví ir a visitarla inmediatamente. Esperaba hallar a Aliocha, y vi que no me había equivocado. El joven se alegró mucho de verme. Estaba muy cariñoso y considerado con Natacha, y ella trataba de aparentar alegría, por más que se le notaba que lo hacía forzadamente. La vi muy pálida, con aspecto enfermizo. Seguramente había dormido mal la noche anterior. De todas formas, observé que se mostraba más cariñosa que de costumbre con Aliocha.

El joven hablaba sin cesar, y parecía querer alegrar a Natacha, hacerla sonreír con algo más de naturalidad. Trataba de no hablar de Katia y de su padre. Seguramente había fracasado la tentativa de reconciliación.

Cuando Aliocha salió para decir algo a Mavra, Natacha lo aprovechó y me dijo:

—Sé que desea marcharse, pero no se atreve a hacerlo. Yo tampoco quiero forzarle a que se quede, pues entonces lo haría contra su voluntad. No puedes imaginar el temor que tengo de que llegue a aburrirse junto a mí, y que deje de quererme. ¿Qué me aconsejas, Vania?

—¡Dios mío, qué forma de complicaros la vida!—repuse—. No dejáis de espiaros los unos a los otros. Más vale que habléis con franqueza, y lo aclaréis todo de una vez. Tal como van las cosas, terminará aburriéndose.

—Es que no sé qué hacer—dijo Natacha, llena de inquietud.

—Aguarda, trataré de arreglarlo.

Me encaminé a la cocina con la disculpa de que quería que Mavra me limpiara los chanclos, que estaban llenos de barro.

Natacha me dijo:

—Ten prudencia, Vania.

Al verme entrar, Aliocha se acercó a mí como si estuviera esperándome impaciente.

—Querido amigo Vania, le pido que me ayude en esta delicada circunstancia. Prometí ayer que iría a ver a Katia a estas horas. Amo a Natacha de todo corazón, y hasta sería capaz de morir por ella, pero tampoco estaría bien que abandonase a Katia para siempre.

—En tal caso, márchese.

—Entonces Natacha se disgustaría. Por favor, ayúdeme a salir de aquí.

—Lo mejor que puede hacer es marcharse. Ya sabe cómo le quiere Natacha. Si sigue usted aquí, ella se apenará al darse cuenta de que está a la fuerza. Más vale actuar con sencillez. Acompáñeme, voy a ayudarle.

—Es usted un excelente amigo.

Entramos los dos en la sala, y poco después dije a Aloicha:

—He visto a su padre hace un momento.

—¿Dónde? —preguntó inquieto.

—Fue un encuentro casual, en la calle. Me prometió que nos veríamos con más frecuencia. A propósito, desea verle lo antes posible para comunicarle algo urgente.

—Entonces, vete corriendo a buscarle —manifestó Natacha, dándose cuenta de mis intenciones.

—¿Dónde puedo encontrarle ahora? —inquirió él—. ¿En su casa, quizá?

—Recuerdo que dijo que iría a ver a la condesa.

—La verdad, no sé qué hacer —dijo ingenuamente el joven, mirando a Natacha.

—No hay ningún problema. Debes ir, pues no deseo que abandones a tus amistades para dejarme contenta. Sería un recurso infantil, e incluso quedarías muy mal con Katia. Puesto que sois amigos, no podéis romper las relaciones sin más ni más. Además, me ofenderías si creyeras que mis celos llegan a tal extremo. Anda, cariño, vete en seguida a buscar a tu padre. Así también le tranquilizarás a él.

—¡Natacha, ángel mío! Valgo menos que tu dedo meñique! —exclamó Aliocha, muy contento, aunque arrepentido a la vez—. Eres muy buena, mientras que yo... Sí, debes saberlo, he rogado a Iván Petrovitch que me preste su ayuda para poder irme de aquí, y se le ocurrió este procedimiento. Perdóname, vida mía, pero no creas que la culpa es toda mía. Te amo mil veces más que a cualquiera. Pero, se me ocurre una idea; voy a contar a Katia lo que ocurrió en esta casa ayer, y le diré cómo están las cosas actualmente. Ya encontrará ella alguna forma de salvarnos, pues la tenemos totalmente de nuestra parte.

—Entonces, no te retrases más —dijo Natacha, sonriendo—. Creo que me gustará conocer a Katia. ¿Será posible arreglar una entrevista?

La propuesta de Natacha llenó de gozo al joven, que

inmediatamente comenzó a hacer toda clase de proyectos. Le pareció muy sencillo solucionarlo, tratándose de Katia. Habló lleno de ardor y aseguró que volvería con la contestación de su amiga en un par de horas, quedándose con Natacha el resto de la velada.

—¿De verdad que vendrás? —le preguntó Natacha, cuando le acompañaba a la puerta.

—Desde luego. Adiós, Natacha, adorada mía. Adiós, Vania. Oh, perdóneme esta familiaridad. Mire, Iván Petrovitch, ya que somos muy amigos, podíamos tutearnos.

—Por mi parte, encantado.

—Muchas veces pensé en decírselo, pero no terminaba de decidirme. ¿Lo ve?, ya estoy tratándole de «usted» de nuevo. Es que no resulta tan fácil tutear a una persona. Tolstoi describe magníficamente una escena de este tipo. Dos personas resuelven tutearse, pero no se deciden, y evitan las frases en que deben usar los pronombres. Sí, Natacha, tenemos que leer de nuevo *Infancia y Adolescencia*. Es un libro magnífico.

—Está bien —dijo ella, riéndose—, pero ahora es mejor que te marches.

Pero el gozo del joven le hacía hablar sin tasa, retrasando su marcha.

—Sí, sí, adiós —manifestó al fin—. Estaré aquí dentro de un par de horas.

Y tras besar la mano de Natacha se marchó apresuradamente.

—¿Te das cuenta, Vania? —musitó Natacha, y se echó a llorar amargamente.

Permanecí a su lado casi dos horas, procurando que se serenase. Por fin lo conseguí. Me di cuenta de que las aprensiones de la joven estaban plenamente justificadas. Sentía oprimírseme el corazón cuando pensaba en la situación en que se hallaba. Sin embargo temía no poder hacer nada por ella.

Es cierto que Aliocha no había dejado de quererla;

por el contrario, parecía amarla cada vez con mayor pasión. Pero no cabía duda de que otro amor se estaba abriendo paso en su corazón, no menos firmemente. No resultaba fácil adivinar en qué podía terminar aquello. Hasta yo sentía curiosidad por conocer a Katia, y pedí a Natacha que me la presentaran a su debido tiempo.

Poco antes de marcharme, Natacha casi había olvidado sus pesares, lo que conseguí hablándole de Nelly, de Masloboiev y la Bubnova, así como del encuentro con el príncipe cuando fui a casa de Masloboiev, y de la entrevista que tenía con mi amigo para las ocho de esa tarde. La joven dio muestras de estar muy interesada. Casi no dijo nada de sus padres, y omití lo de la visita de Nicolás Sergueitch y su intención de batirse en duelo, ya que ello podía aumentar las preocupaciones de Natacha.

Se asombró bastante al saber que el príncipe y Masloboiev se conocían. En cuanto a los deseos de aquél de afianzar su amistad conmigo, resultaban naturales, teniendo en cuenta la situación.

Regresé a casa a las tres, y Nelly me acogió con gozoso semblante.

CAPITULO VI

Llegué a casa de Masloboiev a la hora convenida, y me recibió lleno de alegría y prodigándome fuertes abrazos. Noté que se encontraba algo bebido, aunque lo que más me llenó de asombro fue ver todo lo que había preparado para recibirme. Sobre una mesa cubierta con un espléndido mantel, se hallaba hirviendo un samovar de cobre dorado. El servicio de té era de cristal, plata y porcelana, y relucía bajo la luz. Había otra mesa en la que se veía un gran surtido de golosinas de todas clases: bombones, dulces y jarabes de Kiev, mermeladas, frutas escarchadas, nueces, avellanas y almendras, además de naranjas y manzanas.

Otra mesa, cubierta con un mantel inmaculadamente blanco, presentaba entremeses de una variedad abrumadora: caviar, quesos, empanadillas, salchichón, jamón ahumado, pavo trufado, y numerosas botellas de licores excelentes con etiquetas de hermosos colores: verdes, ambarinas, rojas, doradas. Por último, en un rincón había un velador con dos recipientes en los que se refrescaban dos botellas de champaña. A un lado de los recipientes se veían tres botellas de las más costosas de la bodega de Eliseiev. Una era de Sauternes, otra de Lafitte, y la última de un excelente coñac.

Ante la mesa del té se encontraba sentada Alejandra Seminiovna. Se había arreglado con encantadora sencillez, aunque su vestido era el resultado de un cuidadoso estudio. Se daba cuenta de lo que le sentaba bien, y no

disimulaba su satisfación. Cuando entré en la habitación, se levantó y me recibió con ademán solemne. Su fresco semblante reflejaba una gran alegría.

Por su parte, Masloboiev vestía una elegante bata, lucía camisa inmaculada y se calzaba con unas hermosas babuchas chinas. Sus gemelos dorados refulgían cuando movía las manos. Iba peinado a la moda, con la raya a un lado, como se usaba en esos días.

No pude disimular mi asombro, y me quedé inmóvil en el centro de la habitación, con la boca abierta, mirando un poco a Masloboiev y otro poco a Alejandra Seminiovna, que parecía cada vez más satisfecha.

—Pero, ¿qué ocurre aquí? ¿Vas a dar una fiesta esta noche? —inquirí, estupefacto.

—De ningún modo; sólo te esperábamos a ti —repuso él, seriamente.

—En tal caso, ¿a qué viene todo esto? —manifesté, al tiempo que señalaba las mesas cubiertas de manjares—. Hay aquí alimentos para todo un regimiento.

—Y por encima de todo, hay buenas bebidas. Te olvidabas de lo más importante.

—Entonces, ¿has puesto todo esto para mí?

—Y para Alejandra Seminiovna. Esto es precisamente obra de ella.

—Ya me lo temía —terció la joven, sin disimular en el fondo su satisfacción—. Acoge una a un invitado como es debido y a pesar de ello se lo reprochan.

—Cuando supo que ibas a venir, comenzó a prepararlo todo desde la mañana. Se tomó un trabajo enorme.

—¿Está mal recibir bien la las visitas? No viene a vernos nadie, a pesar de que tenemos de todo. Al menos, que la gente distinguida advierta que sabemos vivir.

—Descuida, mi amigo se dará cuenta de lo hacendosa que eres —dijo Masloboiev—. Yo mismo, Vania, he formado parte del arreglo doméstico. Me hizo poner

esta camisa de holanda, bordada por ella, y gemelos, babuchas, y una lujosa bata. Hasta me peinó con una pomada que huele a bergamota. Luego quiso perfumarme con una costosa esencia, pero me rebelé e hice sentir todo el peso de mi autoridad de marido.

—La pomada no es de bergamota, sino una pomada francesa que venden en jarritos de porcelana —aclaró ella—. Sea usted nuestro juez, Iván Petrovitch. Jamás me lleva al teatro ni a los bailes, me regala bonitos vestidos, y debo conformarme con ponérmelos y pasear sola por este cuarto. Después de mucho rogarle, el otro día consintió en llevarme al teatro. Ibamos a salir, y me estaba poniendo el chal, cuando él abrió el aparador y se tomó una copa, siguió luego otra, y otra, hasta que no pudo tenerse en pie. Nadie nos viene a ver. De vez en cuando, se presenta una persona a tratar de negocios, pero él no quiere que me entere de nada. Nuestro samovar es magnífico, la vajilla espléndida, y todo son regalos que nos han hecho. Lo único que compramos son las bebidas, pues los embutidos, el jamón y los dulces nos los regalan. Me paso el tiempo pensando que alguien vendrá a visitarnos, y podremos enseñarles todo lo que tenemos. Pero no viene ni un alma. No sé cómo me he molestado en peinar a ese patán. De nada vale. ¿No cree que la bata es demasiado elegante para él? Bah, lo único que le gusta es beber. Antes del té me pedirá vodka, ya verá usted.

—Vaya, tiene razón. Vamos a beber, Vania. Primero una copa de anís, y luego otra de coñac. Después, ya entonados, probaremos otras bebidas.

—¿No se lo decía?

—Tú descuida, querida; beberemos té con coñac, a tu salud.

—¡Lo único que faltaba! —exclamó Alejandra Seminiovna—. Un té imperial, de a seis rublos la libra, que le regaló un comerciante, y va a estropearlo echándole

coñac. No le haga caso, Iván Petrovitch. Le serviré yo, y verá cómo no ha probado nunca nada igual.

La pobre mujer pensaba que iba a estar con nosotros toda la velada. Se pasaba el año esperando visitas en vano, y mi presencia satisfacía sus anhelos. Por desgracia, no entraba en mis planes quedarme allí.

Tomé asiento y dije a mi amigo:

—Escucha, Masloboiev, no he venido de visita. Tengo que hacer, y me dijiste que tenías algo que comunicarme.

—Bueno, aunque se trate de negocios, eso no impide que bebamos como amigos.

—A las nueve y media debo irme. Me esperan precisamente a esa hora.

—¿Serás capaz de desairarnos de esa forma? Mira a Alejandra Seminiovna, no sabe qué decir, la pobre. ¿He consentido en ponerme pomada en el pelo para esto? Piensa en mi sacrificio, huelo a bergamota.

—Eres un bromista, Masloboiev. Pero mira, prometo a Alejandra Seminiovna que vendré a comer con vosotros el próximo viernes, por ejemplo. Hoy, sin embargo, me resulta imposible quedarme. Debo ir a ver a cierta persona. De todos modos, te ruego que me digas lo que pensabas comunicarme.

—Entonces, ¿sólo se quedará hasta las nueve y media? —preguntó Alejandra Seminiovna, poniendo ante mí una taza de fragante té. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Habla en broma, mujercita mía. Ya verás cómo se queda hasta más tarde. Dime, Vania. ¿Cómo puedes pasarte la vida corriendo de un lado para otro? De esa forma se explica que no te quede tiempo para trabajar.

—Dejemos eso de lado. Ya te lo contaré en otro momento. Ahora explícame por qué fuiste anoche a casa. Tú sabías que no iba a estar allí.

—Es verdad que lo sabía, pero no me acordé de ello hasta que entré en tu casa. Quería hablar contigo.

En realidad, iba a satisfacer una petición de Alejandra Seminiovna, que a cada momento me repetía: «Al fin tienes un amigo; debes invitarle a que venga». Por lo tanto recurrí al truco de decir que si no venías te ocurriría algo serio.

Le pedí que no utilizase conmigo semejantes tretas, y que me hablase con sinceridad. Además, la explicación no llegó a satisfacerme.

—¿Por qué te marchaste hace poco? —inquirí.

—Tenía mucho que hacer. Te aseguro que no miento nunca —me contestó Masloboiev.

—¿Algo relacionado con el príncipe, posiblemente? —insistí yo.

En ese momento entró de nuevo en la conversación Alejandra Seminiovna, que sin duda esperaba desde hacía un buen rato mis elogios.

—¿Qué le parece nuestro té? —preguntó.

—Es sencillamente exquisito —repuse—. Jamás he probado un té mejor que éste.

La mujer se apresuró a servirme otra taza, sin disimular su inmensa satisfacción.

—¿Hablas del príncipe? —manifestó Masloboiev—. Vaya truhán sin escrúpulos que es ese hombre. Te voy a decir una cosa, no es que yo sea un cándido, pero en cuanto a decencia, no quisiera ser como es él. En fin, más vale callarse, es todo lo que puedo decirte.

—¿Cómo es eso? Si precisamente he venido a pedirte que me informes acerca de él. Bien, lo dejaremos para una ocasión más propicia, pero sí desearía que me dijeras con qué objeto fuiste ayer a casa, mientras yo estaba fuera, a llevar caramelos a la pequeña Elena y a bailar delante de ella. ¿Qué le dijiste en las dos horas que estuviste allí?

—Elena es una pequeña de once o doce años, que vive de momento en casa de Iván Petrovitch —declaró rápidamente Masloboiev, dirigiéndose a Alejandra Seminiovna. A continuación señaló con el índice a su mujer

y me dijo—: Observa, Vania, mira qué cara ha puesto, al saber que he regalado caramelos a tu chiquilla. Fíjate cómo tiembla de coraje, y esos ojos, que parecen dos brasas. Tienes celos, Alejandra Seminiovna, no puedes negarlo. De no haberle explicado que era una niña de once años, me hubiera arrancado los pelos. ¡Ni la bergamota hubiera bastado para ponerme a salvo!

—¡Y no te salvará!

Y diciendo esto, dio ella un salto, echóse sobre mi amigo y cogiéndole por sorpresa del pelo, comenzó a darle fuertes tirones.

—¡Así! ¡Toma! Aprende a decir ante las visitas que tengo celos!

Estaba acalorada, y aunque bromeaba, mi amigo se vio zarandeado con violencia.

—Es un redomado mentiroso—agregó ella, ya más tranquila y hablando conmigo.

—Este es mi sino, Vania, ya lo ves. Ahora no habrá más remedio que reponerse con un poco de vodka—manifestó mi amigo, con tono de urgencia.

Meintras decía esto se alisaba el pelo con la mano y cogía la botella de vodka. Alejandra Seminiovna, no obstante, se le adelantó. Apoderóse de la botella, le sirvió una copa muy pequeña, y después le dio un golpecito cariñoso en una mejilla. Masloboiev me guiñó un ojo, dio un chasquido con la lengua, y se tomó la bebida despacio. Después se sentó a mi lado, en el diván, y declaró:

—Por lo que se refiere a los caramelos, no resulta fácil de explicar. No sé dónde los adquirí ni el motivo que me impulsó a hacerlo. Me sentía contento, es decir, había bebido algo más de la cuenta. Quizá lo hice para contribuir al desarrollo de la industria nacional, pero no podría asegurarlo. Lo que sí recuerdo es que cuando iba por la calle me caí en el barro. Me tiré del pelo una y otra vez, diciéndome que no valía para nada. No me acordaba de los caramelos, y éstos aún seguían en mi

bolsillo cuando al sentarme en el sofá de tu casa, los sentí en el pantalón. Lo del baile es consecuencia de lo mismo; cuando bebo me suele dar por bailar. Por otra parte, la huerfanita me daba pena y, como no quería hablarme y parecía disgustada, me puse a bailar para que se alegrase un poco.

—Aunque es posible que lo hicieras para que te dijese algo que te interesaba saber, ¿no es cierto? Estuviste casi dos horas con ella, y sé que le dijiste haber conocido a su madre.

Masloboiev me guiñó de nuevo un ojo y sonrió con gesto apicarado.

—Vaya, no has pensado mal—repuso—, pero a pesar de todo te has equivocado. Mira, amigo mío, aunque muchas veces estoy bastante alegre, ten la seguridad de que Filipp Filipitch no querrá engañarte con mala intención.

—¿Lo hará entonces de buena fe?

—No, tampoco. Pero eso son minucias. Tomemos otra copa y vayamos a nuestro asunto.

Después de tomar su bebida, prosiguió diciendo:

—En realidad, la cosa no tiene importancia. Esa mujer, la Bubnova, carece por completo de derechos para retener a la niña, según me he informado. No la había adoptado, ni nada por el estilo. Como la madre le debía algún dinero, la Bubnova se quedó con la chiquilla. Es muy astuta esa mujer, pero como todas las de su clase, a veces obra como una verdadera imbécil. La difunta tenía sus documentos en regla, de modo que la cosa está bien clara. Elena puede quedarse en tu casa, al menos por ahora, pues sería mejor que viviese con una buena familia que pudiera educarla. La Bubnova no podrá hacer absolutamente nada. En cuanto a la madre de la niña, únicamente he averiguado que era viuda y que se apellidaba Salzman.

—Sí, eso es lo que me dijo la pequeña.

—Otra cosa, Vania; debo rogarte que me hagas un

favor —agregó con tono solemne—. Te pido que me cuentes con todo detalle en qué te ocupas, a dónde vas, dónde pasas tu tiempo. Algo sé de eso, pero necesito enterarme de todo.

La forma en que dijo esto me dejó asombrado, obligándome a reflexionar. En seguida contesté:

—¿Por qué te interesa eso? Me preocupa el tono tan serio que adoptas.

—No divaguemos, Vania. Sólo quiero hacerte un favor. Si tuviera una segunda intención lo averiguaría todo sin necesidad de preguntártelo a ti. Cuando hablo con este tono es porque pienso en tus intereses, más que en los míos. Entonces, no desconfíes de mí y responde sinceramente.

—¿Qué favor pretendes hacerme? Dime por qué no quieres hablarme del príncipe, Masloboiev. Preciso informes acerca de él. Justamente en ti había pensado para que me los proporcionaras.

—Bueno, en cuanto al príncipe, te diré todo lo que sé. Y por mi parte, también tenía intenciones de preguntarte lo que supieras de él.

—¿Cómo es posible?

—Sí, he advertido que se mezcla algo en tus cosas, y me hizo preguntas sobre ti. Lo que realmente importa es que no te fíes ni poco ni mucho de él, pues es traidor como Judas. Entonces, cuando advertí que se interesaba por ti, me acometieron los temores. Por tal razón te ruego que me digas todo lo que sepas, a fin de poder yo formarme una opinión. Esta y no otra es la razón de que te pidiera que vinieses a casa. Comprende que se trata de una cuestión de gran importancia. No puedo adelantarte nada más.

—Explícame al menos por qué debo prevenirme del príncipe.

—Me suelo ocupar de asuntos muy delicados, Vania, si la gente me los confía, es porque no acostumbro a hablar más de la cuenta. De modo que no te enfades si

no soy más explícito. Basta con advertirte que es un pillo redomado. En fin, dime tú primero lo que sepas de él.

Pensé que nada tenía que temer de Masloboiev. En cuanto a la historia de Natacha, tampoco había nada que ocultar, y que el tratar con mi amigo podía redundar en favor de la joven. Por consiguiente, le dije todo lo que sabía. Él me escuchó con gran atención cuanto le expliqué, y de vez en cuando me hizo algunas preguntas. Mi relato fue bastante detallado y se extendió durante cerca de media hora.

—¡Cuanto vale esa muchacha!—exclamó Masloboiev, cuando hube concluido de hablar—. Aunque no llegó a adivinar todo lo relativo al príncipe, lo cierto es que se dio cuenta perfectamente del personaje con que estaba tratando, y decidió terminar con él. Es una mujer valiente. ¡Bebo a la salud de Natalia Nicolaievna!

Después de apurar su vaso, añadió:

—Aquí no sólo bastaba con tener talento, sino que era necesario ser decidido para no dejarse engañar. Y no le ha faltado el coraje. Cierto que la causa está perdida y que el príncipe logrará sus propósitos, y su hijo abandonará a la joven. Sin embargo, el que más lástima me da es el viejo Ikmaniev, que se ve forzado a pagar diez mil rublos a ese desalmado. ¿No sabes quién le defendió en el juicio? Quizá se haya encargado él mismo de su defensa. Esas gentes con tanta nobleza de alma no llegan muy lejos. Con ese truhán había que obrar muy diferente. Yo pude haberle recomendado un abogado que...

Se interrumpió para descargar un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Y bien, ¿me vas a hablar del príncipe, de una vez por todas?—le pregunté.

—¿Es que no se te ocurre otra cosa? No sé qué puedo contarte de él. Lamento haberle mencionado. Únicamente deseaba ponerte en guardia contra él, evitar que pudiera influir sobre ti. El que trata con ese individuo

corre un verdadero riesgo. De modo que ya lo sabes: ten cuidado. No sé cómo has pensado que iba a referirte algún secreto trascendental. Se nota que eres escritor, y que haces novelas. Al fin y al cabo, poco es lo que se puede decir de un granuja, si no es eso, que es un granuja. Pero escucha, te contaré una de sus aventuras. No puedes pedirme que dé fechas exactas, ni países, lugares o nombres de personajes. Debes saber que en su juventud, el príncipe se casó con la hija de un rico comerciante cuando tenía que vivir de su sueldo de funcionario. Jamás trató a su esposa con gran consideración, y el caso es que, gracias a ella, su marido vivió cómoda y despreocupadamente. Te daré otro ejemplo. El príncipe se marchó en una ocasión al extranjero, y entonces...

—Espera un poco, Masloboiev. ¿Cuál de sus viajes fue ése? ¿Cuándo tuvo lugar?

—Ocurrió hace noventa y nueve años y tres meses, justamente. El caso es que en esa ocasión raptó a una joven y se la llevó con él a París. Te contaré cómo sucedió. El padre de la muchacha era un fabricante o algo por el estilo; no lo sé exactamente, pues los hechos tuve que irlos deduciendo yo con detalles y datos sueltos. El príncipe llegó a negociar con el industrial, y le engañó, obteniendo de él determinados préstamos. Aunque el viejo poseía los documentos correspondientes, el príncipe decidió no devolverle ese dinero. En resumen, se había propuesto robarle, lisa y llanamente. La hija del fabricante era una gran belleza, a la que amaba con locura un seguidor de Schiller, un idealista que a la vez era poeta y comerciante; un alemán auténtico que se apellidaba Pfefferkuchen.

—¿Así se llamaba?

—Bueno, así o algo parecido. Eso no tiene importancia. Lo cierto es que el príncipe consiguió atraerse la voluntad de la muchacha y ella terminó locamente enamorada de él. Dos eran las cosas que deseaba el príncipe: una, los recibos de los préstamos que estaban en manos del anciano; la otra, la propia joven. Ésta tenía en su poder las llaves de los cajones donde estaban guardados los recibos. El viejo quería a su hija tan profundamente que no deseaba que se casara con nadie, y tenía celos de sus pretendientes. Hasta llegó a echar de su casa a Pfefferkuchen, que por cierto era un inglés muy extraño.

—¿Cómo, ahora es inglés? ¿No puedes decirme dónde sucedió todo eso?

—Lo de inglés ha sido para variar; tú en seguida te lo tomas todo a pecho. Esto ocurrió en Bogotá, o tal vez en Cracovia... Por más que quizá pasó en el Principado de Nassau, cuyo nombre figura en las etiquetas de agua de seltz. ¿Está claro? Lo cierto es que nuestro príncipe sedujo a la joven y se la quitó al padre, luego de haberle pedido que se apropiase de los recibos que deseaba. Observa los extremos a que puede llevar el amor. Esa muchacha era distinguida y honrada, aunque según parece no estaba al corriente de la importancia que poseen determinados documentos. Ella sólo temía que su padre la maldijera. El príncipe disipó los temores de la joven y le dijo que se casaría legalmente con ella. Por si fuera poco, aseguró que sólo estarían tres meses alejados de su padre, lo suficiente para que a éste se le pasara el enfado. Luego regresarían ya como marido y mujer, y serían todos muy felices el resto de sus vidas. Sin dudarlo más, la pobre ingenua se fugó. La maldijo su padre, y poco después su negocio dio en quiebra. Tanto quería el señor Frauenmilch a la joven, que lo dejó todo y se marchó a París, esperando encontrarla allí.

—Un momento, ¿quién es ese Frauenmilch? —pregunté yo desconcertado.

—Pues el pretendiente... Ese tal Feuerbach. ¿Se llamaba así? ¡Ah, ya recuerdo, era Pfefferkuchen. Como es de suponer, el príncipe no tenía intenciones de casar-

se. ¿Qué hubiesen dicho la condesa Khlestova o el barón Pomikine? Era necesario seguir engañando a la joven sin el menor escrúpulo. Incluso estuvo a punto de pegar a la muchacha. Más tarde invitó intencionadamente a Pfefferkuchen, el cual iba a verlos y se hizo amigo de la joven. Los dos se contaban sus cuitas y lloraban lamentándose de su mala suerte. Eran dos ingenuos, ya que el príncipe lo había tramado todo arteramente. Una noche los sorprendió juntos y armó un gran escándalo. Dijo que lo había presenciado todo con sus propios ojos, y acto seguido echó a los dos jóvenes a la calle, marchándose él tranquilamente a Londres. Ella dio a luz al poco tiempo a una niña; no, era un niño y le bautizaron con el nombre de Volodia, siendo Pfefferkuchen su padrino. Éste no poseía muchos fondos, pero se fue de viaje con la joven. Recorrieron Suiza e Italia, y esos países que se acostumbra visitar. No dejaba ella de llorar, y el joven se unía a su llanto. Transcurrieron algunos años, y el niño creció. Al príncipe le había salido todo bien menos una cosa: no logró recuperar la promesa escrita de matrimonio que había firmado. Cuando la arrojaba a la calle, ella le dijo: «Eres un villano; me has robado el honor y el dinero, y ahora me abandonas. Haz lo que quieras, pero no te devolveré el compromiso que firmaste. Y no creas que es porque deseo casarme contigo más adelante, sino porque sé lo mucho que te inquieta ese documento. Pero nunca se separará de mí».

»Por lo general, los canallas llevan las de ganar cuando tratan con gentes cándidas. Suelen embaucarlas con toda facilidad, y luego las tratan desdeñosamente, mientras que la víctima se aísla altivamente, en lugar de solicitar la ayuda de la ley. Así procedió la mujer, que decidió terminar con el príncipe y guardarse el documento. Sin embargo, el muy canalla sabía que ella se dejaría matar antes que utilizar el comprometedor compromiso. Por eso se sentía muy tranquilo. En cuanto a la mujer, comenzó a pensar en lo que le ocurriría a su

hijo si ella muriese. Bruderschaft trataba de consolarla y de darle ánimos leyéndole obras de Schiller. Hasta que un día Bruderschaft se puso enfermo y se murió...

—Estás hablando de Pfefferkunchen, no de Bruderschaft, ¿verdad?

—¿Qué más da un nombre que otro? El caso es que ella...

—Di al menos cuánto tiempo estuvieron viajando los dos juntos.

—Doscientos años, ni uno más. Ella volvió a Cracovia, entonces su padre la rechazó, la maldijo, y la infeliz enfermó, mientras el príncipe se llenaba de contento. Bueno, es hora de que tomemos algo, amigo mío.

—Seguramente ha sido él quien te encargó que resolvieras ese asunto, ¿no es cierto?

—Si te interesa que sea así...

—Sin embargo, no entiendo qué pudiste hacer tú.

—En seguida te darás cuenta. Cuando ella volvió de su viaje, después de diez años de ausencia, con un nombre que no era el suyo, hubo que recoger innumerables datos, comprobar si era ella en realidad la que había vuelto, o si había muerto en todo aquel tiempo. Debía averiguar dónde estaba el niño, si la madre poseía documentos, y muchas cosas más. Bien, lo importante es lo que ya te he dicho. Debes cuidarte de ese individuo ruin. Por lo que se refiere a Masloboiev, no pienses que es otro bribón. Aunque tuviese algo de eso (y todas las personas tienen algo de pillo), ten la seguridad de que no trabajaba contra ti. Es cierto que soy un borrachín sin remedio; pero si alguna vez piensas que Masloboiev ha usado alguna artimaña contra ti, ten la seguridad de que lo hace sin mala intención. En realidad Masloboiev cuida siempre de ti, y no debes dejar que te confundan las sospechas. En tal caso, lo que debes hacer es venir a esta casa, y aquí hablaremos como dos hermanos. ¿Qué, otra copita?

—No.

—¿Prefieres comer algo?

—Tampoco, y perdóname, amigo.

—En tal caso puedes marcharte. Creo que ya se va haciendo tarde.

—¿Es posible?—dijo Alejandra Seminiovna, casi a punto de llorar—. Primero se emborracha, y en seguida echa a los invitados. ¡Eres un desvergonzado!

—Mira, Alejandra Seminiovna; ahora nos quedaremos los dos solos y nos arrullaremos como dos tórtolos. Piensa que él es todo un general. Yo, en cambio, soy un infeliz. Mira mi aspecto. Bueno, Vania, perdóname. Te ruego que no me culpes, y que me dejes desahogarme un poco.

Me abrazó mientras derramaba abundantes lágrimas. Entonces me puse en pie, dispuesto a marcharme.

—¡Qué pena, Dios mío!—exclamó Alejandra Seminiovna—. Pensar que tenía ya la cena preparada... Al menos, podemos contar con usted para el viernes, ¿no es cierto?

—Prometido, Alejandra Seminiovna.

—Quizá no le guste ver a su amigo borracho, pero no le desdeñe, Iván Petrovitch. Es buena persona y siente un gran afecto por usted. Le nombra muy a menudo, y hasta me compró la novela que usted ha escrito. Aún no he podido leerla, pero mañana mismo empezaré. Nos dará una gran alegría si viene a vernos. Aunque tenemos de todo, no nos tratamos con nadie ni viene nadie a vernos. He quedado encantada con la conversación que han tenido. No lo olvide, le aguardamos el viernes.

CAPITULO VII

Caminé de regreso a mi hogar rápidamente, impresionado por todo lo que Masloboiev me había contado. Las ideas daban vueltas en mi cabeza como un torbellino. Pero lo que no suponía es que al llegar a mi casa se produciría un acontecimiento que me conmovería profundamente.

Acababa de entrar en el portal, cuando una figura menuda se arrojó a mis brazos. Era una criatura trastornada, loca de espanto, que lanzaba quejidos desgarradores. La miré estremecido y vi que era Nelly.

—¿Qué te ocurre, Nelly? ¿Qué pasa? — exclamé.

—Ese hombre... Ahí arriba... en casa...

—¿Quién es? Está bien, ven conmigo.

—No, yo no voy. Espero aquí hasta que se marche... No quiero subir.

Un presentimiento me dominaba cuando ascendía las escaleras. Abrí la puerta, y en efecto, vi al príncipe. Éste se hallaba sentado ante mi mesa y parecía estar leyendo. Al menos, tenía un libro abierto delante de él.

—¡Ah, Iván Petrovitch!—manifestó, gozosamente—. ¡Por fin aparece usted! Me disponía a marcharme, pues hace más de una hora que le estaba esperando. Prometí a la condesa que le llevaría esta noche a su casa, ya que está deseando conocerle. Tanto me ha rogado e insistido, que al fin decidí pasar por aquí para recogerle. Imagínese mi disgusto cuando la criada me dijo que usted estaba fuera. Se lo había prometido a la condesa,

y pensé que podía esperar un cuarto de hora. Abrí entonces su novela, y se me ha pasado el tiempo volando. Debo decirle que es una obra maestra. Creo que no le aprecian en todo su valor, Iván Petrovitch. Se me han saltado las lágrimas, ¿puede creerme? Y le seguro que no me suele ocurrir eso.

—Me encantaría poder acompañarle a casa de la condesa. Pero hoy, justamente...

—¡Por Dios, no deje de venir! Usted no se da cuenta del compromiso en que me colocaría, de no acompañarme. Hace casi hora y media que le aguardo. Por otra parte, necesito hablar con usted. No sé si me comprende, pero quizá encontremos una solución. Venga conmigo, se lo ruego.

Me dije que antes o después tendría que ir a casa de la condesa. Natacha se encontraba sin compañía en esos momentos, y me necesitaba. Sin embargo, ella misma me aseguró que deseaba conocer a Katia cuanto antes. En consecuencia, resolví ir. Pero me preocupaba Nelly.

—Un momento, por favor—dije al príncipe.

Volví a salir a la escalera, y divisé a Nelly, a acurrucada en un oscuro rincón.

—¿Por qué no quieres subir, Nelly? ¿Qué te ha hecho? ¿Te dijo algo?

—No, no quiero .. Tengo miedo... No quiero subir.

A pesar de mis ruegos no logré nada. Entonces le dije que en cuanto yo saliera con el príncipe, ella debía entrar, cerrando con llave por dentro.

—No dejes que entre nadie en casa, por mucho que te digan, ¿comprendes, Nelly?

—Sí, haré lo que usted me dice. ¿Se marcha con ese hombre?

—Sí.

Vi que la pequeña se estremecía. Luego me cogió una mano como si quisiera impedir que me fuera. No agregó nada más, y yo resolví preguntarle al día siguiente lo que le había pasado con el príncipe.

Pedí disculpas a éste, cuando estuve de nuevo en casa, y comencé a vestirme. Declaró que no era necesario que me arreglase demasiado para ir a casa de la condesa.

—Será mejor que se ponga algo fresco—agregó, observándome despacio, y pareció complacido al ver que me había puesto el frac.

Cuando salíamos, el príncipe agregó:

—Es muy rara esa sirvienta que tiene usted. Imagino que esa niña será su criada, ¿verdad?

—No. Sólo está en casa por una temporada.

—Pues sí, es una niña muy extraña. Cuando yo llegué, me contestó normalmente a todo lo que yo le pregunté. Después me observó un momento y de pronto se arrojó contra mí como una loca, temblando y gritando. Parecía querer decir algo, pero no podía. Le aseguro que llegó a asustarme. Ya iba a marcharme apresuradamente, cuando fue ella la que huyó. Me he quedado asombrado. ¿Cómo puede aguantarla?

—Está algo delicada. A veces sufre ataques de epilepsia.

—Eso lo explica todo. Si le dan esos accesos...

Pensé para mis adentros que tenía que haber alguna relación entre la visita de Masloboiev a Nelly el día anterior, su cita para las ocho y las continuas protestas que hizo, rogándome que no le creyese un malintencionado. Luego, el príncipe aguardando mi llegada durante hora y media, cuando suponía tal vez que yo me encontraba en casa de Masloboiev; Nelly, que huía de él. Todo eso, a mi entender, tenía una relación entre sí, y me obligaba a pensar detenidamente.

En la puerta se hallaba el coche del príncipe. Subimos y nos alejamos en él.

CAPITULO VIII

La casa de la condesa no estaba muy lejos. Se hallaba en el puente del Comercio. Ninguno de los dos hablaba, y me dije que cuando el principe iniciase la conversación, seguramente trataría de sonsacarme algo. No ocurrió así, y desde el primer momento planteó el asunto abiertamente.

—Le aseguro que hay algo que me preocupa bastante, en estos instantes, Iván Petrovitch—comenzó diciendo—. Y me gustaría que me diera su consejo al respecto. Desde hace un tiempo he resuelto renunciar a los diez mil rublos que tiene que pagarme Ikmeniev, al perder el pleito. ¿Cómo podría conseguirlo?

Me dije que él no podía ignorar la forma en que debería obrar a tal fin. Tal vez estaba tratando de burlarse de mí. Lleno de ingenuidad, repuse:

—No sé qué puede usted hacer, príncipe. Por lo que respecta a Natalia Nicolaievna, puedo explicarle cuanto usted quiera; pero referente a esa devolución, nadie mejor que usted sabrá cómo debe proceder.

—He pensado que siendo usted amigo de esa familia, quizá conozca la forma de actuar de Natalia Nicolaievna. Me gustaría conocer su opinión, para guiarme por ella. Usted podrá ayudarme, pues se trata de una cuestión engorrosa. Pase lo que pase, estoy dispuesto a hacer lo necesario. Lo difícil es la forma de renunciar al cobro de esa suma. Ya conoce usted lo altivo que es el anciano Ikmeniev. Es muy capaz de arrojarme el dinero a la cara, con tal de hacerme una afrenta.

—Dígame, ¿usted considera que ese dinero es suyo, o de Ikmeniev?

—Puesto que he ganado el juicio, el dinero me pertenece.

—Así se ha fallado. Pero, ¿qué le dice su conciencia?

—Lo mismo. El dinero es mío—contestó, evidentemente molesto por mi sinceridad—. Por otra parte, tengo la impresión de que usted no está bien enterado del asunto. No pretendo acusar al viejo de que me engañase a sabiendas. Por el contrario, fue él mismo quien se infligió el agravio voluntariamente. No hice más que acusarle de descuido, de no haber supervisado bien las tareas que le habían sido encomendadas. Por ello, a mi entender, estaba obligado a responder.

»Pero esto, en realidad, no tiene gran importancia. Lo peor de todo son los insultos que nos hemos lanzado mutuamente. Puede que yo mismo no me hubiera dado cuenta de esos miserables diez mil rublos. Tal vez he sido injusto al desconfiar de él; pero luego me ofendieron sus insultos, y aproveché la oportunidad para darle una buena lección. Entonces inicié el pleito. Me dirá que debí obrar con más nobleza. No voy a disculparme, pero advierta que la ira, y más aún, cuando se siente el amor propio herido, no es señal de falta de nobleza, pues aquella reacción es muy humana. Además, yo casi no conocía a Ikmeniev, y pensé que todos los rumores respecto a él, a su hija y a Aliocha, eran ciertos. Debido a todo eso, creí también que me había robado descaradamente. Sin embargo, poco importa eso ahora. Lo malo es que no sé cómo obrar. Si renuncio al dinero y declaro por otra parte que mi causa era justa, eso sería igual que hacerle un regalo. Por otra parte, está la situación tan especial en que me encuentro, en relación con Natalia Nicolaievna. Sí, tengo la certeza de que me va a tirar el dinero a la cara.

—Si tiene usted esa convicción, es porque le considera un hombre honrado, y en consecuencia no piensa

seriamente que le ha robado. En tal caso, lo mejor sería que fuese a verle y le dijese que cree injusta la demanda. Al comprobar la nobleza de su proceder, Ikmeniev seguramente no tendrá reparo alguno en aceptar el dinero, pues en realidad es de él.

—Dice usted que es de él. Ése es el punto delicado. ¿Pretende que vaya a decirle que he cometido una gran injusticia? Me preguntará que por qué no hice desde un principio lo que debía. Pero yo no merezco que me hablen de ese modo, porque la ley está de mi parte. En ningún momento dije o escribí que Ikmeniev me estuviera robando, pero incluso ahora tengo la convicción de que actuó negligentemente y de que no está capacitado para administrar un negocio. El dinero me corresponde por completo; en consecuencia, sería para mí muy duro tener que acusarme yo mismo, teniendo razón. Si pretende que le pida perdón por una supuesta ofensa, creo que me está exigiendo demasiado.

—Si dos hombres tienen verdaderos deseos de reconciliarse...

—¿Tan fácil lo ve usted?

—Desde luego.

—Pues yo lo considero bastante difícil, y más aún en nuestra situación, ya que...

—Ya que hay otros asuntos de por medio. Ahí sí que soy de su mismo parecer, príncipe. Por lo que se refiere a Natalia Nicolaievna y a Aliocha, la cuestión tiene que solucionarse de manera que usted dé a los Ikmeniev completa satisfacción. Únicamente entonces cabrán las explicaciones sinceras respecto al pleito. A tal fin sólo le queda un camino: confesar sinceramente, e incluso en público, que sus acusaciones no eran justas. Así es como yo opino, y crea que no pretendo competir con usted en inteligencia. Por otra parte, no necesita preocuparse tanto por ese dinero. ¿A qué viene el devolverlo, si a su entender le corresponde legítimamente? Perdóneme, pero considero este aspecto ligado a todo lo demás.

—Entonces, según usted, Ikmeniev se negará a aceptar el dinero, si se lo doy sin ofrecerle excusas de ninguna especie, ¿verdad?

—Tengo la seguridad más absoluta. ¿Puede dudarlo, acaso?

Llegué a enrojecer de ira, al decirle estas palabras, pues me hizo la pregunta de forma desdeñosa, y yo ya estaba indignado por la manera altiva de contestar a mis preguntas con otras preguntas, como dándome a entender que hablaba con un inferior. Dicha costumbre, extendida entre la aristocracia, me repugnaba. En muchas ocasiones había tratado de corregir a Aliocha de un vicio tan poco grato.

—Se exalta usted con demasiada facilidad —me contestó fríamente—. En la vida las cosas ocurren de modo muy distinto a como usted cree. No obstante, considero que el asunto podrá resolverlo perfectamente Natalia. Puede preguntárselo. Quizá nos aconseje con acierto.

—No pienso consultarle acerca de eso —contesté ásperamente—. Natalia Nicolaievna se dará perfecta cuenta de que si usted devuelve el dinero será porque quiere dar a su padre una especie de indemnización por la pérdida de su hija, y a ésta por perder a su vez a Aliocha.

—Veo que no tiene muy buen concepto de mí, amigo Iván Petrovitch.

Entonces se echó a reír. Me pregunté qué motivo tendría para hacerlo.

—Hay mucho que hablar todavía —agregó—. Pero ahora me temo que no es conveniente tratar de este asunto. En realidad es a Natalia Nicolaievna a quien más le atañe, ya que su porvenir depende de lo que usted y yo resolvamos al respecto. Resulta usted indispensable para nosotros, como podrá advertir. De modo que si aún siente afecto por Natalia Nicolaievna, no debe negarse a discutir la situación conmigo, aunque yo le merezca muy escasa simpatía. Ah, veo que ya hemos llegado. *A bientôt*, mi amigo.

CAPITULO IX

Tenía la condesa un hermoso piso, arreglado con gusto y elegancia, pero sin lujos superfluos. De todos modos, se apreciaba allí un aspecto en cierto modo provisional, como si fuera una vivienda para una temporada, y no la residencia permanente de una opulenta familia, donde se hace el acostumbrado alarde de refinamientos hasta en los menores detalles.

Decíase que la condesa iría a pasar el verano en la finca que, gravada con numerosas hipotecas, poseía en la provincia de Simbirsk, y que el príncipe iría con ella en ese viaje. Pensé alarmado en la decisión que tomaría Aliocha cuando Katia se fuera. Todavía no había hablado de esto con Natacha, ya que no me atrevía a hacerlo. De todos modos, tenía la impresión de que ella sabía algo, aunque callaba y padecía en silencio.

Fui acogido muy amablemente por la condesa, que me tendió la mano gentilmente y me aseguró que estaba deseando conocerme desde hacía mucho tiempo. Ella misma me sirvió una taza de té de un samovar de plata. Yo había tomado asiento entre el príncipe y un caballero perteneciente al gran mundo, un hombre entrado en años, algo presuntuoso y con modales de diplomático, por el que todos demostraban un gran respeto. A su regreso a San Petersburgo, la condesa no había tenido tiempo todavía de crearse un buen círculo de amistades. No se hallaban presentes otros invitados, ni llegó nadie más mientras estuve allí.

Miré a mi alrededor para ver si veía a Catalina Feodorovna. Ésta se encontraba con Aliocha en una estancia contigua, y se presentó en el salón en cuanto supo que habíamos llegado. Después de besar afablemente la mano de la joven, el príncipe me presentó a Katia. Era una jovencita rubia, de aspecto frágil y hermosos ojos azules, expresión plácida y rasgos regulares. Había esperado encontrar a una beldad, y me vi ante una muchacha que sólo tenía la belleza de su juventud.

Me tendió la mano en silencio, y me observó ingenua e insistentemente, lo que me sorprendió un poco. Después de haberme saludado, me abandonó de improviso para ir a reunirse con Aliocha. A su vez éste se acercó a mí me dijo en voz baja:

—Seguiré aquí sólo un momento. En seguida me iré a verla.

El «diplomático» (le designaré así ya que no conocía su apellido) comenzó a hablar reposada y dignamente de algo que yo no entendía bien. Advertí que la condesa le escuchaba con toda atención, mientras el príncipe esbozaba una sonrisa lisonjera de aprobación. Aquél se dirigía casi siempre al príncipe, pues sin duda le tenía por un interlocutor digno de él. En cuanto a mí, me servían el té y me dejaban en paz, lo cual me alegraba bastante.

Observé detenidamente a la condesa, que a primera vista me pareció una persona simpática. Aunque no era demasiado joven, no representaría más de los treinta años, pues conservaba un cutis fresco, y seguramente había sido sumamente hermosa en su primera juventud. El cabello era de un rubio ceniciento, suave y abundante. Los ojos denotaban bondad, aunque se observaba en ellos cierta volubilidad y malicia que parecía querer refrenar. Igualmente expresaban sus ojos inteligencia y alegría. Me dio la sensación de que en el carácter de la condesa predominaban el gusto por los placeres, la frivolidad y un egoísmo no perverso, sino bonachón.

Me di cuenta que se hallaba sometida por completo

a la influencia del príncipe. Estaba yo al corriente de que habían sostenido relaciones de carácter íntimo, y oí decir que él nunca fue un amante celoso. Daba la impresión de que ambos estaban ligados por un lazo misterioso, un compromiso mutuo basado en cuestiones de interés. También me había enterado de que el príncipe estaba cansado de ella, a pesar de lo cual no habían reñido. Seguramente les unían los planes acerca de Katia, los que había tramado indudablemente el príncipe.

Este era quizá el motivo que esgrimía él para no querer casarse con la condesa, cuando ésta, según todas las evidencias, le conminó a que lo hiciera. Todo ello lo deduje de los ingenuos relatos de Aliocha, quien había tenido ocasión de observar algo. De esas mismas revelaciones saqué la impresión de que el príncipe sentía un cierto temor hacia la condesa, por más que la dominase casi por completo. Hasta Aliocha se había dado cuenta de esto. Luego supe que el príncipe quería que la condesa se casara de una vez, con cuyo fin la mandaba a Simbirsk.

Mientras escuchaba hablar a los demás, me pregunté cómo haría para cambiar unas palabras con Catalina Fiodorovna. El diplomático, a una pregunta de la condesa, se extendió sobre las reformas que se proyectaban en el país, y la situación general del mismo. Preguntó ella si eran de temer las reformas, y él contestó seguro de sí mismo, como quien sabe bien lo que dice. Daba opiniones de fondo sutil, aunque las ideas resultaban realmente mezquinas. Aseguraba que los cambios establecidos darían resultado dentro de poco, volviéndose a la actitud razonable de la sociedad — o de cierto sector de ella, desde luego —, la cual rectificaría sus errores, regresando al antiguo estado de cosas. En resumen, sería una experiencia de provecho, por amarga que hubiese resultado. Más valía, por consiguiente, que los reformistas llegasen pronto a los límites que la prudencia aconsejaban. Después agregó:

— Nada se puede lograr sin nosotros. Ninguna sociedad ha sobrevivido dejándonos de lado. En lugar de perder, saldremos ganando. Siempre seguiremos sobrenadando por encima de las dificultades. Nuestro lema debe ser en estos momentos: «Cuanto peor marchen las cosas, mejor será para nosotros.»

El príncipe sonreía aprobadoramente al orador, el cual se mostraba sumamente satisfecho de sus razonamientos. Iba yo a cometer la necedad de contestar, pues la sangre me hervía en las venas, pero una mirada glacial del príncipe me contuvo. Sin duda se daba cuenta de que iba a decir alguna extravagancia propia del fogoso temperamento juvenil. Por otra parte, pensé que el diplomático haría caso omiso de mi opinión y hasta de mi persona. En semejante estado de violencia me encontraba, cuando Aliocha me tocó un hombro y me susurró al oído que tenía algo que decirme. Comprendí que venía de parte de Katia. Por consiguiente, un momento después me encontraba junto a ella.

Estuvimos unos instantes sin decirnos nada, aunque me daba cuenta de que en cuanto empezáramos a hablar nuestra charla sería animada. Aliocha aguardaba impaciente, pues quería escuchar lo que decíamos.

— Bueno, ¿por qué están así de silenciosos? — preguntó al fin, sonriendo —. ¿Para eso se han conocido, para quedarse callados?

— No puedes con el genio, Aliocha — dijo Katia, y dirigiéndose a mí, añadió —: El caso es que hay tantas cosas que tenemos que contarnos Iván Petrovitch y yo, que no sabemos por dónde comenzar. Siento de verdad que no nos conociésemos antes, aunque lo cierto es que por referencias usted casi resultaba un amigo para mí, hasta el punto que estuve a punto de escribirle.

— ¿Cuál fue la razón?

— Había varias — contestó ella, con aire grave —. Una, por ejemplo, es que me diga si puede concebirse que Natalia Nicolaievna no se enfade cuando Aliocha se

marcha de su lado, tal como sucede ahora. ¿Le parece que es correcto obrar de ese modo?

Volvióse ella hacia el joven y le preguntó:

—Dime, Aliocha, ¿cómo es que te encuentras aquí, todavía?

—Tienes razón, me marcho en seguida. Sólo quería escucharos un poco, cuando iniciaseis la conversación.

—Siempre será el mismo—repuso ella—. Dice que es sólo un momento, y luego se queda hasta la medianoche, sin darse cuenta. Él piensa que no voy a enfadarme, porque soy muy buena. Pero no está bien que haga esas cosas.

—De acuerdo, me marcho—repuso Aliocha, con tristeza—. Pero me hubiera gustado mucho quedarme con vosotros.

—Para nada te necesitamos ahora, Aliocha. Por el contrario, nos impides hablar con libertad. Te ruego que no te enfades. Sé comprensivo.

—No, no tengo por qué enfadarme. Bien, iré a ver a Levinka, sólo un minuto, y luego marcharé directamente a casa de Natacha.

El joven recogió su sombrero, y cuando lo hacía me dijo animadamente.

—Ah, Iván Petrovitch, no sé si está enterado de que mi padre piensa renunciar a la indemnización que Ikmeniev tenía que pagarle.

—Lo sé. Su mismo padre me lo dijo.

—Ya le decía yo que era un hombre con una nobleza de carácter como pocos. Katia le dará su parecer. Adiós, Katia. Y te ruego que no pongas en duda mi amor por Natacha. Siempre me estéis haciendo reproches, echándome algo en cara. Me perseguís como si fuerais mis tutores. Natacha sabe cuánto la quiero, tiene seguridad de mi forma de obrar, y a pesar de ello, pregúntaselo a Iván Petrovitch, Katia, nunca deja de tener celos, y no quiere hacer sacrificios por mi amor.

—¿Qué dice?—exclamé, casi sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¿Puede saberse qué estás hablando, Aliocha?—dijo Katia, no menos confusa.

—Iván Petrovitch sabe muy bien lo que estoy diciendo—contestó Aliocha—. Ella siempre quiere que esté a su lado. Le cuesta un sacrificio dejarme marchar. Lo cierto es que si me quisiera tanto como yo a ella, sería más complaciente conmigo.

—Debiera darte vergüenza hablar de ese modo—dijo Katia, llena de ira.

—No sé por qué tengo que avergonzarme. Todo lo que he dicho es muy cierto.

—Estoy segura de que eso no se le ha ocurrido a él—manifestó la joven, volviéndose a mí, con los ojos brillantes de indignación—. ¡Dilo ahora mismo, Aliocha! Di que tu padre te ha inculcado esas ideas. No pretendas engañarme, porque te conozco y sé bien que debiste recibir instrucciones hoy mismo. He acertado, ¿no es así?

—Bueno, es verdad que mi padre y yo estuvimos hablando de Natacha—repuso él, manifiestamente azorado—. Pero aunque Natacha le había hecho un grave desaire, la llenó de elogios; no os lo podéis imaginar.

—¿Es posible que dé usted crédito a esas acusaciones?—le pregunté—. No sé cómo puede hacerlo, cuando ella le ha entregado todo lo que podía darle. Aun hoy, Natacha quiso que viniera a ver a Katia Fiodorovna, con tal de que usted no se aburriese. Eso me lo dijo ella misma. Sin embargo, se lo agradece usted prestando oídos a tales falsedades. Debiera avergonzarse.

—Lo que ocurre es que es un ingrato—dijo Katia—, y no le avergüenza nada.

—Pero, ¿puede saberse lo que me reprocháis?—manifestó Aliocha, con tono quejumbroso—. No haces más que censurarme, Katia, y en mí sólo ves mala intención. Y más vale no hablar de Iván Petrovitch, que parece estar convencido de que no amo a Natacha. Si la he

calificado de egoísta, es porque quise decir que me quiere demasiado, que su amor resulta excesivo, lo que llega a ser doloroso para los dos. En cuanto a mi padre, no me engañará nunca, ni siquiera aunque tuviese intenciones de hacerlo, ya que yo no me dejaría engañar. Si él me habló así, no fue por ofender a Natacha, sino porque reconoce que su amor rebasa los límites corrientes y se acerca a lo sublime.

Le interrumpió Katia y le llenó de reproches asegurando que su padre había elogiado a Natacha con el fin de confundirle, haciéndole creer en su aparente bondad. Pero en realidad estaba tratando de acabar con aquel amor. Discreta y vehementemente le demostró lo mucho que Natacha le quería, y lo mal que respondía él a su afecto, siendo él el único egoísta.

Lleno de arrepentimiento, Aliocha bajó la cabeza y no contestó. Se limitó a observar con gesto curioso a Katia. Era una chiquilla, pero una joven singular, con convicciones arraigadas y sólidos principios, y que profesaba un amor irrefrenable por todo lo que fuese bueno y justo. Se trataba de una joven soñadora e idealista de las que por suerte no faltan entre nuestras familias. En resumen, esa noche aprendí a conocer a fondo a Catalina Fiodorovna.

Poseía un alma apasionada y sensible, y a menudo notaba en ella un manifiesto desprecio por todo lo que supusiera fingimiento o disimulo. Quería anteponer la sinceridad sobre todas las cosas, asegurando que los frenos que imponía la sociedad no eran más que prejuicios. Incluso se mostraba orgullosa de poseer tales convicciones. Con tal de llegar a la verdad, solía razonar profundamente, y lo hacía tan directa y cándidamente que se hacía querer.

Recordé a Levinka y Boris, y en seguida me pareció natural la actitud que adoptaban hacia ella. Según iba observando a Katia, aquel semblante que al principio no me parecía nada iba haciéndose para mí más hermoso y atractivo. La cándida dualidad de la chiquilla, a la vez mujer reflexiva, su sed de verdad y de justicia, la fe inquebrantable que ponía en sus convicciones, todo ello proporcionaba a su rostro una hermosura superior, una belleza espiritual.

Ahora me daba cuenta de que la pasión de Aliocha por ella estaba plenamente justificada. No siendo él capaz de reflexionar por sí solo, se dejaba influir, amando a los que le rodeaban. Katia le había hechizado, y él se dejaba seducir por todo lo que tuviese un fondo de bondad y belleza. Perezoso por naturaleza, la diferencia con la joven se hacía aún más evidente, ya que ella poseía una voluntad firme y era perseverante. Aliocha sólo era capaz de querer a quien le dominase e incluso le impusiera su voluntad. Eso fue lo que originó su cariño por Natacha. Katia, sin embargo, tenía sobre aquélla la ventaja de ser casi una chiquilla. Su extremada juventud, al mismo tiempo que el claro espíritu que poseía, así como algunas lagunas en sus juicios, la asemejaban más a Aliocha, razón por la cual ella le atraía cada vez más.

Tengo la seguridad de que cuando conversaban a solas, no sólo hablarían de los temas serios que Katia sacaba a relucir, sino también de fruslerías e ingenuidades. Y por más que la joven le amonestase con frecuencia y le tuviera un poco atado, él se encontraba más a gusto con ella que con la propia Natacha, ya que eran temperamentos más semejantes.

Aliocha se puso en pie y tendiendo la mano a Katia manifestó:

—Basta, Katia, me has convencido. Está visto que tú siempre tendrás razón, y yo estoy destinado a equivocarme. No es extraño, ya que tu alma es más pura que la mía. En fin, iré directamente a casa, sin pasar por la de Levinka.

—Así me gusta, que sigas mis consejos. Nada tenías que hacer en casa de tu amigo.

—Eres la mejor de las mujeres—manifestó Aliocha, como entristecido, y dirigiéndose a mí, manifestó—: Iván Petrovitch, desearía decirle unas pocas palabras.

Nos alejamos unos pasos de Katia, y Aliocha me dijo en voz baja:

—En verdad, hoy me he portado del modo más indigno con todos, pero más que nadie con ustedes dos. Pero es que mi padre me presentó esta tarde a Alejandrine, una espléndida francesita. Me dejé seducir, y... ya sabe usted. En fin, no soy digno de ellas. Adiós, Iván Petrovitch.

Una vez que Aliocha se hubo marchado, Katia me dijo apresuradamente:

—Es un excelente muchacho, y tiene un gran corazón; pero más tarde hablaremos de él. En primer lugar, debemos aclarar una cuestión: ¿qué opinión le merece el príncipe a usted, Iván Petrovitch?

—Me parece un personaje detestable.

—Lo mismo pienso yo. Al menos estamos de acuerdo en eso, y podremos juzgar lo demás con toda tranquilidad. Hablemos de Natalia Nicolaievna, porque no sé nada respecto a ella, y le esperaba a usted con ansiedad para saber algo en concreto, ya que sólo estoy enterada de lo que me dice Aliocha y debo hacer yo sola una serie de conjeturas. Pero antes que nada, dígame lo que le parece Aliocha. ¿Cree que pueden llegar a ser una pareja feliz? Es lo que necesito saber, en primer lugar, para actuar en consecuencia posteriormente.

—¿Quién podría decirle con seguridad algo respecto a lo que me pregunta?

—Sí, claro, lo comprendo. Al menos dígame sólo su opinión, pues me parece una persona inteligente.

—A mi modo de ver, creo que no serán felices.

—¿Qué le induce a pensarlo?

—La diferencia de sus caracteres.

—Me lo imaginaba—repuso ella, con visible decepción—. Le ruego que me lo cuente todo con detalle.

Tengo muchos deseos de conocer a Natacha, pues debo decirle muchas cosas, y entre las dos estoy segura de que hallaremos una solución. La imagino como una persona seria, inteligente, honesta y hermosa, además. ¿Es ella así?

—En efecto.

—Sabía que no podía engañarme. Ahora dígame cómo es posible que se haya enamorado de un chiquillo como Aliocha. Es algo que me preocupa.

—Hay cosas que no tienen explicación, Catalina Fiodorovna. ¿Acaso puede explicarse el motivo por el que uno se enamora? No hay duda de que él es un chiquillo, pero ya sabe usted que uno puede querer mucho a los niños.

Sus ojos de mirada profunda y grave me enternecieron. Proseguí diciendo:

—Precisamente porque Natacha no parece una niña, porque es más seria, pudo enamorarse de él más fácilmente. Aliocha es sincero, tremendamente cándido, y a veces resulta muy gracioso. Ella pudo amarle... tal vez incluso por compasión. Sí; un alma generosa puede amar piadosamente. Pienso que no sabría explicarlo bien. Ahora permítame que le haga una pregunta parecida. Dígame, ¿le ama usted, no es cierto?

Me atreví a hacer una pregunta tan brusca porque tenía la seguridad de no alterar la ingenua pureza del alma de aquella joven.

—A decir verdad, todavía no lo sé—contestó ella, observándome sin inmutarse—. Aunque creo que sí, que le quiero mucho.

—¿Se da cuenta? ¿Podría aclararme ahora la razón de ese amor?

Después de pensar un momento, me dijo:

—Quizá sea por su enorme franqueza. Cuando me habla mirándome a los ojos, noto una sensación indefinible. Pero no sé si una señorita debiera decir estas cosas. ¿Cree usted que hago bien, al decirlo.

—A mi entender, no hay nada malo en hablar sinceramente.

—Sí, claro, no puede haber ningún daño en eso. Pero ellos—e indicó con la mirada a los que estaban sentados alrededor del samovar—no lo aprobarían. ¿Acaso tienen razón?

—De ningún modo. Pero su corazón no le dice a usted que actúa impropiamente. En consecuencia...

Katia me interrumpió diciendo:

—Justamente es lo que yo hago siempre. Cuando tengo dudas, consulto con mi corazón. Si le noto sereno, yo también estoy tranquila. Así es como debe hacerse. Al contarle esto se lo digo con la misma sinceridad que me lo diría a mí misma, ya que le considero una excelente persona. Estoy al corriente de su historia y de la de Natacha, antes de que apareciese Aliocha. Créame que lloré cuando me contaron lo sucedido.

—¿Quién se lo dijo?

—Fue Aliocha, desde luego. Él tampoco podía contener las lágrimas cuando me lo explicaba. Les quiere mucho a los dos. Al menos, bastante más que usted a él. Ésos son los detalles que me gustan de él. Le repito que si le hablo tan sinceramente es porque le considero un hombre inteligente, que puede proporcionarme útiles consejos.

—¿Me cree usted capaz de guiarla, de verdad?—le pregunté.

—Desde luego.

Permaneció un momento pensativa y luego agregó:

—Aun lamentándolo mucho, sé que soy una rival para Natacha. ¿Qué cree usted que debo hacer? Ha sido ése el motivo que me ha impulsado a preguntarle si lograrían la dicha, viviendo juntos. Es una idea que me atormenta a todas horas, sobre todo la situación tan tremenda en que se encuentra Natacha. Me parece que Aliocha ya no la ama, y en cambio cada día que pasa me quiere más a mí. Se ha dado usted cuenta, ¿no es cierto?

—Sí.

—A pesar de todo, él no la engaña; pero todavía no se ha percatado de que no la quiere. ¡Cómo estará sufriendo la pobre! Tengo la seguridad de que ella ya ha adivinado su falta de cariño.

—¿Qué piensa usted hacer?

—En definitiva, no lo sé. Tengo muchos proyectos, y me hago un lío. Quería conocerle para que me orientase. Nadie mejor que usted sabe lo que ocurre, y por eso me dirijo a usted como mi única esperanza. Desde el principio pensaba que si ellos eran felices, yo debía sacrificarme. Aún sigo haciéndome esta pregunta. ¿Qué le parece?

—Sé que está dispuesta a realizar todos los sacrificios posibles.

—Bueno, cuando comenzó todo esto sí, lo estaba. Luego... Aliocha vino a verme cada vez con más frecuencia, advertí que me iba queriendo más, y me pregunté si debía seguir sacrificándome. En eso sí que creo haber obrado mal.

—En absoluto. Tenía que ocurrir así, tal vez, y no debe reprocharse nada.

—Creo que es usted demasiado indulgente conmigo. A mi entender, las dudas que tengo obedecen a que mi conciencia no está tranquila. De otra forma, ya sabría cómo tendría que obrar. Tanto el príncipe como mi madre y el propio Aliocha me hablaron más a fondo de esas relaciones, y entonces comprendí perfectamente que ella y él no eran caracteres compatibles. Usted acaba de confirmármelo en este momento. Desde entonces no dejo de pensar: «Si van a ser desdichados, ¿no vale más que se separen?» Por tal motivo, le he pedido detalles y deseo hacer una visita a Natacha, para que entre las dos podamos tomar una decisión.

—Pero, ¿a qué conclusión esperan llegar? Eso es algo realmente fundamental.

—Le diré a Natacha: «Sé que usted le ama más que

a nada en el mundo. Por consiguiente, no querrá hacerle desdichado, y preferirá separarse de él.»

—¿Cree usted que aceptará esa propuesta? O admitamos incluso que estuviese de acuerdo con usted. ¿Tendría valor, sin embargo, para separarse de Aliocha?

—Eso es justamente lo que me pregunto constantemente. Le aseguro que...

Noté que sus ojos se llenaban de lágrimas. A media voz me dijo:

—No sabe usted cómo la compadezco...

Poco podía yo agregar. Como veía que tenía deseos de llorar, guardé silencio. Era una criatura llena de encanto. No me sentí con fuerzas para preguntarle si se consideraba capaz de hacer la felicidad de Aliocha.

Se fue calmando poco a poco, aunque persistía en ella una gran emoción.

—¿Siente afición por la música?—me preguntó al cabo de un momento.

—Sí—repuse, sin disimular mi perplejidad.

—De haber tenido más tiempo hubiese tocado para usted el Tercer Concierto de Beethoven. Es como si estuviese escuchándolo en este momento. Lo que ahora siento se halla expresado perfectamente en él. Otra vez será; más vale que hablemos de cosas importantes.

Me preguntó de qué forma podría entrevistarse con Natacha. Declaró Katia que si bien su madrastra era buena con ella, la vigilaba excesivamente. Estaba segura de que no le permitiría ser amiga de Natacha, y de que recurriría a cualquier argucia para evitarlo. Por las mañanas salía de paseo con ella, menos cuando la condesa tenía jaqueca, y se quedaban en casa. Entonces la acompañaba una anciana francesa, que hacía de dama de compañía y que era una persona excelente. En concreto, que no podía saber de antemano en qué ocasión podría ir a ver a Natacha.

—No lamentará conocerla—le dije yo—. También ella siente deseos de que se produzca el encuentro, para

saber a quién ama Aliocha. No debe preocuparse; con el tiempo todo se arreglará. Tengo entendido que se marchan al campo, ¿verdad?

—Sí. Dentro de un mes, aproximadamente. Son los deseos del príncipe.

—¿Las acompañará Aliocha?

—A decir verdad, siento dudas respecto a eso—contestó, mirándome con fijeza; y luego inquirió a su vez—: ¿Cree usted que vendrá con nosotros?

—Sí.

—¿Cómo acabará todo esto, Dios santo? Mire, Iván Petrovitch, cuando nos vayamos le escribiré a menudo y le contaré todo lo que sucede. Puesto que he comenzado a molestarle, continuaré haciéndolo. ¿Vendrá a vernos con frecuencia?

—Lo ignoro, Catalina Fiodorovna. Quizá no vuelva nunca más.

—¿Por qué?

—Por varias causas. Ante todo, dependerá de los contactos que yo tenga con el príncipe.

—Ese hombre es un malvado—manifestó ella, llena de convicción—. Escuche, ¿no podría ir yo a visitarle a usted? ¿Cree que haría mal?

—Dígame usted misma lo que le parece eso.

—Pues yo creo que no tiene nada de malo. Sí, iré a visitarle—añadió sonriendo—. Más que tenerle afecto, le quiero de verdad, y a su lado puedo aprender muchas cosas. Bueno, no será una inconveniencia que le diga esto, ¿no es cierto?

—Nada de eso. Yo también la quiero, como si fuera de mi familia.

—¿Podemos ser amigos, en tal caso?

—Ya lo creo—repuse.

—Tengo la certeza de que el príncipe no busca más que mi dinero—declaró Katia—. Además de considerarme como a una criatura, no vacilan en decírmelo. Yo,

sin embargo, no pienso así, y no me tengo por una niña. En todo caso, son ellos los que obran como chiquillos.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Catalina Fiodorovna? Dígame, ¿quiénes son esos amigos de Aliocha, Boris y Levinka, a los que va a ver tan a menudo?

—Ambos son parientes lejanos míos. Son honrados e inteligentes, y su único defecto, tal vez, es que suelen hablar por los codos.

Sonrió al decir esto.

—¿Es cierto que proyecta donarles más adelante un millón de rublos?

—No me hable de eso, por favor. Es tanto lo que se ha murmurado acerca de ese asunto, que el tema se me hace inaguantable. Sin duda haré donativos importantes, pero pienso que un millón quizá sea demasiado. Aparte de que no sé cuándo podré disponer del dinero. A pesar de esto, ya especulan, discuten y riñen sobre la manera en que lo utilizarán. Son demasiado apasionados, aunque en el fondo no dejan de ser honestos y capaces. Estudian, y eso ya es bastante más de lo que hacen muchos otros.

Continuamos charlando un buen rato, aún. Katia me habló de su vida, y a su vez escuchó con gran atención todo lo que le dije. Con frecuencia me pedía que le hablase detalladamente de Natacha y Aliocha.

Hacia la medianoche se acercó a nosotros el príncipe y dijo que ya era hora de que nos retirásemos. La joven me estrechó la mano con vehemencia, y la condesa me dijo que fuese a verlas a menudo, cuando yo lo deseara. Luego salí en compañía del príncipe.

Si bien no está relacionado directamente con lo que estoy contando, desearía hacer una observación. La prolongada charla que sostuve con Katia sirvió para darme cuenta de que la joven era totalmente inocente, hasta el punto que ignoraba las relaciones íntimas que se producen entre el hombre y la mujer. Esto hacía que resultaran cómicas algunas de sus opiniones, y la gravedad con que hablaba de los asuntos más trascendentales.

CAPITULO X

Una vez que estuvimos en el coche, el príncipe se volvió hacia mí y me dijo:

—Escuche, ¿qué le parece si nos fuéramos a cenar por ahí?

—Bueno..., no sé. La verdad es que no suelo cenar nunca—contesté, vacilante.

—Vamos, hoy hará una excepción—manifestó, y agregó con expresión de malicia—: Hablaremos mientras cenamos.

Era evidente que quería contármelo todo. Justamente eso era lo que yo deseaba, de modo que acepté de buena gana.

—Me acompaña, ¿no es cierto?—dijo, y añadió, dirigiéndose al cochero—: Vamos a la gran Morskaia, a casa B...

Un tanto confuso inquirí:

—¿Es eso un restaurante?

—En efecto. Contadas veces ceno en casa, de modo que me permitirá que le invite, ¿verdad?

—Le aseguro que no acostumbro a cenar nunca.

—Bah, bien puede hacer una excepción. Por otra parte, soy yo quien le invita.

Era como si me estuviese diciendo: «Descuida, yo pago.» Sin embargo, yo no estaba dispuesto a permitirlo.

Llegados al restaurante, el príncipe solicitó un reservado y entonces escogió con aire de entendido dos o tres platos. Estos, lo mismo que la botella de Laffite

que pidió, eran de elevado precio. Aquello excedía de mis posibilidades, por lo que pedí un sencillo plato de carne y una copa de vino. El príncipe pareció ofendido y dijo:

—A eso no le llamo yo una cena. Es algo ridículo. *Pardon, mon ami*, pero me ofende su amor propio. Parece como si tratara de mezclar en ello los prejuicios de clase.

Yo no cedí, a pesar de todo.

—Bien, como guste—agregó—. No pienso forzarle. Y ahora, ¿me permite que le hable como a un amigo?

—Hágalo, se lo ruego.

—Gracias. Pues mire, a mi modo de ver, esos escrúpulos que demuestra no le hacen ningún favor. Y le aseguro que sus colegas se perjudican de la misma forma, al actuar así. Es usted un escritor, y los que son como usted necesitan conocer el mundo, en lugar de aislarse de él. No me refiero ya a su parco menú, sino a su manifiesta intención de no mantener relación alguna con nuestro círculo. Créame que esto constituye un error, ya que además de que con ello puede perjudicar su carrera, es evidente que el escritor necesita ponerse en contacto con los personajes que describe en sus novelas: condes, príncipes, salones aristocráticos... Bah, no sé lo que digo, pues ustedes ahora se dedican a pintarnos ambientes míseros, gentes de gabanes raídos, funcionarios impíos. Nos hablan de viejas costumbres, de antiguos sectarismos...

—No ha acertado usted en este caso, príncipe. Si yo no alterno en su ambiente es, en primer lugar, porque me aburro en él, y porque nada tengo que hacer allí. De todos modos, a veces asisto a esas reuniones.

—Ah, sí. Va una vez al año a casa del príncipe R... Le he visto por allí. Los restantes días los pasa usted escudándose en su democrático orgullo, languideciendo poco a poco en su buhardilla. De todos modos, hay entre ustedes algunos aventureros, gentes que no soporto.

—Más vale que cambiemos de conversación, príncipe. No se meta con mi buhardilla.

—Vaya, creo que le he ofendido. Pero tenga presente que me dio permiso para hablarle como a un amigo. Cierto es que aún no hice nada por merecer su amistad. En fin, discúlpeme. Este vino es soberbio. Pruébelo, se lo ruego.

Así diciendo llenó mi copa por la mitad.

—Mi querido Iván Petrovitch—prosiguió—, me doy cuenta de que no resulta fácil lograr la amistad de una persona. Sin embargo, no somos tan violentos y groseros como ustedes imaginan. Comprendo, sin embargo, que usted no se encuentra aquí por simpatía hacia mí, sino porque le prometí hablar de lo que le interesa, ¿no es cierto?

Lanzó una carcajada y agregó sin dejar de sonreír aviesamente:

—Por otra parte, como se halla usted al cuidado de cierta persona, le interesa lo que voy a contarle. ¿Me equivoco?

—Acierta usted. Le he acompañado por eso. De otra forma no me encontraría aquí; es muy tarde.

Advertí en seguida que era una de esas personas que cuando tienen a alguien en su poder, se lo demuestran sin vacilar. Yo me encontraba en ese caso. No podía irme hasta haber escuchado lo que tenía que contarme. Él lo sabía, y adoptó un tono familiar, cada vez más irónico e insolente.

De buena gana le hubiera dicho «no estaría con usted por todo el oro del mundo», pero logré dominarme, y cambié el final de la frase por delicadeza, no porque sintiera temor. En realidad no es sencillo decir una inconveniencia a la cara a un hombre, por más que la merezca y uno se sienta tentado de hacerlo. Seguramente el príncipe se daba cuenta de todo ello. Me observó sarcásticamente mientras yo concluía mi frase. Daba la sensación de gozar con mi debilidad, y pare-

cía decirme con los ojos: «No tienes coraje, amigo mío. Te has echado atrás.» Cuando terminé, me dio un golpe en la rodilla, con gesto de protección, como si estuviera diciendo: «¡Cuánto me divierto a costa tuya!»

«Aguarda y verás», le contesté para mis adentros.

—Hoy me encuentro de un humor magnífico—aseguró después—, aunque no sabría decir la razón. Pues sí, amigo. Deseo hablarle de quien usted se imagina. Es necesario que lo aclaremos del todo y que lleguemos a un acuerdo. Sé que en esta ocasión me comprenderá muy bien. No hace mucho le hablé de esos diez mil rublos y del infeliz padre de Natalia Nicolaievna, que sólo es una criatura de sesenta años. Pero no vale la pena preocuparse de eso, que es pura comedia. Como escritor de novelas supongo que me comprenderá.

Le observé perplejo; tanto más porque no tenía aspecto de hallarse bebido.

—Por lo que se refiere a esa joven, le tengo verdadero aprecio, se lo aseguro. Es algo caprichosa, desde luego, pero nadie está exento de defectos. Justamente, el atractivo de las rosas es que a veces nos pinchan con sus espinas. Mi hijo es un necio, y sólo le he perdonado en parte porque creo que no ha tenido mal gusto. Ese tipo de muchacha es de mi agrado—al decir esto se mordió los labios, significativamente—, y hasta tengo el propósito de... Pero eso llegará a su debido tiempo.

—Le aseguro que no entiendo sus bruscos cambios de tono, príncipe. Más vale que cambiemos de conversación.

—¿Otra vez se enfada usted? Bien, hablemos de otra cuestión. Pero antes, dígame una cosa: ¿La quiere usted?

—Sí—contesté, impaciente.

—Así que la ama usted—agregó, chasqueando la lengua, en un gesto repugnante.

—¿Se olvida de lo que he dicho, príncipe? —manifesté, indignado.

—Está bien, cálmese. Lo que pasa es que hace tiempo que no estaba tan contento. Creo que nos vendría bien una botellita de champaña, ¿eh, poeta?

—No, no pienso beber.

—Como guste. Pero le aseguro de que debiera acostumbrarse. Mi excelente humor casi me lleva a mostrarme sentimental. Si estuviera solo no me encontraría tan feliz. Quizá bebiendo juntos llegaremos a tutearnos, ¿qué le parece? ¡Ja, ja, ja! Usted aún no me conoce, amigo mío, pero tengo la certeza de que llegará a apreciarme. Hoy deseo que comparta mis alegrías y pesares, el llanto y la risa. Sin embargo, espero no tener que llorar. ¿Qué me dice, Iván Petrovitch? Le advierto que si no satisface este pequeño anhelo mío, se me esfumará la inspiración, y usted no llegará a enterarse de nada. Porque imagino que es a esto a lo que ha venido, ¿no es cierto? Así que puede usted elegir.

Comprendí su velada amenaza, y accedí. Me pregunté si no trataría de emborracharme.

Recordé entonces un rumor que corría acerca de él, según el cual, el príncipe, correcto y elegante en sociedad, se emborrachaba a veces como un cochero, por las noches, y se entregaba a un repugnante libertinaje. No quise creer esas murmuraciones, y ahora temía que llegaran a confirmarse. Cuando trajeron el champaña, el príncipe llenó nuestras copas y mientras bebíamos continuó diciendo.

—Esa moza es un verdadero encanto, aunque me haya tratado un poco duramente. Es entonces cuando esas criaturas resultan más deliciosas. Aquella noche creyó que me humillaba, ¿lo recuerda? ¡Con lo bien que le sentaban las mejillas sonrojadas! Vaya, creo que de nuevo se está enfadando, amigo mío.

—Acierta usted—repuse iracundo—. No quiero que hable de ese modo de Natalia Nicolaievna. Le aseguro que no voy a consentírselo.

—Bueno, entendido. Cambiaré de conversación. Ha-

blemos de usted, en tal caso. Soy amigo suyo y es lógico que su vida me interese.

— Estoy seguro de que será mucho mejor si hablamos de otra cosa.

— Se refiere a lo que nos concierne a ambos, ¿verdad? Sí, le entiendo muy bien, amigo. Pero al hablar de usted nos aproximaremos bastante al tema que nos preocupa. Por consiguiente, sigo adelante. Deseaba decirle, mi apreciado Iván Petrovitch, que todo este tema tan especial es porque le considero mi amigo. Usted es un escritor pobre, que debe pedir adelantos a su editor para pagar las deudas que contrae, y con lo que le queda se alimenta a base de té y tirita de frío en su buhardilla. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

— Sí, pero...

— Lo sé, lo sé. Me dirá que eso es mucho más decente que robar, o adular o estafar. De todo eso hace ya mucho que se ha escrito.

— No es indispensable que hablemos de mis asuntos. Espero no tener necesidad de darle lecciones de educación.

— No, claro que no, pero no hay forma de evitar una cuestión tan delicada. Dejemos de lado las buhardillas, que por cierto me disgustan bastante..., exceptuando algunos casos — y se echó a reír innoblemente —. Lo que no alcanzo a comprender es que se contente usted con un papel secundario en la vida. Cierto escritor dijo no sé dónde que la hazaña mayor que puede realizar un hombre es saber limitarse a representar un papel secundario. Además, he oído hablar de eso en alguna ocasión. La realidad, en este caso, es que Aliocha le ha quitado la novia. Obrando como si fuera un verdadero Schiller, usted se pone en cuatro patas y les sirve en todo lo que necesitan. Discúlpeme, pero, a mi modo de ver, esa generosidad resulta algo repugnante. Es vergonzosa y no sé cómo puede soportarlo. En su lugar, yo me moriría de coraje.

—¿Acaso me trajo aquí para insultarme? —exclamé, iracundo.

—De ningún modo, amigo mío. El que le habla ahora es un hombre práctico que no piensa en otra cosa que en su felicidad. Sólo pretendo arreglarlo todo. Déjeme acabar, tenga paciencia. Ahora yo le pregunto: ¿Y si usted se casara? Como ve, le hablo de otra cosa... Bueno, ¿a qué viene ese asombro?

—Voy a esperar a que termine —contesté yo, realmente estupefacto.

—Poco es lo que voy a agregar. Querría saber qué contestaría usted a un amigo del alma que quiere sinceramente su felicidad, y no algo meramente pasajero, y que le propusiera casarse con una hermosa joven, que posee, eso sí, alguna experiencia. Lo que digo es una hipótesis. Estoy hablando de algo así como una Natalia Nicolaievna, con la correspondiente y justa indemnización, desde luego. Le aseguro que me refiero a un asunto totalmente aparte de lo «nuestro». ¿Qué respondería usted?

—Que está usted trastornado.

—Bueno, no le falta más que pegarme.

Era cierto, pues estaba conteniéndome para no lanzarme sobre ese hombre, al que no podía ya aguantar. Me daba la impresión de una alimaña, de una enorme araña, y sentía deseos de aplastarla. Se complacía con sus mofas y en jugar conmigo al gato y al ratón, como si me tuviese totalmente dominado.

Parecía hallar una satisfacción, un sentimiento excitante en la insolencia, la cínica desvergüenza con que por fin se había despojado de su disfraz. Se divertía ante mi desconcierto e inquietud, y no disimulaba su desprecio hacia mí.

Desde el comienzo me dije que esa forma de actuar del príncipe era premeditada, aunque me veía obligado a aguantarle hasta el final. Por Natacha, tendría que soportarlo todo, pues del diálogo podía surgir la solu-

ción que yo tanto esperaba. Pero se hacía sumamente difícil escuchar con serenidad aquellas burlas deplorables contra Natalia Nicolaievna. Por otra parte, como el príncipe se daba cuenta de que tenía que escucharle hasta el fin, sentíase animado para prodigar sus insultos. Me dije que al fin y al cabo él también me necesitaba, y me propuse contestarle con ofensas, resueltamente.

Él se dio cuenta de lo que pensaba, y con gran seriedad manifestó:

—Escuche, amigo, no podemos seguir de esta forma. Será mejor que nos pongamos de acuerdo. Pienso explicarle bastantes cosas, pero para eso debe usted ser más amable y no interrumpirme, por mucho que yo diga. Quiero hablar libremente, sin preocupación de ninguna clase, lo que me parece primordial en este momento. ¿Tendrá paciencia para escucharme?

Me callé haciendo un esfuerzo, por más que con su forma de mirarme, cínica y burlona, parecía querer provocar una reacción violenta de mi parte. Advirtió que había resuelto escucharle a toda costa y prosiguió diciendo:

—No se altere, Iván Petrovitch. ¿De qué puede culparme, en realidad? ¿De la manera cómo digo las cosas? Sabe usted que yo pensaba hablarle con toda sinceridad, y tanto si me expreso con toda cortesía como si lo hago duramente, como ahora, el sentido de lo que diga será el mismo.

»Me desprecia usted, ¿no es cierto? Como puede ver, en mí hay una inmensa ingenuidad, bonhomía y franqueza, y llego a confesarle hasta mis caprichos más pueriles. Le ruego que ponga también usted algo de su parte, y nos comprenderemos a la perfección. Le repito que no debe mirarme con semejante cara de estupor. Toda la inocencia y la poética ingenuidad de mi hijo, su sublimación sobre sus necias relaciones con Natacha (muchacha encantadora, por otra parte), todo eso me fastidia a tal extremo que sólo espero una oportunidad para poder expresar mi desagrado. Ya está aquí la ocasión, y me dispongo a exponer mis ideas ante usted.

Así diciendo, lanzó una carcajada sonora, cínica como un insulto.

—Me asombra usted, príncipe. No le reconozco, oyéndole hablar ese lenguaje de polichinela. Le aseguro que esa inesperada sinceridad...

De nuevo volvió a reírse estrepitosamente, y luego declaró:

—Ha acertado usted, amigo mío. Me siento muy contento, en efecto; y usted, como poeta, debe ser indulgente conmigo. Pero antes que nada, bebamos.

Con gesto satisfecho procedió a llenar su copa hasta el borde.

—Debo decirle, Iván Petrovitch, que aquella maldita velada en casa de su amiga Natacha me dejó deshecho. Cierto es que la muchacha me gustó, pero cuando salí de aquella casa llevaba en el alma una ira que no se calmó fácilmente. No lo olvidé, ni me recato en ocultarlo. Pero ya llegará mi ocasión, y tal vez bastante pronto. En fin dejemos ese asunto. Lo que quería decirle es que en mi persona hay un rasgo que usted no conoce. Y es que aborrezco esas ingenuidades estúpidas, esas necedades idílicas tan vulgares. Una de mis mayores alegrías ha sido siempre la de comenzar adulando y estimulando a uno de esos poetas, a uno de esos corazones cándidos para luego llenarle de confusión quitándome la careta y dejando que mi dulce rostro exprese una serie de muecas desconcertantes. Quizá usted no lo entienda, y le parezca algo absurdo e innoble.

—Sí, eso me parece.

—Me complace su franqueza, pero no puedo hacer nada por evitarlo. También yo soy terriblemente sincero. Así es mi temperamento. Se dará cuenta cuando le relate algunos episodios de mi vida. Seguramente le interesarán, y gracias a eso podrá conocerme mejor. Puede

que hasta justifiquen mi parecido con Polichinela. ¿No suele hablar éste con toda sinceridad?

—Mire, príncipe, se hace tarde, y...

—¡Pero qué impaciente es usted! ¿A qué vienen esas prisas? Hablemos como amigos, sincera y cordialmente, mientras sostenemos una copa en la mano. ¿Le parece que estoy borracho? Da lo mismo —y se echó a reír estrepitosamente, otra vez—. No sabe lo agradable que resulta recordar estos momentos, más tarde. Iván Petrovitch, es usted un malvado, y por si fuera poco, le falta sensibilidad, sentimentalismo. No va a perder nada, pasando un par de horas con un buen amigo, como yo. Sabe usted bien que lo que hablemos se relaciona con nuestro asunto. ¿Cómo no lo ha entendido, siendo novelista, como es? Más le valía dar gracias al cielo por la oportunidad que se le presenta, ya que de mí puede sacar un personaje estupendo. ¡Ja, ja, ja! No sé cómo me siento hoy tan ingenuo, Dios mío.

Se notaba que su borrachera iba aumentando. Su rostro se había cambiado, y presentaba ahora una expresión repulsiva. Notábase que tenía verdaderas ansias de ofender, de herir, de mortificar. Pensé que sería mejor que estuviese bebido, pues ya se sabe que los borrachos no suelen guardar secretos. El príncipe, sin embargo, parecía conservar su lucidez. Perfectamente satisfecho de sí mismo, prosiguió diciendo:

—No hace mucho le confesé, tal vez con algo de impertinencia, que en ciertas oportunidades tengo grandes deseos de quitarme la careta. Si me tiene usted por un ingenuo o un grosero, le aseguro que es injusto; en primer lugar, porque me gusta obrar de esa forma; en segundo término, porque me encuentro ahora con usted pasándolo bien, como buenos amigos. Por último, le confieso que soy un hombre caprichoso.

»Le diré que hace mucho, por simple capricho, fui metafísico y filántropo, y no me faltó gran cosa para pensar como usted lo hace. Cierto es que eso ocurrió

hace ya tiempo, en las épocas doradas de mi juventud. Aún me acuerdo que llegué a mi hacienda con fines humanitarios, y que estaba lleno de aburrimiento. ¿Sabe lo que hice entonces? Por puro tedio me dediqué a hacerle la corte a las chicas guapas. Pero, ¿otra vez está usted haciendo aspavientos? Amigo mío, olvida que estamos de juerga, y que es en estos casos cuando uno le abre el corazón a los camaradas. Soy un ruso de pies a cabeza, y me gusta descargar mi conciencia cuando es oportuno. A mi modo de ver, es necesario saber aprovechar las oportunidades, si se quiere pasarlo bien en la vida. Como le decía, comencé por cortejar a las campesinas. Recuerdo bien a la mujer de un joven mujik al que administré un duro correctivo. Estuve a punto de matarle a latigazos, pero después no llegué a hacerlo. Pero esto ya son asuntos muy lejanos, estimado poeta. El caso es que el hombre murió en el hospital. Olvidaba decirle que yo había montado un hospital en mi hacienda. Un pabellón con veinte camas, espléndidamente instalado, impecable en cuanto a higiene, y con suelos de mosaico. Hace mucho tiempo que lo hice cerrar, pero en aquella época me sentía sumamente orgulloso de él porque me daba por la filantropía. Como le decía, poco faltó para que el mujik dejase el pellejo bajo mi látigo, a causa de su mujer. ¿De nuevo hace gestos? ¿Acaso le disgusta lo que le cuento? Veo que se rebela su noble espíritu; pero debe tranquilizarse, ya que es un asunto muy antiguo, de los tiempos en que me sentía romántico y soñaba con ser un benefactor de la sociedad, fundando una institución filantrópica.

»Sin embargo, por aquel entonces mandaba dar de latigazos a los hombres, mientras que ahora ya no soy así. Lo que hago ahora es aspavientos, como todo el mundo. Así es nuestra época. El que más me divertía era ese estúpido de Ikmeniev. Tengo la certeza de que se enteró de lo del mujik, pero como seguramente tiene el corazón hecho de almíbar, y también por el cariño casi

insensato que me tenía entonces, prefirió no creer el rumor. Estuvo negándolo y defendiéndome durante doce años, hasta que a él mismo le cayó la venda. ¡Ja, ja, ja! En fin, esto son bobadas. Bebamos, bebamos, mi amigo. Y hablando de otra cosa; dígame, ¿le gustan las mujeres?

Permanecí callado, limitándome a escucharle. Él comenzó otra botella y dijo:

— Pues a mí me gusta hablar de mujeres cuando estoy cenando. Cuando nos marchemos de aquí, le presentaré a una tal mademoiselle Philiberte, ¿quiere? Pero, ¿qué le ocurre? Veo que ni siquiera me mira usted.

Quedóse pensativo un momento, y de pronto alzó la cabeza, y dirigiéndome una rápida ojeada agregó:

— Escúcheme, amigo poeta, le descubriré un secreto de la naturaleza, que, según parece, usted desconoce por completo. Tengo la certeza de que me tiene por un personaje perverso, y quizá hasta como un monstruo de vicio y depravación. Ahora bien, si llegase un tiempo (que no se producirá a causa de la índole de la naturaleza humana), en que todos los hombres pusieran de manifiesto sus pensamientos íntimos, hasta aquellos que prefieren no ser sinceros consigo mismos ni con sus más allegados; si se presentase ese momento, se levantaría de la tierra tal fetidez que todos moriríamos asfixiados. Por tal razón nuestros prejuicios sociales poseen tanto valor. En realidad tienen una profundidad, más que moral, destinada a mantener la comodidad, lo que es aún mejor, ya que moralidad y comodidad pueden considerarse como algo similar, ya que la primera ha sido creada para gozar de la segunda.

»Más tarde hablaremos de los prejuicios, Le ruego que me lo recuerde cuando llegue el momento. Por ahora no haría más que embrollarme. En definitiva, usted me acusa de vicioso, libertino y villano, cuando en este instante mi única culpa es la de ser más franco que los demás. Es probable que proceda equivocadamente. Bueno, ¿y qué más da? No, no se inquiete, el hecho de que admita mis errores no significa que vaya a pedir disculpas por ellos.

—Divaga usted de un modo absurdo —manifesté, mirándole con desdén.

—No sé dónde ve usted el disparate —dijo, y se echó a reír—. ¿Le digo lo que piensa en este preciso momento? Pues se pregunta con qué objeto le traje aquí, y por qué sin aparente razón demuestro tanta franqueza con usted. ¿No es eso?

—Sí, es cierto.

—Bien, más tarde se lo explicaré.

—Se trata de algo más simple —dije—. Lo que pasa es que se ha tomado un par de botellas, y está bebido.

—Diga sin ambages que estoy borracho. «Bebido» es más fino que «borracho». Es usted la delicadeza en persona. Pero me parece que estamos a punto de discutir, a pesar de lo interesante del tema que tratamos. Como le decía, amigo poeta, lo mejor que existe en la tierra son las mujeres.

—Lo que no alcanzo a comprender, príncipe, es por qué motivo se le ocurrió elegirme justamente a mí para confiarme sus secretos y anhelos.

—Le dije que más tarde lo sabría. No se impaciente, por favor. Además, el que sea usted poeta, como lo es, supone, ya de entrada, una gran ventaja. Y volviendo a lo anterior, como declaré antes, hay un sentimiento de placer en ese quitarse uno de improviso la careta, en el cinismo que supone el presentarse un hombre ante otro absolutamente transparente, sin que quiera demostrar la menor vergüenza ante el segundo.

Después de beber un trago me miró y prosiguió hablando.

—Una vez, en París —dijo—, un empleado público se volvió loco. Al convencerse los demás de que tenía la mente trastornada, le encerraron en un manicomio. Antes de eso, el hombre se dedicó a una singular distrac-

ción. Se quitaba en su casa toda la ropa, hasta quedar tan desnudo como vino al mundo, y sólo se cubría con un ancho gabán que le llegaba a los pies. Se ponía los zapatos, y con ademanes graves y dignos comenzaba a dar paseos por la calle. Desde lejos nadie le hubiera diferenciado de cualquier hombre corriente que pasara por el lugar. Pero cuando se encontraba con un transeúnte en algún sitio apartado, se acercaba a él muy serio, y sin decir una sola palabra abría el gabán y enseñaba su completa desnudez. Esto duraba escasamente un segundo, tras el cual cerraba de nuevo el abrigo, y sin inmutarse, sereno e impávido como si fuera el fantasma de Hamlet, se alejaba de allí, mientras el peatón se quedaba atónito. Así obraba con todo el mundo, hombres, mujeres y niños. Se trataba de su único pasatiempo. Del mismo modo disfruto yo, dejando de una pieza a un Schiller de pacotilla, sacándole la lengua en el instante en que menos lo imagina.

—Se trataba de un loco; pero usted...

—¿Cree de verdad que estoy en mi sano juicio?

—Sí.

Echóse a reír con grandes carcajadas, y mostrando una expresión insolente agregó:

—Querido amigo, veo que al juzgar también lo hace usted con cordura.

Esta nueva desconsideración me llenó de ira, y sin poder contenerme repuse:

—Escuche, príncipe, lo que ocurre es que usted nos desdeña y desea vengarse en mi persona. Ello es consecuencia de la mezquindad de sus sentimientos. Es usted una persona vil y ruin. Le hemos disgustado, y tal vez fuese aquella famosa noche lo que más llegó a irritarle. Debo confesarle que no hubiese podido vengarse más efectivamente que haciéndome semejante desprecio. Procura hacerme ver que no le avergüenza mostrarse ante mí de esa manera, sin su despreciable disfraz, poniendo en evidencia el cinismo de su modo de ser.

—¿A qué vienen esas palabras? Tal vez desee demostrarme su perspicacia, ¿eh? Pues ha tenido una buena idea, mi amigo —aseguró con el voluble tono de antes—, ya que me ha hecho perder el hilo de lo que estaba diciendo. Ahora bebamos, mi amigo. Déjeme que le sirva. En seguida le contaré una anécdota muy divertida y curiosa.

Me llenó la copa mientras reanudaba su relato.

—Conocí hace tiempo a una dama que no estaba ya en su primera juventud, pues tendría unos treinta años. De todos modos se trataba de una mujer de excepcional belleza. ¡Qué elegancia, qué busto, qué empaque! Poseía una mirada severa, de águila, que la hacía altiva e inabordable. Decíase que era tan fría como el hielo y a todos asombraba por su acrisolada virtud. En su círculo se constituía en el juez más severo, condenando no sólo los vicios de otras mujeres, sino también sus debilidades más nimias. Todos la respetaban profundamente, y hasta las personas de más edad solicitaban sus consejos. Las jóvenes temblaban pensando en lo que pudiera decir de ellas, pues una de sus observaciones bastaba para derrumbar toda una reputación. Tanto influía en su ambiente, que hasta los hombres la temían. Se entregó luego a una especie de misticismo que aumentó la veneración que le profesaban.

»Pues bien, amigo mío, le aseguro que no había mujer más depravada que aquélla. Puedo afirmarlo porque tuve la suerte de ser su confidente y amante. Concertábamos nuestras entrevistas íntimas con tal habilidad, que ni siquiera los que vivían en su casa pudieron descubrir nunca el menor indicio. La única que lo sabía era una encantadora criadita francesa, pero podíamos confiar en ella, puesto que también participaba en el asunto. Pero lo que más voluptuosidad proporcionaba a tales relaciones, era la atmósfera de impudicia, misterio y engaño que la envolvían. Había un manifiesto placer en burlarse de todo, en pisotear lo más respetable. Eso producía un

goce indescriptible. Un año después me dejó por otro. Por más que yo hubiese querido perjudicarla, nadie me hubiera creído, ni siquiera me habrían escuchado. ¿Qué le ha parecido, mi joven amigo?

Le había escuchado con manifiesto desagrado, y le contesté:

—Me parece algo abominable.

—Claro, de haberme contestado de otra forma, no sería usted quien es. Ya imaginaba lo que me iba a responder. ¡Ja, ja, ja! Le conviene vivir un poco más, y entonces me comprenderá. Por ahora le falta mucho, créame. En cambio aquella mujer comprendía la vida y la disfrutaba.

—¿Era necesario degradarse tanto?

—¿Degradarse?

—Sí, como lo hacían ustedes dos.

—Bah, me parece que sigue usted en el limbo. Eso no es envilecerse. Claro está que la independencia puede demostrarse de una manera diferente. Hablemos con franqueza, y reconozca que todo lo que dice es absurdo.

—¿Acaso hay algo que no lo sea?

—Sí; mi carácter, por ejemplo; yo mismo. Para mí se ha creado el mundo. Mire, amigo, soy de los que creen que aún puede vivirse bien en la tierra. Es lo mejor que puedo pensar, pues sin eso más vale envenenarse. Aseguran que de ese modo lo hizo cierto necio. No cesaba de filosofar, negándolo todo. Una vez que todo lo hubo destruido, no le quedó absolutamente nada, ni obligaciones, ni principios. Entonces comenzó a decir que lo mejor de esta vida era el ácido prúsico. Usted me dirá sin duda que ése era Hamlet, la cúspide de la desesperanza, una sublimidad que no podemos imaginar siquiera. Es usted poeta, y yo sólo un simple mortal. Pero mi conclusión es que debe encararse la vida desde un nivel práctico y simple. Hace tiempo que dejé de lado cualquier traba y hasta toda obligación. No existe el deber para mí, si no me favorece. Claro que usted no puede

ver las cosas de esa forma, pues está atado de pies y manos y tiene gustos enfermizos. Al escucharle hablar de ideales y virtud, me gustaría darle la razón; pero por desgracia tengo la certeza absoluta de que las virtudes humanas se asientan sobre la base del egoísmo. Cuando un acto es virtuoso, significa que encierra una gran dosis de egoísmo. Yo sólo reconozco una ley, la del amor por uno mismo. Considero la vida como un mercado. No debe despilfarrarse el dinero, pero sí retribuir generosamente los placeres que nos proporcionan. En eso consiste mi moral, si desea saber cuál es. A mi modo de ver, siempre es mejor conseguir que le sirvan a uno sin tener que pagar nada. Los ideales me fastidian; no quiero tenerlos. Y por otra parte, me libro de la necesidad de tener que usar el ácido prúsico. Quizá me hiciese falta, de tener yo más virtudes. Sin embargo, ¡todavía me quedan por conocer muchas cosas buenas de esta vida, sean de la clase que sean! Me entusiasman los antros de disipación, clandestinos e incluso hediondos, a veces. Pero por encima de todo, me gustan las mujeres. ¡Vaya, con qué desprecio me está usted mirando!

—Está muy en lo cierto.

—Suponiendo que tuviese usted razón, y no yo, ¿no le parece eso preferible al ácido prúsico?

—Yo escogería el ácido.

—Sabía que iba a contestarme eso. Pero hace usted mal. Si fuese un verdadero amante de la humanidad, como asegura, querría para toda persona razonable un gusto como el mío. Si no, la gente despierta nada podría hacer en la vida, y en ésta sólo tendrían cabida los mentecatos. Conoce usted bien el refrán que afirma que la felicidad es únicamente para los inocentes. Y la verdad es que nada hay más grato y fructífero que vivir entre necios y tratarse con ellos. No me acuse de vivir apegado a los prejuicios y convencionalismos, y que guste de los honores. Sé que vivo en una sociedad frívola, y como me siento bien en ella, sigo a la mayoría y la

defiendo a toda costa. Pero en caso necesario, sería el primero en dejarlo. Estoy al corriente de las nuevas ideas que defienden ustedes, y le aseguro que nunca me produjeron el menor temor. A decir verdad, no hay razón para que yo me sienta intranquilo, pues no sé lo que son los cargos de conciencia. Todo lo doy por bien recibido, siempre que me sea agradable. Son innumerables los que piensan igual que yo, y todos nos llevamos espléndidamente. En el mundo todo puede resultar destruido, pero eso no nos ocurrirá a nosotros, que vivimos desde que fue hecha la tierra, y seguiremos viviendo siempre. No sé si se habrá dado cuenta de la resistencia que poseemos. Llegamos a vivir ochenta y noventa años. Eso quiere decir que la misma naturaleza nos protege. ¡Ja, ja! Yo pienso llegar a los noventa. No tengo ningún cariño a la muerte. Por el contrario, no niego que la temo. Pero, ¿a qué vienen estos pensamientos? Creo que me los ha suscitado el filósofo del ácido prúsico. ¡Al demontre con la filosofía! ¡Bebamos, amigo mío! Estábamos hablando de mujeres hermosas... ¡Eh! ¿Adónde va usted?

—Me marcho. Y creo que usted también debiera retirarse.

—De ningún modo. Cuando empiezo a sincerarme, veo que usted sigue impasible ante una muestra tan evidente de amistad. No, amigo poeta—volvió a reírse estrepitosamente—. Usted no sabe amar. Aguarde un poco, voy a pedir otra botella.

—Ya van tres botellas.

—En efecto. Por lo que se refiere a la virtud, mi querido discípulo (déjeme que le llame así), tal vez mis enseñanzas le resulten útiles. Por lo pronto, ya le dije que cuanto más virtuoso es un acto, más egoísmo entraña. Y a este respecto voy a contarle un episodio interesante. En una ocasión me enamoré de una joven. Un amor verdadero, pudiera decirse. La muchacha hizo verdaderos sacrificios por mí...

—Querrá decir que le robó todo lo que tenía—le interrumpí sin miramientos de ninguna clase, incapaz de seguir aguantando.

Estremecióse el príncipe, cambió de color y me miró lleno de asombro y luego con furor mal contenido.

—Aguarde un poco. Déjeme que piense. He bebido bastante y no me resulta fácil reflexionar.

Quedóse en silencio y me dirigió una mirada rencorosa, al tiempo que me retenía una de las manos, como si temiese que me marchara. Tengo la certeza de que en aquellos momentos se preguntaba quién podría haberme relatado aquella anécdota que casi nadie conocía.

Así pasó casi un minuto, y de pronto su rostro cambió de nuevo, volviendo a él, la ironía y el gozo de la borrachera.

Se echó a reír una vez más.

—Vaya, aquí tenemos un nuevo Talleyrand, ¿eh? Bueno, pues yo le aseguro que nunca sentí tanto asombro como cuando esa mujer me acusó de haberla robado. Había que oír sus gritos y calumnias. Estaba iracunda. Pero verá usted. En primer lugar, nada le robé, como usted afirma, puesto que el dinero era mío. Pongamos por caso que usted me ofrece su mejor traje—y al decir esto echó un vistazo a mi sencillo frac de confección económica y que ya tenía tres temporadas—. Yo le doy las gracias, y me lo pongo. Al cabo de un año tenemos una grave discusión, y usted me exige lo que he estado utilizando durante todo ese tiempo. ¿Le parece justo? En tal caso, ¿para qué me lo regaló? De todos modos, y aunque ese dinero ya era de mi propiedad, yo lo hubiese devuelto de todas formas. Pero entonces me resultaba imposible, pues no podía encontrar fácilmente una cantidad tan elevada. Además, me repugnan los llantos y las escenas tipo Schiller. No sabe bien todo lo que me dijo. Vociferó asegurando que me regalaba aquel dinero..., cuando ya me pertenecía en realidad. No pude contener la ira, y me puse a estudiar el asunto desde

un ángulo práctico, con la entereza de ánimo que por fortuna nunca me falta. Pensé que si le entregaba de nuevo el dinero la haría una desgraciada, al evitarle el goce de ser desdichada por causa mía y de maldecirme el resto de su vida. Como no quería quitarle esa felicidad, no le devolví el dinero. Con ello advertirá usted que es cierto mi aforismo de que cuanto más generoso es un acto, mayor dosis de egoísmo encierra. Quizá usted no lo entienda. Lo cierto es que el asunto no puede estar más claro. Pero lo que quería usted era confundirme. ¡Ja, ja, ja! Sea franco conmigo. Quería atraparme, ¿eh?

Me levanté de la silla y dije:

—Bien, me marcho, príncipe.

—Espere, sólo dos palabras más, para concluir —declaró, dejando de lado el tono vulgar con que hablara hasta ese momento, para dirigirse a mí en otro más serio—. Observe, por todo cuanto le he dicho, que yo no sería capaz de sacrificar una buena ocasión por nadie ni por nada. Me atrae el dinero, y además lo necesito. Catalina Fiodorovna lo tiene de sobra, pues su padre comerció en gran escala con licores durante diez años. Ella tiene tres millones, y esa suma me resultaría muy útil. Aliocha y Katia constituyen la parejita ideal. Ambos son estúpidos hasta más no poder, y eso supone otra ventaja para los planes que he concebido. Deseo, por consiguiente, que contraigan matrimonio. Dentro de dos o tres semanas la condesa y Katia saldrán hacia el campo, en compañía de Aliocha. Será conveniente, por lo tanto, que advierta a Natacha, para que no se produzcan escenas dramáticas y ridículas. Mi carácter es vengativo y perverso, y sé hacer que me paguen las deudas. No le tengo ningún temor, y todo saldrá a mi gusto, como podrá usted comprobarlo.

»Trate de que Natacha obre con prudencia, pues de lo contrario tendrá que arrepentirse. En primer lugar, puede ir agradeciéndome el que no haya actuado contra

ella como ordenan las leyes. Como usted sabrá, las leyes protegen la tranquilidad familiar, y garantizan que los hijos obedezcan a sus padres, impidiendo que aquéllos dejen de lado sus deberes filiales. Además, tenga en cuenta que yo poseo importantes relaciones, mientras que ella no tiene a nadie, prácticamente, que la proteja. En semejantes circunstancias, para usted resulta fácil darse cuenta del daño que yo podría hacerle. Hasta ahora no me he decidido a obrar de esa forma, y ha sido porque ella actúa con cuidado. En estos seis meses, la hice vigilar atentamente, de modo que estoy al corriente de cada uno de sus pasos. Eso es lo que me hace pensar que Aliocha la dejará por sí mismo, y no creo que esto tarde en ocurrir. En estos momentos, Natacha sólo es para él un pasatiempo más o menos agradable. En cuanto a Aliocha, me considera un padre benévolo, y es necesario que siga pensando de ese modo.

Echóse a reír bruscamente, y agregó:

—¡Y pensar que hace pocas noches la felicitaba por su generosidad, al no querer casarse con Aliocha! Lo cierto es que mi visita no obedecía a otra razón que la de poner fin a esas relaciones con mi hijo. Pero tenía que verlo todo por mí mismo. Bien, ¿le parece que ya le dije bastante? ¿Tal vez quiera saber también por qué le he traído a este sitio y le hablo con tanta sinceridad, cuando no tenía necesidad de hacerlo? ¿Quiere enterarse?

—Sí.

Hice un esfuerzo y me dispuse a escucharle. Además, ¿qué podía yo replicarle?

El príncipe prosiguió diciendo:

—Si le he contado todo esto es porque me he dado cuenta de que posee más juicio que esos dos necios. Sin duda hubiera terminado usted por conocerme a fondo, por adivinar mis propósitos. Quise ahorrarle ese trabajo demostrándole bien a las claras con quién tiene usted que tratar. Ahora sabe quién soy yo, y como estoy

enterado de que ama a esa joven, tengo la certeza de que utilizará toda su influencia para evitar que salga perjudicada en este asunto.

Me miró irónicamente en silencio, durante un instante. Luego dijo:

—Por otra parte, existe una razón más para que le haya hablado con tanta franqueza. Como se habrá dado cuenta, sentía deseos de regodearme escupiendo todo mi desprecio sobre semejante episodio, y quise hacerlo precisamente delante de usted.

—En tal caso, ha conseguido lo que se proponía —contesté, estremecido por la ira—. Ha hallado la mejor manera de manifestar su desdén y su odio hacia mí y los demás. No ha mostrado vergüenza alguna al hacerme esas confidencias, comportándose aproximadamente como el loco del gabán.

—Veo que lo ha entendido todo perfectamente. Se nota que es novelista. Ahora nos separaremos como buenos amigos. ¿Bebemos una copa por nuestra salud?

—No. Y si no le hablo como se merece, es porque está usted muy bebido.

—Eso es falta de sinceridad. No se atreve a confesar lo que siente. Al menos, espero que me permitirá abonar su cuenta.

—De ningún modo. Yo la pagaré.

—Eso era lo que esperaba. ¿Nos marchamos juntos, al menos?

—Tampoco quiero acompañarle.

—En tal caso, adiós, amigo poeta. Creo que me habrá comprendido bien.

Con paso vacilante, el príncipe salió a la calle, donde su lacayo le instaló en el carruaje. Caía una lluvia fina, y reinaba una densa oscuridad.

Poco después, embebido en mis tristes pensamientos, llegué a casa, calado hasta los huesos por la persistente llovizna.

Acababan de dar las tres de la mañana.

CUARTA PARTE

CAPITULO PRIMERO

No soy capaz de describir la desesperación que me embargaba. Me daba cuenta de que de aquel hombre podía esperarse lo peor, y a pesar de ello, no salía de mi asombro, como si de pronto hubiese descubierto lo monstruoso de su personalidad. En mi cabeza reinaba la mayor confusión. Mi alma estaba transida de dolor.

Sentía un profundo temor por Natacha, a la que sin duda esperaban grandes sufrimientos. Era necesario que hallase el modo de evitarle más penas, antes de que se produjera el desenlace que inevitablemente se aproximaba. Yo me daba cuenta de la forma en que aquello iba a terminar.

Me disponía a llamar a la puerta, cuando ésta se abrió de repente, al mismo tiempo que se dejaba oír un lamento. Era Nelly, que parecía haber estado esperando mi regreso. En la habitación había una vela encendida, y al ver el rostro de la chiquilla me asusté. Tenía un brillo febril en la mirada, y me observaba como si no supiera quién era yo. Evidentemente se encontraba bajo los efectos de una fiebre intensa.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma, Nelly?—inquirí, rodeándole los hombros con un brazo.

Se estrechó contra mí estremeciéndose de pavor, y dijo algunas palabras deshilvanadas, que no pude descifrar. Estaba delirando.

En seguida la conduje a su cama, pero ella continuaba abrazada a mí, como si tratara de que la librase de

algún enemigo. Una vez que estuvo acostada, aún seguía apretándome con fuerza una mano, sin duda temiendo que volviera a marcharme. También yo me sentía enfermo, y con los nervios tan alterados que no pude evitar las lágrimas, al advertir el estado en que se hallaba la chiquilla. Al verme llorar, me miró fijamente; parecía tratar de entender lo que me ocurría. Su semblante reflejó entonces la claridad de sus pensamientos. Yo sabía que después de sufrir un ataque de epilepsia, Nelly permanecía unos minutos sin poder coordinar las ideas, pronunciando palabras sin sentido.

Como hiciera unos esfuerzos infructuosos por hablar, me tendió una mano y enjugó con ella mis lágrimas. Luego me rodeó el cuello con sus bracitos, me atrajo hacia ella y me besó en una mejilla.

Comprendí que mientras yo había estado afuera, la pequeña había sufrido un ataque, quizá cuando estaba aguardándome. Terminado el acceso, debió de permanecer bastante tiempo sin recuperar la lucidez. Luego en su mente se representarían imágenes estremecedoras. Seguramente debió de pensar vagamente que yo tenía que regresar, y por eso siguió allí tendida, junto a la puerta, levantándose en cuanto me oyó ascender por la escalera.

Me pregunté por qué razón estaría junto a la puerta, cuando noté de pronto que se había puesto un abrigo que le comprara la tarde antes a un ropavejero amigo mío. Sin duda pensaba marcharse, cuando se sintió enferma. ¿Adónde quería ir Nelly? ¿Habría perdido ya la lucidez?

La fiebre no le disminuía. De nuevo empezó a delirar, y perdió el conocimiento. Desde que se encontraba en mi casa le habían dado ya dos ataques, y en ambas ocasiones se repuso perfectamente. Esta vez, sin embargo, le seguía la fiebre. Permanecí sentado junto a su lecho media hora. Luego arrimé unas sillas al diván y me eché encima, sin desvestirme, cerca de la pequeña

enferma y preparado para levantarme en cuanto advirtiese que me necesitaba.

No apagué la vela, y en varias ocasiones observé a Nelly antes de dormirme. Estaba aún muy pálida, con los labios resecos y con trazas de sangre, que seguramente se había hecho al caer al suelo. Reflejaba en el semblante, aun dormida, el mismo gesto de miedo y angustia que había tenido despierta. Me dije que si no mejoraba, al día siguiente iría a buscar al médico. Quizá hubiera contraído alguna dolencia grave.

Tal vez el ataque se debía a la impresión que le produjera la presencia del príncipe, pensé, y recordé estremecido a la mujer que le había tirado el dinero a la cara, como había contado él mismo.

CAPÍTULO II

Quince días duró la grave enfermedad de Nelly. Ya estaba en franca convalescencia, y al fin comenzó a levantarse a últimos de abril, cuando nos hallábamos ante esos días despejados y luminosos de Semana Santa.

¡Pobrecilla! No soy capaz de mantener un orden riguroso en el relato, ya que desde que ocurrió aquello hasta que lo escribo, ha pasado mucho tiempo. Pero me embarga una profunda pena al recordar su carita demacrada y las largas y persistentes miradas de sus ojos negros, cuando hablábamos a solas, como si esperase que penetrara en sus pensamientos. Notando que yo no los adivinaba, ella sonreía con dulzura, y con un ademán profundamente tierno me tendía sus manitas ardientes de largos y delgados dedos. Todavía hoy, que ya todo pasó y que sé lo ocurrido, ignoro en cambio los recónditos secretos de aquel pequeño corazón enfermo y agraviado.

Me doy cuenta de que estoy apartándome del hilo de mi relato, pero justamente en este instante no deseo pensar en nadie más que en la pobrecilla Nelly. Y es extraño que ahora que me encuentro solo en un hospital, abandonado por todos aquellos a quienes amé tanto, de pronto me venga a la memoria con toda claridad un detalle que entonces juzgué sin importancia, o que me había pasado inadvertido, y ello me permite comprender situaciones que no había llegado a explicarme.

En los cuatro primeros días de la enfermedad de la

pequeña, tanto el médico como yo nos sentimos realmente alarmados por su estado. El doctor me llevó a un lado al quinto día, y aseguró que el peligro había pasado, y que la niña se repondría. Se trataba del viejo médico amigo mío, un solterón excelente, de gran corazón, que cuidó de Nelly cuando sufrió el primer ataque, y que llegó a impresionar a la pequeña con la medalla de San Estanislao que le colgaba del cuello.

—Es decir que no hay nada que temer, ¿no es verdad?—dije, lleno de gozo.

—Al menos por ahora, no. Pero no vivirá mucho tiempo—repuso.

—¿Cómo es eso? ¿A qué se refiere?—inquirí, lleno de angustia.

—Tiene un defecto orgánico del corazón, y al menor disgusto que reciba puede recaer de nuevo. En una de esas recaídas morirá sin remedio.

—¿No hay forma de salvarla? ¡Es imposible que eso ocurra, doctor!

—No obstante, es la verdad. Si se le pudiese proporcionar una vida apacible, con muchas distracciones y ningún disgusto, el desenlace podría retrasarse. Se dan casos excepcionales, en que debido a una serie de circunstancias, puede prolongarse la vida bastante tiempo. Pero curarla por completo, eso no es posible.

—¡Señor mío! ¿Qué podría hacerse?

—Haga exactamente lo que yo le aconseje. Que lleve una vida serena y que tome las medicinas que le he recetado. Advierto que la chiquilla tiene un temperamento muy variable, y hasta algo burlón. Se niega a tomar los medicamentos. Ella misma me lo ha dicho.

—En efecto, doctor. Es una criatura muy rara, aunque yo lo atribuía a su dolencia. Ayer se mostró muy dócil, pero hoy, al ir a darle la medicina, dio un golpe a la cucharilla y la dejó vacía. Quise llenarla otra vez, pero me quitó el frasco de las manos y lo tiró al suelo, poniéndose luego a llorar. No creo que fuera de arrepenti-

miento—agregué, después de haber pensado un instante.

—Es lógico que se encuentre descentrada después de todo lo que ha padecido. Precisamente a eso debe achacarse su enfermedad.

El anciano médico estaba al corriente de la historia de Nelly porque yo mismo le había hecho el relato. El buen hombre se sintió sumamente impresionado.

Desde la cocina, donde habíamos estado hablando, entramos en la alcoba y el médico se aproximó al lecho. Me pareció que Nelly había oído lo que habíamos hablado, ya que al abrir la puerta noté que tenía erguida la cabeza sobre la almohada, en actitud de escuchar lo que decíamos. Al acercarnos a ella, la pequeña pícara se cubrió con la sábana hasta los ojos y nos observó con aire malicioso. En los últimos cuatro días de enfermedad la pobrecilla había adelgazado mucho. Tenía los ojos hundidos en las cuencas, y seguía bajo los efectos de la fiebre. Pero su aire burlón y la vivacidad de su mirada llenaron de asombro al viejo médico, que era el alemán más noble de los que había en San Petersburgo.

Con expresión seria, pero a la vez dulce y cariñosa, el médico explicó a Nelly que las medicinas le iban a hacer mucho bien y que debía tomarlas. La niña alzó una mano, aparentemente sin querer, y con otro golpe derramó el contenido de la cucharilla por el suelo. Estoy seguro de que lo hizo a propósito.

—Es una pena—manifestó el anciano—. Tengo la certeza de que lo has hecho adrede, y eso está muy mal. En fin, volveremos a llenar la cuchara.

Ella lanzó una breve carcajada, y el médico movió gravemente la cabeza. Mientras medía una nueva dosis, el anciano murmuró:

—Eso no está bien. No está nada bien.

—Bueno, no se disguste—dijo ella, procurando no reírse—. Tomaré la medicina, pero dígame que me quiere.

—Si te portas bien, claro que te querré, y mucho.

—¿De verdad?

—Claro que sí.

—Pero ahora no me quiere, ¿no es eso?

—Bueno, empiezo a quererte un poco.

—¿Me daría un beso, si se lo pidiera?

—Tal vez, siempre que lo merezcas.

De nuevo soltó la risa Nelly, sin poder dominarse. El médico me susurró al oído:

—Nuestra enfermita parece estar muy contenta. En realidad son los nervios los que le provocan esta clase de alegría.

—Si promete que se casará conmigo cuando yo sea mayor, me tomaré la medicina—exclamó ella, con su débil vocecita.

La nueva broma parecía divertir a Nelly enormemente, pues sus labios temblaban al tratar de contener la risa, y los ojos le relucían con animación, al tiempo que aguardaba las palabras del viejo galeno.

—Prometido—contestó el médico, sonriendo a la fuerza ante la nueva excentricidad de su pequeña paciente—. Me casaré, pero debo imponer condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Tienes que ser buena, obediente y además tienes que...

—¡Tomar la medicina!—le interrumpió ella.

—Justamente—repuso el doctor—. No hay duda de que eres una buena chica.

Y volviéndose hacia mí musitó en voz baja:

—Es una niña buena en el fondo y avispada, aunque, ¡qué idea la suya, esa de casarse conmigo!

Entonces el médico se inclinó para darle el medicamento. En esta ocasión Nelly no recurrió a ningún ardid, sino que abiertamente dio un manotazo a la cucharilla, con lo que desparramó el contenido de la misma sobre el rostro y la camisa del pobre anciano. Nelly se echó a reír sonoramente, aunque no con la alegría y la

franqueza de unos momentos antes. Tenía un gesto de maligna crueldad y rehuía nuestras miradas. Luego observó al médico con aire burlón, como esperando a que reaccionase.

El galeno se secó con toda serenidad la cara y las ropas, y dijo:

—Es una verdadera lástima. La medicina se ha derramado otra vez.

Esta actitud llenó de asombro a Nelly. Sin duda creía que nos íbamos a encolerizar, que la regañaríamos, recriminándole su forma de actuar. Posiblemente era lo que en su interior estaba deseando, a fin de tener un motivo para caer en una nueva crisis histérica, y poder desahogar su pequeño corazón, enfermo y dolorido. No son sólo los enfermos como Nelly los que tienen reacciones de esta índole; en más de una ocasión, cuando paseaba inquieto por mi estancia, tuve el inconsciente deseo de que me ofendiesen o me dijeran algo insultante, para poder desahogar mi alma atormentada. En tales situaciones, las mujeres comienzan por llorar con verdadera pena, y las que son más sensibles terminan en una crisis de histerismo. Esto les sucede, más que nada, cuando llevan en su interior un pesar que nadie más conoce, y que no pueden confesar, aunque lo intenten.

Impresionada de repente por el bondadoso temple del buen viejo, por la paciencia con que vertía una nueva dosis, sin dirigirle la menor palabra de repoche, la niña cambió de actitud. Se esfumó la sonrisa de su rostro, y las lágrimas le velaron los ojos. Me dirigió una mirada furtiva, y cuando el médico le dio la poción, se la tomó sin protestar. Luego, cogiendo las huesudas manos del anciano, murmuró:

—Se ha enfadado conmigo, y tiene mucha razón. Soy muy mala.

Pareció que diría algo más, pero en seguida escondió la cabeza bajo la sábana y se echó a llorar dominada por una profunda emoción.

—Vamos, no llores, pequeña...—dijo el doctor—. Son tus nervios... Toma unos sorbos de agua.

Pero ella continuaba sollozando sentidamente. El buen viejo, casi a punto de llorar asimismo, debido a lo sensible de su carácter, agregó:

—Tranquilízate, por favor. Mira, ya te he perdonado, y además, como te he dicho, cuando seas mayor me casaré contigo. Pero tienes que portarte bien.

—Tomaré siempre las medicinas—manifestó Nelly, desde debajo de las ropas de la cama, y su risa se dejó oír débil y nerviosa, como una campanilla.

—Ya dije que era una niña buena y agradecida—me dijo el médico gravemente, mientras procuraba contener las lágrimas—. ¡Pobre chiquilla!

Desde ese momento surgió entre Nelly y él una extraña simpatía. En cambio, mostróse hacia mí arisca e irritable. Desconcertado, no supe a qué atribuir aquel cambio, más asombroso por lo rápido e inesperado. En los primeros días de su enfermedad me había demostrado un gran cariño; no dejaba que me separase de ella, quería verme sentado a su lado y me estrechaba las manos entre las suyas, tibias por la fiebre.

Si me notaba triste o inquieto, trataba de devolverme la alegría con sonrisas y bromas, aunque para ello tuviera que sobreponerse a sus propias penas. No me dejaba que escribiera por las noches, ni que la velase. Cuando no la obedecía se enfadaba conmigo. En ocasiones la notaba preocupada, y ella me preguntaba mil cosas para saber la razón de mi tristeza. Lo extraño es que cuando yo le hablaba de Natacha dejaba de charlar o cambiaba de tema. Cuando yo volvía a casa se mostraba muy contenta, pero al irme me dirigía una mirada triste, extraña, llena de reproches.

En el cuarto día de su enfermedad fui a casa de Natacha y allí pasé la velada, quedándome hasta pasada la medianoche. Había tenido la intención de regresar temprano, y así se lo prometí a la pequeña antes de

marcharme. De todos modos, me sentía tranquilo en casa de Natacha, pues sabía que la niña estaba acompañada por Alejandra Seminiovna. Masloboiev había dicho a su mujer que la chiquilla estaba enferma, y que yo no podía cuidarla bien. Ella se apresuró a venir a casa. ¡Había que ver cómo charlaba la buena de Alejandra Seminiovna! Cuando volvió junto a Masloboiev, le dijo:

—El pobre Iván Petrovitch no podrá venir a cenar con nosotros, y además no tiene quien le ayude. Le demostraremos que somos sus amigos. Aprovechemos la ocasión.

Y se trasladó a mi casa en un coche de punto, con un enorme bulto.

Declaró que iba a ayudarme y que estaría en casa todo el tiempo que fuese necesario. Deshizo el gran envoltorio y comenzó a sacar de él toda clase de cosas: jaleas, pollo para la convalecencia de la enfermita, manzanas, naranjas, fruta escarchada de Kiev, por si el médico creía conveniente dársela a Nelly, ropa blanca, toallas, camisones, vendas y un botiquín casi completo, como para un hospital.

—Hay de todo en casa—aseguraba muy ufana—. Y pensé que siendo usted soltero no lo tendría. A mi marido también le pareció conveniente que lo trajese. Bien, ahora vamos a trabajar. ¿Cómo se encuentra la enferma? ¿Está consciente? No, no, así no está cómoda; hay que arreglarle la almohada, poniéndole la cabeza más baja. ¿No sería mejor colocarle un cojín de cuero? Son más frescos. Vaya, si seré descuidada; no pensé en traer uno. Será mejor que vaya a buscarlo. Habrá que encender el fuego, también. ¿Y esas hierbas, las ha recetado el médico? Debe de ser una infusión para el pecho. En seguida enciendo el hornillo.

Procuré calmarla, y al cabo de un momento la buena mujer se sintió algo decepcionada al advertir que tenía menos trabajo del que había supuesto. No se desanimó, sin embargo, y trabó en seguida amistad con Nelly. Mientras la pequeña estuvo enferma, me resultó de gran ayuda, viniendo casi todos los días a verla. Llegaba con grandes prisas, y nunca dejaba de advertir que venía por indicación de Felipe Filipitch. Ella y Nelly se cobraron tanto afecto como si fueran hermanas. En bastantes cosas, Alejandra Seminiovna era casi tan niña como Nelly. Le contaba anécdotas, haciéndola reír, y dejaba triste a su amiguita cuando se marchaba. En la primera visita la pequeña se sorprendió, y de acuerdo con su modo de ser se encerró en un mutismo receloso y frunció el ceño, disgustada.

—¿A qué ha venido esa mujer?—inquirió con aire de contrariedad, cuando Alejandra Seminiovna se hubo retirado.

—Quiere ayudarnos. Vino a cuidarte, Nelly.

—No sé por qué. Yo nunca hice nada por ella—repuso, malhumorada.

—La gente que es buena no espera a que les hagan ningún bien para ayudar a quienes lo necesitan. Sí, en el mundo hay personas buenas, Nelly, aunque tú nunca las encontraste, cuando las necesitabas.

La pequeña no contestó, pero cuando me separaba de ella me llamó y débilmente me pidió un vaso del agua. Al llevárselo, me rodeó el cuello con sus bracitos y apoyando la cabeza en mi pecho, permaneció así unos minutos.

Al llegar Alejandra Seminiovna al día siguiente, la niña la acogió con una sonrisa de alegría, por más que aún parecía estar un poco avergonzada.

CAPITULO III

Como ya he dicho, ese día pasé la velada en casa de Natacha. Regresé muy tarde, y encontré a Nelly durmiendo, con Alejandra Seminiovna a su lado, aguardándome. En cuanto ésta me vio entrar me contó en voz baja que Nelly se mostró muy contenta al principio, pero que al advertir que yo tardaba demasiado, fue entristeciéndose y poniéndose pensativa. Se quejó de que le dolía la cabeza, y después se echó a llorar.

—Comenzó a hablarme de Natalia Nicolaievna —agregó la mujer de Masloboiev—, y al advertir que yo no podía contarle nada de ella, se calló y siguió sollozando hasta que se durmió. Pero me parece que ahora se encuentra mejor. Bien, tengo que irme, Iván Petrovitch. Mi esposo me dijo que debía volver pronto a casa. Sólo me dio un par de horas para venir aquí, y ya ve el tiempo que he estado. Pero no se enfadará, a menos que... ¡Ah, querido amigo, no sé qué partido tomar con él! Casi siempre regresa bebido a casa. Además parece muy ocupado y apenas me habla. Sé que algo le atormenta, pues no lo puede ocultar. Al llegar la noche se emborracha, y por eso me pregunté constantemente, mientras estaba aquí, quién le ayudaría a acostarse, cuando regresara a casa. Por eso me voy en seguida, Iván Petrovitch. Veo que tiene muchos libros. Empecé a leer alguno. Deben de ser muy interesantes. Soy una tonta, al no ser aficionada a leer... Adiós, hasta mañana.

Nelly se despertó al día siguiente con ánimo triste y malhumorado. No quería hablar ni contestar a mis preguntas, como si estuviese disgustada conmigo. Noté que me miraba extrañamente, con dulzura y afecto, aunque lo hacía a hurtadillas. Desde entonces se comportó conmigo de modo muy distinto. Siguió con sus caprichos y excentricidades, y en ocasiones hasta parecía odiarme. Todo ello continuó hasta que dejó de vivir a mi lado, cuando se produjo el desastre que puso fin a nuestra historia.

Pero de todo esto me ocuparé a su debido tiempo.

En algunas ocasiones volvía a mostrarse cariñosa conmigo un par de horas. Redoblaba entonces su afecto hacia mí, y, de pronto, se echaba a llorar desconsoladamente. Eso duraba poco, sin embargo, y Nelly volvía a sentirse entristecida, en seguida, mirándome de nuevo con gesto de hostilidad. Al notar que yo me disgustaba con alguna de sus travesuras, lanzaba una breve carcajada y terminaba sollozando.

Llegó a disgustarse en una oportunidad con Alejandra Seminiovna, y le dijo que no quería verla más. Yo le recriminé duramente su actitud, y ella me contestó con aspereza. Luego, durante dos días, estuvo sin dirigirme la palabra. No tomaba sus medicinas, ni quería comer. Por fin, sólo el anciano doctor logró aplacarla.

Había entre el galeno y la pequeña, como he dicho anteriormente, una singular corriente de simpatía. Ella le había cobrado gran cariño, y le acogía siempre con una sonrisa alegre, como si no se hubiera sentido triste antes de llegar él.

El doctor venía casi diariamente, y en ocasiones nos visitaba dos veces por día. Cuando Nelly se sintió mucho mejor y comenzó a levantarse, el viejo no dejó de venir, hasta tal punto se había encariñado con la pequeña. Parecía no poder estar mucho tiempo sin escuchar las risas y las bromas de Nelly, que le divertían sobremanera. Le regaló unos cuantos libros de contenido instructivo, y también le compraba a veces unas hermosas cajas de bombones. Cuando el galeno entraba con gesto

solemne, Nelly se daba cuenta de que le traía algo. Él se echaba a reír con aire de complicidad, tomaba asiento al lado de la chiquilla, y aseguraba que si una niña que él conocía seguía portándose bien en su ausencia, entonces merecía una recompensa. Al hablar así la miraba ingenua y bondadosamente, y la pequeña se echaba a reír llena de contento. Por último, el anciano doctor se ponía en pie; ceremoniosamente sacaba del bolsillo el obsequio, casi siempre una caja de bombones, y se la tendía a Nelly, diciendo:

—Un regalo para mi prometida.

Entonces se le notaba aún más dichoso que a la propia Nelly. Después se ponían a hablar los dos, y él le daba consejos para que se cuidara mejor.

—En primer lugar, todos debemos saber conservar nuestra salud—afirmaba—. No sólo para contarnos entre los vivos, sino también para ser dichosos en la vida. Cuando tengas penas, trata de no pensar en ellas. Olvídalas. Si nada te aflige, procura no pensar en cosas desagradables, sino en lo que te dé alegría.

—¿Y cómo hace una para pensar cosas entretenidas? —inquirió Nelly.

El médico se vio en un apuro.

—Puedes dedicarte a algún juego inocente, adecuado a tus años..., o algo por el estilo.

—Es que no quiero jugar—contestó ella—. Me gustan más los vestidos bonitos.

—Conque vestidos bonitos, ¿eh? Vaya, eso no está muy bien que digamos. En esta vida tenemos que contentarnos con lo que nos ha sido dado. De todos modos, quizá no sea muy malo que a una chiquilla como tú le guste la ropa bonita.

—¿Me va a regalar muchos vestidos cuando estemos casados?—preguntó Nelly.

—¡Vaya ocurrencias!—dijo el galeno, arrugando el entrecejo, y la niña, olvidándose de que estaba enfadada conmigo, me miró con picardía.

—Bueno—prosiguió él—, te compraré un vestido, pero siempre que te portes como es debido.

—Entonces, me hará tomar la medicina todos los días, ¿verdad?

—Tal vez ya no la necesites—repuso él, sonriendo.

Nelly terminaba la charla entre alegres risas, y el anciano se unía a sus carcajadas, lleno de gozo. Después se volvía hacia mí y me decía:

—Posee un carácter muy jovial. Sin embargo, aún sigue siendo caprichosa y excitable.

Tenía razón el anciano doctor. No alcanzaba yo a comprender lo que le sucedía a Nelly, que apenas me hablaba, como si la hubiese ofendido en algo. En una oportunidad también yo me puse serio y no le hablé en todo el día. A la mañana siguiente me remordió la conciencia, pues la pequeña lloraba desconsoladamente, y no podía hacer nada para aplacarla.

Por fin, un día rompió su obcecado mutismo. Al volver a casa, al atardecer, advertí que escondía rápidamente un libro debajo de la almohada. Se trataba de mi novela, que había cogido de la mesa meintras yo estaba ausente, y la estaba leyendo. Ella dio muestras de estar avergonzada, y yo hice como que no había visto nada. Durante un momento en que salí de la habitación, ella saltó de la cama y se apresuró a colocar la novela en su lugar. Algo después se dirigió a mí con tono emocionado, tras cuatro días de no haberme hablado.

—¿Va a ir hoy a casa de Natacha?—inquirió con voz vacilante.

—Sí, Nelly, es necesario que la vea.

—La quiere mucho... ¿verdad?

—Así es, Nelly.

—También yo la quiero—aseguró, y tras una tímida pausa agregó en voz baja—: me gustaría ir a verla y quedarme a vivir en su casa.

—¿No te encuentras bien aquí?—dije lleno de asombro—. No puedes vivir con ella.

Nelly enrojeció y repuso:
—¿Por qué no? Usted quería que fuera a vivir con sus padres. ¿Tiene criada, Natacha?
—Sí.
—Bueno, puede decirle que se marche, y tomarme a mí en su lugar. No le cobraré nada, y haré todo lo de la casa. También la querré mucho. Puede decírselo hoy, cuando vaya a verla.
—¿Cómo se te ha ocurrido eso, pequeña? Bien se ve que no la conoces. Si te aceptara, sería para tenerte como a una hermana menor.
—No, no quiero que me tenga por una hermana. No es lo que yo deseo.
—Bueno, ¿y por qué?
No me contestó. Le temblaban los labios y estaba a punto de llorar.
—Ese hombre al que ella quiere se irá y la dejará sola, ¿no es cierto?—inquirió poco después.
Lleno de extrañeza le pregunté:
—¿Cómo sabes eso, Nelly?
—Usted me dijo algo. Y además, cuando vino anteayer el marido de Alejandra Seminiovna, se lo pregunté y me contó todo lo que pasa.
—¿Cómo es eso? ¿Estuvo Masloboiev aquí, hace poco?
—Sí—repuso ella, mirando al suelo.
—Pero tú no me lo dijiste.
—Es que...
Dejó de hablar, como si reflexionase. Yo me pregunté qué objeto tendrían las visitas misteriosas de mi amigo. ¿Qué andaría buscando?
—¿Acaso te importa que él la deje?—pregunté en seguida a la chiquilla.
—No mucho. Pero como usted la quiere, si el otro la deja, Natacha podrá casarse con usted.
—Pero es que ella no me quiere a mí como yo a ella, Nelly. No, eso no puede ser.
—Yo sería la criada de ustedes dos, y estarían muy

contentos. Vivirían felices —agregó con voz casi imperceptible, sin alzar la mirada.
«¿Qué le ocurrirá a esta pequeña?», pensé, realmente asombrado.
De nuevo se había encerrado en un terco mutismo. Al disponerme a marchar, comenzó a sollozar y las lágrimas le duraron toda la noche, según me contó Alejandra Seminiovna. Todavía llorando se durmió, y entre sueños parecía murmurar, como si estuviera delirando.
Desde esa noche se volvió más huraña, y apenas si me dirigía la palabra. Sin embargo, en dos o tres oportunidades noté que me miraba de reojo, con gran ternura; pero fue algo fugaz, como un impulso irresistible. Luego, como arrepentida de su vehemencia, obraba aún más hoscamente. El mismo médico estaba francamente desconcertado con aquel cambio de la pequeña que no alcanzaba a comprender.
Como ya estaba casi recuperada por completo, el doctor le permitió que saliera a tomar el aire. Hacía unos días espléndidos y nos hallábamos en Semana Santa, ya muy entrada la primavera.
En una de esas hermosas mañanas salí de casa para ir a ver a Natacha, como le había prometido. Al volver pensaba llevar a pasear a Nelly.
Al regresar a casa, me esperaba un acontecimiento que me causaría profunda impresión. Vi la llave en la puerta, y extrañado, entré en el salón. Al no ver a nadie por allí, sentí que las piernas me temblaban perceptiblemente. Encima de la mesa vi una hoja de papel, y corrí a cogerla.
En ella, con letra grande, irregular, había escritas estas palabras:

«Me voy de esta casa para no regresar jamás. Pero le quiero mucho. Su fiel,

»*Nelly.*»

Sin poder evitar un grito de angustia, eché a correr escaleras abajo.

CAPÍTULO IV

Cuando llegué al portal, sin haber pensado siquiera en el partido que debía tomar, vi que se detenía ante la casa un coche de punto, y que de él descendía Alejandra Seminiovna, que llevaba de la mano a la pequeña Nelly, a la que aferraba con fuerza, como si tuviera miedo de que se le volviese a escapar. Me acerqué a ellas y dije:

—¿Qué ha ocurrido, Nelly? ¿Adónde te has marchado, y por qué lo hiciste?

—No se inquiete—me interrumpió Alejandra Seminiovna—. Vamos arriba y lo sabrá todo.

Ascendíamos por la escalera, cuando ella me murmuró al oído, furtivamente:

—No va a creer lo que voy a contarle, Iván Petrovitch; pero ahora le diré lo que pasa.

Una vez dentro del piso, Alejandra Seminiovna se volvió hacia la niña y le dijo:

—Nelly, te noto muy cansada. Será mejor que te acuestes. No está bien, eso de salir por ahí, con lo mal que has estado. Para que duermas mejor, nos marcharemos de aquí.

Al decir esto, la mujer me hizo unas señas, como para indicarme que pasáramos a la cocina.

Nelly, sin embargo, no quiso acostarse, sino que sentándose en el diván, se quedó quieta, escondiendo el rostro entre las manos.

Cuando estuvimos en la cocina, Alejandra Seminiovna me explicó muy excitada lo que había pasado. Esto fue lo que me dijo:

Una vez que me escribió aquella nota, luego de haberme dejado hecha la comida, Nelly se fue primero a casa del médico, del que había conseguido la dirección. El anciano me contó después la enorme sorpresa que le había producido ver a la chiquilla.

—Aún no puedo creerlo—me dijo el buen galeno, al iniciar luego su relato.

No obstante, era totalmente cierto que Nelly había ido a su casa. Se encontraba el médico en ese momento en su despacho, tomando café, cuando Nelly entró en la habitación corriendo, y se abrazó a él sin darle tiempo a que reaccionase. Mientras le besaba las manos y se las llenaba de lágrimas, le rogó encarecidamente que la dejase quedarse en aquella casa. Dijo que no quería ni le era posible seguir viviendo conmigo. Eso la había impulsado a fugarse. Aseguró al médico que no le gastaría bromas, ni le pediría vestidos. Le lavaría y cosería la ropa, sería muy obediente y tomaría todas las medicinas que él le mandase. Añadió que lo de casarse con él había sido una broma y que no lo dijo seriamente. El viejo galeno estaba tan asombrado, que, con la mano en alto, había dejado consumir por completo su cigarrillo, del que se había olvidado.

—Escúchame, chiquilla—declaró al fin, cuando se hubo repuesto de su asombro—. Creo entender que lo que deseas es quedarte en mi casa. Como puedes ver, eso no es posible, ya que no tengo espacio suficiente. Tampoco gano mucho, y por si fuera poco, estos asuntos deben ser meditados seriamente. Me parece que te has fugado de tu casa, lo que no está nada bien. Únicamente te había dado permiso para dar un breve paseo cuando hiciese buen tiempo, pero, además, deberías ir acompañada por tu bienhechor. En cambio, tú le dejas y te vienes aquí, como si no te importase tu salud. Te aseguro que no lo entiendo.

Ya antes de que el galeno hubiese concluido de hablar, Nelly estaba llorando y suplicándole que la dejase quedar. Pero no logró nada.

—Me pasé todo el día enfermo—aseguró el médico, al terminar su historia—. Para poder dormir, esa noche tuve que tomarme un calmante.

Entonces Nelly se fue corriendo a casa de los Masloboiev, de los que también tenía la dirección. Le costó bastante trabajo encontrar la casa. Los dos se hallaban en ella, y Alejandra Seminiovna se alteró mucho cuando Nelly les pidió que la dejasen quedarse. Al preguntarle si no estaba contenta en mi casa, la chiquilla se dejó caer en un sillón, llorando sentidamente.

—Tanto lloraba, que temí que le diera un ataque —dijo Alejandra Seminiovna.

Suplicó la pequeña que la tomaran como criada o como cocinera. Aseguró que sabía barrer, y que aprendería a lavar la ropa. Esto último le parecía un argumento que le ganaría el favor del matrimonio.

Alejandra Seminiovna la tenía estrechamente abrazada y la besaba cariñosamente. Ante tales muestras de afecto, la niña redobló su llanto, obligando a la mujer a deshacerse también en un mar de lágrimas. Pero Masloboiev no quiso que la niña siguiera más tiempo fuera de mi casa, y ordenó a su esposa que trajera hasta aquí a la pequeña fugitiva.

—¿Por qué no deseas continuar en su casa?—preguntó la mujer a Nelly—. ¿Acaso te maltrata?

—No, es bueno conmigo.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—No quiero vivir en su casa. He sido mala con él, y en cambio él siempre se ha portado bien conmigo. Déjenme vivir con ustedes, y verán como sé trabajar.

De nuevo la pequeña se sumió en una crisis de histerismo.

—¿Cómo puedes portarte tan mal con él, Nelly?

—Es que...

No dijo más.

—Es lo único que conseguí que dijera, Iván Petrovitch —me explicó Alejandra Seminiovna, al tiempo que se secaba las lágrimas—. ¿A qué se deberá su desesperación? ¿Seguirá enferma? ¿Qué le parece a usted?

Regresamos a la habitación, y vimos que Nelly estaba acostada, sollozando con el rostro hundido en la almohada. Me arrodillé a su lado, cogí sus manos entre las mías, y me disponía a besárselas, cuando ella las retiró con brusquedad y comenzó a llorar aún más fuerte. Yo estaba perplejo. Justamente en ese instante llegó Ikmeniev.

—Buenos días, Vania —me dijo, como saludo—. Quería verte para hablar contigo de un asunto importante.

Nos observó a Nelly y a mí, y no disimuló su sorpresa al comprobar que me encontraba de rodillas junto a la pequeña. Noté que el anciano estaba desmejorado. Tenía el rostro demacrado y pálido, pero sin querer dar ninguna importancia a su enfermedad, y desoyendo los ruegos de su mujer, se había levantado de la cama para ocuparse de sus asuntos.

—Adiós, Iván Petrovitch —dijo Alejandra Seminiovna—. Mi marido me ha pedido que regrese a casa en cuanto pueda. Pero volveré aquí por la noche y me quedaré un par de horas.

Cuando la mujer se hubo marchado, el anciano me preguntó:

—¿Quién es?

Le expliqué que se trataba de Alejandra Seminiovna, y él dijo:

—Ah, ya. Bien, vamos a nuestro asunto, Vania.

Creía yo saber cuál era su problema, hasta tal punto que había esperado en cualquier momento la llegada de Ikmeniev. Quería hablar con la pequeña y conmigo para ver si lograba llevársela a su casa. Ana Andreievna había aceptado al fin la idea de tener a la huerfanita con ellos. Logré convencerla explicándole que se trataba de una

niña cuya madre también había sido repudiada por un padre inflexible. Actualmente era la propia Ana Andreievna la que pedía a su marido que adoptase a la chiquilla. El anciano accedió complacido. Quería hacer feliz a su mujer, pero también tenía una idea propia. Ya trataremos de esto más adelante.

Como he dicho antes, Ikmeniev no le fue simpático a Nelly, cuando ésta le conoció. Más tarde advertí que el rostro de la chiquilla expresaba verdadero odio cuando se pronunciaba el nombre del anciano.

El mismo Ikmeniev planteó la cuestió sin rodeos. Acercóse a Nelly, que seguía con la cara escondida en la almohada, y cogiéndole una mano le dijo si deseaba ir a la casa de ellos, donde la tratarían como a una hija.

—También yo tenía una hija, y la quise más que a mí mismo—afirmó—. Pero ya no está con nosotros, ha muerto. ¿Quieres ocupar su sitio, en mi casa... en mi corazón?—terminó diciendo el viejo Ikmeniev.

—¡No quiero ir a su casa!—contestó la niña, sin cambiar de postura.

—Pero, hija mía, ¿por qué no quieres? Estás sola en el mundo y Vania no podrá seguir teniéndote a su lado. En mi casa tendrás un hogar.

—¡No quiero, no quiero!—gritó la niña, mirándole desafiante, al fin—. No quiero porque es usted malo. También yo soy mala, la peor del mundo; pero usted es todavía peor que yo.

La chiquilla estaba intensamente pálida, y sus ojos despedían chispas. Los labios comenzaron a temblarle debido a lo intenso de sus emociones. El pobre anciano la miraba lleno de asombro.

—Sí, sí, es usted peor que yo, porque no es capaz de perdonar a su hija, porque prefiere olvidarla del todo y adoptar a otra. ¿Acaso se puede abandonar a una hija? Cuando me mirase, recordaría que no tengo nada que

ver con usted. Es un hombre cruel, y yo no quiero vivir con personas como usted. ¡No le quiero!

La niña me miró brevemente, con las mejillas enrojecidas, y añadió:

—Pasado mañana es la Pascua de Resurrección, y entonces todos se abrazan, se perdonan y se reconcilian. Sólo usted no lo hará, porque no tiene entrañas, porque es malo. ¡Váyase! ¡Váyase de aquí!

Por sus mejillas corrían abundantes lágrimas. Seguramente había pensado algunas de aquellas frases para contestar a Ikmeniev, si le proponía llevarla a su casa. El anciano parecía muy afectado.

—¿Por qué se preocupa tanto todo el mundo de mí? ¡Déjenme! ¡Iré a pedir limosna!

—Tranquilízate, Nelly. ¿Qué te ocurre?—le pregunté inquieto.

Mis palabras parecieron exaltarla todavía más, y respondió ásperamente:

—Es preferible ir a mendigar por las calles. No quiero seguir en esta casa. También mi madre pidió limosna, y me dijo al morir: «No tengas miedo a ser pobre, a mendigar, antes que...»

La niña comenzó a sollozar.

—Pedir limosna no es una vergüenza—agregó—. No se pide a uno solo, sino a todo el que pasa por la calle. «Lo que debe dar vergüenza es pedir a uno solo, pero no a todos.» Así me dijo una anciana pordiosera que conocí. No tengo a nadie, y me iré a mendigar a la calle. Además, soy mala, muy mala. Fíjense lo mala que soy.

Y así diciendo, se apoderó de una taza que había encima de la mesa y la estrelló contra el suelo. Con voz desafiante exclamó después:

—¡La he roto! Sólo había dos tazas, y he roto una. Pero también romperé la otra. Entonces no podrán tomar el té.

Parecía haber perdido el juicio, y hasta hallar un placer especial en su propia furia. Diríase que compren-

día lo perverso de sus actos, y que a pesar de todo sentía necesidad de realizar alguna nueva travesura.

—Esta chiquilla está enferma—me dijo Ikmeniev—. De todos modos, no alcanzo a entenderla. Adiós, Vania.

Me estrechó la mano y cogió su gorra con aire abatido. La pequeña le había causado una profunda herida en el corazón. Yo me sentía iracundo.

—¿No te avergüenzas de haber sido tan cruel con él? —le pregunté, cuando Ikmeniev se hubo marchado—. Está muy mal hacer lo que tú has hecho. Sí, creo que tienes razón cuando dices que eres muy mala.

Llevado por un impulso, eché a correr para alcanzar al anciano. Deseaba acompañarle al menos hasta el portal y decirle unas pocas frases de consuelo. Cuando descendía la escalera, todavía me parecía ver el rostro de Nelly, pálido y macilento.

No tardé en dar alcance a mi amigo.

—Pobre chiquilla—me dijo con triste sonrisa—. Tiene el alma destrozada, y tuve la ocurrencia de contarle mis penas. Con eso he abierto más sus heridas. Bueno, Vania, creo que ella y yo jamás nos entenderíamos.

Procuré hablar de otro asunto, pero él alzó una mano con profundo desaliento y declaró:

—No trates de consolarme. Antes debes procurar que esa niña no huya de tu casa, que es lo que pretende.

Luego se marchó rápidamente, golpeando las losas de la acera con su bastón.

Ikmeniev ignoraba seguramente que en cierto modo era profético. No voy a describir el profundo estupor que sentí cuando al regresar a casa vi que Nelly había desaparecido.

Salí de nuevo al rellano y miré por la escalera. La llamé a veces y pregunté a los vecinos si la habían visto. Me parecía imposible que se hubiera marchado de nuevo. Por otra parte, me pregunté cómo pudo haberlo hecho. Como la casa sólo tenía un portal para salir, debió hacerlo necesariamente pasando junto a Ikmeniev y

yo, cuando estábamos hablando. Aunque quizá se escondió en la escalera, y aguardó a que yo subiera a mi piso para huir. Sea como fuere, la chiquilla no podía encontrarse muy lejos.

Presa de una gran angustia comencé a buscarla, pero dejé abierta la puerta del piso por si ella regresaba.

Primeramente fui a casa de Masloboiev, pero no los encontré, ya que habían salido. Les dejé una nota diciéndoles lo que pasaba y pidiéndoles que me avisaran si Nelly llegaba a pasar por allí. También me presenté en casa del viejo médico, que se hallaba visitando a sus pacientes. La anciana criada me dijo que la pequeña no había estado allí desde la vez anterior.

Totalmente desorientado, sin saber qué hacer, me dirigí a casa de la Bubnova. La mujer del fabricante de ataúdes me informó que la dueña de la casa se encontraba detenida en el cuartel de policía, y que la niña no había vuelto por allí desde que se marchó de la casa.

Terriblemente cansado, regresé a casa de los Masloboiev. Pero advertí que aún no habían vuelto, y que la nota seguía sobre la mesa. Nelly tampoco se encontraba allí.

Estaba desesperado. Se había hecho de noche, y decidí volver a mi casa. Aún debía ir a la de Natacha. En toda la jornada no probé nada, pues la angustia me lo había impedido. Caminé apresuradamente.

¿Dónde podía yo encontrarla? ¿Dónde buscarla? ¿Estaría enferma?

No bien acababa de pensar esto, cuando la vi a pocos pasos de distancia, junto a un farol del puente de V. Ella no me había visto, y yo corrí para hablarle, pero me contuve. ¿Qué podía estar haciendo en aquel lugar? Tenía la seguridad de que esta vez no se me escaparía, y resolví ver lo que hacía. Transcurrieron unos diez minutos, y ella seguía mirando a los transeúntes. De pronto pasó junto al farol un anciano de aire digno, y ella se

le aproximó. Sin pararse, el viejo extrajo algo del bolsillo y se lo entregó a Nelly, que le sonrió levemente.

No podría explicar lo que pensé en esos instantes. Allí estaba una persona a la que yo quería con todo mi corazón, y que voluntariamente se arrastraba por el cieno. Rompí a llorar; lo hacía por Nelly, aunque al mismo tiempo, mis lágrimas eran de indignación, ante su forma de proceder. Me dije que la chiquilla no solicitaba limosna porque lo necesitara; no se escapaba de gentes que la explotasen o maltratasen, sino que huía de alguien que la quería profundamente, de una casa en que se la había tratado con infinito afecto y consideración. Se diría que trataba de echarnos algo en cara, con su proceder.

Indudablemente, algún misterio se ocultaba en su alma. Ikmeniev tenía razón: su corazón estaba herido y no curaría nunca, puesto que ella misma se complacía recelando y desconfiando de todos los que la rodeaban. Daba la sensación de gozar con su sufrimiento, y yo comprendía su necesidad de avivar ese tormento. Así obraban también numerosos humillados y ofendidos que comprenden lo injusto de su sino. Sin embargo, de nada podía culparnos Nelly a nosotros. Daba la impresión de querer alarmarnos con sus excentricidades, con sus caprichos. Pero no, eso no era posible, puesto que en ese momento se encontraba sola y nadie de nosotros podíamos saber lo que hacía. En consecuencia, no podía hallar en ello una satisfacción. Entonces, ¿por qué mendigaba? ¿Para qué era el dinero?

Transcurrido un momento abandonó el farol y se aproximó a un escaparate iluminado, ante el cual contó el dinero. La seguí a prudente distancia, fijándome en todo lo que hacía. Tenía una mano llena de monedas, pues seguramente estuvo pidiendo limosna desde que se fue de casa.

Luego cruzó la calle y entró en una tienda. Me aproximé a la puerta y desde allí observé lo que estaba haciendo. Dejó algún dinero sobre el mostrador, y el comerciante le sacó una taza, parecida a la que había roto poco antes, ante Ikmeniev y yo. La taza era barata, y no costaría mucho más de quince copecs.

El tendero procedió a envolverla con un papel, ató el paquete y se lo dio a Nelly, que salió de la tienda con el semblante lleno de gozo.

Al hallarse a mi lado, como aún no me había visto, le grité:

—¡Nelly!

Me miró llena de asombro, y al hacer un movimiento involuntario de sorpresa, dejó caer la taza, que se hizo añicos contra la acera. La niña tenía las mejillas encendidas, pues comprendió que yo lo había presenciado todo. La cogí por una mano y la llevé a casa, sin decirle una sola palabra mientras duró el trayecto.

Cuando estuvimos en casa tomé asiento mientras ella, agitada y muy pálida, se quedaba con la cabeza gacha, mirando al suelo, de pie a mi lado.

—De modo que has ido a pedir limosna, ¿verdad, Nelly? —le pregunté.

—Sí —respondió con voz casi imperceptible y sin alzar la vista.

—¿Querías juntar dinero para una taza como la que rompiste?

—Sí.

—¿Es que te reñí o te reproché algo? Nelly, no sabes lo mal que estás obrando. Y hasta parece que estás contenta, actuando de esa forma. ¿No te avergüenzas?

—Me da mucha vergüenza —dijo con un hilo de voz, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Está bien; lo comprendo. Y ahora, querida pequeña, sólo te pido que si te he ofendido en algo, si te he causado algún dolor, me perdones y hagamos las paces.

Me miró llena de asombro, y se arrojó luego a mis brazos, llorando sin consuelo.

En ese momento entró Alejandra Seminiovna, exclamando a viva voz:

—¡Nelly! ¿Ya has vuelto? ¡Ah, pequeña, no sé por qué haces esas cosas! Y menos mal que has vuelto pronto. ¿Dónde se había metido, Iván Petrovitch?

Le hice un ademán disimulado para que dejara sus preguntas para otro rato, y le pedí que se quedara con la pequeña hasta que yo volviera de casa de Natacha. Luego me despedí de Nelly, que aún seguía llorando, y salí a la calle. Avancé rápidamente, ya que iba atrasado.

Era mucho lo que Natacha y yo teníamos que contarnos. Comencé por explicarle cuanto había ocurrido ese mismo día. Ella se mostró sumamente sorprendida, y después de pensar un momento manifestó:

—A mi modo de ver, Vania, esa pequeña se ha enamorado de ti.

La miré estupefacto y repuse:

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Es el comienzo de un amor apasionado, de mujer.

—Eso es ridículo. Nelly es apenas una niña.

—No tardará en cumplir los catorce años, y le desespera que no la entiendas. Aunque quizá ella misma no se comprende. Su disgusto es pueril, pero no por ello deja de ser menos dolorosa su pena. Además, tiene celos de mí, pues sabe que me quieres, y en su presencia estoy segura de que casi siempre aludes a lo que pienso y hago, mientras que a ella no le dedicas una verdadera atención.

»Seguramente la pequeña tiene necesidad de abrirte su corazón, de ser sincera contigo. Como no sabe la forma de hacerlo, aguarda siempre la oportunidad propicia. Y en vez de facilitarle sus deseos, tú te marchas, la dejas sola casi todo el día, la abandonas para venir junto a mí, cuando ella se encuentra enferma. Ésa es la razón de su pena. Le faltas tú, y no aciertas a darte cuenta de ello. Ni siquiera ahora le consientes que venga a vistarme. ¿Cómo puedes obrar de esa forma? Seguramente mañana empeorará. Anda, será mejor que regreses cuanto antes a su lado.

—No me hubiese marchado de allí, pero...

—Sí, ya sé que yo te había llamado. De todos modos, es preferible que te vayas ahora.

—Bien, me marcho, pero a mi modo de ver, no estás en lo cierto.

—¿Te parece imposible? Repasa un poco la historia de la chiquilla, los hechos principales, y tu opinión cambiará en seguida. Ten en cuenta que su niñez ha sido sumamente triste, mucho peor que la nuestra.

Ya era bastante tarde cuando volví a casa. Alejandra Seminiovna me explicó que Nelly estuvo llorando todo el tiempo, como en la ocasión anterior.

—En este momento se encuentra dormida —dijo—. Yo debo regresar a casa. Mi pobre marido estará solo, esperándome ya.

Le agradecí su preocupación y me acerqué a la cama donde estaba durmiendo la niña. Tomé asiento junto a la cabecera.

En el alma sentía un vivo dolor, recordando cómo la había dejado sola cuando más me necesitaba. Permanecí abstraído en mis pensamientos durante toda la noche, y sólo me dormí al amanecer. Aún recuerdo con pesar aquellos días aciagos.

Pero considero imprescindible relatar lo acontecido durante las dos últimas semanas.

CAPITULO V

Después de la velada que pasé con el príncipe, en el restaurante, y que no olvidaré con facilidad, mi inquietud sobre la suerte que podía correr Natacha aumentó notablemente. Me pregunté qué pensaría hacer aquel condenado príncipe, y la forma en que podía vengarse de ella. Estaba desconcertado, ya que tenía la seguridad de que las amenazas del aristócrata no eran simples bravatas. Mientras Natacha siguiera en relaciones con Aliocha, correría el riesgo de sufrir graves daños.

Una y otra vez me repetía yo que el príncipe era un vil personaje, vengativo y astuto. Indudablemente, no olvidaría una ofensa que se le hubiese inferido, y aguardaría la ocasión de vengarse.

Cuando él se refirió a esto, habló claramente de cierto aspecto: era imprescindible que Aliocha y Natacha rompiesen sus relaciones, y yo debía preparar a esta última a fin de que no se produjeran escenas desagradables. Ante todo, Aliocha tenía que seguir convencido de que el príncipe era un padre cariñoso, lo cual era fundamental para poder hacerse con la fortuna de Catalina Fiodorovna.

Mientras tanto, había observado un profundo cambio en Natacha. En lugar de mostrarse confiada conmigo, como antes, me observaba con recelo. Cuando trataba de consolarla, ella se irritaba, y mis preguntas la ponían fuera de sí. Me quedaba observando su ir y venir por la estancia, con aire pensativo y ausente, casi ajena a mi presencia. De vez en cuando, al tropezar su mirada conmigo, lo que ocurría pocas veces, en su rostro aparecía un gesto de cólera mal contenida, y miraba rápidamente hacia otra parte. Yo me daba cuenta de que estaba intentando hacer un nuevo plan de vida, una vez que se produjera la inminente ruptura, lo cual me causaba una honda angustia. Tenía la seguridad de que iba a abandonar a Aliocha, pero la aflicción que demostraba me producía un intenso dolor. En ocasiones no osaba consolarla siquiera, y me limitaba a aguardar lo que pudiese ocurrir.

En cuanto a su comportamiento frío y altivo conmigo, sin duda me mortificaba, aunque no llegaba a preocuparme demasiado. Comprendía perfectamente lo que estaba padeciendo y la soledad en que se encontraba. Todo lo que se hacía por ella no contribuía más que a aumentar su despecho y animosidad. En estas situaciones es cuando la intervención de los amigos más íntimos produce un mayor disgusto. De todos modos, tenía la absoluta certeza de que al fin Natacha vendría a mí y buscaría el consuelo a mi lado.

Nada le había contado acerca de lo que habláramos el príncipe y yo, para no disgustarla más de lo que ya estaba. Le manifesté sencillamente que estuve en casa de la condesa y le expresé mi certeza absoluta de que el príncipe era un verdadero truhán. No quiso saber la razón de estas palabras mías, afortunadamente, lo cual me satisfizo. De todos modos, me preguntó qué me había dicho Katia. Le relaté brevemente su conversación, y no dijo nada, pero noté que se sonrojaba. Le relaté la buena impresión que me produjo la joven, pues habiéndolo adivinado Natacha, el callármelo no hubiera hecho más que enfadarla todavía más. Sin aguardar sus preguntas le expliqué todo detalladamente. Comprendía yo, además, que en su estado hubiera sufrido mucho al tener que hacerme preguntas acerca de su rival.

Tenía yo la seguridad de que Natacha no sabía nada acerca del viaje que iban a hacer la condesa y su hija

con Aliocha, y me devané los sesos imaginando el medio más adecuado de hacérselo saber. Grande fue mi estupefacción cuando, al empezar a decírselo, me interrumpió declarando que sabía lo del viaje de Aliocha desde hacía varios días.

—¿Cómo? ¿Quién te lo dijo?—pregunté.

—Fue Aliocha.

—¿Él mismo?

—En efecto, y ya estoy resignada a lo que pueda ocurrir—me dijo, y con gesto impaciente me dio a entender que no deseaba hablar más de aquello.

Ahora Aliocha la visitaba con frecuencia, aunque sólo permanecía a su lado un momento. En una oportunidad se quedó varias horas, lo cual sucedió cuando yo no estaba con ellos. El joven acostumbraba a llegar con gesto de pesadumbre, observando a Natacha tímidamente. Ella, sin embargo, le demostraba tanto cariño, que Aliocha dejaba a un lado sus pesares y se mostraba infinitamente gozoso.

A mí también me visitaba a menudo, casi todos los días, en realidad. Yo le veía francamente amargado, y sin duda la pesadumbre que le embargaba, y el deseo de no estar solo, era lo que le hacía venir a verme.

Sin embargo, yo no podía ofrecerle ningún consuelo, y por ello me acusaba de indiferente y frío, y hasta de ser hostil hacia él.

Justamente cuando Natacha me anunció que sabía lo del viaje de Aliocha, al cabo de una semana de mi conversación con el príncipe, el joven apareció por casa francamente entristecido, me abrazó con fuerza y se puso a sollozar. En silencio, aguardaba yo lo que fuera a decirme.

—Confieso que soy un desalmado, un villano—me dijo, al fin—. Te ruego que me salves de mí mismo, Vania. No pienses que lloro por mi infamia, por mi vileza, sino porque soy el culpable de la desdicha de Natacha, porque voy a causarle su infelicidad. Amigo Vania, de-

cide en mi lugar, y dime a quién amo más, si a Natacha o a Katia.

—Nadie mejor que tú mismo puede saberlo—repuse—. Es un asunto tuyo...

—No, nada de eso. No hago más que hacerme esa pregunta y no logro contestarme. Tú eres capaz de juzgar con más propiedad que yo. ¿Qué te parece?

—Pues a mi entender a quien más amas es a Katia.

—Puede ser cierto. Pero... no, no. Creo que te engañas. Quiero a Natacha con todo mi corazón, y por nada del mundo puedo dejarla. Se lo dije a Katia, y ella también está de acuerdo conmigo. ¿Te sonríes? No, Vania, en un momento tan triste para mí, veo que no deseas proporcionarme consuelo.

Sin agregar una palabra, se marchó, o más bien huyó de casa. Nelly, que se encontraba enferma, en cama, se mostró muy impresionada por la conversación que habíamos sostenido. En el curso de sus visitas, Aliocha nunca le había hablado. Casi daba la impresión de no darse cuenta de que ella se encontraba en casa.

Un par de horas más tarde, Aliocha regresó a mi casa. Me abrazó efusivamente y dijo:

—¡Todo arreglado! Se ha terminado la incertidumbre. En cuanto salí de aquí corrí a casa de Natacha. Estaba muy apenado y no podía pasarme sin ella. Me arrodillé a sus pies, me besó y los dos lloramos. Entonces le confesé abiertamente que amaba más a Katia.

—¿Qué contestó ella?

—Sólo me acarició y consoló, cuando precisamente soy yo quien le ha hecho esa dolorosa confidencia. Entre sollozos le he relatado mi desdicha. Le dije francamente que amo a Katia, y que no obstante, me resulta imposible vivir sin ella. Es del todo cierto, Vania, no podría seguir viviendo, si me faltara Natacha. Es algo que presiento. Por lo tanto, hemos decidido casarnos inmediatamente. Como no podemos hacerlo antes de mi marcha, ya que estamos en Cuaresma y no habría quien

nos casara, resolvimos aplazarlo para cuando yo vuelva, en los primeros días de junio. Indudablemente, mi padre accederá a que nos casemos. En cuanto a Katia... es una pena, pero no puedo seguir separado de Natacha. Una vez que estemos casados, nos reuniremos con Katia.

Durante unos días Aliocha se mantuvo tranquilo. Iba a ver a Natacha porque no era capaz de aguantar solo la pesadumbre.

Al llegar el momento de su viaje, de nuevo se sintió inquieto, y quiso verme para hacerme partícipe de sus pesares. También me confesó que su cariño hacia Natacha iba en aumento y que estaba seguro de no poder dejarla más que unas pocas semanas, pasadas las cuales celebrarían la boda. Natacha se daba perfecta cuenta de que todo estaba decidido, y de que Aliocha no volvería más a su lado.

Cuando llegó el día de la marcha del joven, Natacha estaba enferma, con los labios resecos y la mirada febril. En algunos momentos hablaba sola y luego me miraba fijamente, pero nunca respondía a las preguntas que yo le hacía. De pronto llegó Aliocha hablando en voz alta, y al oírle Natacha se puso a temblar. Sin poder dominar su emoción, salió a recibirle, le abrazó con ansiedad, y dándole un beso echóse a reír, forzadamente.

Preguntó Aliocha por su salud y procuró consolarla asegurando que la separación sería muy breve. En cuanto regresara, sería la boda. Natacha procuraba no dejarse ganar por la emoción, y contenía a duras penas las lágrimas. Aliocha manifestó que su padre le había prometido una buena suma para el viaje, y que le aseguró que él se cuidaría de Natacha durante el viaje.

La joven arrugó el entrecejo al oír esto. Luego, cuando de nuevo estuvimos solos, le dije que tenía ciento cincuenta rublos, para que hiciese frente a cualquier contingencia. No me hizo pregunta alguna respecto a la procedencia de ese dinero. Se produjeron todos estos acontecimientos un par de días antes de que Aliocha se

marchara, y la noche antes de la única entrevista que tuvo lugar entre Natacha y Katia. Ésta había enviado una nota a Aliocha pidiéndole permiso para ir a visitarla. También a mí me escribió, y me suplicaba que estuviera presente durante la conversación.

Aunque tenía mucho que hacer, decidí encontrarme allí a las doce, que era la hora que fijaba para el encuentro. Yo me veía con mayor cúmulo de obligaciones cada día. Además de la carga de Nelly, los Ikmeniev me tenían muy ocupado hacía más de una semana.

Recibí una mañana un recado de Ana Andreievna rogándome que fuese cuanto antes a verla, pues debía tratar conmigo una cuestión de verdadera importancia, que no podía retrasar un solo momento. La encontré más trastornada que de costumbre, y parecía aguardar llena de ansiedad el regreso de su marido. Aunque tenía mucho que hacer, estuvo bastante tiempo sin decirme la razón de su urgente mensaje. Comenzó lamentándose por lo abandonados que los tenía en medio de su desgracia, y me explicó que su marido se encontraba increíblemente nervioso desde hacía unos tres días.

—Ya casi no le reconozco. De noche tiene fiebre, y de pronto se levanta en silencio, se arrodilla y reza ante el icono. Sueña en voz alta cuando duerme, y al despertar parece trastornado. Ayer, mientras comíamos me pidió la cuchara, aunque la tenía en la mano. Cuando le pregunto algo, me contesta sobre otro asunto. A cada rato está saliendo de casa para hacer «sus cosas», como él dice. En otras oportunidades afirma que va a ver «a su abogado». Hoy mismo, por la mañana, se encerró en su habitación y dijo que tenía que redactar un documento relacionado con el pleito. No sé qué podrá escribir, cuando no es capaz de darse cuenta de que tiene la cuchara en la mano. Observé por la cerradura, y vi que lloraba mientras escribía. ¿Qué podría estar escribiendo, relativo a nuestra propiedad? Tengo la terrible sospecha de que ésta la hemos perdido para siempre.

»Estaba yo pensando esto, cuando se levantó de la mesa, de improviso, con el semblante demudado, cogió su gorra y al salir me dijo que volvería en seguida. Me puse luego a mirar en la mesa donde trabaja, que está atestada de documentos relativos al pleito. No me deja que toque nada, y hasta me ha prohibido que limpie el polvo de ella. Quise ver lo que había escrito, pues advertí que había colocado el papel debajo de otros. Fíjate lo que encontré, Vania.

La mujer me tendió un papel de carta ilegible, con numerosas tachaduras.

El pobre Ikmeniev escribía a su hija, según podía advertirse desde la primera línea. Comenzaba lleno de ternura y afecto, perdonándola y suplicando que volviera. No era fácil desentrañar el significado del escrito, lleno de tachaduras y borrones. A pesar de todo se advertía que el repentino y noble impulso que le había llevado a coger la pluma dejaba luego paso a otro sentimiento muy diferente. Se notaba entonces al padre amante que llenaba de reconvenciones a su hija, acusándola de crueldad, de no haberse preocupado del sufrimiento de sus padres. Luego prodigaba las amenazas, diciendo que la maldeciría por su orgullo, terminando por ordenarle que volviera inmediatamente al hogar de la familia. Unicamente de este modo, si llevaba una existencia ejemplar y humilde, le otorgarían sus padres el perdón.

Mientras se estrujaba las manos delante de mí, Ana Andreievna aguardaba a que le dijera mi parecer. Sinceramente se lo dije; a mi entender el anciano no se sentía con valor para seguir separado de su hija. Era imprescindible una reconciliación entre ambos. De todos modos, sólo las circunstancias lo decidirían. Sin duda el resultado desfavorable del largo juicio fue para el viejo un golpe muy rudo, y por dos razones: quedaba arruinado, en primer lugar, y por otra parte, el príncipe obtenía un triunfo que hería profundamente a Ikmeniev en su amor propio. Al verse tan atribulado, trataba de

buscar un alma que estuviera sufriendo como él, y lógicamente pensaba en la persona a quien más quiso en el mundo, a su hija. Quizá se enteró, además, de que Aliocha estaba dispuesto a abandonarla, por lo que ella quedaría sola y más necesitada que nunca de consuelo. Pero no había logrado vencer su amor propio. Pensó que Natacha no daría el primer paso para reconciliarse.

Seguramente se dijo que ella quizá no pensaría siquiera en los suyos y no desearía que las cosas se arreglasen volviendo al hogar. Por eso seguramente Ikmeniev no había concluido la carta. La situación era muy delicada y podía dar lugar a ofensas más graves aún que las ya recibidas.

Al oírme hablar de aquella forma, la pobre mujer lloraba llena de congoja. Le dije que se hacía tarde y que aún debía ir a casa de Natacha. Entonces me hizo saber que no me había relatado lo peor, y es que se le volcó un tintero sobre la carta de su marido. Lógicamente, temía la reacción de éste, al descubrir que había estado registrando sus papeles. Quizá al ver que nos habíamos enterado de su secreto, Ikmeniev, avergonzado, adoptase una postura más intransigente que antes, y no quisiera perdonar.

La consolé con algunas palabras tranquilizadoras, asegurando que cuando su marido había escrito la misiva, se hallaba tan alterado que no recordaría los detalles y pensaría que fue él el autor del borrón. Cuidadosamente colocamos de nuevo el papel en su sitio, y entonces resolví hablar de Nelly. Dije que la madre de la niña también había sido repudiada por el padre de la primera. Quizá cabría esperar que la historia de la pobre chiquilla llegase a conmover a Ikmeniev y a predisponerle favorablemente respecto a Natacha. Sólo faltaba una ocasión para que el anciano perdonara a su hija, y esta buena predisposición podía provocarla Nelly.

Ana Andreievna seguía con atención mis razonamientos, y cuando concluí noté que su rostro se llenaba

de esperanza. Quiso saber el motivo de que hubiese tardado tanto en decírselo, y demostró gran interés por la niña, asegurando que haría todo lo posible por adoptarla. Sintióse preocupada por su enfermedad, y fue a buscar a la despensa un bote de mermelada para Nelly. Quiso darme cinco rublos, además, por si carecía de dinero para el médico. Me negué a coger lo que me daba y ella se mostró muy afectada. Al fin la calmé pidiéndole la ropa interior y los vestidos usados que pudiera proporcionarme para Nelly. Inmediatamente comenzó a rebuscar en un baúl, y eligió varias prendas para la chiquilla.

Cuando me lo hubo entregado, me despedí de ella y me dirigí a casa de Natacha.

Cuando llegaba ante la puerta del piso de la joven, noté que alguien se encontraba ya allí. El desconocido parecía dispuesto a llamar a la puerta, pero al ver que yo llegaba, vaciló y volviéndose rápidamente se dirigió hacia la escalera. Nos encontramos en el rellano, y lleno de asombro comprobé que se trataba de Ikmeniev. Si bien la escalera estaba envuelta en sombras, vi que al pegarse él a la pared para cederme el paso, enrojecía lleno de vergüenza, al tiempo que me miraba extrañamente.

—¡Ah, Vania, eres tú! —dijo al fin, lleno de turbación—. Estaba buscando a un individuo... Tengo que hablar con él por lo del pleito... Es un escribano y se ha mudado de casa en estos días. Sin embargo... Creo que no es éste el piso. He debido equivocarme. Hasta pronto, Vania.

Así diciendo echó a correr hacia la calle.

Resolví no contar nada a Natacha acerca de lo que acababa de ocurrir, por lo menos hasta pasado un tiempo. Se hallaba tan inquieta que tal vez hubiera tomado muy a pecho el posible alcance del encuentro. Igualmente me abstuve de ir a casa de los Ikmeniev por tres días, ya que imaginaba al pobre viejo muy avergonzado.

Por fin, cuando fui a verlos, me acogió con aire abatido, pero se limitó a hablarme extensamente de sus cosas.

—¿Recuerdas cuando nos encontramos la otra vez, en aquella escalera? ¿Cuándo fue? Hará unos tres días, ¿verdad? —me preguntó como sin dar importancia al asunto, pero tratando de no mirarme—. ¿Adónde ibas ese día?

—A casa de un amigo, que vive en el edificio —repuse, obrando como él.

—Fue una verdadera casualidad. Iba buscando la casa del escribano Astafiev, pero resultó que no vivía allí. Bueno, hablando de mi asunto, te diré que el pleito ha sido fallado, y que...

Al hablarme del pleito noté que enrojecía manifiestamente. Luego se marchó.

Al quedarme a solas con Ana Andreievna, le conté lo ocurrido y le pedí que obrase con su marido como de costumbre, sin hacerle alusión alguna ni demostrarle que estaba al tanto de su cambio de parecer.

La anciana se asombró mucho ante la noticia, y al principio no creía lo que le estaba diciendo. Declaró que había estado hablando con su marido de la niña, si bien él no comentó nada al respecto, a pesar de que con anterioridad era el que insistía en que debían recoger a la pequeña. Decidimos que al día siguiente Ana Andreievna hablaría a su marido claramente acerca de esta cuestión. Sin embargo, tanto ella como yo tuvimos mayores preocupaciones ese día.

Durante la mañana siguiente Ikmeniev se entrevistó con el secretario judicial que le llevaba el pleito. Éste le dijo que había hablado con el príncipe, el cual manifestó que aunque se quedaba con la hacienda de Ikmeniev, teniendo en cuenta las actuales circunstancias familiares estaba dispuesto a indemnizar a Nicolás Sergueitch devolviéndole los diez mil rublos. El anciano se presentó iracundo en mi casa. Estaba como enloquecido

y los ojos le relumbraban de ira. Me llamó desde la escalera y me dijo que fuera en seguida a ver al príncipe y que le retara a duelo en su nombre.

Fue tal mi sorpresa que tardé bastante en reaccionar. Procuré tranquilizarle, pero le dominaba la desesperación al extremo de hallarse casi enfermo. Fui rápidamente a la cocina, en busca de un vaso de agua, y cuando volví ya se había marchado.

Al día siguiente estuve en su casa, pero no se encontraba en ella. Su ausencia duró tres días.

Transcurridos éstos nos enteramos de lo que había pasado. Desde mi casa se marchó corriendo a la del príncipe. Como no le encontrase, le dejó una carta manifestando que se había enterado de una proposición suya que para él era una grave ofensa. Por consiguiente le desafiaba a batirse, y si rehusaba, sólo podía esperar que le ofendiese en público.

Era tan grande su alteración que al volver a su casa se acostó, dominado por una fuerte depresión. Estuvo atento con Ana Andreievna, pero casi no contestó a las preguntas que ella le hizo.

A la mañana siguiente recibió una carta, y en cuanto la hubo leído comenzó a vociferar y a llevarse las manos a la cabeza. Ana Andreievna casi sufrió un ataque, a causa del susto, pero su marido cogió el sombrero y el bastón y se marchó rápidamente.

La misiva había sido enviada por el príncipe. Éste comunicaba al anciano, seca pero cortésmente, que no estaba obligado a dar cuenta a nadie de sus actos, y que consideraba poco justo el hecho de que por haber perdido un pleito le retase a duelo. Y respecto a la «ofensa en público», era mejor que no obrase de esa forma, pues la carta que contenía esa amenaza quedaría en manos de la autoridad competente, quien tomaría las medidas oportunas para evitar que el hecho se produjese.

Apretando convulsivamente la carta, Ikmeniev se presentó en casa del príncipe, que también en esa ocasión

se encontraba ausente. El criado le notificó que su señor tal vez estuviera en casa del conde N..., e Ikmeniev echó a correr hacia allí, sin pensarlo dos veces. El portero del conde trató de impedir que entrase, y entonces Ikmeniev, fuera de sí, empezó a golpearle con su bastón hasta que lograron reducirle y entregarle a un guardia que le llevó al cuartel de policía más cercano.

El príncipe, que se encontraba en la casa, en efecto, explicó al conde que se trataba del padre de la chica de que ambos habían hablado. El primero había prestado al viejo libertino que era el conde, algunos servicios en sus correrías. Éste echóse a reír y, llevado por el buen humor del momento, se sintió magnánimo y pidió que pusieran al detenido en libertad. De todos modos no le soltaron hasta pasados tres días, y tuvo que enterarse —por instigación del príncipe—, que era a éste a quien debía la libertad.

El anciano llegó a su casa tan irritado como se marchara de ella. Echóse en su cama y permaneció sin moverse durante casi una hora. Al levantarse dijo que maldecía a su hija y le retiraba la bendición paterna para siempre, lo que llenó de horror a su mujer.

Luego Ikmeniev cayó en una profunda postración, y Ana Andreievna tuvo que cuidarle día y noche, poniéndole compresas y hielo en la cabeza. El enfermo deliraba y me quedé con ellos hasta las tres de la madrugada.

Sin embargo, a la mañana siguiente el viejo se levantó y le vi llegar a casa con la intención de llevarse a Nelly y adoptarla, lo cual ya he descrito con anterioridad. La nueva frustración volvió a enfermarle.

Todo esto sucedió el Viernes Santo, justamente cuando Katia y Natacha habían acordado entrevistarse, la víspera de la marcha de Aliocha de San Petersburgo. Estuve presente en ese encuentro, que se llevó a cabo por la mañana, antes de que Ikmeniev se presentara en mi casa a por la chiquilla, y con anterioridad también de que ésta huyera por vez primera.

CAPÍTULO VI

Una hora antes de lo convenido se presentó Aliocha para advertir a Natacha. Yo llegué cuando el coche de Katia se detenía ante la puerta. La joven venía acompañada por la anciana dama de compañía francesa, quien accedió a acompañarla y hasta a permitir que subiera sola a casa de Natacha. Ella la aguardaría en el carruaje.

Al acercarse, Katia me pidió que avisara a Aliocha. Subí al piso y encontré a éste y a Natacha sumidos en un mar de lágrimas. Al saber Natacha que Katia esperaba en la calle, se secó las lágrimas, y aún temblando por la emoción se acercó a la puerta. Vestía de blanco, con el pelo oscuro peinado liso y recogido sobre la nuca, formando un moño grande. Aquel peinado me gustaba notablemente. Al notar que yo permanecía junto a ella, me pidió que fuera también a recibir a Katia.

Cuando subíamos las escaleras, Katia me dijo:

—No sabe cuántos obstáculos he tenido que vencer, para poder venir. Continuamente me espiaban, y necesité quince días para convencer a madame Albert, mi dama de compañía. ¿Cómo no vino a verme? Me fue imposible mandarle una nota, pero por más que lo hubiese hecho, es muy poco lo que puede explicarse en una carta. Créame que necesitaba verle. ¡Cómo me late el corazón en este instante!

—La escalera es muy empinada—repuse yo.

—Bueno, quizá también influya la escalera. ¿Qué le parece a usted? ¿Estará enfadada conmigo Natacha?

—¿Qué razón tendría para estarlo?

—Sí, claro, no tiene motivos. Pero quería preguntárselo. De todas formas, ahora lo comprobaremos.

Se cogió de mi brazo y al hacerlo noté que estaba pálida y atemorizada. Cuando llegamos al último tramo nos detuvimos a tomar aliento y me dijo en voz baja:

—La saludaré despreocupadamente y le diré que como ya nos conocíamos por referencias, me presenté sin ceremonia alguna. En fin, no sé por qué digo estas cosas, cuando Natacha es la más noble de las personas. ¿No cree usted?

Entró en la casa con gesto tímido, como si hubiese cometido una falta. Miró fijamente a Natacha, y luego avanzó hacia ella y la besó en los frescos labios. Después se volvió hacia Aliocha y con toda seriedad le dijo que nos dejara hablar a solas un rato.

—No debes ofenderte, querido Aliocha—manifestó Katia a continuación—. Debemos hablar Natacha y yo de algo que no puedes oír. Te ruego que nos dejes. En cuanto a usted, Iván Petrovitch, puede quedarse para que escuche nuestra conversación.

Una vez que Aliocha se hubo marchado de la estancia, agregó:

—Será mejor que tomemos asiento. Yo lo haré frente a usted. Después de tanto esperar, deseo observarla bien, querida Natacha.

Ésta procuró sonreír, aunque lo hizo forzadamente. También ella miraba a Katia con atención.

—Una vez tuve el gusto de ver un retrato suyo—prosiguió Katia—, que me enseñó Aliocha.

—¿Cree que estoy parecida?

—Es usted mejor en persona—repuso Katia—. Ya imaginaba que sería así.

—¿Es cierto? Pues yo también compruebo ahora que es usted muy hermosa.

—Vaya, no diga eso. ¡Yo hermosa...! Me trata usted demasiado bien.

Luego cogió entre las suyas las manos de Natacha y las dos se miraron en silencio unos instantes.

—Querida amiga, sólo tengo media hora de permiso. Es todo la que pudo concederme madame Albert—agregó Katia—. Tenemos tanto de qué hablar... Desearía hacerle una pregunta: ¿ama usted mucho a Aliocha?

—Mucho, en efecto.

—En tal caso, si tanto le quiere, deseará indudablemente que sea muy dichoso, ¿no es cierto?

—Es lo que más anhelo, que sea feliz.

—Entonces, se trata de dilucidar si yo soy capaz de proporcionarle esa dicha. Me parece que tengo razones para hablarle como lo hago. Eso es lo que debemos decidir ahora. Porque si usted considera que puede hacerle más dichoso...

—Ya se ha decidido todo, Katia. Lo sabe usted perfectamente—dijo Natacha en voz baja, y miró al suelo. Era evidente que le apenaba aquel tema.

Tengo la impresión de que Katia pensó primero que decidirían en ese momento cuál de las dos dejaría el campo libre a la otra. Sin embargo, tras las últimas palabras de Natacha, se dio cuenta de que ésta se hallaba decidida y de que no tenía objeto seguir insistiendo.

De pronto Natacha inquirió:

—Y ahora dígame, ¿también usted le quiere mucho?

—Sí, sí, le amo. Pero una de las preguntas que deseaba hacerle es el motivo de que usted quiera tanto a Aliocha.

—No sabría responderle a eso.

—¿Acaso le parece inteligente?

—No. Sólo sé que le quiero.

—Igual me pasa a mí. Aunque siento hacia él algo parecido a la compasión.

—Sí, también a mí me ocurre lo propio.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cómo pudo traicionarla,

prendándose de mí? La verdad es que no lo entiendo, y menos todavía cuando la he conocido.

Natacha permaneció en silencio, con la vista baja, mientras Katia adoptaba una actitud similar. Después, como en un arrebato, Katia se levantó y besó a Natacha, al tiempo que la abrazaba. Emocionadas, las dos jóvenes se echaron a llorar. Sentada en el brazo del sillón en que se hallaba Natacha, Katia la estrechaba contra su corazón.

—No sabe bien cuánto la quiero—dijo Katia entre sollozos—. Seremos como dos hermanas. Podemos escribirnos, y yo la querré sinceramente... siempre, toda la vida. Por cierto—inquirió Katia—. ¿Le dijo algo Aliocha sobre nuestro matrimonio?

—Ya lo hizo.

—Me di cuenta en seguida. Verá cómo la tengo informada de todo, porque voy a quererla mucho. Creo que la boda no ha de demorarse mucho. ¿Es cierto que volverá a su casa, Natacha?

Ésta no contestó, sino que se limitó a mirar a Katia y le dijo:

—Que sea muy feliz, querida amiga.

—También yo se lo deseo.

En ese instante se abrió la puerta y entró Aliocha, que no había podido aguardar más. Cuando las vio sollozando, se arrodilló junto a ellas y también se puso a llorar.

Natacha se serenó un poco y aconsejó al joven:

—Bueno, Aliocha, no deberías apenarte así. Estaremos alejados breve tiempo. Dentro de un mes estarás de vuelta.

—Entonces se volverán a reunir—agregó Katia con rapidez, queriendo consolarle.

—Creo que no podré vivir un solo día sin ti, Natacha—repuso él, lleno de congoja—. ¿Qué será de mí sin tenerte cerca? No sabes cuánto te amo, Natacha...

Rehaciéndose de nuevo, Natacha manifestó:

—Se me ocurre una cosa. Ustedes piensan detenerse unos días en Moscú, ¿no es cierto, Katia?

—Sí, una semana.

—Está bien. Tú, Aliocha, las acompañas hasta Moscú, y luego volverás a mi lado. Te quedas una semana, y después nos despedimos hasta que regreses.

—Magnífico. De ese modo aún podrán estar juntos unos días más—exclamó Katia, con aire de triunfo, y miró a Natacha significativamente.

No podría describir el contento que sintió Aliocha ante esta proposición. Loco de alegría abrazó a Natacha, llenó de besos las manos de Katia y me abrazó a mí con fuerza. Natacha tenía un aire tan acongojado, que Katia no pudo resistir más y despidiéndose de Natacha se dispuso a marcharse. En ese momento se presentó un lacayo anunciando de parte de la dama de compañía que el tiempo establecido ya había transcurrido. Levantóse Natacha y las dos jóvenes quedaron un momento cogidas por las manos, observándose con atención, como si con aquellas miradas estuvieran expresando todas las emociones que sentían.

—Ya nunca volveremos a vernos—susurró Katia.

—Nunca—contestó Natacha.

—En tal caso, más vale que nos despidamos ahora mismo.

—Por favor, no me maldiga. Al menos, le aseguro que él será feliz—dijo Katia, que luego cogió a Aliocha por el brazo y añadió—: Vámonos, Aliocha, acompáñame.

Una vez que los dos hubieron salido, Natacha declaró, rendida de emoción:

—Acompáñales, Vania, y no vuelvas por ahora. Aliocha estará conmigo hasta las ocho, y luego me dejará sola. Entonces te ruego que vuelvas. Hazlo hacia las diez.

A esa hora, después de la escena de la taza rota y cuando hube dejado a Nelly con Alejandra Seminiovna, volví a casa de Natacha. La encontré sola, aguardándome llena de impaciencia. Preparó el té, me sirvió una taza y me pidió que me sentara junto a ella.

—Todo ha concluido—me dijo luego, mirándome de un modo que jamás podré olvidar—. Nuestro amor ha terminado al cabo de medio año; toda una vida. Me encuentro desecha, y sé que mañana le veré por última vez. No hace media hora que se fue, y mientras te aguardaba no dejaba de preguntarme, ¿sabes qué? Pues me decía a mí misma si le había amado realmente, y en ese caso, qué clase de amor era el nuestro. ¿No te parece absurdo, haber tenido que aguardar a este momento para hacerme esa pregunta, querido Vania?

—Tranquilízate, por favor.

—Además, he llegado a una conclusión, Vania. Creo que no le quería como a un hombre, como a un amante, sino con cariño de madre. ¿Qué crees tú, Vania?

Notaba que su emoción se acrecentaba por momentos. Natacha tenía necesidad de hablar, a pesar de que sus palabras se hacían cada vez más inseguras. Yo mismo me mostraba manifiestamente inquieto.

—Me pertenecía — continuó diciendo ella —. En cuanto le vi, me di cuenta de que quería que fuese mío, que viviera únicamente para mí. Le quería hasta el extremo que me causaba verdadera compasión. Cuando pensaba que debía marcharse, mi mayor deseo era que fuese feliz, más dichoso que nadie. Ese anhelo llegaba a atormentarme, y no podía mirarle siquiera sin sufrir una gran emoción. Cuando él sonreía, me recorría el cuerpo un estremecimiento. Quizá no me creas, Vania, pero lo que te digo es verdad.

—Mira, Natacha...

Hizo caso omiso a mis palabras, y continuó diciendo:

—Tanto tú como él mismo afirmabais que no tenía carácter, que se comportaba como un chiquillo. Pues precisamente era eso lo que más me atraía de él. ¿Me crees? Le quería tal como era, y seguramente, si hubiese tenido más carácter o inteligencia, no le hubiese

amado tanto. No sé si recuerdas, Vania, que hace ahora unos tres meses tuvimos un gran disgusto porque estuvo en casa de una tal... ¿cómo se llamaba? Ah, sí... era Minna. Pues bien, yo le seguí y padecí enormemente; pero, aunque te cueste creerlo, al propio tiempo obtuve cierto gozo. No lo comprendo, tal vez sería porque me dije que eso le hacía feliz. Pero no, me doy cuenta de que me producía contento saber que hacía lo que otros hombres, y que como ellos iba a ver a otras mujeres. La discusión me produjo un placer inmenso, y le perdoné de todo corazón. ¡Mi Aliocha, cuánto le quiero!

Se echó a reír de un modo singular, mientras me observaba. Después la vi ensimismarse en sus reflexiones, como si recordase algo. Estuvo mucho tiempo así, con una sonrisa en los labios, evocando el pasado.

Al cabo de un tiempo manifestó:

—Lo que más gozo me producía era perdonarle. Días y días he pasado sola en mi habitación, paseando inquieta y diciéndome en medio de mi llanto que cuanto peor se portara Aliocha tanto mejor sería. Lo cierto es que en él veía a un chiquillo. Luego yo me sentaba aquí, él colocaba su cabeza en mis rodillas y se quedaba dormido mientras le acariciaba tiernamente el cabello. Cuando no estaba a mi lado, pensaba en él de ese modo.

Después de una pausa, Natacha exclamó llena de vehemencia:

—¡Qué joven más encantadora es Katia!

Veía que se ensañaba ahondando en su herida, deseando sufrir, como sucede cuando el alma está sometida a una dura prueba.

—Pero sé que Katia le hará feliz—dijo—. Su carácter es firme, sabe lo que dice y es muy razonable. Aunque por su edad sea una chiquilla, se la puede considerar como una persona mayor. Ojalá que los dos sean muy dichosos. Sí, se lo deseo de todo corazón.

En su pecho, sin embargo, se albergaba un gran dolor, que la hizo estallar en lágrimas. Pasó bastante tiempo antes de que se recobrase, tranquilizándose un poco.

¡Mi pobre Natacha! A pesar de la angustia que sentía, quiso tomar parte en mis penas. Al verla más serena le conté para distraerla lo que me había acontecido con Nelly. Se mostró muy interesada. Ya era muy tarde cuando la dejé, medio adormilada. Al irme rogué a Mavra, la criada, que la cuidase durante toda la noche.

—¡Señor, que terminen ya estas desdichas!—supliqué yo, una vez en mi casa—. ¡Que se acaben de una vez, sea como sea...!

Eran las nueve de la mañana cuando al día siguiente llegué a casa de Natacha, coincidiendo con Aliocha, que acudía a despedirse. No cuento lo que fue esa entrevista, para no revivir el ingrato recuerdo de la escena. Ella procuraba serenarse, aparentando indiferencia, y casi parecía estar contenta. Sin embargo, sus esfuerzos la traicionaron, y por último abrazó a Aliocha frenéticamente para después contemplarle con fijeza, como bebiendo sus palabras, aunque yo me daba cuenta de que no entendía nada de lo que él decía.

Con frases entrecortadas, Aliocha le pidió perdón por el daño que le había hecho, por su cariño hacia Katia, por el viaje en sí. Su forma de hablar resultaba inconexa, y además se ahogaba entre sollozos. Después, inesperadamente, quiso consolarla y le dijo que sólo se marchaba durante un mes, y que al regresar se casarían. Por otra parte, afirmó que volvería de Moscú transcurridos un par de días, y que estarían juntos una semana entera. Por lo tanto, sólo iba a estar alejado de ella dos días, nada más.

Parecía increíble lo convencido que estaba de cuanto decía. Pensaba que dentro de dos días vería de nuevo a Natacha, pero a pesar de ello lloraba y se mostraba intensamente acongojado. ¿Por qué razón?

Oí dar las once en el reloj. Difícilmente pude convencer a Aliocha de que debía irse, pues su tren salía a las doce.

Una vez en la puerta, Natacha trazó el signo de la cruz sobre su frente, le abrazó, y con el rostro escondido entre las manos se dirigió rápidamente a su habitación. Yo acompañé al joven hasta el coche, pues de lo contrario no se hubiera resuelto a abandonar la casa.

Cuando descendíamos hacia la calle me dijo:

—Tengo una fe absoluta en ti, amigo Vania. Me doy cuenta de que en muchas ocasiones he obrado mal contigo, y que no soy realmente digno de ser tu amigo. Pero te ruego que seas como un hermano para mí, hasta el último momento. Te pido que sigas queriendo a Natacha, que no la dejes y que me des cada poco tiempo noticias de ella. Estaré de vuelta probablemente mañana; pero luego, cuando de nuevo me marche, espero que me escribas. Lo harás, ¿no es cierto?

Le introduje en el carruaje, y cuando éste arrancaba dijo en voz alta:

—¡Hasta pasado mañana! ¡Volveré sin falta!

Estaba lleno de desesperación cuando regresé al piso de Natacha. La encontré en el centro de la estancia, con los brazos cruzados, y con tal gesto de desvarío que pensé que no me había reconocido. La hermosa cabellera le caía sobre los hombros. A su lado estaba Mavra, muy asustada.

—Ah, eres tú... — me dijo de pronto Natacha —. ¡Nunca le perdonaste porque le di mi amor! ¡Tú le odiabas! ¿Qué vienes a decirme ahora? ¿Tratas de convencerme para que vuelva con mi padre, que me maldice y no me quiere? ¡No, no quiero volver! ¡También yo le maldigo! Y tú, ¡vete! ¡Márchate de mi lado!

Me di cuenta del estado en que se hallaba y que el solo hecho de verme la ponía fuera de sí. Salí, me senté en la escalera y allí permanecí, aguardando. Cada cierto

tiempo entreabría la puerta y preguntaba a Mavra, que no hacía otra cosa que llorar.

Lleno de angustia y tristeza aguardé durante más de una hora. De repente abrióse la puerta con violencia y salió Natacha, que corrió hacia la escalera. Estaba trastornada; llevaba puestos el abrigo y el sombrero. Algunos días después me aseguró que casi no recordaba aquello, y que no tenía idea del lugar a donde se encaminaba.

Me fue totalmente imposible esconderme debido a la rapidez con que salía. Ella me vio y se quedó inmóvil ante mí, como si fuera una estatua.

«Me di cuenta de improviso—me explicó más adelante—, que en un rapto insensato de irreflexión se puede despedir a la persona que era como un hermano para mí, que podía ser mi única salvación. Al verte ante la puerta, sentado en la escalera, esperando lleno de paciencia, sentí como si me hiriesen profundamente en el corazón.»

—¡Vania!—exclamó ella, tendiendo sus manos hacia mí—. ¡Estás ahí!

Luego cayó en mis brazos y perdió el conocimiento.

La trasladé a su alcoba, y al ver que no recobraba el sentido temí que enfermara gravemente. Resolví ir a buscar al médico, que generalmente estaba en su casa hasta las dos de la tarde. Pedí a Mavra que no se alejara en ningún momento del lado de su ama, y eché a correr.

Dios quiso ayudarme; si tardo un instante más el doctor se hubiera marchado, ya que se encontraba en la puerta de su casa cuando yo llegaba. Le pedí que subiera al coche en el que me trasladé hasta allí, y poco después estábamos de regreso en el piso. La Providencia me ayudó, indudablemente, puesto que mientras duró mi ausencia sucedió algo que pudo ser fatal para Natacha, de no haber llegado el médico y yo tan a tiempo.

No bien hube salido de casa de Natacha, cuando se

presentó en ella el príncipe, que volvía de despedir a los viajeros en la estación. Evidentemente, había proyectado la visita por anticipado y con todo detalle. Debido al estado en que se hallaba, a Natacha no le sorprendió la visita, según me dijo después. El aristócrata tomó asiento frente a ella, y mirándola compasivamente, suspiró y dijo:

—Comprendo su dolor, querida amiga, e imaginaba lo terrible que iba a resultarle este momento. Por esa razón me he sentido obligado a venir a verla. Para usted, sin embargo, debe ser un consuelo el saber que al renunciar a Aliocha, ha hecho su felicidad. Usted lo comprende mejor que nadie, ya que se ha sacrificado tan generosamente.

Natacha me contó que, aunque le oía, no alcanzaba a entender lo que le estaba diciendo. El le cogió una mano y pareció complacerse al estrechársela. La joven estaba hasta tal punto insensible que no hizo ademán alguno de retirar su mano.

—Se ha dado cuenta —prosiguió diciendo él— de que si se hubiera casado con Aliocha, éste hubiera llegado a odiarla algún día. Ha sido un rasgo noble por su parte; pero no crea que vine sólo a alabarla; también deseo asegurarle que nunca tendrá un amigo mejor que yo. Me hago cargo de la intensidad de su pena, y sepa que si he intervenido en su vida ha sido en contra de mis deseos, por un sentido del deber. Sé que lo entenderá perfectamente y que querrá perdonarme. Sin embargo, le aseguro que mayor aún ha sido mi sufrimiento...

—¡Cállese, príncipe! —dijo al fin Natacha—. ¡Márchese ya, por favor!

—Sí, me iré, pero deseo decirle que la quiero como si fuese una hija, y que espero que me permita venir a visitarla de vez en cuando. Considéreme como un padre, y sepa que mi mayor felicidad será prestarle algún servicio.

Natacha le interrumpió secamente.

—No necesito nada. ¡Márchese!

—Tiene usted demasiado orgullo. Pero le aseguro que le hablo con la mejor intención. Y ahora, ¿qué piensa hacer? ¿Reconciliarse con su familia? Sería lo mejor... siempre que su padre no proceda injustamente. Tiene mucha soberbia; es un verdadero déspota y le ruego que me disculpe la sinceridad. Junto a él viviría entre reproches y disgustos. Es mejor que se mantenga libre, independiente de su tutela. Yo consideraría como un deber sagrado el cuidar de usted y ayudarla. El propio Aliocha me ha pedido que no la abandone; debemos ser amigos. Y además, hay otras personas que están interesadas por su suerte, como el conde Nainski. Es pariente nuestro, y un verdadero ángel tutelar de la familia, que ha hecho numerosos favores a Aliocha, sintiendo por él una verdadera veneración.

»Se trata de una persona de gran influencia, y como ya es de edad avanzada, no habría inconveniente en que le recibiese usted en ésta casa. Él le proporcionaría una excelente posición al lado de sus familiares. Le hablé de su sacrificio, y realmente conmovido me rogó que le presentara a usted en cuanto fuera posible. Es de una generosidad sin límites, y le impresiona mucho la belleza. Se lo aseguro, se trata de un anciano venerable y generoso, que sabe muy bien lo que valen las cosas. Sin ir más lejos, no hace mucho que se portó magníficamente con su padre de usted.

Natacha lo comprendió todo, y como impulsada por un resorte se puso en pie y gritó iracunda:

—¡Váyase inmediatamente! ¡Márchese de aquí!

—Le ruego, querida amiga, que recuerde lo útil que el conde puede ser a su padre...

—Mi padre no necesita nada de usted. ¡Déjeme ya!

—Vaya, ¡qué altiva y excitable es usted! No merezco que me trate de esa forma.

El príncipe miró inquieto a su alrededor, y luego sacó del bolsillo un grueso fajo de billetes.

—En fin —agregó—, permítame que le deje esta muestra del interés que siente por usted el conde Nainski. Aquí hay diez mil rublos. Un momento, por favor —prosiguió diciendo, al ver que Natacha se ponía en pie llena de cólera—. Aguarde un instante. Como ya estará enterada, su padre perdió el pleito. Estos diez mil rublos supondrán una indemnización, y...

Fuera de sí, Natacha exclamó:

—¡Llévese de aquí su dinero! ¡Márchese, hombre infame! ¡Fuera de esta casa!

El príncipe se levantó no menos encolerizado. Se había presentado para tantear el terreno, pensando que Natacha, sola y sin nadie que la ayudase, se mostraría muy bien impresionada por aquellos diez mil rublos. Ya en más de una ocasión el infame se había encargado de tales menesteres, propios de una Celestina, por cuenta del viejo libertino que era el conde Nainski. Como notó que no conseguía lo que esperaba, el príncipe no pudo ocultar el odio que en realidad sentía hacia Natacha, y con perversa alegría se propuso ofenderla para vengarse.

—Se pone usted demasiado nerviosa, amiga mía, y eso no le conviene para sus nervios. Quise ofrecerle mi ayuda, y fíjese cómo me paga. Pues entérese de que pude haberla hecho recluir en un reformatorio, como padre que soy de un muchacho al que usted arruinó e impulsó a llevar una vida disipada. A pesar de todo, no lo hice.

A continuación lanzó una carcajada perversa e insultante.

En ese momento entrábamos el médico y yo al vestíbulo. Detuve al doctor al escuchar una voz extraña, y alcanzamos a oír las últimas palabras del príncipe, después de lo cual lanzó una maligna carcajada.

Abrí repentinamente la puerta y me arrojé sobre el

príncipe, al que escupí en el rostro y di varias bofetadas. Cuando se disponía a replicar, el infame advirtió que llegaba acompañado, y salió huyendo, no sin antes recuperar el fajo de billetes de banco. En efecto, ¡no se olvidó del dinero, a pesar de su prisa! Yo salí en su persecución con el primer objeto que hallé en la cocina.

Al volver advertí que el médico sostenía en sus brazos a Natacha, que se debatía bajo los efectos de un ataque de nervios. Nos costó bastante llevarla a la cama, y una vez en ella comenzó a delirar.

—¿Es grave, doctor?—inquirí, lleno de angustia.

—Es prematuro decir algo —repuso el anciano—. Habrá que observarla. Sin embargo, podría dar lugar a algo muy serio. De todas formas, tomaremos las medidas necesarias.

En ese momento se me ocurrió algo realmente afortunado. Pedí al médico que permaneciese al lado de Natacha un momento, y corrí rápidamente a mi casa.

Llena de inquietud y tristeza, Nelly me aguardaba en un rincón. Debí de llegar con un aspecto sumamente extraño, ya que la pequeña me miró asombrada. Tomé asiento a su lado, en el diván, y atrayéndola hacia mí le di un cariñoso beso que la hizo enrojecer.

—Querida niña, ¿deseas salvarnos a todos?—le pregunté rápidamente.

Ella siguió mirándome llena de extrañeza.

—Tú sola eres nuestra esperanza. Ya conoces a ese padre que ha maldecido a su hija. Fue el que vino a buscarte ayer para llevarte a su casa, en lugar de la ausente. Y resulta que esa pobre hija, que una vez me dijiste apreciabas, ha sido abandonada por el hombre con el que se había marchado de casa de sus padres. Es el hijo del príncipe que te hizo huir una noche de aquí. ¿Lo recuerdas? Te pusiste enferma varios días, después de eso.

—Sí, lo recuerdo—dijo ella, muy pálida.

—Es un hombre perverso que aborrece a Natacha

porque su hijo pretendía casarse con ella. Pero Aliocha se marchó hoy mismo de viaje, y poco después el príncipe estuvo con ella, la llenó de insultos y dijo que la iba a hacer encerrar en un reformatorio. ¿Te das cuenta, Nelly?

—Comprendo—repuso la niña, y sus ojos relucieron vivamente.

—Ahora la pobre Natacha no tiene a nadie, y está enferma. La dejé con nuestro amigo, el médico, para venir a buscarte. Acompáñame, Nelly, vamos a casa del padre de Natacha. Sé que tú no querías ir a esa casa, pero ahora lo haremos los dos juntos. Una vez allí les diré estás conforme con ir a vivir con ellos como si fueras una hija. El anciano está enfermo por la maldición que lanzó contra Natacha, y porque el príncipe le hizo objeto de una grave afrenta. Aunque quiere de todo corazón a su hija, no desea oír hablar de ella. Pero en el fondo siente deseos de perdonarla. ¿Comprendes?

Ella asintió una vez más.

Yo no podía disimular mi emoción, y las lágrimas resbalaban por mis mejillas, mientras le hacía aquella súplica. La pequeña me miró con timidez.

—Entonces, me crees, ¿verdad?

—Sí.

—Vamos a la casa, pronto. Te acogerán muy cariñosamente y te harán un sinfín de preguntas. Procuraré que la conversación trate de tu vida y de las de tu madre y tu abuelo. Les dirás todo, sin callar un solo detalle. Contarás que a tu madre la abandonó un desalmado y que murió en un sótano de la casa de la Bubnova. Dirás que las dos ibais a pedir limosna, y contarás lo que ella te pidió al morir. De tu abuelo les explicarás que nunca perdonó a tu madre, ni siquiera cuando ella iba a morir y le mandó llamar. Al decir todo esto, el anciano se sentirá impresionado por la semejanza de la situación. Su hija está ahora abandonada, se halla indefensa ante los insultos de la gente infame. Nelly, ¡salva a Natacha, por favor! ¿Vienes conmigo?

La chiquilla jadeaba levemente y me observó con extrañeza, como si me hiciera algún reproche.

—Sí—musitó por último.

Cogí a Nelly de la mano y salimos. Eran casi las dos de la tarde y por el cielo se extendía un denso manto de nubarrones. Se oía retumbar el trueno a lo lejos, y el viento de la tormenta de verano formaba remolinos con el polvo de la calle. Tomamos un coche de punto, y Nelly no despegó los labios durante todo el trayecto. Sólo me miraba con aquel gesto singular, que tanto me había extrañado antes. Seguía respirando con dificultad, y en mi mano noté los violentos latidos de su corazón, que parecía querer saltársele del pecho.

CAPITULO VII

Encontré a Ikmeniev y a su mujer solos, como de costumbre. Con aire decaído y acongojado, el anciano estaba echado sobre un diván, con la cabeza envuelta en un pañuelo. A su lado, Ana Andreievna le pasaba de vez en cuando un trapo empapado en vinagre. La constante solicitud parecía disgustar al marido, en lugar de agradarle.

Ambos dieron muestras de sorpresa, al vernos llegar. La mujer experimentó un verdadero sobresalto.

—Les traigo a Nelly —declaré en cuanto estuve en la habitación—. Tenía muchos deseos de venir a vivir con ustedes, y sólo les pido que la acepten y la quieran.

El anciano me miró con manifiesta suspicacia. Comprendí que se hallaba al corriente de lo ocurrido y que sabía que Natacha estaba sola y la habían ultrajado. Nos observó tratando de descubrir el verdadero motivo de que hubiéramos ido a verle. La chiquilla bajó la cabeza, atemorizada. A cada momento miraba a su alrededor como un animalito que ha caído en una trampa.

Ana Andreievna, sin embargo, no tardó en reaccionar, y estrechando a la niña entre sus brazos, la acarició y la besó cariñosamente, hasta que, emocionada, se echó a llorar. Sin abandonar su mano, la hizo sentar a su lado.

Entre asombrada y curiosa, Nelly observaba atentamente a la mujer que, sin saber ya qué hacer, se quedó mirándome, para ver si le decía algo.

El anciano, por su parte, arrugó el ceño, pues comenzaba a sospechar la razón de que les hubiera llevado a Nelly. Luego se dirigió a mí y dijo:

—Tengo un fuerte dolor de cabeza, Vania.

Estuvimos un buen rato sin hablar, no sabiendo de qué manera iniciar la conversación. La estancia estaba sumida en la oscuridad, y a lo lejos retumbaba el trueno. Las nubes cubrían el cielo.

—Pronto empiezan las tormentas, este año. Pero recuerdo que en el treinta y siete la mala estación llegó aún más temprano.

Ana Andreievna lanzó un suspiro y preguntó si deseábamos tomar el té.

—¿Cómo te llamas, hija mía? —preguntó entonces, al ver que nadie le contestaba.

—Nelly—respondió la niña con voz débil, y sin levantar la cabeza.

Ikmeniev no dejaba de observarla.

—Sin embargo, tu verdadero nombre debe de ser Elena, ¿no es cierto? —inquirió Ana Andreievna, más animada.

—Sí, señora.

—Mi hermana Prascovia Andreievna—manifestó Ikmeniev—tenía una sobrina. Se llamaba Elena, pero también la llamábamos Nelly.

Ana Andreievna continuó con su interrogatorio, para saber más acerca de la pequeña.

—De modo que estás sola, ¿verdad, hijita? —dijo—. ¿No tienes padres?

—No.

—Eso me han dicho. Cuéntame, ¿hace mucho tiempo que falleció tu madre?

—No, hace poco.

—¡Pobrecilla! ¡Pobre huerfanita! —dijo la anciana, observando a Nelly llena de compasión.

Nicolás Sergueitch parecía estar impaciente, y tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Creo que me dijiste que su madre era extranjera, ¿verdad, Iván Petrovitch? —preguntó Ana Andreievna, con gesto indeciso.

Observé a Nelly y advertí que su respiración se tornaba agitada, como si estuviera sufriendo mucho.

—La madre de Nelly—repuse—era hija de un inglés y una rusa. La niña nació en el extranjero.

—Entonces la madre estaba en el extranjero con su marido, ¿no es eso?

A Nelly se le tiñeron de rojo las mejillas, y Ana Andreievna se dio cuenta de que había dicho algo inconveniente. El marido la miró con gesto serio, y volviéndose hacia la ventana, dijo:

—La madre fue engañada por un hombre malvado y cobarde. Se escapó con él, después de haberle entregado todo el dinero que le quitó a su padre. El amante, luego de marcharse con ella al extranjero, dilapidó fácilmente ese dinero y la dejó abandonada. Luego un hombre honrado le prestó su ayuda, pero murió más tarde. Al faltar éste, la desdichada regresó a casa del padre. Así me lo contaste, ¿verdad, Vania?

Intensamente emocionada, Nelly se puso en pie e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta. Pero el viejo, al fin, tendió hacia ella una mano y manifestó:

—Ven, Nelly, siéntate a mi lado.

Inclinóse entonces hacia ella, le dio un beso en la frente y le acarició el pelo lentamente. Un poco amedrentada, Nelly logró deshacerse de su abrazo. La anciana contemplaba llena de gozo a su marido, que parecía encariñado con la niña.

—Sé muy bien que aquel canalla de hombre hizo desgraciada a tu madre. Ella quería a su padre y le respetaba—continuó diciendo Ikmeniev, dominado por la emoción.

Nelly, con voz ronca, dijo:

—Mamá quería al abuelo muchísimo. Le quería más que él a ella.

—¿Y eso, cómo lo sabes? —inquirió Nicolás Sergueitch, forzadamente, puesto que se dominaba menos que Nelly.

—Yo lo sé. Él no quería a mamá y la echó de su lado para siempre.

Ikmeniev seguramente estuvo a punto de responder que el abuelo tendría sus razones para rechazar a la hija; no obstante se contuvo y nos observó en silencio.

—¿Adónde os marchasteis a vivir, cuando el abuelo no quiso recibiros? —prosiguió interrogando la anciana, que no quería que volviera a estancarse la conversación.

—Cuando volvimos del extranjero—manifestó Nelly—estuvimos buscando al abuelo mucho tiempo. No podíamos encontrarle. Antes había sido muy rico y llegó a ser dueño de una fábrica, pero se quedó sin dinero, porque se lo llevó el hombre que se fue con mamá. Me lo dijo ella misma.

El anciano carraspeó levemente.

—También me contó mamá—continuó diciendo Nelly, ya muy animada, y dirigiéndose a Ana Andreievna, aunque parecía querer contestar al anciano—que el abuelo estaba muy disgustado con ella, pues la culpaba de todo lo que había pasado. Me decía llorando que aparte del abuelo y de mí, no tenía a nadie en el mundo. Al regresar aquí me dijo: «Él nunca me perdonará, pero al verte seguramente te querrá, y entonces quizá, gracias a ti, llegue a quererme.»

»A mamá le daba miedo ir a casa del abuelo, pero rezaba mucho por él. También me hacía rezar a mí, y me contaba muchas cosas de cuando estaban juntos. El abuelo la quiso entonces como a nadie en el mundo. Por las noches ella tocaba el piano y leía libros en voz alta. El abuelo siempre le estaba regalando cosas, y hasta le gustaba darle sorpresas. Pero se enfadaba si ella adivinaba lo que iba a regalarle. Una vez él hizo como que iba a darle un broche, pero luego regaló a mamá unos pendientes. Al notar que ella ya se había enterado, se

enfadó mucho y estuvo unas horas sin hablarle. Pero poco después la besó y le dijo que le perdonase.

La niña iba entusiasmándose a medida que avanzaba en su relato. Tenía ahora las mejillas sonrosadas.

Se hacía evidente que la desdichada madre había hablado más de una vez con la niña del pasado, cuando sentada en un rincón del sótano abrazaba y besaba a su hijita, lo único que le quedaba en el mundo, sin pensar que sus palabras quedaban grabadas en el espíritu sensible y enfermizo de la chiquilla.

—Mamá estaba ya muy enferma cuando llegamos aquí. Le dolía mucho el pecho, pero sólo encontramos para vivir un rincón de un sótano.

—¡Dios santo! —exclamó Ana Andreievna—. Y estando así de enferma...

—Sí, mamá no tenía dinero. Me decía que ser pobre no era ningún delito. En cambio, sí es pecado ser rico, haciendo daño y ofendiendo a los demás. Me decía que Dios la estaba probando a ella.

—¿Vivíais ya en Vasili Ostrov, en el edificio de la Bubnova?

Ikmeniev hizo esta pregunta con fingida indiferencia, como si hablase conmigo.

—No. Antes estuvimos viviendo en la Metchanskaia, en un sótano muy oscuro, lleno de humedad. Fue allí donde se puso enferma mamá. Entonces todavía podía levantarse. También vivía allí la viuda de un capitán, y un viejo que había sido empleado, y que siempre se emborrachaba por las noches y daba unos gritos que me asustaban mucho. Mamá me llevaba entonces a su cama y me abrazaba para que no tuviera miedo. Yo notaba que la pobre estaba temblando, cuando oía las voces del viejo. Era muy malo aquel hombre, y una vez quiso pegar a la viuda del capitán, que era muy anciana y tenía que andar con ayuda de un bastón. Mamá quiso evitar que le pegase. Pero él se volvió contra nosotras,

y le dio un golpe a mamá. Yo me lancé gritando sobre el viejo.

La chiquilla hizo una pausa, ganada por la dramática intensidad del recuerdo.

—¡Santo cielo! —exclamó Ana Andreievna, totalmente absorta en el relato de Nelly.

—Después de eso mamá me sacó a la calle y en un rincón se puso a llorar. Estábamos sin comer, y yo me sentía muy cansada. Hablando consigo misma, mamá repetía: «Sé siempre pobre, Nelly. Cuando me muera no vayas a casa de nadie. Sigue tú sola y trabaja en lo que puedas. Si no encuentras trabajo, pide por las calles, pero hazme caso, no vayas a casa de nadie.» Íbamos por una calle, ya de madrugada, cuando mamá se puso a gritar de pronto: «*¡Azor, Azor!*» Un perro enorme y sin pelo se acercó a nosotras saltando y ladrando. Dio un grito mamá y cayó de rodillas delante de un viejo que se apoyaba en un bastón al andar y que iba muy encorvado. El anciano era mi abuelo. Iba muy mal vestido y estaba muy delgado; era la primera vez que le veía. Al ver a mamá delante de él, el abuelo se asustó, igual que ella. La echó a un lado, dio unos golpes con el bastón en la acera, y se marchó en seguida.

»El perro siguió junto a mamá, lamiéndole las manos y la cara. Corrió después hacia el abuelo y le tiró del gabán para que no se marchase. El abuelo siguió andando y llamó al perro, que le siguió dando aullidos de pena. Mamá se desmayó y cayó al suelo. Creí que había muerto. Nos rodeó la gente y vinieron unos guardias que ayudaron a mamá a reanimarse. Entonces ella me dijo que la condujera a casa. Los que nos vieron marchar nos miraban mucho y movían la cabeza.

Calló un momento la chiquilla para tomar fuerzas. Estaba muy pálida, pero en su mirada brillaba la resolución. Casi con gesto de desafío resolvió continuar hasta el final, decirlo todo.

Con voz irritada, Ikmeniev declaró:

—No tiene nada de extraño que tu abuelo procediese de aquel modo. Tu madre le ofendió y le dañó gravemente, y tenía motivos para...

—Mamá siempre me decía, cuando volvíamos a casa —le interrumpió la niña—: «Es tu abuelo, hija mía, y fui muy mala con él. Un día me maldijo, y ahora recibo el castigo de Dios». Estuvo repitiendo eso muchos días, como si se hubiera vuelto loca.

—¿Os mudasteis de casa, entonces? —inquirió la anciana, secándose las lágrimas.

—Esa noche mamá se puso muy grave. La viuda del capitán nos habló de la casa de la Bubnova, y allí nos fuimos unos días más tarde. Mamá pasó en cama tres semanas, y yo la cuidaba constantemente. No teníamos nada de dinero, y la viuda nos dio algo. También nos ayudó Iván Alejandrovitch.

—El fabricante de ataúdes —aclaré yo.

—Cuando mamá mejoró algo y pudo pasear un poco por el cuarto, me habló del perro, de «Azor».

Hizo la niña una breve pausa, e Ikmeniev pareció satisfecho de que el tema girase en torno a un perro. Arrellanándose más aún en el sillón, preguntó:

—¿Qué te contó de «Azor»?

—Nunca dejó de hablarme del abuelo, mientras duró su enfermedad. Al encontrarse mejor, me contó más cosas de su vida, y entonces fue cuando me habló de «Azor». Mamá lo compró a unos muchachos que iban a tirarlo al río. Se llevó al perro a cambio de algunas monedas. El abuelo se reía mucho con el perro, pero éste se escapó un día y mamá estuvo llorando tanto tiempo que el abuelo ofreció cien rublos a quien lo encontrase. Tres días después nos trajeron al can, y el abuelo entregó los cien rublos prometidos. El perro había sido de unos saltimbanquis que le enseñaron muchos trucos, como llevar un mono sobre el lomo, a andar con paso militar y cosas así. Cuando mamá se marchó, «Azor» se quedó con el abuelo. El perro siempre seguía al abuelo a todas partes. Por eso, al verle, mamá comprendió que el abuelo debía de estar cerca.

Advirtiendo que el asunto del perro no borraba la otra historia, guardó un hosco silencio. Su mujer preguntó a la pequeña:

—¿No volvisteis a ver al abuelo, más tarde?

—Sí. Yo le encontré otra vez, cuando mamá se estaba recuperando de la enfermedad. Iba a la panadería, cuando vi de pronto a *Azor*. Miré al hombre que iba detrás, y noté que era el abuelo. Yo me puse contra la pared, para que pudiera pasar, y vi que me miraba fijamente un momento, como si quisiera asustarme. Pasó sin decirme nada y se alejó. *Azor* me reconoció en seguida. Dio saltos muy contento y me lamió las manos. Eché a correr hacia casa, y al mirar hacia atrás vi que el abuelo entraba donde yo había comprado el pan. Pensé que iba a preguntar por nosotras y eso me dio más miedo aún. No quería decir nada a mamá para no disgustarla más. A la mañana siguiente dije que me dolía mucho la cabeza, para no tener que ir a por el pan. Al otro día fui y no le vi. Tres días más tarde, cuando cruzaba una calle, vi al abuelo y a *Azor*. Entré en la panadería por una calleja a donde daba una puerta trasera. Al salir me encontré de frente con él y me quedé muerta de miedo. El abuelo me miró fijamente otra vez y me acarició la cabeza. Después me cogió de la mano y me llevó con él.

»*Azor* nos seguía meneando la cola, mientras el abuelo iba encorvado, apoyándose en un bastón porque le temblaban las piernas. En una tienda me compró un mazapán en forma de pez, y otro en forma de gallo, y también caramelos y una manzana. Al abrir el monedero se le cayeron cinco copecs. Cogí la moneda y se la entregué, pero él quiso que me quedara con ella. Después me acarició de nuevo la cabeza y se fue sin decirme nada. Entonces sí se lo conté todo a mamá, que se puso muy contenta y me preguntó todo lo que había pasado.

Lloró de alegría y dijo que no debía tener miedo al abuelo. Seguramente había empezado a tomarme afecto, y debía ser cariñosa con él.

Continuó la pequeña su relato sin que nadie se atreviera a interrumpirla.

—Aunque al día siguiente estaba lloviendo, mamá me hizo pasar por la panadería varias veces, a pesar de que yo le había dicho que el abuelo no iba más que por las tardes. La pobre mamá me siguió de lejos, escondiéndose en las puertas de las casas, y lo mismo hizo al día siguiente. Pero el abuelo no aparecía. Seguía lloviendo y mamá se enfrió y de nuevo tuvo que quedarse en cama.

»Una semana más tarde vi otra vez al abuelo. Me compró mazapán, y al igual que la vez anterior tampoco me dijo nada. Cuando se marchaba, yo le seguí para decirle a mamá dónde vivía. Era bastante lejos, en el cuarto piso de una casa muy grande de otra calle. Ya era muy tarde cuando volví a casa, y mamá estaba preocupada, porque no sabía lo que me había pasado. Se lo expliqué y ella se puso muy contenta. Dijo que al día siguiente iría a ver a su padre. Pero luego empezó a pensarlo y le dio miedo. Terminó quedándose. Tres días estuvo dudando y al fin me dijo: "Nelly, me encuentro demasiado enferma para ir a ver a mi padre. Le he escrito una carta, y te pido que se la lleves tú. Mírale bien cuando la lea y después arrodíllate y pídele que perdone a tu mamá." La pobre lloraba mucho cuando me decía esto. Nos arrodillamos ante un icono y después de rezar una oración hizo el signo de la cruz sobre mi frente. Quiso acompañarme hasta la puerta, a pesar de que se encontraba enferma, y cuando me marchaba por la calle noté que me seguía mirando desde lejos.

»Cuando llegué a casa del abuelo, vi que la puerta estaba entreabierta, y al abuelo sentado ante la mesa, comiendo pan. *Azor* le miraba mientras meneaba la cola. La habitación era oscura, con ventanas muy estrechas. Sólo se veía una mesa y una silla. Cuando el abuelo me

vio en la puerta, se puso a temblar, como si estuviera asustado. También yo tenía miedo, pero sin decirle nada me acerqué y coloqué la carta sobre la mesa. Noté que se enfadaba mucho; se levantó con un gesto terrible, cogió su bastón y fue a pegarme, pero me miró y se contuvo. Entonces me empujó hacia la puerta y me dijo de mala forma que me marchase. Comenzaba a bajar las escaleras cuando abrió de nuevo la puerta y me arrojó la carta sin abrirla. Volví a casa y le conté a mamá lo que había pasado. La pobre se sintió mal y tuvo que echarse de nuevo en la cama.

CAPITULO VIII

Nelly se vio interrumpida en ese momento por el retumbar de un trueno. En los cristales comenzaron a repicar las gruesas gotas de un chaparrón, mientras la estancia se hallaba sumida en una profunda oscuridad. Todos permanecíamos en completo silencio.

—No durará mucho — declaró Ikmeniev, mientras echaba un vistazo hacia la ventana.

En seguida se levantó de su sillón y comenzó a pasear por la estancia. Advertí que Nelly no le quitaba la mirada de encima. La niña parecía estar dominada por una inquietud exagerada, casi anormal.

—Bueno, sigue contando—dijo el anciano, y volvió a sentarse en el sillón.

Nelly miró amedrentada a su alrededor, y Ana Andreievna le preguntó:

—¿No volviste a ver a tu abuelo?

—Pues...

—Sigue, hija mía, sigue—le dijo la mujer, para que se animase.

—Pasaron tres semanas sin que le viera—continuó diciendo la niña—. Era ya invierno y estaba nevando cuando le encontré en el mismo lugar de siempre. Me puse muy contenta, porque mamá tenía miedo de que no volviéramos a verle. En cuanto le vi cambié de acera para que comprendiese que le huía. Al volver la cabeza noté que venía detrás de mí y que luego casi echaba a correr para alcanzarme. Empezó a gritar: «¡Nelly, Nelly!», mientras *Azor* corría detrás de él. Me dio pena, y dejé de andar. Cuando llegó a mi lado, vio que yo estaba llorando y se agachó dándome un beso. Se dio cuenta de que mis zapatos estaban rotos, y preguntó por qué no me ponía unos mejores. Le contesté que mamá estaba sin dinero, y que comíamos gracias a unos vecinos muy buenos. No contestó nada.

»Luego me llevó con él a un mercado, compró para mí unos zapatos y dijo que me los pusiera. Entonces nos fuimos a su casa. Antes de llegar entramos en una pastelería y me compró un pastel y otros dulces. En su casa me dijo que me comiera el pastel, y mientras yo lo hacía, él me miraba. *Azor* colocó una pata sobre la mesa, como pidiendo un poco de lo que yo comía. Le di un trozo de pastel y el abuelo parecía contento viéndonos. Después me pidió que me sentara junto a él. Me dio unas palmaditas en la cabeza y me preguntó varias cosas, y si estaba estudiando algo. Me dijo que fuera todos los días a las tres de la tarde, para darme lecciones. Luego me mandó que me fuese hacia la ventana, sin volver la cabeza hasta que él me lo mandara. Miré por la ventana, pero de reojo vi que deshacía la punta de una almohada y que de ella sacaba cuatro rublos de plata. Me los entregó y dijo: "Ten, esto es sólo para ti." Cogí el dinero que me daba, pero luego lo pensé mejor y contesté: "Si son únicamente para mí, no los quiero." Se disgustó mucho y dijo: "Bueno, haz lo que quieras con el dinero. ¡Márchate!" Esa vez no me besó cuando me fui.

La pequeña se quedó un momento pensando. La habitación seguía en silencio.

—Al volver a casa vi que mamá se encontraba peor. Un estudiante de medicina que a menudo iba por la casa del fabricante de ataúdes la cuidaba y le daba algunas medicinas para que las tomase. Yo seguí yendo a visitar al abuelo. Iba más a menudo, tal como me decía mamá. El abuelo me compró un Nuevo Testamento y

un libro de geografía, y me hacía estudiar en ellos. Me enseñaba los países del mundo y las clases de gente que allí vivían. También me hablaba de religión, y me decía que Cristo había perdonado a todos los hombres. Yo le hacía algunas preguntas, y él se ponía muy contento. Me contestaba todo, y me hablaba de Dios a menudo.

»En vez de estudiar, en ocasiones jugábamos con «Azor». El perro me quería mucho, y hasta le enseñé a saltar por encima de un palo. El abuelo se divertía y se reía bastante cuando «Azor»» daba un salto. Muy pocas veces se le veía reír. A veces hablaba mucho, pero de pronto se callaba, y parecía dormirse en su silla, aunque seguía con los ojos abiertos. Así se quedaba hasta el anochecer. Me parecía que estaba más viejo, y yo sentía miedo. Cuando llegaba, algunos días me lo encontraba en su silla, pensando, y no parecía darse cuenta de lo que pasaba junto a él. El perro estaba siempre echado a sus pies. Yo aguardaba un rato y empezaba a toser. El abuelo seguía sin verme y entonces yo me marchaba.

»Mamá siempre me esperaba impaciente por saber cómo me había ido en casa del abuelo. Yo me sentaba en el borde de su cama y contestaba a sus preguntas. Nos llegaba la medianoche mientras yo le hablaba de las lecciones y de los relatos del abuelo. También le contaba las cosas del perro, y que sabía saltar sobre un bastón, y lo mucho que se reía el abuelo al verle. Mamá se ponía muy contenta y me pedía que se lo contara todo de nuevo. Luego rezábamos.

»Me preguntaba yo cómo mamá podía querer tanto al abuelo, cuando él no la quería. Una de las primeras veces, le dije al abuelo el gran cariño que le tenía mamá, y le conté algunas cosas de ella. Me dejó que terminara de hablar, y luego vi que estaba muy disgustado. Como se quedó un rato sin hablar, le dije que no entendía por qué mamá siempre se preocupaba de él, mientras que él no parecía interesarse por mamá. Se puso muy enfadado y me echó de su casa. Me quedé un rato en la escalera, y

entonces vi que abría la puerta y me llamaba. Tenía un gesto muy serio. Nos pusimos a leer el Nuevo Testamento, y le pregunté que cómo habiendo dicho Jesucristo que debíamos perdonarnos todos, él, sin embargo, no quería perdonar a mamá. Furioso, me gritó que yo decía aquellas cosas porque me lo mandaba mamá. Entonces me echó de nuevo de su casa, y me mandó que no volviese más por allí. Le contesté que no volvería, y me fui. Al otro día el abuelo se mudó a otro piso.

—Yo os decía que la tormenta no iba a durar mucho —manifestó en ese momento Ikmeniev—. Fíjate, Vania, está saliendo de nuevo el sol.

Su mujer le miró primero asombrada, y luego con un gesto lleno de indignación. Cogió a Nelly por las manos, la hizo sentar en sus rodillas y dijo:

—Sigue contando, hija mía. Yo te escucharé, aunque haya gente cruel que se haga la sorda.

Al decir esto se le escaparon las lágrimas. Nelly me miró desconcertada. Ikmeniev observó a su esposa y luego se encogió de hombros.

—Continúa, Nelly—le dije.

Ella siguió con su relato.

—Pasaron tres días sin que viera al abuelo—prosiguió—. Mamá estaba mucho peor. No teníamos dinero para comer ni para medicinas, y los que vivían con nosotros también eran muy pobres y decían que nos aprovechábamos de ellos. Al tercer día, por la mañana, dije a mamá que iba a salir. Ella me preguntó adónde iba y le contesté que a casa del abuelo, a pedirle dinero. Eso la alegró un poco, porque yo había dicho a mamá que no iba a volver nunca a casa del abuelo, aunque ella me pedía llorando que fuese. Cuando llegué a su piso me enteré de que se había mudado, y fui a su nueva casa. Al verme se puso hecho una fiera, dando patadas en el suelo. En seguida le conté que mamá había empeorado y que necesitábamos cincuenta copecs para comer y para comprar una medicina. Dio muchas voces, me arrojó de

allí y cerró la puerta con llave. Desde la escalera le grité que me quedaría sentada delante de la puerta hasta que me diera lo que necesitábamos. Al cabo de un rato se abrió la puerta y volvió a cerrarse sin que el abuelo me dijera nada. Un cuarto de hora después ocurrió lo mismo. Eso se repitió varias veces, y por fin el abuelo salió con *Azor*, cerró con llave la puerta, y sin decirme una palabra, pasó junto a mí y se marchó. Yo tampoco le dije nada. Seguí sentada en el rellano, y me quedé hasta que se hizo de noche.

Llena de compasión, Ana Andreievna declaró:

—Pobrecita pequeña. Debía de hacer mucho frío en la escalera, ¿verdad?

—Tenía puesto el abrigo.

—De todos modos... ¡Cuánto has pasado, con lo pequeña que eres! ¿Qué hizo entonces tu abuelo?

Le temblaron los labios a Nelly. A duras penas logró contener las lágrimas.

—Cuando ya era de noche se presentó el abuelo. En la oscuridad tropezó conmigo y dijo: «¿Quién es?» Le contesté que era yo, y él no habló de lo asombrado que estaba. Creyó que ya me había ido a casa. Dio unos golpes muy fuertes en el suelo con el bastón, entró en su piso y volvió a salir en seguida. Me arrojó unas cuantas monedas pequeñas, y gritó fuera de sí: «¡Ten, es todo lo que me queda! ¡Dile a tu madre que la maldigo!» Luego cerró la puerta.

»Me arrodillé para buscar las monedas, que estaban esparcidas por el suelo. Mi abuelo debió de darse cuenta de que yo buscaba el dinero en la oscuridad. Salió con una vela y me ayudó a recogerlo. Cuando lo hubo contado, me dijo que eran setenta copecs. Luego volvió a encerrarse en su casa. Regresé junto a mamá y le entregué el dinero, contándole lo que me había pasado. Eso hizo que empeorase. Yo también me sentí enferma esa noche y al día siguiente. Estaba muy disgustada con el abuelo. Cuando vi que mamá se había dormido, me fui a verle a

su casa. Por el camino me detuve en el puente. Me encontré entonces con aquel hombre.

Intervine yo diciendo:

—Era Archipov; ya le he hablado de él, Nicolás Sergueitch. Era el que estaba con el joven comerciante en casa de la Bubnova, y al que dieron una buena paliza. Nelly y él se veían por primera vez. Continúa, Nelly.

—Le paré y le dije si me podía dar un rublo—prosiguió diciendo la niña—. Se rió mucho, y me contestó que le siguiera. Estaba yo sin saber qué hacer, cuando se acercó un señor de edad, con gafas de oro, que me había oído pedir el rublo. Preguntó lo que iba a hacer con ese dinero, y yo le expliqué que mi madre estaba enferma y que teníamos que comprar medicinas. Sacó una libreta, anotó nuestras señas y me dio el rublo. El otro hombre, al ver al de los lentes de oro, se fue sin decirme nada. En la primera tienda que vi pedí que me cambiaran el rublo en copecs. Envolví treinta en un papel y llevé los setenta restantes en la mano. Cuando llegué a casa del abuelo abrí la puerta y tiré al suelo con todas mis fuerzas las monedas. "¡Tenga su dinero, cójalo! ¡Mi madre no acepta su dinero, porque la ha maldecido!" Cerré la puerta y eché a correr.

Los ojos de Nelly despedían chispas, cuando miró a Ikmeniev con gesto provocativo.

—Obraste como debías—manifestó Ana Andreievna, abrazando a la pequeña y sin mirar a su marido—. Tu abuelo era cruel, y se lo merecía.

Nicolás Sergueitch no pudo evitar un gruñido:

—¡Hum!

—¿Qué ocurrió después? Vamos, cuéntanoslo—dijo la mujer, impaciente por saber.

—Dejé de ver a mi abuelo, y tampoco él hizo nada por encontrarme.

—¿Cómo os arreglasteis tú y tu madre? ¡Pobrecillas!

—Mamá había recaído y casi no podía levantarse de la cama—continuó Nelly, con voz trémula de emo-

ción —. No nos quedaba nada de dinero, y entonces salí a pedir limosna con la viuda del capitán. Pedíamos a los que pasaban por la calle y otras veces íbamos por las casas. La pobre viuda me decía que no era una pordiosera, pues tenía documentos donde se afirmaba que su marido había sido capitán; sin embargo, al morir su marido quedó en la calle. A veces enseñaba los documentos, y le daban más limosna. Me decía que no era vergonzoso pedir a todo el mundo. Yo siempre iba con ella, y vivíamos gracias a las limosnas. Mamá llegó a saber esto pues la gente con quienes vivíamos la acusaron de ser una pordiosera. Se presentó un día la Bubnova, y le dijo que en lugar de dejarme que fuera a pedir por las calles, me mandase a la casa de ella. Antes de eso la mujer quiso darnos dinero, pero mamá no lo aceptó, y la Bubnova le echó en cara su soberbia. Otras veces nos había enviado algunos alimentos.

»Cuando la Bubnova le propuso llevarme con ella, mamá se sintió muy apenada y comenzó a llorar. La mujer se había emborrachado y la llenó de insultos, gritando también que era una mendiga. Por la noche echó a la calle a la anciana viuda del capitán. Mamá lloró mucho y por fin me cogió de la mano y me dijo que me fuera con ella. El dueño del cuarto trató de impedirle que se marchara, pero mamá no quería escuchar a nadie y salimos a la calle. Casi no podía tenerse en pie, y debía descansar cada pocos pasos. Entonces me dijo que la condujese hasta la casa del abuelo. Ya era bien de noche y pasamos por una calle muy elegante y bien alumbrada. Frente a una casa se detenían muchos coches con gente bien vestida. Mamá miró aquello y me dijo, al tiempo que me abrazaba con fuerza: «Sigue siendo pobre, Nelly; no te marches con nadie, no vayas con "ellos" aunque te lo propongan. Tendrías derecho a estar ahí, vestida con sedas y joyas; pero no te lo deseo porque son crueles y malvados. No te olvides de lo que te aconsejo: trabaja, sé pobre o incluso pide limosna, pero

cuando te llamen, contéstales: "¡No iré nunca a sus casas!"» Eso me dijo mi madre cuando estaba muy enferma, y yo le haré caso toda mi vida. La obedeceré —agregó la niña, con el semblante arrebatado por la emoción— sirviendo y trabajando; para eso vine a esta casa, y no para que me consideren como una hija.

—¡Calla, hija mía, calla! —exclamó la anciana abrazando con fuerza a Nelly—. Tu madre estaba muy enferma, la pobre, cuando te aconsejó eso.

—Aún más, estaba loca—intervino Ikmeniev.

—Puede ser—contestó Nelly, mirándole rápidamente—, pero es lo que ella me mandó, y haré siempre eso.

—¿Qué pasó entonces?

—Cuando me dijo esto, mi madre se desmayó.

—¡Santo Dios! —musitó Ana Andreievna—. ¡Perder el sentido en la calle, en pleno invierno!

—Algunos querían llevarnos a la comisaría, pero un caballero nos ayudó. Me preguntó el lugar dónde vivíamos y me dio diez rublos, ordenando a su cochero que nos llevase a casa. Mamá no pudo levantarse más, y al cabo de tres semanas murió.

—¿No llegó a perdonarla tu abuelo? —inquirió Ana Andreievna.

—No, no la perdonó—contestó la niña, con profunda congoja—. Una semana antes de morir me dijo mamá: «Ve a casa del abuelo, Nelly, y pídele por última vez que venga a perdonarme. Cuéntale que voy a morir y que vas a quedar sola y sin ayuda en la vida. Dile que tengo miedo a la muerte...» Fui corriendo hasta el piso del abuelo, y cuando abrió y se dio cuenta de que era yo, quiso cerrar la puerta. Se lo impedí y grité muy fuerte: «¡Mamá se muere y le llama! ¡Venga, por favor!» Pero me apartó de un empujón y cerró la puerta. Al volver a casa me acosté junto a mamá. No me preguntó nada, sólo me abrazó con fuerza, mientras lloraba...

Al llegar a ese punto del relato Nicolás Sergueitch dio un golpe con una mano en la mesa y se puso en pie.

Nos observó de un modo inquietante y luego se dejó caer sobre el sillón, como si no pudiera resistir más. Ana Andreievna no le miraba, pues estaba sollozando y apretaba convulsivamente a Nelly contra su pecho.

—El día antes de su muerte —agregó la niña—, mamá me llamó de nuevo y me dijo: «¡Nelly, siento que voy a morir!» Quiso decir algo más, pero le faltaron las fuerzas. La miré y creí que no me veía. Sólo me cogía una mano y me la apretaba con fuerza. Me aparté con mucho cuidado y me fui corriendo a casa del abuelo. Al verme se levantó de la silla, temblando muy fuerte. Le cogí de la mano y sólo le dije: «Se está muriendo.» Casi sin saber lo que hacía, el abuelo cogió el bastón y se precipitó hacia la puerta, pero se olvidaba del sombrero, pese al frío que hacía.

»Le pregunté si podíamos tomar un coche, pero no tenía más que siete copecs. De todos modos quiso ver si algunos cocheros nos podían llevar por esa suma, pero ellos se rieron de él y de *Azor*, que le seguía. De modo que tuvimos que ir a pie. El abuelo jadeaba mucho, y al apretar aún más el paso cayó al suelo; su sombrero, que yo había cogido al salir, salió rodando. Le di la mano para que se incorporase, le coloqué el sombrero y le guié hacia casa. Cuando llegamos estaba anocheciendo. ¡Mamá ya había muerto! Al darse cuenta de lo que había pasado, el abuelo se puso a temblar. Cruzó las manos sobre el pecho y se quedó quieto delante de mi madre. Yo le miré y le grité: «¡Mírela, malvado, cruel! ¡Mírela!» Entonces dio un fuerte grito y se desplomó. Creí que también había dejado de existir.

La chiquilla se libró bruscamente del abrazo de Ana Andreievna, y se hallaba ante nosotros temblando de emoción, sumamente pálida.

—¡Yo seré tu madre, Nelly mía! ¡Dejemos a esos crueles y malvados! ¡Dejémosles que se rían del dolor ajeno! ¡Ya lo pagarán ante Dios! ¡Ven conmigo, pequeña! ¡Marchémonos!

Jamás había visto a Ana Andreievna en aquel trance, y tampoco hubiese creído que fuera capaz de emocionarse tan intensamente. Su marido se puso en pie al verla así, y le preguntó:

—¿Adónde te marchas?

—¡Me voy con mi hija, con Natacha! —exclamó al tiempo que se dirigía hacia la puerta, llevando a Nelly de la mano.

—¡Aguarda, espera un poco, Ana Andreievna! —gritó su marido.

—¿A qué debo esperar, alma de hielo? Ya estuve esperando demasiado. También para ella ha sido muy larga la espera. ¡Adiós!

Al llegar a la puerta, la mujer se volvió y quedóse inmóvil, llena de asombro, al ver a su marido que cogía el sombrero y con manos temblorosas se colocaba el abrigo.

—¿Vienes...? ¿Vienes tú también? —inquirió la anciana, sin poder creer en semejante felicidad.

—¡Natacha! ¿Dónde está mi querida hija? —musitó Ikmeniev, profundamente abatido.

Cogió el bastón que yo le tendía, y avanzó hacia la puerta.

—¡La has perdonado! ¡La has perdonado! —exclamó Ana Andreievna, con emoción desbordante.

Pero antes de que hubieran llegado al umbral, se abrió la puerta y Natacha entró de repente en la habitación.

Venía mojada de pies a cabeza por la tormenta pasada, y estaba muy pálida, con ojos enrojecidos por la fiebre. El pañuelo que traía sobre la cabeza se le había soltado, y en los desordenados mechones de su hermoso cabello refulgían las gotas de lluvia.

Natacha avanzó corriendo y al ver a su padre lanzó un gemido, le tendió las manos y cayó de rodillas ante él.

CAPITULO IX

Pero Nicolás Sergueitch la estrechó en seguida entre sus brazos. Levantó a Natacha como si fuera una chiquilla, y la colocó en el sillón que había ocupado poco antes. Entonces se arrodilló a sus pies, le besó las manos, las mejillas, y se quedó mirándola incrédulo, como si dudase de que volvía a tener consigo a su hija.

—¡Cielo mío! ¡Mi vida! ¡Mi pequeña! —exclamaba el anciano con voz entrecortada.

No cesaba de apretar entre las suyas las manos de Natacha, y de contemplar su semblante, que aunque demacrado seguía siendo hermoso.

—Natacha mía... —dijo varias veces, y agregó—: ¿Quién dice que había adelgazado? Sí, está un poco más pálida, pero aún sigue siendo muy bella.

Le dominaba una dolorosa alegría, que inundando su corazón ponía en peligro hasta su propia vida. De pronto cesó en sus exclamaciones.

—Tranquilízate, papá, mi querido papá... —dijo Natacha, quedamente—. Acércate, yo también quiero besarte.

—¡Mi pequeña! ¿Lo has oído, Ana Andreievna? ¿Has oído lo que me dijo?

Abrazó de nuevo estrechamente a su hija, y a continuación agregó:

—No, Natacha, tengo que quedarme de rodillas ante ti, hasta que sienta en mi interior que he sido perdonado. Creo que no merezco tu perdón. Yo fui quien te echó de mi lado, quien te maldijo. Sí, yo te maldije, Natacha.

Sin embargo, tú no podías pensar que lo hacía de verdad. ¡Ah, pequeña alma cruel! ¿Cómo no viniste antes a mi lado? Estabas segura de que te iba a recibir con los brazos abiertos. ¿No recuerdas cómo te he querido siempre? Pues mira, mientras estabas lejos de mí, te quería mucho más aún. Sentía deseos de arrancarme al corazón para colocarlo a tus pies, hija mía...

—¡Papá, bésame! ¡Bésame como lo hace mamá! —gritó Natacha con los ojos velados por las lágrimas.

—Sí, te besaré como antes, ¿lo recuerdas todavía? —dijo el anciano, cobijándola de nuevo entre sus brazos, lleno de ternura—. Dime, hija, ¿soñabas alguna vez con tus padres? Tú te me aparecías en sueños casi todas las noches. Te veía venir a mí, y no podía contener las lágrimas. En una ocasión te vi como cuando eras una criatura y estudiabas piano. Tenías nueve años y llevabas un vestido de gasa y zapatitos de charol. Tenías las manos muy regordetas. ¿Recuerdas qué sonrosadas eran sus manos, Ana Andreievna? Te acercaste a mí, me abrazaste y te sentaste sobre mis rodillas. No sé cómo has podido pensar por un momento que mi maldición era verdadera y que te echaría, si regresabas a casa. Mira, yo me acerqué muchas veces a donde vivías. No le decía nada a tu madre; nadie lo sabía. Me colocaba enfrente del edificio y aguardaba. Días hubo en que estuve muchas horas esperando. Me decía que tal vez salieras, y así podría verte, al menos de lejos. Ya de noche divisaba una luz en tu ventana. Sólo por ver esa luz y tu silueta, me acercaba a tu casa. Entonces te daba mi bendición, como siempre lo hacía por las noches. ¿También me bendecías tú? ¿Te acordabas de tu padre? ¿No presentías que me encontraba allí, esperando? En invierno subí muchas veces por la escalera, hasta tu piso, y me quedé un rato en silencio, en plena oscuridad. Pegaba el oído a tu puerta, con la esperanza de oír una voz o una risa tuyas... ¿Piensas que he podido maldecirte? Hace muy poco me presenté ante tu puerta, resuelto a perdonarte, pero

al ir a llamar no tuve valor y me volví. ¡Natacha, hija mía!

El anciano se puso en pie, hizo levantar a su hija y la estrechó contra su corazón.

—¡Y ahora te tengo aquí, otra vez, a mi lado! —agregó gozoso—. ¡Mil gracias te doy, Señor mío! ¡Gracias por tu ira y tu benevolencia, por el sol que brilla sobre nosotros cuando pasa la tormenta! ¡Mil gracias por la dicha de estos momentos! Es cierto que nos han humillado y ofendido, pero de nuevo estamos unidos. Pueden vanagloriarse los que nos insultaron; pueden lanzarnos piedras, si quieren. Nada temas, hija mía, nos acercaremos cogidos de la mano a nuestros enemigos, y les diré a la cara: «Esta es mi hija idolatrada! ¡La habéis ofendido y humillado; yo, en cambio, la adoro y la bendigo de todo corazón!»

Natacha me tendió una mano, mientras su padre aún la retenía en un fuerte abrazo, y musitó:

—¡Vania! ¡Vania!

¡Nunca podré olvidar la emoción que sentí, al ver que se acordaba de mí en esos momentos!

De repente el anciano miró a su alrededor y preguntó:

—¿Y Nelly? ¿Dónde está?

—Sí, pobrecilla. ¿Dónde está mi niña? —dijo la anciana—. No nos acordamos de ella.

En efecto, la pequeña no se encontraba en la estancia. En silencio se había marchado al dormitorio. Corrimos allí, y al vernos entrar encogióse llena de temor detrás de la puerta. El anciano le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Nelly? ¿Qué temes, hija mía?

La chiquilla parecía trastornada por completo; tendió sus manos hacia nosotros y exclamó:

—¡Mamá, mamá! ¿Dónde está mi madre?

Luego se escapó de su garganga un grito lleno de angustia. El semblante se le contrajo convulsivamente, y presa de un violento ataque se desplomó al suelo.

EPILOGO

ÚLTIMOS RECUERDOS

Terminaba ya el mes de junio y el día era terriblemente caluroso. Resultaban un verdadero tormento hallarse en la ciudad, entre el polvo y la cal de las casas en construcción, y la atmósfera enrarecida por infinitas emanaciones. Por suerte se dejó oír un trueno hacia el horizonte, y poco después el cielo comenzó a oscurecerse, levantándose un viento que alzó torbellinos de polvo.

Las primeras gotas de lluvia cayeron pesadamente, y en seguida pareció abrirse el firmamento y un verdadero diluvio se abatió sobre la ciudad. Había transcurrido escasamente media hora cuando el sol lucía de nuevo en el cielo.

Me acerqué a la ventana de mi habitación, la abrí y aspiré a pleno pulmón. Embriagado por la frescura del aire, tuve la tentación de arrojar la pluma, dejar el trabajo, olvidar a mi editor y correr a Vasili Ostrov, a casa de mis amigos. Sin embargo, y aunque la tentación era muy poderosa, se impuso mi fuerza de voluntad y volví a aplicarme a la tarea con mayor brío que antes. Tenía que terminar el encargo a toda costa, ya que el editor me lo exigía cuanto antes, y si no le complacía no me daría más dinero. Por otra parte, los míos me aguardaban; si en ese momento no podía ir, al llegar la noche quedaría ya libre y podría resarcirme de los dos días con sus noches que me había pasado escribiendo cuartillas y más cuartillas, sin levantar la cabeza.

Por fin terminé mi trabajo. Abandoné le pluma y me puse en pie, sintiendo un fuerte dolor en la espalda y el pecho, así como una gran opresión en la cabeza. Tenía los nervios agotados y sentía la sensación de que escuchaba todavía a mi viejo amigo, el médico, diciéndome: «No hay organismo que aguante una tensión semejante.» Le parecía imposible, pero hasta ahora había sido perfectamente posible.

Me daba vueltas la cabeza y casi no podía mantenerme en pie; sin embargo, mi alma estaba inundada de gozo. Había concluido mi novela, y el editor, aunque ya me había pagado bastante a cuenta, sin duda me daría algo más cuando le entregase el original, aunque sólo fueran cincuenta rublos, suma que desde hacía mucho tiempo no tenía en mis manos. Sí, podía considerarme con libertad y dinero. Lleno de contento, cogí mi sombrero y con el manuscrito debajo del brazo me marché de casa rápidamente, para ir a la de Alejandro Petrovitch.

Estaba al punto de salir cuando le encontré. Terminaba de formalizar un trato con un judío de morena piel con el que habló por espacio de un par de horas. Al despedir al judío me presenté yo. Con gesto amable me dio la mano Alejandro Petrovitch, y luego me preguntó con su voz sorda y pastosa, si me encontraba bien de salud. Para mí es uno de los mejores hombres que existen, y siempre le he estado muy agradecido. Aunque sea un hombre de negocios, lo cierto es que la literatura precisa de ellos. Así lo entendió él en su debido momento, y se metió a editor, con buena fortuna. ¡Honremos a Alejandro Petrovitch, por su acierto!

Se entera, lleno de contento, de que ya he terminado la novela, lo que asegura su publicación en el próximo número de su revista. Luego se muestra asombrado de que haya podido acabarla, y a continuación abre su caja de caudales y me entrega los cincuenta rublos prometidos. También me enseña un voluminoso periódico enemigo, que en su sección de crítica de libros analiza mi última novela.

Echo un vistazo a la crítica y veo que la firma un tal *Copista*, el cual no censura mi obra, aunque tampoco la alaba, y ello, al menos, me deja tranquilo. Pero afirma, entre otras cosas, que mis novelas «huelen a sudor», con lo que se interpreta que escribo tan laboriosamente y puliendo tanto los detalles, que el estilo llega a ser afectado.

Nos echamos a reír el editor y yo, ante este juicio, y más cuando le digo que mi última novela corta la escribí casi toda en un par de noches. Eso le asombraría a *Copista*, que critica la minuciosidad de mi trabajo.

—Nadie más que usted tiene la culpa, Iván Petrovitch —me dice—. No debiera retrasarse tanto, y de ese modo no se vería obligado a terminar su trabajo por las noches.

Como ya he explicado, Alejandro Petrovitch es una persona muy agradable, aunque tiene un punto flaco, le gusta exponer sus opiniones ante quienes él considera que son entendidos. Yo prefiero no discutir de literatura, y cogiendo mi dinero me pongo en pie para marcharme. En ese momento el editor se marcha también y ofrece llevarme en su coche, recién comprado.

—¿No lo ha visto aún? —me pregunta—. Es realmente magnífico.

Subo con él comprendiendo que en esos primeros días en que disfrutaba del vehículo, seguramente se sentía obligado a enseñárselo gozosamente a sus amigos.

Una vez dentro del coche sigue insistiendo en sus opiniones literarias. Con toda libertad me da como propios algunos juicios que ha oído en alguna parte. Pero ahora se trata de las mismas ideas que yo había emitido pocos días antes, y que justamente dieron lugar a una fuerte discusión con él. Se le nota muy ufano en su coche nuevo, y se las da de literato, derrochando sabiduría ajena.

Pero yo he dejado de escucharle. Al llegar a Vasili

Ostrov desciendo del vehículo y corro hacia la casa de mis amigos. Me encuentro ya en la calle trece, y entro en la casita donde vive el matrimonio amigo. Al verme llegar, Ana Andreievna se coloca el índice sobre los labios, para que no haga ruido, y me dice en voz baja:

—Nelly se acaba de dormir. Procura no despertarla. La pobrecilla se encuentra muy débil y estamos muy apenados. Dice el doctor que no es nada grave. A ver si tú consigues que te explique algo más. Quizá tengas un poco la culpa de lo que ocurre. Te aguardábamos a la hora de la comida y no viniste. Y Nelly te estaba esperando con impaciencia, la pobre. Has hecho muy mal al no venir estos dos últimos días.

—Les advertí que tardaría en hacerlo—repuse—. Tenía que terminar mi trabajo.

—Sí, pero también habías prometido venir hoy a comer con nosotros. Hasta la niña se levantó de la cama, para recibirte. Tuvimos que sentarla en el sillón, y nos decía que iba a esperarte con nosotros. ¡Y luego tú no apareces! ¿Dónde te habías metido, despreocupado? Son ya cerca de las siete. La pobre Nelly se puso tan inquieta que no atinábamos a tranquilizarla. Por suerte ahora el angelito se ha quedado dormido. Nicolás Sergueitch se marchó a la ciudad; parece que le ofrecen un puesto en Perm.

—¿Dónde está ahora Natacha?

—Ha ido al jardín. Vete a verla, si quieres, Vania. Tampoco ella está tan contenta como yo desearía. Algo le ocurre, y no puedo saber de qué se trata. No imaginas lo preocupada que me encuentro. Asegura que está muy contenta, y que se siente dichosa, pero no puede engañar a su madre. Quizá te lo diga a ti, antes que nosotros.

Fui a buscar a Natacha al jardín de la casa que mide unos veinte pasos de largo por otros tantos de ancho. Es un pequeño rectángulo de espléndido verdor, y en él crecen tres árboles frondosos y algunos abedules jóvenes, así como matas de lilas y madreselvas, un macizo

de frambuesas y parterres de fresas, todo ello cruzado por dos sinuosos senderos, uno a lo largo y otro a lo ancho del jardín.

Ikmeniev adoraba el jardinillo, y Nelly también se había encariñado con él, por lo que solían llevarla en el sillón. En cuanto me vio, Natacha corrió llena de gozo a mi encuentro. La noté bastante desmejorada, pues acababa de salir de una enfermedad.

—¿Terminaste la novela, Vania?—inquirió.

—Sí, y también la he entregado, de modo que ya puedo considerarme libre.

—Me alegra mucho oírtelo decir. Pero me parece que te has dado demasiada prisa. ¿No te habrá perjudicado el esfuerzo?

—No podía ser de otra forma. Cuando escribo pongo en tensión mi espíritu. Aprecio con claridad las imágenes, y noto una mayor penetración. Escribo con fluidez, y ésta aumenta conforme crece la tensión. Todo ha salido bien.

Natacha lanzó un suspiro. Desde hacía unos días volvía a interesarse por mis asuntos literarios, leía las críticas de mis obras y me preguntaba los proyectos que tenía para el futuro. Todo su deseo era que yo llegase a ocupar un sitio preferente en la literatura.

—Vania—me dijo en seguida—, me parece que te estás agotando; trabajas demasiado y puede resentirse tu organismo. Recuerda que Oroniov empleó dos años en terminar una novela, mientras que Punin sólo edita una cada diez años. En el intervalo se dedica a pulir su obra, para que no aparezca en ella un solo desliz ni repetición.

—Conforme, pero me estás hablando de autores de posición acomodada, que no están obligados a hacer entregas en plazos determinados. Yo, en cambio, soy una bestia de carga. En fin, tanto da, Natacha querida; es mejor que cambiemos de tema. ¿Qué tienes de nuevo para contarme?

—Unas pocas novedades. Principalmente una carta que me ha llegado de «él».

—Entonces, ¿te ha escrito de nuevo?

—Así es.

Natacha me entregó una carta de Aliocha, la tercera que recibía desde que él se marchara. Escribió la primera al llegar a Moscú, cuando al parecer se encontraba bajo los efectos de una crisis de nervios. Aseguraba que las cosas habían salido de tal modo que le resultaba imposible volver a San Petersburgo, como había prometido. En la segunda afirmaba que llegaría muy pronto para casarse con Natacha, lo que nadie podría impedir. A pesar de su aparente certeza, notábase que se encontraba desesperado y envuelto en un mar de dudas. Afirmaba que en esos momentos Katia era su único apoyo, su único consuelo.

La tercera carta constaba de ocho cuartillas de escritura desigual, manchadas con tinta y mojadas de lágrimas. Desde las primeras líneas advertía Aliocha que renunciaba a Natacha, y le pedía que le olvidase. Procuraba demostrar que la unión de los dos era un hecho imposible. Aseguraba que influencias ajenas a su voluntad le estaban venciendo poco a poco, y que los dos, si llegaban a unirse, no harían más que labrar su desdicha, ya que eran caracteres dispares.

De improviso parecía no aguantar más y volvía a su forma habitual de expresarse. Llamábase desalmado, falto de carácter para enfrentarse con su padre, y afirmaba que estaba sufriendo mucho, pues sabía que podía llegar a hacer feliz a Natacha, argumentando que los dos estaban destinados a unirse para siempre. Describía entonces el panorama de dicha de que disfrutarían si Natacha y él se casaban, se culpaba de cobarde, y terminaba diciendo adiós para siempre al único amor de su vida. El estilo de la misiva daba la sensación de que Aliocha estuviese trastornado.

A continuación Natacha me dio una carta que le había llegado de Katia junto con la de Aliocha, pero en otro sobre. La joven le contaba sucintamente que Aliocha se encontraba muy triste. Lloraba sin cesar y hasta parecía hallarse enfermo, pero ella estaba a su lado y procuraba hacerle dichoso. Tenía que pasar algún tiempo para que él fuera consolándose, ya que el amor que sentía por Natacha era muy intenso. Después agregaba: «Nunca podrá olvidarla, Natacha; la ama y siempre la amará. Si deja de quererla un día, mostrando indiferencia hacia su recuerdo, creo que yo dejaría de amarle.»

Devolví ambas cartas a Natacha y permanecimos un buen rato en silencio, contemplándonos con aire abatido. Tratábamos de no pensar en el pasado, y me daba cuenta de que ella estaba sufriendo intensamente. Sin embargo, el dolor la hacía más fuerte en mi presencia. Al regresar junto a sus padres cayó enferma y estuvo tres semanas en la cama. Ahora se había iniciado su convalecencia. Tampoco hablamos de los cambios que se avecinaban, ya que su padre había conseguido un puesto y ello haría que tuviéramos que separarnos.

Natacha me hablaba con dulzura y afecto, y se interesaba mucho por lo que yo hacía, como queriendo resarcirme de todo lo que me había hecho sufrir anteriormente. No tardé en ahondar más en aquellas impresiones y en su corazón, y me di cuenta de la verdad: Natacha me quería. Era tanto su cariño que no podía estar sin mi compañía, sin saber lo que me preocupaba. Nunca hubo una hermana que tuviera tanto cariño a su hermano, como ella me lo tenía a mí. Sobre todo, sufría pensando en nuestra próxima separación, y más sabiendo que yo tampoco podía estar alejado de ella. No obstante procurábamos disimular nuestros sentimientos, aunque no dejábamos de comentar los acontecimientos que tendrían lugar dentro de poco.

Pregunté a Natacha por su padre.

—Volverá pronto. Me dijo que estaría en casa a la hora del té.

—¿Se sabe algo relativo a su nuevo puesto?

—Ya es asunto decidido —repuso ella, con tono pensativo—. Creo que hoy no necesitaba ir allí para nada, y bien pudo ir mañana. Seguramente se marchó porque recibí la carta. Creo que está enfermo de preocupación, por causa mía. Me apena ver lo mucho que me quiere. Cada una de mis penas se refleja hondamente en su alma. En ocasiones advierto que trata de disimular su preocupación y toma un afectado aire de alegría. Mamá también se da cuenta de que está fingiendo y se aflige mucho. Mi padre es un alma cándida y sencilla, que no sabe disimular. Al recibir yo la carta, papá fue a ocultarse en algún rincón para que no le viera el semblante. Lo cierto es que le quiero más que a nadie, más que a mí misma e incluso más que a ti, Vania —agregó con un susurro, mientras oprimía mis manos fuertemente.

Dimos algunas vueltas por el jardín, y al cabo de unos minutos de silencio, manifestó:

—Masloboiev se presentó aquí ayer, y aseguró que hoy volvería.

—Hace una temporada que nos ha cobrado afición —le contesté.

—¿Acaso no sabes por qué viene? Mamá tiene ahora en él una fe ciega. Cree que sabe mucho de leyes y reglamentos, y le considera capaz de solucionar cualquier problema. ¿No sabes qué se le ha metido a mi madre en la cabeza? Le aflige que yo no me haya convertido en princesa, y a causa de ello casi no puede vivir tranquila. Ha presentado el caso a Masloboiev, para que lo arregle con el código en la mano. Sin embargo, Masloboiev no está de acuerdo con ella, y para que se anime, mamá le invita a beber.

—Es un verdadero lince, y siempre sabe escabullirse. De todos modos, me pregunto de qué forma has llegado a saber eso.

—Lo sé por mamá, que no puede dejar de hacerme alguna insinuación de vez en cuando.

—¿Cómo se encuentra Nelly? —inquirí.

—Bueno, veo que por fin te has acordado de ella —me contestó Natacha, reconviniéndome.

La chiquilla se había convertido en el ídolo de la casa. Natacha la quería con toda el alma, y Nelly terminó por corresponderle con el mismo afecto. La pobre criatura no esperaba que hubiera en el mundo gentes que pudiesen quererla de aquella forma, y su pequeño corazón cohibido se abría por completo ante nosotros. Respondía a nuestro afecto con una pasión casi enfermiza, totalmente distinta a la suspicacia de antes. Por más que en los primeros días se comportase con obstinación y se escondiera de vez en cuando, para que no la viéramos llorar, al fin terminó por ceder.

Cobró afecto primero a Natacha y más tarde a su padre. En cuanto a mí, había llegado a ser tan imprescindible para ella, que cuando estaba unos días sin ir a verla, su estado empeoraba. En la última ocasión que me alejé de su lado, con objeto de terminar mi novela, tuve que urdir una serie de disculpas para que se tranquilizase. No obstante, aún se sentía avergonzada cuando tenía que demostrar con franqueza sus sentimientos.

Estábamos todos muy preocupados por la niña. Tácitamente, sin que habláramos de ello, se resolvió que Nelly se quedaría en casa de los Ikmeniev. Sin embargo, el momento del viaje se acercaba y la pequeña se sentía peor cada día. En realidad, siempre había estado enferma, pero ahora aumentaba rápidamente la gravedad de su estado. Los ataques se sucedían cada vez con mayor frecuencia, y la fiebre y la tensión nerviosa la estaban agotando. No obstante, sucedía algo extraordinario: al tiempo que su dolencia se agravaba, ella se volvía más dócil y cariñosa. El último día que fui a visitarla, al acercarme a su lecho me cogió por una mano y me atrajo hacia ella. Tenía enrojecidas las mejillas y sus ojos relucían como ascuas. Con un ademán convulsivo me abrazó estrechamente. Luego me pidió que llamara a

Natacha. Al llegar ésta, quiso que se sentara en la cama, junto a ella.

—Tenía muchos deseos de verte —le dijo—. Anoche soñé contigo, y sé que hoy volveré a hacerlo. Todas las noches te apareces en mis sueños.

La chiquilla procuraba expresar un sentimiento que la atenazaba, sin que ella misma se diera cuenta ni supiera el modo de manifestarlo.

Después de mí, a quien más quería era a Nicolás Sergueitch, el cual la miraba lo mismo que si fuera su hija, y parecía tener el don de distraerla. No hacía más que entrar en la habitación de la niña, y ya comenzaban las carcajadas y las bromas. Nelly le hablaba alegremente y se burlaba con ternura e inocencia de él. Luego le contaba sus sueños, y siempre tenía algo que decirle. También el anciano estaba lleno de contento, y se le veía cada vez más dichoso, cuando salía de su habitación.

—El Señor nos la ha enviado como pago por nuestros sacrificios —me dijo una noche, cuando salía de la alcoba de Nelly, a la que había ido a ver para bendecirla, como hacía siempre antes de que ella se durmiera.

Casi todas las veladas las pasábamos juntos. Acudía asimismo Masloboiev, y también el anciano doctor, que se había hecho muy amigo de Ikmeniev. Traían a Nelly en su butaca y todos nos situábamos alrededor de la mesa. Se dejaban abiertas las puertas del balcón y nos dedicábamos a admirar el cuidado jardinillo, que iluminaban los rayos rojizos del sol poniente, mientras llegaban a nosotros los efluvios de las matas llenas de flores.

Nelly nos observaba en silencio, con tierna expresión, y escuchaba lo que hablábamos. También se animaba en ocasiones, y comentaba algo. Siempre la escuchábamos con cierto temor, porque algunas evocaciones constituían un peligro para ella. Nos dábamos cuenta de que habíamos obrado con crueldad la ocasión en que le pedimos que nos contara su historia. El médico era siempre contrario a que se abandonara a aquellos recuerdos y por ello cada uno de nosotros procuraba cambiar el giro de la conversación de un modo diferente. Fingía Nelly que no se había dado cuenta de nuestras intenciones, y terminaba echándose a reír con alguna observación de Ikmeniev o del doctor.

Pero era evidente que día a día empeoraba. Se la notaba muy impresionable y según afirmaba el médico, el corazón le latía irregularmente, por lo que podía producirse un triste desenlace en cualquier instante. Yo no quise contar nada de esto a los Ikmeniev, a fin de no entristecerlos. El marido, justamente, tenía la certeza de que Nelly estaría del todo restablecida cuando llegase la hora del viaje.

—Ya está aquí papá —manifestó Natacha, al oír la voz de Ikmeniev—. Vamos a buscarle, Vania.

En cuanto entró en la casa, el viejo comenzó a hablar en voz alta, como solía hacerlo. Se dio cuenta de los gestos que le hacía su mujer, y se calló. Ana quería darle a entender que Nelly estaba durmiendo. Entonces Ikmeniev relató cómo le había ido en sus gestiones. Le habían asegurado el puesto, y estaba muy contento.

—Dentro de quince días nos marcharemos —aseguró, mientras se frotaba las manos y observaba de reojo a su hija Natacha.

Ésta se aproximó a él para besarle, lo que le dejó aún más satisfecho.

—Sí, queridos míos, nos vamos —manifestó lleno de alegría el anciano—. Mi única tristeza, Vania, es que tendremos que separarnos de ti.

Debo hacer notar que en ningún momento me propuso que les acompañase, lo que nunca habría dejado de hacer, de estar al corriente de que yo amaba a su hija.

—Es muy lamentable; pero, ¿qué remedio nos queda? El cambio de residencia servirá para reanimarnos a

todos. Variando de ambiente, «todo» cambiará — agregó Ikmeniev, mirando a su hija significativamente.

Ésa era la idea del anciano, y ello le hacía profundamente dichoso.

— Pero, ¿y Nelly? — inquirió Natacha.

— Se encontrará perfectamente, para entonces. ¿No lo crees así, Vania? — me preguntó inquieto, como esperando que le sacara de la duda —. ¿Cómo está la pequeña? ¿No le sucedió nada mientras estuve fuera de casa? Llevemos la mesa junto al balcón, y que dispongan el samovar. Nos sentaremos en torno a la mesa cuando lleguen nuestros amigos, y Nelly nos acompañará, como de costumbre. ¿Es que no se ha despertado aún? Voy a echarle un vistazo. No, no tengas miedo, Ana Andreievna; sólo me asomaré un poco por la puerta, sin despertarla. Puedes estar tranquila, mujer.

La pequeña estaba ya despierta, y la llevamos en su sillón hasta el comedor. Una vez que estuvimos sentados como siempre, llegó el viejo doctor, y poco más tarde mi amigo Masloboiev, que venía con un gran ramo de flores para Nelly. No obstante, se le notaba apesadumbrado.

He dicho ya que Masloboiev solía venir a menudo a casa de los Ikmeniev. Todos le habían cobrado allí un gran cariño, sobre todo Ana Andreievna. Sin embargo, no se hablaba jamás de Alejandra Seminiovna. Ana Andreievna estaba al corriente de que aquélla no había logrado legalizar aún su situación de esposa, por lo que decidió que no debía recibirla, ni nombrarla tampoco. Los demás se mostraban conformes, aunque no se habló expresamente del asunto. Pero de no estar presente Natacha, y de no haber ocurrido los tristes sucesos anteriores, seguramente habrían obrado con menos severidad.

Yo advertí que aquella noche Nelly se encontraba preocupada, como el que ha tenido un mal sueño y continúa bajo los efectos del mismo. Las flores que le trajo

Masloboiev fueron para ella un motivo de satisfacción, y después de colocarlas en un florero las miró muy contenta.

— Así que te gustan las flores, ¿eh, Nelly? — manifestó Ikmeniev, y añadió —: Entonces, ya verás; mañana, yo... bueno, ya verás...

— Claro que me gustan mucho — contestó la chiquilla —. Me acuerdo ahora de una sorpresa que queríamos dar a mamá cuando todavía vivíamos allá — sin duda se refería al extranjero —. La pobre mamá estuvo enferma algún tiempo, y Enrique y yo nos pusimos de acuerdo para colocar flores por primera vez en la habitación cuando se levantase de la cama. Luego, una tarde, ella nos propuso sentarse con nosotros al día siguiente. Entonces madrugamos. Enrique fue a comprar un gran ramo de flores y adornamos el comedor con guirnaldas. Había muchas flores bonitas, narcisos, rosas, unas rosas preciosas, y muchas flores más. Las colocamos en jarrones, y también en macetas que Enrique distribuyó por las esquinas del comedor y junto al sillón donde iba a sentarse mamá. No se podrían imaginar la sorpresa que se llevó ella. Hasta aplaudió de contenta que estaba. También Enrique parecía muy satisfecho.

Cuando terminó de hablar, Nelly me pareció más débil que de ordinario. Aunque el médico le dijo que no le convenía, ella quiso seguir hablando y se refirió a sus viajes, lo que había hecho «allá», cuando vivía con su madre y Enrique. Todo parecía recordarlo perfectamente, y se expresaba con voz emocionada cuando hablaba del azul del cielo, de los montes nevados, los arroyos y torrentes, los lagos y valles de Italia, de los campesinos de piel tostada y ojos negros. También recordaba las hermosas ciudades, con muchos palacios e iglesias de altas agujas. Más hacia el sur estuvo en una población que tenía un cielo y un mar de un intenso azul. Todos callábamos, escuchándola embelesados, pues jamás nos había contado sus recuerdos tan detalladamente.

Hasta entonces no había hecho más que hablarnos de una ciudad oscura, de ambiente enrarecido, con palacios lujosos, pero de fachadas grisáceas. Nos contaba de sus malvados habitantes, que en más de una ocasión hicieron sufrir intensamente a su madre y ella. Las imaginaba a las dos solas, recordando los tiempos pasados y a Enrique, ya desaparecido. También me venían a la mente aquellos detalles en contraste con los días en que la Bubnova, obrando bestialmente, pretendía llevarla por el mal camino.

Como era de prever, una conversación tan prolongada no hizo más que perjudicarla. Nelly se sintió indispuesta, y tuvimos que conducirla en seguida a la cama. El anciano médico se mostraba inquieto, quejándose de que se le hubiera permitido a la niña aquel exceso. Nelly fue víctima de un ataque, y perdió el conocimiento. Al volver en sí pidió que me llamaran. Tanto suplicó al anciano médico, que éste resolvió acceder a su ruego.

En cuanto estuvimos a solas, la chiquilla me dijo en voz baja:

—Ellos creen que voy a acompañarles en su viaje, Vania, pero se equivocan. Yo quiero quedarme contigo, como antes. Para eso quería hablarte.

Procuré que entrase en razón, asegurando que para los ancianos era ya como una segunda hija, y que sufrirían mucho si se enteraban de lo que había decidido. Por el contrario, su vida a mi lado sería sumamente dura, además de que por mucho que yo la quisiera, al fin tendríamos que separarnos. A mis razones contestó ella:

—¡No, no puede ser! Muchas noches sueño con mamá, y me dice que debo quedarme, que no me marche con ellos. Me dice llorando que cometí un gran pecado al dejar al abuelo. Yo prefiero quedarme aquí, porque de ese modo puedo ir a ver al abuelo.

—Sabes bien que tu abuelo ha muerto, Nelly—le contesté lleno de asombro.

Ella me miró arrugando el entrecejo, y después de vacilar un momento agregó:

—Por favor, Vania, vuelve a contarme cómo murió el abuelito. Dime lo que pasó.

Hice lo posible por complacerla, a pesar de que Nelly no estaba del todo repuesta, ni parecía haber recobrado una lucidez completa.

Me escuchó con toda atención, y todavía tengo presente en mi memoria sus oscuros ojos, que relucían febrilmente y me observaban con intensidad mientras le hablaba. Nos encontrábamos casi en la oscuridad.

—¡No, el abuelo no ha muerto!—exclamó—. Mamá siempre me habla de él, y cuando ayer le conté que ya no vivía, se echó a llorar y me dijo que estaba equivocada, que aunque le creyese muerto seguía viviendo. Pedía limosna, e iba siempre al lugar donde Nelly y su madre le habían encontrado al volver a San Petersburgo, y donde ella fue reconocida por *Azor*.

—Has sufrido una pesadilla, Nelly—le contesté—. Todo es debido a que no te encuentras bien de salud.

—También yo creí que era un sueño, y al principio no se lo conté a nadie. Iba a decírtelo sólo a ti. Pero cuando te esperaba, me dormí y pude ver al abuelo. Estaba sentado en su habitación, aguardándome. Tenía un aspecto muy raro, y le noté aún más delgado. Cuando empezó a hablar, vi que estaba muy disgustado y que me reñía por no haber ido a verle. No habían comido en dos días ni él ni *Azor*, y tampoco tenía tabaco. Es cierto lo que te digo, Vania, porque después de que murió mamá me lo dijo en una ocasión, cuando se encontraba enfermo.

»Hoy me lo dijo de nuevo y pensé que debía ir a pedir limosna al puente, para poder comprarle pan y tabaco. Después me vi en el puente, pidiendo a los que pasaban. De repente se presentó el abuelo, se acercó a mí, y al ver lo que yo tenía en la mano, dijo: «Eso ya me basta para comprar pan; pide ahora para que pueda

adquirir tabaco.» De nuevo me pongo a pedir, y cuando vuelve el abuelo me quita el dinero de mala manera, enfadado. Le aseguro que le entrego todo lo que me dan, pero él responde: «Me estás robando. La Bubnova me dijo que eres una ladrona, y no pienso llevarte a casa. Me parece que te has quedado con una moneda de cinco copecs. ¿Dónde la escondiste?» Yo empecé a llorar, pero él, sin hacerme caso, continuó gritando: «¡Me robaste cinco copecs!» Luego me pegó, y me dolía mucho y lloré sin parar. Sé que no ha muerto, Vania. Está sin nadie que le ayude, y espera que vaya a su lado.

Hice lo posible porque atendiera a mis razones, y al cabo de un tiempo lo logré. Aseguró que le daba miedo dormirse, porque entonces vería al abuelo. Luego me abrazó con fuerza y me besó.

—Nunca podré alejarme de ti, Vania—declaró, al tiempo que oprimía su semblante contra el mío—. Aunque no sea cierto lo del abuelo, me quedaré siempre junto a ti.

Más tarde conté al médico las pesadillas que había sufrido la pequeña y le pedí su opinión.

—Es pronto para aventurar algo—repuso—. Hay aún que observar muchos detalles, y por ahora no puede decirse nada. Lo que sí puedo asegurar es que no llegará a curarse. La pequeña morirá. Como usted me dijo que no quería preocupar a los dueños de esta casa, nada les dije al respecto. Mañana propondré una consulta, y quizá logremos que la enfermedad tome otro curso. Me apena esa chiquilla, como si fuera una hija mía.

Por su parte, Ikmeniev se mostraba muy preocupado, y me dijo:

—He pensado en lo mucho que le gustan a Nelly las flores, Vania, y decidí que debemos prepararle una sorpresa para mañana, cuando despierte. Será algo parecido a lo que prepararon ella y Enrique a su madre. ¿No has notado la alegría con que lo contaba?

—Pero justamente tenemos que evitarle las emociones excesivas—contesté.

—Sí, claro, pero lo que yo preparo es una emoción agradable. Puedes tener la seguridad de que no correrá ningún riesgo; en cambio, tengo la convicción de que eso la pondrá mucho mejor.

El anciano se había entusiasmado con su idea, y no fui capaz de contrariarle. Traté de hablar con el médico, antes de hacer nada, pero Nicolás Sergueitch ya estaba resuelto a poner en práctica su proyecto.

Antes de salir de la casa, agregó:

—No lejos de aquí hay un jardinero al que podemos comprar a precio conveniente muchas plantas y flores. Acláraselo bien a Ana Andreievna para que no vaya a enojarse por lo que gastemos. Otra cosa, ¿dónde piensas ir ahora? Terminaste tu trabajo y estás libre, así que para nada necesitas regresar a tu casa. Más vale que duermas en casa como antes, en la habitación de arriba. Tu cama ha quedado como cuando la dejaste; te aseguro que dormirás perfectamente. Bueno, no hablemos más del asunto, te quedas, ¿eh? Nos levantaremos al amanecer, traeremos las flores, y para la hora del desayuno habremos dispuesto los adornos. Natacha nos ayudará en eso, puesto que tiene muy bien gusto. ¿Estás decidido, Vania?

No podía hacer otra cosa que contestar afirmativamente. El viejo fue a encargar las flores, mientras el médico y Masloboiev se despedían y se marchaban, ya que los Ikmeniev solían acostarse pronto. Al marcharse, Masloboiev me dio la sensación de que estaba preocupado, como si quisiera decirme algo. Al llegar a mi alcoba recibí una sorpresa al verle sentado ante la mesa, leyendo un libro.

—He regresado, Vania, pues debo hablar contigo, y creo que conviene hacerlo cuanto antes. Es algo realmente canallesco.

—¿Qué ocurre?

—Me refiero al truhán del príncipe. Hace quince días que me puso furioso, y aún no se me ha pasado.

—Entonces, ¿sigues tratándote con él?

—Bueno, ya empezamos con las preguntas. En eso te pareces a mi mujer, y a todas ellas. Son inaguantables, y no puedo soportarlas.

—Vamos, no te pongas así.

—Es que me gusta considerar las cosas como son, sin hacer una montaña de todo.

Luego guardó silencio, como si estuviera disgustado. Al ver que yo no respondía, añadió:

—El caso es que poseo un indicio, aunque no es muy seguro, pero tengo la impresión de que la pequeña Nelly puede ser..., en fin, que puede ser hija legítima del príncipe.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que acabas de oír. Pero te ruego que no hagas preguntas. Nunca puedo entenderme con las gentes de ese tipo —aseguró con grandes ademanes—. ¿Es que te he dado seguridad? ¿Te dije categóricamente que la niña sea realmente hija de él?

Como persistía en su enfado, y yo deseaba conocer más detalles, declaré:

—Dios del cielo, habla claro y deja ya de gritar. Comprendo lo que me dices, pero debes hacerte cargo de lo importante que es el asunto, y de las consecuencias que de ello pueden derivarse.

—No sé de qué consecuencias me hablas, cuando no hay prueba alguna. Las cosas no se hacen de esa forma. Comprende que lo que ahora te cuento es un secreto. Ya te diré más adelante por qué hablo de este asunto. Ten la bondad de no hablar y escucha en silencio. Además, debes ser muy discreto. Bien, a lo que íbamos. El pasado invierno, antes de morir Smith, el príncipe se ocupó del asunto en cuanto regresó de Varsovia, aunque no pudo conseguir nada. Trece años pasaron desde que abandonó en París a la hija de Smith, y en ese lapso

obtuvo detallados informes de todo lo que le interesaba. Sabía que ella estaba viviendo con Enrique, el hombre de quien nos habló Nelly. El caso es que estaba enterado de todo al dedillo; pero de pronto perdió la pista.

»Esto debió de ocurrir a poco de fallecer Enrique, cuando la hija de Smith regresó a San Petersburgo. Al príncipe no le habría costado mucho encontrarla aquí, aunque hubiese cambiado de nombre al cruzar la frontera. Sin embargo, sus agentes en el extranjero le dieron informes erróneos y dijeron que la señora estaba residiendo en una lejana población del sur de Alemania. Ocurrió que la habían confundido con otra mujer. El error se mantuvo durante casi doce meses, cuando el príncipe comenzaba a tener dudas, pues le parecía que no era ella. Entonces surgió el problema de saber dónde estaba la mujer. El príncipe sospechó que pudiera hallarse de nuevo en San Petersburgo, y al tiempo que proseguían las indagaciones en el extranjero, él iniciaba las pesquisas por aquí. De todos modos, no las llevó a cabo él personalmente. Había oído hablar de que yo me dedicaba a tales investigaciones, y se puso en contacto conmigo y me explicó el asunto. Pero lo expuso vagamente, de forma confusa y equívoca, contando los mismos sucesos de distinta forma, en ocasiones. Es muy astuto y sabe disimular a la perfección. El caso es que me apliqué a mi tarea con verdadera inocencia, trabajando como un esclavo. Pensaba en la ley de la paternidad, que existe, sin duda alguna, y me dije: «¿Tenía él realmente necesidad de llamarme? Detrás del motivo que explica, ¿no habrá otra razón inconfesable?» Si era cierto esto último, el príncipe me estaba engañando, pues si el primer servicio valía un rublo, el segundo valía cuatro veces más.

Hizo una pausa para tomar aliento, y agregó:

—Comencé mis investigaciones, y a poco di con varios indicios, uno gracias a las pistas que él me diera; otro, que me fue proporcionado por gente ajena a la

cuestión, y el tercero conseguido con mis propios esfuerzos. Quizá te preguntes por qué me preocupé tanto del asunto. A ello me indujo ver lo inquieto que se mostraba el príncipe. Era síntoma de que algo importante se traía entre manos. Resumiedo, había raptado a la chica, y tras dejarla embarazada, la abandonó. En esto no había nada de extraordinario, sino una calaverada más o menos lamentable. Lo cierto es que un individuo como él no se detiene ante estas minucias. Sin embargo, advertí la angustia del príncipe, y ello me dio que pensar. Conseguí algunos datos interesantes por medio de la mujer de un panadero alemán que está afincada aquí, en San Petersburgo, y que era prima de Enrique. Esta mujer estuvo perdidamente enamorada de su primo, y en quince años no dejó de amarle. Con su marido, un hombre brutal, tuvo nada menos que ocho hijos. Descubrí que Enrique, antes de morir, había escrito a su prima, y que, como suelen hacer los germanos, le enviaba el diario de su vida, así como otros papeles. La pobre mujer no comprendió lo importantes que eran éstos, pues sólo le interesaban cuando decían algo de la luna, de *mein lieber Augustin*, y del poeta Wieland. En fin, que hallé los informes que necesitaba acerca de Smith y su fortuna, de la hija raptada y de la forma en que el príncipe se apoderó del dinero. En esos papeles pude descubrir la verdad, aunque no fuera nada categórico, ya que el bendito de Enrique se expresaba con metáforas y alusiones. Sin embargo, aquella confusión terminó siendo para mí un conjunto perfectamente coherente. Algo resultaba evidente: el príncipe se había casado con la hija de Smith. Sin embargo, ignoraba el lugar y la fecha. ¿Había sido en el extranjero, o aquí mismo? Ahí residía el misterio. Me tiraba de los pelos, lleno de ira, y seguía investigando sin cesar, día y noche. Cuando al fin encuentro a Smith, tiene la ocurrencia de morirse. Antes supe casualmente que había muerto una mujer en Vasili Ostrov, que por las señas me interesaba. Corrí a

ese distrito, y allí nos encontramos, ¿lo recuerdas? Averigüé muchas cosas, y Nelly me ayudó mucho.

—¿Te parece que Nelly puede estar al corriente de...?

—¿De qué?

—De que es hija del príncipe.

Masloboiev me miró con gesto irónico.

—¿Qué importancia tiene que lo sepa ella, o que lo sepas tú, incluso? Lo que interesa no es que sea hija de él, sino su hija «legítima». ¿Te das cuenta?

— ¡Es imposible! —repuse.

—También yo me decía eso mismo, y a veces aún me lo repito todavía, pero lo cierto es que no sólo puede serlo, sino que lo es, con seguridad.

—Eso es absurdo, Masloboiev. De haber tenido una prueba la madre de Nelly, ¿hubiese soportado tantas penalidades, para dejar luego a su hija huérfana y desvalida? Insisto en que me parece imposible.

—Yo creí eso igualmente, hasta que tuve que convencerme. No debemos olvidar que aquella Smith era una mujer soñadora e insensata como pocas. Si observas los hechos advertirás que todo en ella era romanticismo. Creía en una especie de cielo en la tierra, y a tal punto era ingenua que se entregó sin reservas al hombre amado. Si algo la trastornó realmente, no fue el que su amante la abandonase, sino comprobar llena de decepción que su ángel era de barro, y que la ofendía y humillaba. No fue capaz de soportar tamaña degradación, y llena de altivez se separó del hombre, mostrando hacia él un absoluto desdén. Luego, en un acto insensato, destruyó todos los vínculos que a él le unían. Rompió los documentos, le tiró el dinero a la cara y quiso renunciar a él sin darse cuenta de que ese dinero no le pertenecía. Todo lo hizo para demostrar su desprecio a aquel hombre.

Masloboiev hablaba tan rápidamente que tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Después de una breve pausa, añadió:

—Puede que considerase como una deshonra el ser la esposa de aquel hombre. Si bien el divorcio no está legalizado en nuestro país, ellos vivían divorciados, realmente. En consecuencia, ella no podía solicitar su ayuda. No tienes más que recordar lo que decía a Nelly, poco antes de morir: «No te marches con ellos. Más vale que mueras antes de ir a sus casas.» La pobre mujer imaginaba que un día acudirían a buscar a Nelly, y que ésta podría vengarse humillando con su desprecio al que la quisiese recoger. Ésas eran las visiones que alentaba la desdichada, pues supongo que sabes la irritación extremada que produce la tuberculosis. Y ésa era la dolencia de la madre de Nelly, de la que he averiguado mucho. De todos modos, me enteré por una amistad, que llegó a escribir al príncipe.

—De modo que le escribió. ¿Le llegó la carta a él? —inquirí, lleno de impaciencia.

—No lo sé. Un día la hija de Smith pidió a esa conocida mía (la muchacha tan pintada que estaba en casa de la Bubnova, y que ahora se encuentra en un correccional) que le llevara la carta. Sin embargo, no se decidió a mandarla. Esto ocurrió aproximadamente tres semanas antes de que falleciera. Se trata de un dato muy significativo. Indudablemente, había resuelto enviar la misiva, y el que no la mandase carece de importancia, ya que pudo enviarla en otra oportunidad. No sé si por fin la mandó, aunque hay un indicio que nos obliga a pensar que no lo hizo. Se trata de que el príncipe no se enteró con seguridad de que la hija de Smith se hallaba en San Petersburgo, hasta que ella dejó de existir. Esta noticia debió de alegrarle enormemente, sin duda.

—Sí, creo recordar que Aliocha me contó acerca de una carta que le proporcionó un gran contento. Pero eso fue hace poco, dos meses, todo lo más. Bueno, ¿qué más puedes decirme? ¿Vas a hacer algo con el príncipe?

—Te diré lo que pienso hacer. Aunque tengo la certeza de que no me equivoco, carezco de pruebas suficientes, por más que he revuelto cielo y tierra para hallarlas. Se ha llegado a una situación insostenible. Podríamos indagar fuera del país, pero, ¿en qué sitio?, ¿en qué lugar del extranjero? No es posible saberlo, y por ello pensé que tendría que apelar a una tremenda treta, asustándole mediante veladas referencias, haciéndole creer que estoy en posesión de más datos de los que tengo en los momentos actuales.

—¿Lo hiciste? ¿Y qué sucedió?

—Sencillamente, no se dejó engañar, aunque se mostró tan atemorizado que aún debe estar temblando. Nos hemos visto varias veces después de eso, y siempre le he encontrado con un aspecto lamentable. En una oportunidad se dispuso a contármelo todo, como si fuera yo un buen amigo suyo. Parecía sincero y hablaba con sentimento; sin embargo, estaba mintiendo. Fue entonces cuando me di cuenta del gran temor que sentía por mí. Representé delante de él, por un tiempo, el papel del individuo necio que pretende obrar astutamente. Procuré atemorizarle con fingida torpeza, lanzando invectivas y diciendo barbaridades, a fin de que me creyese un estúpido y hablase más de la cuenta. Y el muy truhán comprendió mi juego en seguida. En otra ocasión hice como que me emborrachaba, y no obtuve mejores resultados. Es un lince, Vania. Seguramente te darás cuenta de que yo tenía que averiguar si él me tenía miedo, realmente. Además, quería que me creyera enterado de más cosas de las que sé.

—Y bien, ¿cómo concluyó el asunto?

—Terminó mal. Tenía yo necesidad de lograr pruebas, y no las encontraba. El príncipe se dio cuenta de que yo estaba en situación de organizar un escándalo, cosa que temía realmente, más aún porque comenzaba a crearse en San Petersburgo un círculo de amistades. ¿Te has enterado de que va a contraer matrimonio?

—No lo sabía.

—Piensa casarse el año próximo. Hace un año, cuan-

do su prometida tenía catorce, tomó la decisión. La chica tiene ahora quince, y la pobre criatura debe todavía vestir de colegiala. Sus padres están encantados. Ya comprenderás lo bien que le ha venido que su mujer haya muerto. La jovencita es hija de un general que posee una considerable fortuna. Mi querido Vania, yo nunca me casaría por dinero. No soy de esa clase de gente.

A continuación Masloboiev hizo estremecer la mesa de un fuerte puñetazo y gritó:

— ¡Jamás podré perdonarme que ese canalla me haya embaucado! Sí. Vania, lo cierto es que me engañó. Ocurrió hace un par de semanas.

— ¿Qué pasó?

— Advertí que él había adivinado que yo carecía de cualquier clase de pruebas, y me dije que cuanto más se alargase la cosa, más advertiría mi incapacidad. Entonces decidí aceptar dos mil rublos que me ofrecía

— ¡Le aceptaste dos mil rublos!

— Sí, dos mil rublos de plata, mi querido Vania. Los tomé a regañadientes, pensando lo enorme de la suma, como pago para silenciar un asunto como ése. Me dije que era una verdadera humillación y me sentí como si me hubiera abofeteado. Al darme el dinero manifestó: «Aún no le he pagado las gestiones anteriores, Masloboiev (mentira, pues ya me había entregado ciento cincuenta rublos, que era la suma convenida); pero como tengo que salir de viaje, le entrego estos dos mil rublos. Espero que con esta suma habrá quedado todo debidamente liquidado.» No me atreví a mirarle a los ojos, siquiera, y repuse: «Está completamente saldado, príncipe.» Sentí como si me estuviera diciendo «Te doy este dinero porque quiero, porque me das lástima, mentecato.» Luego la vergüenza hizo que me olvidase de todo, y ni sé siquiera cómo salí de su casa.

— Verdaderamente, fue vergonzoso tu proceder; una cobardía, por lo que a Nelly se refiere — declaré.

— Una cobardía es poco. Se trata de algo que merece la cárcel, una verdadera canallada. Es... es... no podría calificarlo debidamente.

— De todos modos, lo menos que debiera hacer ese individuo es asegurar el futuro de Nelly.

— Así es; al menos, se trata de una obligación moral que tiene. Sin embargo, no sé bien de qué forma se le podría obligar a que lo haga. No es posible asustarle, y por tal razón acepté su dinero. Quería saber hasta qué punto podía infundirle miedo, y comprobé que no subía más que a dos mil rublos. En esa suma quedaba tasado. Una vez hecho eso, ¿cómo vamos a pretender asustarle?

— ¿Permitiremos acaso que la causa de Nelly se venga abajo sin remedio — dije, exasperado.

— No, en absoluto — repuso él acaloradamente y estremeciéndose de pies a cabeza —. Esto no va a quedar así, Vania; voy a iniciar un ataque por otro flanco. Se trata de algo ya resuelto. Da igual que le haya aceptado los dos mil rublos. En realidad los tomé por la afrenta que me infirió el muy granuja, engañándome como a un infeliz y burlándose de mí encima. Eso jamás podré consentirlo. Ahora dirigiré mis averiguaciones hacia el lado de Nelly, pues tengo la certeza de que gracias a ella lograré desentrañar el asunto definitivamente. La chiquilla está al corriente de todo, puesto que su madre se lo explicó con detalle. Probablemente lo hizo cuando más desesperada estaba, o mientras se hallaba enferma, o casi delirando. Como no tenía a su lado a una persona a quien confiar su sufrimiento, descargó sus penas en la chiquilla. Tal vez hasta puede ocurrir que demos con los documentos.

Masloboiev se frotó alegremente las manos, sonrió complacido y agregó:

— ¿Te das cuenta de por qué vengo siempre por aquí? Claro está que también me trae la amistad que nos une a ambos, pero más que nada lo hago para observar a Nelly. Sé que tú tienes gran ascendiente sobre la niña,

Vania, y por eso te pido que me ayudes, aunque la idea no te haga demasiado dichoso.

—Está bien, puedes contar conmigo—le contesté—. Por otra parte, espero que tratarás de beneficiar a esa pobre huérfana desvalida, tan duramente tratada por la vida, y que no te dejarás arrastrar por tu interés particular.

—No me explico qué importancia puede tener eso, qué influencia pueden ejercer mis fines personales. Lo importante ahora es conseguir nuestro objetivo. Evidentemente, colocaremos a Nelly en primer plano, puesto que así lo exige el sentimiento de humanidad. Sin embargo, espero que no me recrimines si del asunto procuro sacar algún partido. Ya sabes que soy pobre, y ese canalla se complace en aprovecharse de los necesitados. Por otra parte, ¿quién sería capaz de tener lástima de un canalla inveterado como ese famoso príncipe, que no vacila en burlarse de los que le rodean? En fin, Vania, es hora de que me marche. Hasta mañana.

La pequeña fiesta que pensábamos celebrar al día siguiente, con la sorpresa de las flores, no pudo llevarse a cabo. El estado de Nelly se hizo tan crítico que no pudimos levantarla de su lecho.

Nunca más saldría con vida de aquel cuarto, pues la pobrecilla murió dos semanas más tarde.

Durante esos quince días en que iba agonizando poco a poco, puede afirmarse que no tuvo un momento de verdadera lucidez, y que constantemente se encontró bajo los efectos de extrañas alucinaciones. Su mente llegó a trastornarse, y hasta el momento de su muerte, tuvo la firme convicción de que su abuelo la llamaba una y otra vez, y encolerizado porque no le hacía caso, la golpeaba con el bastón, exigiéndole luego que fuese a mendigar a la calle, para que él pudiera comprar, como de costumbre, su pan y su tabaco.

Mientras dormía, veíamos a la pobre niña llorar desconsoladamente. Luego despertaba y nos decía que había estado con su madre.

Algunas veces parecía recuperar un poco la lucidez mental. En una de esas ocasiones, hallándome solo con ella en su cuarto, me tendió los bracitos descarnados, y cogiéndome las manos entre las suyas, delgadas y febriles, me dijo en voz baja:

—Cuando yo me muera, Vania, cásate con Natacha.

Tengo la impresión de que esa idea la atormentaba desde hacía bastante tiempo. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa, al tiempo que alzaba un dedito y me amenazaba en un gesto travieso.

Una hermosa tarde de verano, tres días antes de su muerte, nos pidió que abriéramos la ventana que daba al jardín, y durante un buen rato se quedó observando las copas de los árboles que doraba el sol del atardecer. Después dijo que nos dejasen solos.

—Vania, sé que voy a morir pronto—me dijo con voz muy débil—, y quiero pedirte que no te olvides de mí. Toma, te dejo esto como recuerdo—y así diciendo señaló el relicario que llevaba al cuello—. O mejor, cógelo cuando yo haya muerto. Mamá me lo dejó también cuando se estaba muriendo. Lee lo que hay dentro del relicario, y vete luego a verle a «él». Dile que he muerto sin perdonarle, y que aunque los Evangelios dicen que debemos perdonar a nuestros enemigos, yo no lo he hecho porque las últimas palabras de mamá fueron: «Yo le maldigo.» También lo hago yo, por el recuerdo de mi madre, ya que no por mí. Dile la forma en que murió mamá, y que luego me quedé con la Bubnova. Cuéntaselo todo, y que preferí quedarme en casa de la Bubnova, en lugar de irme con él.

Al tiempo que iba hablando, Nelly se ponía cada vez más pálida y sus ojos relucían con intensidad. Apoyó la cabeza en la almohada, y se quedó en silencio un momento.

—Quiero despedirme de todos—dijo con voz casi inaudible—. Llámalos, Vania. ¡Adiós!

Entonces me abrazó por última vez, con sus escasas fuerzas.

Entraron mis amigos. Ikmeniev no podía hacerse a la idea de que la pequeña iba a morir. Discutió hasta el último momento con nosotros, asegurando que se pondría buena. Se había quedado muy delgado, pues pasaba los días y las noches a la cabecera de la enfermita. Los últimos días no llegó a dormir ni un momento. Trataba de satisfacer los menores deseos de Nelly y cuando salía de la alcoba le veíamos llorar lleno de congoja. Un momento más tarde había recobrado las esperanzas, y aseguraba que la chiquilla se restablecería en seguida. Le llenó de flores el cuarto, y un día vino con un gran ramo de rosas blancas y rojas, que había comprado muy lejos para su querida Nelly. La pobrecita no sabía cómo agradecer aquel cariño tan profundo. La tarde en que quiso decirnos adiós, el viejo Ikmeniev no alcanzaba a concebir que debía despedirse de la niña para siempre. Ella le contemplaba sonriendo dulcemente, y durante la velada se esforzó por parecer contenta, bromeando con el anciano y hasta riéndose un poco... Dejamos a la enfermita para que descansara. Al día siguiente no podía hablar, y pocas horas más tarde dejaba de existir.

Aún me parece ver al pobre viejo cubrir de flores el pequeño ataúd. Contemplo su angustia mientras observa la carita demacrada y sin vida, su dulce sonrisa, las manos cruzadas sobre el pecho. Lloró a Nelly como hubiera llorado a su propia hija. Todos tratamos de consolarle, pero después del entierro cayó enfermo de gravedad.

Entonces Ana Andreievna me entregó el relicario que llevaba al cuello la niña. En su interior descubrí una carta que la madre de Nelly había escrito al príncipe. La leí precisamente el día de la muerte de Nelly. La mujer afirmaba que no podía perdonarle. Describía sus penalidades en los últimos tiempos, y le suplicaba que no dejase abandonada a su hija a su triste destino, y que la protegiera.

«Es tu hija—escribía—. Sabes que es tu hija legítima. Le digo que cuando yo muera vaya a buscarte y te entregue esta carta. Si acoges bien a Nelly, puede que te perdone desde allá arriba, y que el día del Juicio Final me arrodille ante el trono del Divino Juez para rogarle que perdone tus pecados. Nelly sabe lo que he escrito en esta carta, porque se la he leído. Y se lo he contado absolutamente todo...»

Pero Nelly no llegó a cumplir la voluntad de su madre. Aunque estaba enterada de todo, no fue a buscar al príncipe, y murió sin buscar su reconciliación.

Cuando regresamos del entierro de Nelly, Natacha y yo nos quedamos un buen rato en el jardín. Hacía calor, y el cielo estaba despejado. Una semana más tarde saldrían los Ikmeniev de viaje. Natacha me observó con un brillo extraño en la mirada, y dijo:

—Creo que todo ha sido un sueño, Vania.

—¿Cómo dices, Natacha? ¿Qué es lo qe ha sido un sueño?

—Todo lo que ha ocurrido durante este año. Mi querido Vania, ¿por qué habré destruido tu dicha?

Entonces pude leer en sus ojos:

«¡Con lo felices que hubiéramos podido vivir tú y yo, unidos para siempre!»

FIN